

A person wearing a yellow hoodie with a dark pattern and dark shorts is walking away from the camera on a wooden boardwalk. The boardwalk is flanked by a wooden railing and leads into a wooded area with trees and foliage. The scene is captured from a high angle, looking down the path.

Castigo

Anne Holt



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

En un frío sótano en algún lugar de Noruega se halla encerrada Emilie, una niña de nueve años. Desconoce dónde está y el motivo de su encierro. Tampoco sabe quién es el hombre que regularmente le ofrece comida y bebida; sin embargo, su instinto le dice que se comporte bien con él. Los días se suceden y la intranquilidad se va apoderando del país.

Yngvar Stubø, el comisario del servicio de criminología noruego encargado del caso, decide solicitar la ayuda de Inger Johanne Vik, una psicóloga que en el pasado trabajó como profiler para el FBI.

L≡**LIBROS**

Anne Holt

Castigo
Vik y Stubø - 1

A mis papás

Prólogo

Al final el techo se pintó de azul. El señor de la tienda insistió en que un color tan oscuro haría que la habitación pareciera más pequeña, pero se equivocó. El techo, por el contrario, se elevó casi hasta desaparecer. Como quería yo de pequeño: una bóveda de oscuridad nocturna, estrellas y un fino gajo de luna justo sobre la ventana. En aquella ocasión fue la abuela la que eligió por mí, la abuela y mamá. Un dormitorio de chico en amarillo y blanco.

La felicidad es algo que apenas recuerdo, como un leve roce en una reunión con extraños, algo que desaparece antes de que te dé tiempo a volverte. Cuando estuvo preparado el cuarto y solo faltaban dos días para que él por fin llegara, me puse contento. La felicidad es un sentimiento cándido y, al fin y al cabo, yo ya me aproximaba a los treinta y cuatro. Pero estaba contento, claro, me hacía ilusión.

La habitación estaba lista. Un niño estaba sentado a horcajadas sobre la luna. Rubio y con una caña de pescar: una vara de bambú con un corcho sujeto al sedal y, en el extremo, colgada del anzuelo, una estrella. Una gota de color dorado había escurrido hacia el marco de la ventana, como si el cielo se estuviera derritiendo.

Mi hijo por fin iba a llegar.

Emilie había salido del colegio e iba camino de casa. Pronto sería Diecisiete de Mayo, iba a ser el primer Día Nacional que pasaría sin mamá, y el traje regional se le había quedado demasiado corto, a pesar de que mamá le había bajado el dobladillo ya un par de veces.

Esa noche Emilie se había despertado a causa de una pesadilla. Papá estaba durmiendo, ella oía sus ronquidos a través de la pared mientras se medía el traje regional contra el cuerpo. La banda roja del borde había encogido hasta quedarle a la altura de las rodillas. Eso era porque ella crecía demasiado rápido. «Creces como una seta, tesorito», solía decirle papá. Emilie pasó la mano sobre el tejido de lana y acto seguido dobló las rodillas y agachó la cabeza. La abuela siempre decía: «Grete era un tallo de habas, no es de extrañar que la niña también crezca».

A Emilie se le cansaban los hombros y los muslos de tanto encogerse, y la culpa de que fuera tan alta era de mamá. Pronto la banda roja no le llegaría ni a las rodillas.

A lo mejor podía pedir un traje nuevo.

La mochila pesaba mucho. Emilie había estado recogiendo fárfaras, y el ramo era ya tan grande que papá tendría que ponerlo en un jarrón. Había cortado los tallos largos, no como cuando era más pequeña y partía los tallos muy cerca de las flores, de modo que luego había que meterlas en una huevera.

No le gustaba volver sola. A Marte y a Silje habían ido a recogerlas, pero ellas no le habían contado lo que pensaban hacer, se habían limitado a saludarla a través de la ventanilla trasera del coche de la madre de Marte.

Las fárfaras necesitaban agua. Algunas empezaban a ponerse mustias entre sus dedos. Como Emilie se esforzaba por no apretar mucho el ramo con las manos, una flor cayó al suelo. Ella se inclinó para recogerla.

—¿Te llamas Emilie?

Ante ella, el hombre sonreía. Emilie miró hacia atrás: justo aquí, en este sendero que unía dos calles muy transitadas, en este pequeño atajo que acortaba el camino a casa en más de diez minutos, no había un alma. Emilie murmuró algo ininteligible y retrocedió unos pasos.

—¿Emilie Selbu? Eres tú, ¿no?

Nunca hablar con extraños. No irse jamás con desconocidos. Ser siempre educada con los mayores.

—Sí—susurró, intentando pasar de largo.

La zapatilla, la zapatilla de deporte nueva con rayas rosas, se hundió en el barro y la hojarasca muerta. Emilie estuvo a punto de perder el equilibrio. El hombre la agarró del brazo y le acercó algo a la cara.

Hora y media más tarde se denunció a la policía la desaparición de Emilie Selbu.

—Nunca he conseguido sacarme este caso de la cabeza. La mala conciencia, quizá. Por otro lado, yo acababa de licenciarme en Derecho, y en aquellos tiempos se suponía que las madres con niños pequeños debían quedarse en casa. No estaba en mi mano hacer gran cosa.

En el fondo de aquella sonrisa había una súplica de que la dejaran sola. La conversación había durado más de dos horas, la mujer de la cama tenía problemas para respirar, y era evidente que la fuerte luz del sol le resultaba molesta. Agarraba la funda del edredón con fuerza.

—Solo tengo setenta —jadeó—, pero me siento como una vieja. Tienes que perdonarme.

Inger Johanne se levantó y corrió las cortinas. Vaciló, pero no se dio la vuelta. —¿Mejor? —preguntó finalmente.

La mujer cerró los ojos.

—Lo puse todo por escrito —dijo—. Hace tres años, cuando me jubilé y creía que iba a disponer... —elevó una mano débil— de mucho tiempo.

Inger Johanne Vik fijó la vista en la carpeta que descansaba sobre la mesilla, junto a una pila de libros, y la mujer asintió débilmente con la cabeza.

—Llévatela. A mí ya no me servirá de mucho. Ni siquiera sé si el hombre sigue vivo. Si lo está, tendrá... sesenta y cinco. O algo así. —Cerró los ojos y dejó caer la cabeza lentamente hacia un lado. Se le entreabrió la boca y, cuando Inger Johanne Vik se inclinó para tomar la carpeta roja, sintió el aliento de sus pulmones enfermos. Metió los papeles en el bolso sin hacer ruido y se dirigió sigilosamente hacia la puerta.

—Una cosa más, para terminar.

Dio un respingo y se volvió hacia la mujer.

—La gente me ha preguntado cómo puedo estar tan segura. Algunos piensan que todo esto no es más que la obsesión de una vieja inútil. Y es cierto que no hice nada en todos aquellos años en que... Cuando lo hayas leído todo, te agradecería que me hicieras saber... —Tosió levemente. Se le cerraron los ojos. Se hizo el silencio.

—¿Saber qué? —susurró Johanne Vik, sin saber si la mujer se había dormido o

no.

—Sé que era inocente. Me alegraría que llegaras a la misma conclusión.

—Pero no es eso lo que voy a...

La anciana le asestó una palmada al colchón.

—Ya sé lo que vas a hacer. A ti no te interesa eso de la culpabilidad o la inocencia, pero a mí sí. En este caso me interesa, y quizás a ti también acaba por interesarte, cuando lo hayas leído todo. ¿Me prometes que volverás?

Inger Johanne Vik esbozó una sonrisa, o más bien una mueca vaga que no la comprometía a nada.

Emilie ya había desaparecido otras veces. Nunca durante demasiado tiempo, aunque en una de esas ocasiones, justo después de que muriera Grete, él tardó tres horas en encontrarla. Había buscado por todas partes. Inquieto, había empezado por efectuar una ronda de llamadas: a los amigos, a la hermana de Grete —que vivía a solo diez minutos y era la tía favorita de Emilie— y a los abuelos, que no habían visto a la niña desde hacía días. Mientras marcaba número tras número, la preocupación empezó a ceder el paso a la angustia y los dedos a pulsar las teclas equivocadas. Echó a correr por el barrio describiendo círculos cada vez mayores. La angustia cedió el paso al pánico, y él rompió a llorar.

La encontró sentada en un árbol, escribiéndole una carta a mamá, una carta dibujada que quería enviar al cielo tras hacer con ella un avión de papel. Él bajó a su hija con ternura de la rama y lanzó el avión por una pendiente escarpada. El avión trazó un gran arco, deslizándose de un lado a otro hasta desaparecer tras dos grandes abedules que ellos bautizaron con el nombre de Camino al Paraíso. Durante las dos semanas siguientes él no le quitó el ojo de encima a la niña, pero se acabaron las vacaciones y tuvo que dejarla marchar al colegio.

Esta vez era diferente.

Él nunca había llamado a la policía antes, pues ya contaba con aquellos numeritos, con que ella desapareciera durante más o menos rato. Pero esto era otra cosa. El pánico lo embistió de pronto, como una ola. No sabía bien por qué, pero cuando Emilie no volvió a la hora acostumbrada, arrancó a correr hacia el colegio y no se percató siquiera de que a medio camino había perdido la zapatilla. La cartera de Emilie y un gran ramo de fárfaras estaban tirados en el sendero que unía dos calles principales, el atajo que ella en realidad nunca se atrevía a tomar sola.

Grete le había comprado la cartera a Emilie un mes antes de morir. La niña nunca la habría abandonado allí. El padre la recogió con aprensión. Quizá se estaba equivocando, podía tratarse de la cartera de otro, de un niño más descuidado quizás; es cierto que se parecía, pero todo era posible hasta que él, conteniendo la respiración, levantó la tapa y vio las iniciales en el interior: ES,

escritas con la letra grande y angulosa de Emilie. Era su cartera, y ella nunca la habría dejado así tirada.

El hombre del que trataban los papeles de Alvhild Sofienberg se llamaba Aksel Seier y había nacido en 1935. A los quince años había empezado a trabajar de aprendiz de carpintero. Constaban muy pocos datos acerca de la infancia de Aksel: que se mudó de Trondheim a Oslo a los diez años, cuando su padre, al finalizar la guerra, consiguió trabajo en el taller mecánico de Aker. Antes de cumplir la mayoría de edad, el chico ya estaba fichado por tres delitos, aunque ninguno de gran importancia.

—Al menos según los criterios actuales —murmuró Inger Johanne Vik para sí mientras pasaba las hojas crujientes y amarilleadas por el tiempo. En los sumarios de los juicios se mencionaban dos atracos de quioscos y una huida en un coche robado, que fracasó cuando el destartalado Ford se quedó sin gasolina y lo dejó tirado en la calle Moss. Cuando Aksel Seier contaba veintiún años fue detenido por violación y asesinato.

La niña se llamaba Hedvik y no tenía más que ocho años cuando murió. La encontró un empleado de aduanas metida en un saco de arpillera junto al almacén del puerto de Oslo. Estaba desnuda y mutilada. Es cierto que no había pruebas materiales: no se hallaron rastros de sangre ni huellas dactilares ni pisadas ni marcas de otro tipo que vinculasen al autor con la víctima. Pero dos testigos sólidos que aquella madrugada habían salido a realizar una gestión legal lo habían visto cerca del lugar de los hechos.

Al principio el joven lo negó todo en redondo. Con el tiempo, acabó por admitir que había estado en la zona comprendida entre Pipervika y Vippetangen la noche que mataron a Hedvik pero aseguraba que lo único que había hecho era vender un poco de alcohol ilegal. Se negó a revelar el nombre del cliente.

Pocas horas después de la detención, la policía desenterró una vieja denuncia por exhibicionismo. Aksel tenía dieciocho años en ese entonces y, según él, sencillamente estaba borracho y se había puesto a orinar en la playa de Ingier una noche de verano. Pasaron tres chicas, y él solo quiso tomarles un poco el pelo, declaró. Chorradas y tonterías de borracho. Él no era así. No se había exhibido, solo les había tomado el pelo a tres niñas histéricas.

La denuncia fue archivada, pero años después resurgió del olvido como un

colérico dedo acusador, un estigma del que él creía haberse librado ya.

Cuando el nombre de Aksel apareció en los periódicos, en grandes titulares que llevaron a su madre a quitarse la vida el día de Nochebuena de 1956, la policía recibió tres nuevas denuncias. Una fue desestimada cuando la fiscalía descubrió que la mujer de mediana edad acostumbraba a denunciar una violación cada medio año. Las otras dos fueron tomadas más en serio.

Margrete Solli, de diecinueve años, había salido con Aksel durante tres meses. Era una mujer de principios firmes, cosa que casaba mal con Aksel, según comentó ruborizada y con la vista baja. En varias ocasiones él había conseguido por la fuerza lo que ella pretendía reservar para el matrimonio.

La versión de Aksel era distinta. Recordaba noches maravillosas junto al lago de Sogn, las protestas risueñas de ella y las palmadas que le propinaba en las manos cuando él las colaba por debajo de su ropa. Recordaba los ardientes besos de despedida y sus tibias promesas de matrimonio para cuando le concedieran el diploma de oficial. Le habló a la policía y al tribunal de una chica a la que, en cambio, sí hubo que convencer, pero con el método habitual. Al fin y al cabo, así eran las mujeres antes de que las llevaran al altar, ¿no?

La tercera denuncia procedía de una mujer a la que Aksel Seier decía no haber visto nunca. La violación presuntamente se había perpetrado hacía muchos años, cuando la chica tenía solo catorce. Aksel protestó con vehemencia. No conocía a aquella mujer. Se mantuvo en sus trece, durante las nueve semanas de prisión preventiva y durante el largo y destructivo juicio. Nunca la había visto, ni había oído hablar de ella.

Pero mentía sobre tantas cosas...

Cuando el fiscal presentó acusación, Aksel finalmente facilitó el nombre del cliente que podía proporcionarle una coartada. El hombre se llamaba Arne Frigaard y había comprado veinte botellas de buen aguardiente casero por veinticinco coronas. Cuando la policía fue a comprobarlo a su casa de Frogner, se encontró con un sorprendido coronel Frigaard que puso los ojos como platos ante aquellas burdas calumnias. Mostró a los dos inspectores su armario de bebidas: todo productos de primera calidad. Lo cierto es que su mujer permaneció callada durante casi todo el rato, pero asintió con la cabeza cuando su vociferante marido aseveró que la noche de los hechos se había quedado en casa y se había acostado pronto porque tenía migraña.

Inger Johanne se pasó el dedo por el caballete de la nariz y tomó un sorbo de su té frío.

Nada parecía indicar que alguien se hubiera molestado en investigar la historia del coronel. A pesar de todo, Inger Johanne detectaba cierta ironía, o quizá más bien una distancia sarcástica, en la seca reproducción por parte del juez de la declaración del inspector de policía. El propio coronel nunca compareció ante el tribunal. Un médico certificó la migraña que padecía,

ahorrándole así a un antiguo paciente el fastidio de enfrentarse a las acusaciones de haber comprado aguardiente barato.

Unos ruidos provenientes del dormitorio la sobresaltaron. Incluso tras los últimos cinco años en que el estado de la niña había mejorado mucho —solía dormir de un tirón, profunda y tranquilamente toda la noche; solo debía de estar un poco constipada—, un escalofrío seguía recorriéndole la columna vertebral ante el menor atisbo de flemas o de tos. Todo quedó en silencio de nuevo.

Había un testigo especialmente interesante. Evander Jakobsen, de diecisiete años; cumplía condena en la cárcel. Pero estaba libre cuando se cometió el asesinato de la pequeña Hedvik y afirmaba que Aksel Seier le había pagado para llevar un saco desde la ciudad vieja hasta el puerto. En su primera declaración había asegurado que aquella noche Seier había recorrido con él las calles, pero no quería llevar él mismo el saco «para no llamar la atención». Más tarde cambió su testimonio: no había sido Seier quien le había pedido que cargase con el saco, sino otro hombre cuyo nombre no constaba. Según esta nueva versión de lo ocurrido, Seier lo había recibido en el puerto y se había hecho cargo del saco sin decir gran cosa. Se suponía que el saco contenía cabezas y manos de cerdo. Evander Jakobsen no lo había comprobado. Pero apestar, apestar, de eso no cabía la menor duda, y el peso era aproximadamente el mismo que el de una niña de ocho años.

Esta historia tan poco creíble había hecho dudar al periodista de la sección de sucesos del periódico *Dagbladet*, quien calificó la declaración de Evander Jakobsen de «brutalmente inverosímil» y encontró apoyo en el *Morgenbladet*, cuyo reportero se mofaba sin tapujos de las declaraciones contradictorias que el joven pájaro enjaulado hacía desde la tribuna de los testigos.

Las reservas de los periodistas no sirvieron de gran cosa.

Aksel Seier fue juzgado por violar a la pequeña Hedvik Gåsøy, de ocho años. A continuación fue procesado por matarla con el fin de ocultar el primer crimen.

Lo condenaron a cadena perpetua.

Inger Johanne Vik amontonó con cuidado los papeles. En la pequeña pila solo estaban la transcripción de la sentencia y unos cuantos recortes de periódico. No había documentos de la policía ni interrogatorios ni informes de expertos, a pesar de que quedaba claro que se habían redactado.

Los periódicos dejaron de escribir sobre el caso cuando se dictó la sentencia.

Para Inger Johanne Vik, la condena de Aksel Seier era más que un caso entre muchos otros; lo que lo hacía especial era el modo en que acababa la historia, un final que le quitaba a uno el sueño. Aunque eran ya las doce y media, ella no estaba en absoluto cansada.

Lo leyó todo de nuevo. Bajo el texto de la sentencia, enganchado con un clip a los recortes de periódico, estaba el inquietante relato de la anciana.

Finalmente Inger Johanne se levantó. Fuera había empezado a clarear.

Tendría que levantarse dentro de unas pocas horas. La niña gruñó sin despertarse cuando ella intentó apartarla hacia un lado de la cama. Habría que dejar que siguiera durmiendo. De todos modos, a ella le resultaría imposible conciliar el sueño.

—Es una historia increíble.

—¿Lo dices en sentido literal? ¿O sea que simple y llanamente no me crees?

Acababan de ventilar la habitación y la enferma parecía algo más despejada. Estaba sentada en la cama, y en un rincón había una televisión encendida, aunque sin sonido. Inger Johanne Vik sonrió, acariciando levemente la colcha doblada sobre el respaldo del sillón.

—Claro que te creo. ¿Por qué no te iba a creer?

Alvhild Sofienberg no respondió. Su mirada pasó de la mujer más joven a la televisión, donde las imágenes relampagueaban sin sentido en la pantalla. La anciana tenía los ojos azules y el rostro ovalado. Daba la impresión de que sus labios habían desaparecido entre las oleadas de dolor intenso. El cabello se le había marchitado sobre el estrecho cráneo.

Quizás alguna vez había sido guapa; no era fácil determinarlo. Inger Johanne escuchó sus ajadas facciones intentando imaginarlas tal y como debían de ser en 1965, el año en que Alvhild Sofienberg cumplió treinta y cinco.

—Yo nací en 1965 —dijo Inger Johanne de pronto y dejó la carpeta a un lado—. El 22 de noviembre. Exactamente dos años después del atentado contra Kennedy. En esa época mis hijos ya eran grandecitos y yo acababa de licenciarme en Derecho.

La anciana sonrió, desplegando una sonrisa de verdad, y los dientes grises le brillaron en la tensa apertura entre nariz y barbilla. Cuando hablaba, las consonantes sonaban ásperas y las vocales desaparecían. Se estiró para agarrar un vaso de agua y bebió.

El primer empleo de Alvhild Sofienberg fue como funcionaria en la Dirección General de Prisiones. Se encargaba de tramitar las peticiones de indulto dirigidas al rey. Inger Johanne ya lo sabía; eso decían los papeles que referían la historia de la anciana obsesionada con una condena y unos viejos recortes de periódico amarillentos sobre un hombre que se llamaba Aksel Seier y que fue condenado por infanticidio.

—Un aburrimiento de trabajo, la verdad, o al menos me lo parece ahora. No recuerdo que entonces me disgustara, sino todo lo contrario. Tenía una

formación, una educación superior, una... Me había licenciado, en aquellos tiempos eso era algo excepcional. En mi familia, al menos.

Volvió a mostrar los dientes, intentando humedecerse la fina boca con la punta de la lengua.

—¿Cómo conseguiste hacerte con todos los documentos?—le preguntó Inger Johanne al tiempo que le rellenaba el vaso con una jarra. Los cubitos de hielo se habían derretido y el agua despedía un leve olor a cebolla—. Es decir, las peticiones de indulto nunca han ido acompañadas del resto de la documentación del caso, de las transcripciones de los interrogatorios policiales y cosas así, ¿verdad? No entiendo bien cómo conseguiste...

Alvhild intentó enderezar la espalda. Cuando Inger Johanne se inclinó sobre ella para ayudarla, percibió de nuevo el olor a cebolla vieja, cada vez más intenso. El aliento de la mujer empezaba a heder a putrefacción y le inundaba a Inger Johanne las fosas nasales provocándole arcadas, que ella tuvo que disimular con algo de tos.

—Huelo a cebolla —murmuró la vieja—. Nadie sabe a qué se debe.

—Quizá sea... —Inger Johanne señaló la jarra con el dedo—. He notado un poco...

—Al contrario —carraspeó la anciana—. El agua se impregna de mi olor. Tendrás que aguantarte un rato. Los solicité, simple y llanamente. —Señaló la carpeta, que había caído al suelo—. Como he escrito ahí, no soy del todo capaz de explicar qué despertó mi interés. Quizá fuera la sencillez de la solicitud de indulto. El hombre llevaba ocho años en la cárcel y nunca había admitido su culpabilidad. Ya había solicitado el indulto en tres ocasiones y siempre se lo habían denegado, pero él no apelaba la decisión. No alegaba enfermedad, como hacen casi todos. No había escrito páginas y páginas sobre su precario estado de salud, sobre la familia que lo esperaba en casa, los niños que le echaban de menos o cosas así. La solicitud constaba de una sola línea, dos frases: « Me han condenado siendo inocente. Por eso solicito el indulto» . Esto me fascinó. Por eso pedí los documentos. Estamos hablando de... —Trató de alzar las manos—. Casi un metro de documentos. Los leí una y otra vez, y cada vez estaba más convencida. —Bajó las manos, con los dedos temblándole del esfuerzo.

Inger Johanne se agachó para recoger la carpeta del suelo. Se le puso la carne de gallina porque la ventana estaba entreabierta y había corriente. La cortina ondeó de improviso, y ella dio un respingo. En la televisión el telediario fulguraba en tonos azules y, de repente, a Inger Johanne empezó a irritarle que el aparato estuviera encendido para nada.

—¿Opinas lo mismo que yo? ¿Era inocente? Estoy convencida de que lo condenaron injustamente y alguien intentó tapanlo todo. —La voz de Alvhild Sofienberg había adquirido un tono cortante, agresivo.

Inger Johanne volvía las hojas envejecidas en silencio.

—Supongo que es bastante obvio —dijo, casi inaudiblemente.

—¿Qué has dicho?

—Que sí, que estoy de acuerdo contigo.

Fue como si la enferma perdiese de pronto las pocas fuerzas que le quedaban. Se hundió en la almohada, cerró los ojos y se le relajó el rostro, como si por fin hubieran remitido los dolores. Solo las fosas nasales le palpitaban ligeramente.

—Quizá lo más aterrador no sea que lo condenasen injustamente —murmuró Inger Johanne despacio—. Lo peor es que nunca consiguió... Lo que pasó luego, cuando lo soltaron, que... Me pregunto si seguirá vivo.

—Otro más —dijo Alvhild abatida, con la mirada clavada en el aparato de televisión. Subió el volumen con el mando a distancia que estaba atado a la cabecera de la cama—. Han secuestrado a otro crío.

Un niño pequeño aparecía sonriendo pudorosamente en una fotografía de aficionado. Tenía el cabello castaño y rizado y abrazaba un cochecito de bomberos de plástico rojo contra su pecho. Detrás de él, desenfocada, se apreciaba la figura de un adulto que reía cordialmente.

—La madre, quizá. Pobre mujer. Me pregunto si habrá alguna conexión. Con la niña, quiero decir, la que...

Kim Sande Oksøy había desaparecido la noche anterior de su casa en Barum, según informaba una voz metálica. El viejo aparato emitía las imágenes azuladas y el sonido amortiguado. El autor de los hechos se había introducido en el chalé adosado mientras la familia dormía. Una cámara que mostraba una toma aérea de una zona residencial enfocó una ventana del primer piso. Las cortinas se mecían levemente, y la cámara hizo zoom sobre el marco destrozado y sobre un osito de peluche verde que descansaba sobre una estantería en el interior. El policía, un joven de mirada algo indecisa y uniforme incómodo, exhortó a todos aquellos que pudiesen proporcionar alguna pista sobre su paradero a llamar a un número gratuito o a ponerse en contacto con la comisaría más cercana.

El niño no tenía más que cinco años. Hacía seis días que Emilie Selbu, de nueve años, había desaparecido cuando volvía a casa del colegio.

Alvhild Sofienberg se había quedado dormida. Tenía una pequeña cicatriz en la comisura del labio, una hendidura oblicua que le daba una apariencia risueña. Inger Johanne salió sigilosamente del cuarto, y cuando bajaba hacia la planta baja, vino a su encuentro una enfermera. Esta no dijo nada, simplemente se paró en las escaleras y se arrimó a la barandilla. También olía ligeramente a cebolla y a productos de limpieza. Inger Johanne empezaba a marearse. Pasó por delante de la mujer sin estar segura de si alguna vez regresaría a aquella casa en la que el hedor putrefacto de la agonizante del primer piso se adhería a todo y a todos.

Emilie se sentía mayor desde que había llegado el chico nuevo. Él estaba aún más aterrorizado que ella. Cuando, hacía un rato, el señor lo había encerrado en aquel cuarto, se había hecho caca. Y eso que ya casi tenía edad para ir al colegio. En un lado de la habitación, junto al inodoro, había un lavabo. El señor les había arrojado una toalla y una pastilla de jabón, y Emilie había conseguido dejarlo bastante limpio. Pero no había ropa limpia por ahí, de modo que metió los calzoncillos sucios bajo el lavabo, entre la pared y la tubería. El niño, al ver que tendría que ir sin calzoncillos, rompió a llorar sin parar.

Hasta ahora, que por fin se había dormido. En la habitación había una sola cama, bastante estrecha y que debía de ser vieja. La madera del armazón, gastada y ennegrecida, tenía unos garabatos trazados con rotulador, ya muy desvaídos. Cuando Emilie levantó la sábana, advirtió que el colchón estaba cubierto de pelos largos, pelos de mujer adheridos a la gomaespuma, de modo que se apresuró a tapanlo de nuevo con la sábana. El niño yacía bajo el edredón con la cabeza de rizos castaños sobre el regazo de Emilie. Ella empezó a preguntarse si sabría hablar. El muchacho le había balbuceado su nombre cuando se lo había preguntado. Kim o Tim, no estaba segura. También había llamado a su mamá, así que no podía ser mudo del todo.

—¿Duerme?

Emilie se sobresaltó. La puerta estaba entreabierta. Las sombras no le permitían distinguir sus facciones, pero la voz sonaba con claridad. La niña asintió con un gesto apenas perceptible.

—¿Duerme?

El hombre no parecía enfadado ni enojado, no ladraba como hacía papá cuando tenía que preguntar algo varias veces.

—Sí.

—Bien. ¿Tienes hambre?

La puerta era de hierro y por la parte interior no tenía pomo. Emilie no sabía cuánto tiempo llevaba en aquella habitación, con el retrete y el lavabo a un lado, la cama al otro y, por lo demás, solo paredes de cemento y una puerta brillante. Pero no permanecía inactiva por un instante. Había palpado esa puerta por lo

menos cien veces: era muy lisa y estaba fría como el hielo. El señor tenía miedo de que se le cerrara estando él dentro. En las pocas ocasiones en que se adentraba en la habitación, la sujetaba con un gancho a la pared, pero normalmente, cuando traía la comida y la bebida, lo dejaba todo en una bandeja a la puerta.

—No.

—Bien. Tú también deberías dormirte, es de noche.

De noche.

El sonido de la pesada puerta al cerrarse provocó que Emilie se echara a llorar. Aunque el señor decía que era de noche, no daba esa impresión. Como no había una sola ventana en la habitación y la luz estaba siempre encendida, resultaba imposible notar la diferencia entre noche y día. Al principio ella no había caído en la cuenta de que las rebanadas de pan y la leche eran el desayuno, ni que los guisos y las creps que le dejaba el señor en una bandeja amarilla constituían su almuerzo. Al final lo entendió, pero entonces él empezó a hacer trampas. A veces le daba rebanadas de pan tres veces seguidas.

Hoy, después de meter a Kim o Tim en el cuarto de un empujón, el hombre les había servido sopa de tomate dos veces. Estaba tibia y no llevaba macarrones.

Emilie intentó dejar de llorar. No quería despertar al niño. Contuvo la respiración para no temblar, pero no funcionó.

—Mamá —sollozó sin querer—. Mami.

Papá la estaba buscando, desde hacía mucho tiempo. Seguro que él y la tía Beate estaban todavía corriendo por el bosque buscándola, aunque fuera de noche. Quizá los acompañaba el abuelo. A la abuela le dolían los pies, así que debía de estar en casa leyendo libros o preparando gofres para que se los comieran los demás después, cuando regresaran del Camino al Paraíso y el Árbol del Cielo sin haberla encontrado.

—Mamá —gimió Kim o Tim, y rompió a chillar.

—Calla.

—¡Mamá! ¡Papá!

El niño se levantó de pronto, berreando. La boca se le convirtió en una enorme cavidad, y el rostro entero se le crispó mientras soltaba un único y estridente chillido. Ella se colocó de cara a la pared y apretó los párpados con todas sus fuerzas.

—No debes gritar —dijo llanamente—. El señor se va a enfadar con nosotros.

—¡Mamá! ¡Quiero que venga mi papá!

El niño estaba a punto de asfixiarse. Jadeaba afanosamente, y cuando Emilie abrió los ojos vio que la cara se le había puesto de color rojo oscuro. Le escurrían mocos de una de las fosas nasales. Emilie tomó la punta del edredón y le limpió la nariz con cuidado. Él intentó apartarla de un golpe.

—No quiero —resolló—. No quiero.

—¿Te cuento una historia?—preguntó Emilie.

—No quiero. —Se pasó la manga bajo la nariz.

—Mi madre está muerta —dijo Emilie sonriendo un poco—. Está sentada en el cielo y cuida de mí. Siempre. Seguro que puede cuidarte a ti también.

—No quiero.

Por lo menos el niño no lloraba ya tan violentamente.

—Mi mamá se llama Grete. Tiene un BMW.

—Audi —repuso el niño.

—Mamá tiene un BMW en el cielo.

—Audi —repitió el niño, esbozando una sonrisa que lo hizo parecer mucho más guapo.

—Y un unicornio. Un caballo blanco con un cuerno en la frente, un caballo que vuela. Cuando se cansa de usar el BMW, mamá va volando sobre su unicornio a todas partes. Quizá venga hasta aquí. Yo creo que no tardará.

—Armará un buen jaleo —dijo el niño.

Emilie sabía perfectamente que mamá no tenía un BMW, que no estaba en el cielo y que los unicornios no existían. Tampoco existía el cielo, por más que papá insistiera en que sí. A él le encantaba hablar de todo lo que tenía mamá allí arriba, todo lo que siempre había querido tener y nunca habían podido permitirse. Mientras que en el paraíso todo era gratis, allí no tenían un céntimo, como solía decir papá en broma. Ahora mamá tenía todo lo que quería, y papá pensaba que a Emilie le gustaba oírle hablar de eso. Ella le había creído durante mucho tiempo y le gustaba pensar que mamá volaba por ahí sobre un unicornio engalanada con un vestido rojo y unos diamantes tan grandes como ciruelas en las orejas.

La tía Beate le había echado la bronca a papá. Emilie había desaparecido para mandarle cartas a mamá y, cuando papá por fin la encontró, la tía Beate se enfureció tanto que hizo que toda la casa retumbara con sus gritos. Los mayores creían que Emilie ya se había dormido, pues era noche cerrada.

—Ya es hora de que se le diga a la niña la verdad, Tønnes. Grete está muerta. Punto. Está metida en una urna, reducida a cenizas, y Emilie ya tiene edad para comprenderlo. Debes dejarte de tonterías. La estás malcriando con tus historias fantásticas. Mantienes viva a Grete de un modo artificial, y no tengo nada claro a quién quieres engañar, si a Emilie o a ti mismo. Grete está muerta. MUERTA, ¿lo entiendes?

La tía Beate lloraba y estaba enfadada al mismo tiempo. Era la persona más lista de todo el planeta. Lo decía todo el mundo. Era médico jefe y lo sabía todo sobre las enfermedades del corazón, absolutamente todo. Salvaba a la gente que estaba al borde de la muerte simplemente con lo mucho que sabía. Si la tía Beate decía que las historias de papá eran mentira, seguro que tenía razón. Unos días más tarde, papá sacó a Emilie al jardín para mirar las estrellas. Señalando al

cielo, le contó que se habían abierto cuatro nuevos claros en el firmamento porque mamá tenía muchas ganas de verla mejor. Como Emilie no respondió, él se puso triste. Ella se lo notó en los ojos cuando sacó un libro y le leyó un poco en la cama. La niña se había negado a escuchar el resto de la historia del viaje de mamá al Japón del Cielo, el cuento que duraba ya tres noches y que, en realidad, era bastante divertido. Papá vivía de traducir libros y seguramente le gustaban demasiado los cuentos.

—Me llamo Kim —dijo el niño y se metió el pulgar en la boca.

—Yo me llamo Emilie —contestó Emilie.

Cuando se durmieron no tenían idea de que fuera amanecía.

Un piso y medio más arriba, al nivel del suelo, en una casa a las afueras de un bosquecillo, un hombre estaba sentado mirando fijamente por la ventana. Sentía una lucidez extraña, casi embriagadora, como si se hallase ante un reto que sabía que iba a superar. No lograba conciliar el sueño. Durante la noche alguna vez se le habían empezado a cerrar los ojos, pero inmediatamente lo asaltaba un pensamiento que lo despabilaba del todo.

La ventaba daba al oeste. El hombre contemplaba la lenta retirada de la oscuridad hacia el horizonte mientras la luz del alba iniciaba el aseo matutino de los cerros del otro lado del valle. Se levantó y dejó el libro sobre la mesa.

Nadie más lo sabía. Dentro de menos de dos días uno de los niños del sótano estaría muerto. Aunque esta certeza no le producía la menor alegría, pero su estado de determinación alterada lo impulsó a echar azúcar y un chorro de leche en el café amargo de la noche anterior.

—Bienvenida al estudio, Inger Johanne Vik. Usted es jurista y psicóloga y ha escrito una tesis doctoral sobre por qué la gente comete delitos sexuales. Después de lo que ahora ha...

Inger Johanne cerró los párpados por un momento. A pesar de la intensidad de la luz, hacía tanto frío en aquella enorme sala que ella notaba que se le encogía la piel del antebrazo.

Habría debido rechazar la invitación, decir que no. Sin embargo, dijo:

—Permitame en primer lugar precisar que yo no he escrito ninguna tesis sobre por qué alguien se convierte en un delincuente sexual. Eso, a mi juicio, es algo que nadie puede saber con certeza. Lo que yo he hecho es comparar una muestra arbitraria de delincuentes sexuales sentenciados con una muestra igual de condenados por delitos económicos para investigar las semejanzas y las diferencias en su entorno, su infancia y su temprana juventud. Mi tesis se titula «Sexuality motivated crime, a comp...».

—Está entrando en detalles que pueden confundir a la audiencia, Vik. En definitiva, es autora de un importante trabajo sobre delincuentes sexuales. En menos de una semana, dos niños han sido arrancados brutalmente de los brazos de sus padres. ¿Alberga usted alguna duda sobre la naturaleza sexual de estos delitos?

—¿Alguna duda...?

Inger Johanne no se atrevía a agarrar el vaso de plástico con agua. Para evitar que los dedos le temblaran descontroladamente tuvo que sujetarse las manos. Quería contestar, pero le fallaba la voz. Tragó saliva.

—No es que lo dude, sino que no entiendo sobre qué base se puede sostener algo así.

El entrevistador levantó la mano y frunció el entrecejo, como si ella hubiera violado algún tipo de acuerdo.

—Obviamente, no hay que descartar esa posibilidad —rectificó ella—. Todo es posible. Los niños pueden haber sido víctimas de una agresión sexual, pero también de algo completamente distinto. No estoy en la policía y solo conozco los casos a través de los medios de comunicación. Sin embargo, yo diría que la

investigación ni siquiera ha dejado claro si los dos... secuestrados, por así llamarlos... guardan alguna relación entre sí. Cuando acepté venir aquí fue porque creí entender que... —Tragó saliva de nuevo. La garganta se le cerraba. La mano derecha le temblaba de tal manera que tuvo que esconderla bajo el muslo. Habría debido rechazar la invitación.

—En cambio usted —dijo el presentador del programa con chulería, clavando los ojos en una señora de traje negro y una larga cabellera plateada—, Solveig Grimsrud, presidenta de la recién fundada organización PROTEGER A NUESTROS HIJOS, usted es claramente de la opinión de que nos enfrentamos a un pederasta.

—Por lo que sabemos de casos parecidos que se han dado en el extranjero, resulta increíblemente ingenuo creer otra cosa. Cuesta imaginarse algún otro motivo por el que alguien secuestraría a unos niños que no tienen nada que ver entre sí, al menos según los periódicos. Conocemos casos de Estados Unidos y de Suiza, por no hablar de los terribles sucesos de Bélgica de hace unos pocos años... Conocemos estos casos, y conocemos los resultados. —Grimsrud se dio una palmadita en el pecho, y el micrófono que llevaba prendido a la solapa de la chaqueta emitió un desagradable pitido. Inger Johanne vio que un técnico situado detrás de las cámaras se echaba las manos a la cabeza.

—¿Qué quiere decir con... los resultados?

—Quiero decir lo que digo. Los secuestrados de niños se deben siempre a una de estas tres cosas. —Un largo mechón le cayó a Solveig sobre los ojos, y ella se lo colocó detrás de la oreja antes de comenzar su enumeración, que recalca con los dedos de una mano—. En primer lugar, está la simple y llana extorsión, cosa que podemos descartar en estos casos porque las familias de los niños tienen una economía normal y no podrían pagar grandes sumas a los secuestradores. Luego tenemos a un gran número de niños que son secuestrados por la madre o el padre, con más frecuencia por este último, tras la ruptura de la vida en común. Esto también queda descartado en estos casos; la madre de la chica está muerta, y los padres del niño siguen casados. Esto nos deja con la última posibilidad: que los niños hayan sido secuestrados por uno o más pederastas.

El presentador del programa vaciló.

Inger Johanne sintió como en sueños la tripa desnuda de un niño contra la espalda, el cosquilleo de dedos dormidos sobre la nuca.

Un hombre de unos sesenta años, con gafas de piloto y la vista baja, tomó aliento y se puso a hablar apresuradamente.

—A mi juicio, la teoría de Grimsrud no es más que una entre muchas. Creo que deberíamos...

—Fredrik Skolten —lo interrumpió el presentador—. Es detective privado y ha trabajado durante veinte años en la policía. Queremos informar a los telespectadores de que hemos invitado a la Kripas a enviar a algún representante

a este programa, pero han declinado la oferta. Señor Skolten, con la larga experiencia que tiene usted en la policía, ¿qué teorías cree que se barajan ahora?

—Como estaba a punto de decir... —El hombre clavó los ojos en un punto de la superficie de la mesa mientras se frotaba la palma de la mano izquierda con el dedo índice derecho—. Por ahora, es probable que muchas líneas de investigación continúen abiertas. Pero hay mucho de cierto en lo que dice Grimsrud. Los secuestros de niños suelen encajar en tres categorías, las tres que ella... Y las dos primeras parecen bastante...

—¿Inverosímiles?

El presentador se inclinó hacia él, como si ambos mantuviesen una conversación íntima.

—Bueno, sí. Pero no hay fundamento para... Así sin más...

—Ya es hora de que la gente despierte —lo interrumpió Solveig Grimsrud—. Hasta hace poco hemos creído que las agresiones sexuales a niños eran algo que no nos incumbía, algo que solo ocurría lejos de aquí, en Estados Unidos, por ejemplo. Hemos dejado que nuestros niños fueran solos al colegio, que se fueran de acampada sin adultos, que se quedaran en casa durante horas sin alguien que los cuidara. Así no podemos seguir. Ya es hora de que...

—Ya es hora de que yo me retire.

Inger Johanne se levantó de forma maquinal. Miró directamente a la cámara, un cíclope electrónico que le devolvía la mirada con un ojo gris y vacío que la dejó helada. Aún tenía el micrófono prendido a la solapa.

—Esto pasa de castaño oscuro. En algún lugar, ahí fuera —elevó el dedo hacia a la cámara—, está sentado un viudo cuya hija desapareció hace una semana. Y también un matrimonio. Les han robado a su hijo; se lo quitaron en mitad de la noche. Y aquí estás tú... —apuntó a Solveig Grimsrud con una mano trémula—, diciéndoles que ha pasado lo peor. No tienes ninguna, repito, ninguna base para sostener algo así. Es desconsiderado, cruel..., irresponsable. Como ya he dicho, solo conozco estos casos por los medios de comunicación, pero espero... Lo cierto es que estoy segura de que la policía no se ha cerrado en banda como tú. Aquí y ahora soy capaz de imaginar seis o siete explicaciones alternativas de estos secuestros, tan convincentes o tan absurdas como las demás. Pero por lo menos están mucho más fundamentadas que tus especulaciones sensacionalistas. Hace solo un día que desapareció el pequeño Kim. ¡Un día! No tengo palabras... —No era solo una frase hecha. Se quedó callada. Después se arrancó el micrófono de la solapa y se marchó. La cámara la siguió hasta la puerta del estudio, con movimientos bruscos y poco usuales.

—Bueno —dijo el presentador. Le sudaba el labio superior y respiraba con la boca abierta—. Ya hemos pasado por esto en otras ocasiones.

En otra parte de Oslo, dos hombres estaban sentados mirando la televisión. El

mayor de ellos sonrió levemente, el más joven asestó un puñetazo a la pared.

—Joder. Qué tía. ¿La conoces? ¿Has oído hablar de ella?

El mayor de ellos, el comisario Yngvar Stubø de la Kripos, asintió con aire ausente.

—He leído la tesis de la que ha hablado. Bastante interesante, la verdad. Ahora está investigando sobre el seguimiento por parte de los medios de comunicación de los crímenes más brutales. Por lo que entendí de un artículo que leí, está estudiando el modo en que afectó a una serie de condenados el hecho de que su caso tuviese o no mucha repercusión en la prensa. El punto en común es que todos proclamaban su inocencia. Lleva muchos años estudiando eso. Desde los años cincuenta, creo. No sé por qué.

—Al menos la señora tiene agallas —comentó Sigmund Berli con una sonrisa—. Creo que nunca había visto a nadie levantarse y largarse. ¡Es tremendo! ¡Sobre todo porque tiene razón!

Yngvar Stubø se encendió un puro enorme, señal de que daba la jornada laboral por terminada.

—Tiene tanta razón que sería muy interesante hablar con ella —respondió poniéndose su chaqueta—. Nos vemos mañana.

Un niño que va a morir no lo sabe. No piensa en absoluto en la muerte. Lucha por un puro instinto de supervivencia, como las lagartijas que están dispuestas a renunciar a la cola cuando corren peligro de muerte. Toda criatura lleva en sus genes el impulso de sobrevivir, y los niños no son una excepción, aunque no sean capaces de representarse la muerte. Los temores de los niños son muy concretos: temen a la oscuridad, a los extraños quizás, a separarse de su familia, al dolor, a los ruidos misteriosos y a perder objetos preciados. La muerte, en cambio, resulta incomprensible para la mente infantil.

Un niño que va a morir no lo sabe.

Así pensaba el hombre mientras lo preparaba todo.

Llenó un vaso de Coca-Cola y empezó a preguntarse por qué se entregaría a este tipo de reflexiones. Aunque no había elegido al niño por casualidad, tampoco lo unía a él sentimiento alguno. El niño era para él, desde el punto de vista emotivo, un completo desconocido, un peón en una partida importante. No iba a notar nada. En cierto modo, esto será lo mejor para el niño. La añoranza de sus padres, ese dolor tan comprensible en un niño de solo cinco años, debía de ser más inhumano que una muerte rápida e indolora.

El hombre machacó una pastilla de Valium y la disolvió en el refresco. Se trataba de una dosis pequeña, apenas suficiente para dormir al niño. Convenía que estuviese dormido cuando llegase el momento; era lo más sencillo, lo más práctico. Ponerle una inyección a un crío ya resulta lo bastante difícil, como para encima tener que lidiar con sus chillidos y pataleos.

De tanto oír el burbujeo del vaso de Coca-Cola le dio sed. Se humedeció los labios con la lengua. Un escalofrío le recorrió la espalda. En cierta medida estaba ansioso por poner manos a la obra, por llevar a cabo un plan tan meticulosamente preparado.

Le llevaría seis semanas y cuatro días, si todo salía según lo previsto.

Apenas se notaba que solo faltaba poco más de un mes para el sol de medianoche. Una niebla gris flotaba sobre el lago de Sogn, y los árboles seguían desnudos. En algún que otro sauce despuntaban unos pocos brotes, y en las laderas que daban al sur las fârfaras tenían ya los tallos largos, pero, por lo demás, podría haber sido perfectamente 14 de octubre en vez de 14 de mayo. Una niña de seis años con un peto rojo y botas de agua amarillas se quitó el gorro.

—Ahí no, Kristiane. Al agua no.

—Déjala que chapotee, mujer. Lleva puestas las botas.

—¡Por Dios, Isak! ¡El agua es demasiado profunda! ¡Kristiane! ¡Eso no!

La niña no hacía caso. Tarareaba una melodía monótona, y el agua le cubría ya las botas, que se le estaban llenando con un gorgoteo. La niña mantenía la vista fija al frente mientras repetía las cuatro notas una y otra vez.

—Te has empapado —la riñó Inger Johanne Vik cuando la niña regresó a la orilla.

Esta desplegó una gran sonrisa sin despegar los ojos de sus propios pies y dejó de cantar. La madre la asió del brazo y la sentó en un banco situado a un par de metros de allí. De una mochila sacó unos leotardos secos, un par de calcetines gruesos y unas zapatillas de deporte para ponérselos a Kristiane, pero esta no se dejaba. Estaba rígida y apretaba con fuerza una pierna contra la otra, de nuevo con la mirada perdida. En el fondo de su garganta sonaban las mismas notas de siempre, dam-di-rum-ram. Dam-di-rum-ram.

—Te vas a poner mala —le advirtió Inger Johanne—. Te vas a constipar.

—Constipar. —Kristiane sonrió y sus ojos se encontraron con los de la madre en un repentino momento de concentración.

—Sí. Enferma.

Inger Johanne intentaba retener su mirada, aprisionarla.

—Dam-di-rum-ram —tarareó Kristiane antes de volver a quedarse petrificada.

—Vamos. Déjame.

Isak levantó a su hija en volandas y la lanzó por los aires.

—Papá —gritaba Kristiane riendo—. ¡Más!

—Allá va —exclamó Isak, y dejó que la niña arrastrara las botas empapadas por el suelo antes de arrojarla otra vez hacia la niebla—. ¡Kristiane es un avión!

—¡Avión! ¡Avión viajero! ¡Hombre gaviota!

Inger Johanne no sabía de dónde sacaba la niña todo aquello. Construía frases que no usaban ni Isak ni ella ni casi nadie, pero que siempre poseían una especie de lógica, una profundidad que no se apreciaba al instante, pero que denotaba una sensibilidad hacia la lengua que contrastaba fuertemente con las palabras cortas y sencillas que la niña empleaba normalmente, y solo cuando estaba de humor.

—Dam-di-rum-ram.

El viaje en avión había terminado, y sonaba de nuevo la cantinela. Pero ahora Kristiane, tranquilamente sentada en el regazo de su padre, se dejaba cambiar.

—Tiene el pompis helado —comentó Isak, dándole un cachete antes de ponerle el leotardo seco por los pies, cuyos dedos se le encorvaban con una fuerza anormal hacia abajo—. Kristiane se ha quedado toda helada.

—Fríakristiane. Hambre.

—Ya está. ¿Nos vamos?

Isak dejó a la niña en el suelo y luego guardó la ropa mojada en la mochila. Sacó un plátano del bolsillo lateral, lo peló y se lo alargó a Kristiane.

—¿Dónde estábamos?

Él se pasó la mano por el pelo, apelmazado por la humedad, y alzó la cara. Siempre le había parecido muy joven a Inger Johanne aunque solo era un mes menor que ella. Aquel hombre sin responsabilidades y eternamente joven siempre llevaba el cabello un poco demasiado largo, la ropa demasiado suelta, demasiado holgada para su edad. Inger Johanne intentó tragarse la acostumbrada sensación de derrota, de ser quien peor manejaba a Kristiane.

—¡Cuéntame el resto de la historia, anda! —le pidió él, animándola con una sonrisa y un gesto de la cabeza.

Kristiane ya se les había adelantado diez metros, con su característico andar vacilante que debía haber corregido hacía ya mucho. Isak posó la mano sobre el hombro de Inger Johanne durante un segundo antes de echar él también a caminar; despacio, como si dudara de que Inger Johanne fuera capaz de seguirle el paso.

—Cuando Alvhild Sofienberg decidió investigar el caso más a fondo —comenzó Inger Johanne mientras contemplaba la pequeña silueta que se había acercado de nuevo a la orilla del agua—, se encontró con una resistencia inesperada. Aksel Seier no quería hablar con ella.

—¿Ah, no? ¿Y por qué? Él mismo había pedido el indulto, ¿no se alegró de que alguien del ministerio quisiera ahondar en el caso?

—Supongo. No tengo ni idea. ¡Kristiane!

La niña se volvió, soltó una carcajada y se alejó lentamente del agua en dirección al bosque. Sin duda algo le había llamado la atención.

—En todo caso ella no se rindió. Me refiero a Alvhild Sofienberg. Al final consiguió ponerse en contacto con el cura de la cárcel, un tipo cabal y hecho a casi todo. Estaba convencido de que Seier era... inocente. También él. Esto no hizo sino reforzar el convencimiento de Alvhild, claro. Por eso, en lugar de tirar la toalla, decidí acudir de nuevo a su superior.

—Espera un momento.

Isak se detuvo y señaló con la cabeza a Kristiane, que tenía compañía de un enorme boyero de montaña bernés. La niña echó los brazos en torno al cuello del animal con un grito de alegría. El perro meneaba el rabo perezosamente.

—Deberías hacerte con un perro —le susurró Isak a Inger Johanne—. Kristiane se lleva de maravilla con los perros y le sienta bien su compañía.

—Tú también podrías hacerlo —repuso Inger Johanne con irritación—. ¿A qué viene ese empeño en que sea yo quien asuma todas las responsabilidades? ¡Siempre igual!

Él aspiró profundamente y dejó salir el aire por el hueco que mediaba entre sus dientes delanteros, emitiendo un silbido largo y suave que hizo que el perro aguzara las orejas. Kristiane se rio.

—Olvidalo —dijo él, sacudiendo ligeramente la cabeza—. ¿Y qué pasó entonces?

—No te interesa.

Isak Aanonsen se pasó una mano huesuda por la cara.

—Sí me interesa. No entiendo por qué dices eso. He escuchado toda tu historia y estoy muy interesado en que me cuentes el resto. ¿Qué te pasa?

Kristiane, después de conseguir que el perro se sentara, se había montado sobre él y le hundía los dedos en el pelaje. El dueño, de pie junto a ellos, miraba con expresión alarmada a Isaky y a Inger Johanne.

—No se preocupe —dijo Isak en voz alta y se acercó corriendo hacia ellos—. Se le dan muy bien los perros.

—Desde luego —convino el hombre.

Isak alzó a su hija en brazos, y el perro se levantó. El dueño le puso la correa y se encaminó hacia el norte a paso rápido; de vez en cuando lanzaba miradas por encima del hombro, como si temiese que aquella niña amenazadora estuviera siguiéndolos.

—Cuéntame, anda —rogó Isak

—Dam-di-rum-ram —canturreaba Kristiane.

—El jefe denegó su petición —prosiguió Inger Johanne con sequedad—. Le dijo que archivara el caso, que tenía que concentrarse en su trabajo. Cuando ella le comunicó que había conseguido que le mandaran todos los papeles y que los había leído a conciencia, se molestó bastante. Cuando añadió que estaba

convencida de la inocencia de Seier, se puso furioso. Y entonces ocurrió lo verdaderamente... Lo que más miedo da de toda la historia.

Kristiane la tomó de pronto de la mano.

—Mamá —dijo en tono jovial—. Mi mamá y yo.

—Un día, cuando Alvhild llegó a la oficina, habían desaparecido todos los documentos.

—¿Desaparecido? ¿Sin más?

—Sí. Una pila de más de un metro de alto de documentos. Desaparecidos sin dejar rastro.

—Vamos de paseo —dijo Kristiane—. Mi mamá y yo.

—Y papá —agregó Inger Johanne.

—¿Y entonces? —Isak frunció el ceño, gesto que acentuaba su parecido con la niña: la estrechez del rostro, las cejas pobladas...

—A Alvhild Sofienberg casi le entró... miedo, o algo así. Al menos no se atrevió a darle más la lata a su jefe cuando este le comentó escuetamente que las carpetas se las había llevado «la policía». —Trazó unas grandes comillas en el aire—. Pero muy a escondidas, muy bajo mano, se enteró de esto: habían soltado a Aksel Seier.

—¿Cómo?

—Muchos años antes de que cumpliera su condena. Simplemente lo habían puesto en libertad. Tranquilamente y en silencio.

Habían llegado al gran aparcamiento contiguo al Instituto Nacional de Deporte. Prácticamente no había coches. El agua sucia y las profundas roderas corrían en todas direcciones y, bajo tres abedules llorones, estaba aparcado el viejo Opel Kadett de Inger Johanne junto al Audi TT de Isak.

—Déjame que recapitule —dijo Isak mostrándole la palma de la mano, como si estuviera haciendo un juramento sagrado—. Estamos hablando de 1965. No del siglo XVIII, ni de la época de la guerra, sino de 1965, el año en que nacimos tú y yo, cuando Noruega ya había sido reconstruida tras la guerra, la burocracia estaba bien asentada y las garantías legales eran ya un concepto bien definido. ¿Dices que lo soltaron, así sin más? Es decir, me parece estupendo eso de poner en libertad a un tipo claramente inocente, pero...

—Exacto. En esto hay un gran pero.

—Papacoché —balbució Kristiane acariciando el modelo deportivo gris plata—. Movilcoche. Automovilcoche.

Los mayores se rieron.

—Ay, mi niña —suspiró Inger Johanne mientras le ataba el gorro a Kristiane bajo la barbilla.

—¿De dónde coño lo saca?

—No digas palabrotas —lo reconvinó Inger Johanne—. Lo aprende todo. En todo caso...

Estiró la espalda. Kristiane se sentó en un charco y se puso a tararear.

—Por boca de su informante, el cura de la cárcel, supo que una anciana de Lillestrøm había acudido a la comisaría de Romerike. Hacia mucho que arrastraba un terrible secreto. Su hijo mayor, un hombre ligeramente retrasado que vivía con ella, había regresado a casa a altas horas de la noche en que desapareció la pequeña Hedvik. Tenía la ropa empapada en sangre y parecía muy alterado. La mujer había sospechado inmediatamente de él cuando el caso de Hedvik salió a la luz poco después, pero prefirió callar. Quizá no sea tan difícil de... —Eché un vistazo a su hija—. De todas maneras, el hijo había muerto. La policía y la fiscalía silenciaron el caso. Despidieron a la señora casi como si fuera una histérica, pero pocas semanas después, Aksel Seier fue puesto en libertad. De forma encubierta. Ningún periódico publicó la noticia. Alvhild no volvió a oír una palabra sobre el asunto.

La niebla se había deshecho en jirones que se deslizaban hacia el este sobre las copas de los árboles, pero en cambio se había desatado una lluvia torrencial. Un pastor inglés empapado correteaba en torno a Kristiane y salía disparado, ladrando, en pos de las piedras que ella arrojaba entre gritos de entusiasmo.

—Pero ¿por qué te ha contado todo esto Alvhild Sofienberg?

—Mmmh.

—¿Por qué te cuenta esto ahora? ¿Treinta y... treinta y cinco años más tarde?

—Porque el año pasado sucedió algo extraño. La duda la ha perseguido durante todos estos años, y ahora que es pensionista había decidido hacer lo posible por averiguar qué había ocurrido. Se puso en contacto con el Archivo Nacional y el Archivo Estatal para conseguir los documentos, y resulta que ya no existen.

—¿Cómo?

—Que han desaparecido. No están en el Archivo Nacional ni en el Archivo Estatal. La policía local de Oslo no los encuentra, y tampoco la de Romerike. Más de un metro de documentos se ha evaporado sin más.

Kristiane, que se había levantado de su charco, se acercó a ellos dando pasitos cortos, mojada y embarrada de la cabeza a los pies.

—Me alegro de que no vengas conmigo en el coche —dijo Isak, acucillándose delante de ella—. Pero nos vemos el Diecisiete de Mayo, ¿no?

—¿Le das un beso a papá antes de que nos vayamos? —preguntó Inger Johanne.

Kristiane se dejó abrazar lánguidamente, con la mirada perdida.

—¿Crees que lo conseguirás, Isak?

—Claro —respondió él sin despegar los ojos de la niña—. Soy brujo, ya sabes. Si Aksel Seier sigue vivo, habré averiguado dónde vive en menos de una semana. Garantizado.

—En esta vida no hay garantías —replicó Inger Johanne secamente—. Pero

te agradezco que lo intentes. Si alguien lo puede conseguir, ese eres tú.

—*Sure thing* —dijo Isak y subió al TT—. Nos vemos el miércoles.

Ella lo siguió con la vista hasta que su coche desapareció tras el risco que se alzaba junto a Kringsjø.

Ella sabía ahora que Isak nunca dejaría de ser un niño grande, pero no lo había entendido a tiempo. Hacia años, antes de que naciera Kristiane, había admirado su ligereza, su entusiasmo, su optimismo; la confianza infantil en que todo se podía arreglar. Él había edificado todo su futuro sobre una sólida confianza en sí mismo: había fundado una compañía punto com antes de que casi nadie supiera qué era eso y había tenido la sensatez de vender a tiempo. Ahora se lo pasaba en grande unas horas al día en su mundo informático, participaba en regatas la mitad del año y, en su tiempo libre, ayudaba al Ejército de Salvación a localizar a gente desaparecida.

Inger Johanne lo había amado por la euforia con la que se enfrentaba al mundo, por el modo en que se encogía de hombros cuando las cosas se complicaban demasiado, un gesto que lo hacía tan atractivamente diferente de ella misma.

Luego vino Kristiane. Los primeros tiempos se desvanecieron entre las tres operaciones de corazón, la vigilia y el miedo. Cuando por fin se despertaron tras su primera noche de sueño ininterrumpido, era ya demasiado tarde. Mantuvieron con vida su tambaleante matrimonio durante un año más, pero tras una estancia familiar de dos semanas en el Centro Estatal de Psiquiatría Infantil y Juvenil, adonde acudieron con la vana esperanza de obtener el diagnóstico de Kristiane, decidieron divorciarse. Quedaron, si no exactamente como amigos, sí por lo menos con el respeto mutuo más o menos intacto.

Nunca les dieron un diagnóstico preciso. Kristiane vagaba por su pequeño universo interior, y los médicos no hacían más que menear la cabeza. Autista, quizá, decían, pero fruncían el entrecejo ante la obvia capacidad de la niña para relacionarse y su gran necesidad de contacto físico. «Qué más da —decía Isak—, la niña está bien, la niña es nuestra y a mí me importa una mierda el problema que tenga». No entendía lo importante que era descubrir la naturaleza de su mal, aplicarle una terapia. Hacer posible que Kristiane desarrollara todo su potencial.

Isak era tan jodidamente irresponsable...

El problema era que nunca había llegado a aceptar que era padre de una niña discapacitada.

Isak miró por el retrovisor. Inger Johanne tenía un aspecto cansado, un poco avejentado. Siempre se tomaba las cosas a la tremenda. Lo que él quería

proponerle era que Kristiane viviera siempre con él, no solo la mitad del tiempo, como hasta ahora. Se lo notaba cada vez cuando le entregaba a Kristiane después de una semana, veía a Inger Johanne despabilada y más o menos descansada. Cuando ella le devolvía a la niña el domingo siguiente, Inger Johanne estaba de un humor sombrío, tenso e irritable. Eso no era bueno para Kristiane, como tampoco lo era esta eterna procesión por las consultas de especialistas y expertos. Isak no entendía esa obsesión por averiguar qué le ocurría a la niña. Lo importante era que ahora el corazón le funcionaba perfectamente, comía bien y se encontraba estupendamente. Su hija era feliz. De eso a Isak no le cabía la menor duda.

Inger Johanne había madurado demasiado pronto. Hacía años, antes de que naciera Kristiane, a Isak eso le había resultado atractivo, sexy. La ambición de Inger Johanne, la seriedad con la que lo hacía todo, sus anhelos, su eficacia; él se había enamorado de su juiciosa sistematización, de su admirable dedicación a los estudios y al trabajo que tenía en la universidad.

Luego llegó Kristiane.

Isak amaba a esa niña. Era su niña. A Kristiane no le pasaba nada malo. No era como los demás, pero era ella misma. Con eso bastaba. La opinión de todos los especialistas del mundo era irrelevante para él, pero no para Inger Johanne. Ella siempre tenía que llegar al fondo de las cosas.

Era tan jodidamente responsable...

El problema era que nunca había llegado a aceptar que era madre de una niña discapacitada.

El comisario Yngvar Stubø tenía pinta de jugador de fútbol americano. De complexión recia, rebasaba la barrera del sobrepeso pese a que su estatura no era en realidad superior a la media. Los kilos de más se repartían uniformemente entre los hombros, la nuca y los muslos. El tórax le tensaba la camisa de color blanco tiza en cuyo bolsillo, sobre el corazón, llevaba dos tubos de metal. Antes de caer en la cuenta de lo que era aquello en realidad, Inger Johanne Vik creyó que el hombre iba por ahí con unos cartuchos de escopeta.

Él había enviado un coche para buscarla. Era la primera vez que alguien hacía algo parecido por Inger Johanne Vik. Ella se había sentido incómoda, le había rogado que no se tomase esa molestia, que había Metro, que podía ir en taxi. De ninguna manera, había insistido Stubø, y le mandó un Volvo, un coche anónimo, azul marino, con un joven al volante.

—Esto parece el servicio secreto —comentó ella con una sonrisa tensa cuando le estrechó la mano a Stubø—. Un Volvo azul marino y un chófer mudo con gafas de sol.

La risa del hombre era tan contundente como la garganta de la que provenía. Tenía los dientes blancos, regulares, con un brillo de oro en una muela del lado derecho.

—No se preocupe por Oskar. Aún tiene mucho que aprender.

Un ligero olor a puro flotaba en el ambiente. Sin embargo, no había un solo cenicero en el despacho. El escritorio era anormalmente grande. En un extremo había una pila de carpetas bien ordenadas, en el otro un ordenador apagado. Detrás de la silla en la que estaba sentado Stubø, colgaban en la pared un mapa de Noruega, una placa del FBI y una gran fotografía de un caballo marrón, tomada en verano en un prado de flores silvestres. El caballo, con la mirada fija en el objetivo de la cámara, había sacudido la cabeza en el momento del disparo, de manera que la crin formaba una aureola en torno a su cabeza.

—Un caballo magnífico —dijo ella, señalando la fotografía—. ¿Es suyo?

—*Sabra* —respondió él, sonriendo otra vez. Este hombre no hacía más que sonreír—. Un hermoso animal. Gracias por venir. La vi en la televisión.

Inger Johanne Vik se preguntó cuánta gente le habría dicho exactamente lo mismo los últimos días. Era bastante típico de Isak ser el único que no le había mencionado el embarazoso incidente, aunque, por otra parte, nunca veía la televisión. La madre de Inger Johanne, en cambio, había llamado cinco veces en un lapso de media hora tras la emisión; su voz chillona sonaba en el contestador cuando ella entró por la puerta. Inger Johanne no le había devuelto las llamadas, lo cual dio lugar a otros tres mensajes, a cual más airado. Al día siguiente, en el trabajo algunos la habían recibido con palmaditas en el hombro, otros se habían reído y otros se habían manifestado profundamente ofendidos por lo que le habían hecho en aquel programa. La cajera de la tienda de su barrio se había inclinado hacia ella con complicidad y había susurrado tan alto que lo había oído todo el vecindario:

—¡Te he visto en la tele!

Sin duda *Redacción 21* tenía un índice de audiencia formidable.

—Estuvo usted muy bien —aseguró Stubø.

—¿Bien? Pero si casi no acerté a decir palabra.

—Dijo lo que había que decir. Su decisión de marcharse fue mucho más elocuente que la palabrería de toda esa... gente algo menos dotada. ¿Ha leído mi mensaje?

Ella asintió con la cabeza.

—Pero creo que está usted un poco desorientado, no creo que yo pueda ayudarles en nada. No soy precisamente...

—He leído su tesis doctoral —la interrumpió él—. Es muy interesante. En mi profesión... —La miró de frente y se calló. En sus ojos había una petición de disculpa, como si se avergonzara de lo que realmente estaba haciendo—. Nos cuesta mantenernos al día. No solemos ir más allá de lo que parece tener relevancia directa para nuestra profesión, para la investigación, como esto...

Abrió un cajón y sacó un libro. Inger Johanne reconoció inmediatamente la cubierta, que llevaba su nombre escrito en letras pequeñas sobre un paisaje de invierno desprovisto de color.

—Supongo que soy el único que la ha leído. Es una pena. Lo que dice es muy pertinente.

—¿Para quién?

De nuevo el rostro de Stubø adoptó esa expresión abatida, en parte de disculpa.

—Para la profesión policial. Para cualquiera que se esfuerce por entender el alma del delito.

—¿El alma del delito? ¿No querrá decir «el alma de los delincuentes»?

—Tiene toda la razón, catedrática.

—No soy catedrática. Soy profesora de universidad.

—¿Tiene eso importancia?

—Sí.

—¿Porqué?

—Porque...

—Bueno, ¿tiene en realidad alguna importancia cómo me dirija a usted? Cuando la llamo catedrática solo quiero decir que sé que investiga y que da clases en la universidad. Es así, ¿no? ¿No es eso lo que hace?

—Sí, pero no está bien arrogarse...

—¿Aparentar que uno es más importante de lo que es en realidad? ¿Saltarse las formalidades? ¿Se refiere a eso?

Inger Johanne entrecerró los ojos, se quitó las gafas y se puso a frotar pausadamente la lente derecha con el faldón de su camisa. Estaba intentando ganar algo de tiempo. El hombre al otro lado de la mesa había quedado reducido a una nebulosa azul, a un ser amorfo sin mucho carácter definido.

—La precisión es mi especialidad —aseveró aquel rostro sin contornos—, en lo grande y en lo pequeño. Un buen trabajo policial se hace colocando una piedra sobre otra, con exactitud milimétrica. Si me descuido... Si alguno de mis hombres pasa por alto un solo pelo, si se retrasan solo un minuto, si toman un atajo creyendo saber algo que en sentido estricto no podemos dar todavía por seguro, entonces... —Dio una fuerte palmada.

Inger Johanne se volvió a poner las gafas.

—Entonces vamos fatal —añadió él quedamente—. La verdad es que empiezo a estar un poco harto.

Inger Johanne pensó que esto no era asunto suyo, que un inspector de Kripes de mediana edad se hubiera cansado de su trabajo. Era evidente que el hombre atravesaba una especie de crisis existencial, pero eso a ella no le incumbía en absoluto.

—No del trabajo mismo —puntualizó él de pronto, tendiéndole una cajita de caramelos—, no me interprete mal. Tome uno. ¿Le molesta el olor a puro? ¿Quiere que ventile el despacho?

Ella negó con la cabeza y sonrió levemente.

—No. Huele bien.

Él le devolvió la sonrisa. Era guapo. Guapo de un modo casi extremo, si bien tenía la nariz demasiado recta, demasiado grande, los ojos demasiado profundos, demasiado azules, la boca demasiado perfilada, demasiado bien formada. Yngvar Stubø era demasiado mayor para tener esa sonrisa tan blanca.

—Debe de estar preguntándose por qué quiero hablar con usted —dijo él en tono jovial—. Cuando antes me ha corregido..., cuando ha señalado que en lugar de « el alma del delito » yo debería haber dicho « el alma del delincuente », ha dado en el clavo. De eso es de lo que se trata.

—No entiendo del todo...

—Ya lo verá.

Él se volvió hacia la fotografía del caballo.

—Esta es *Sabra* —empezó él, enlazando las manos en la nuca—, una buena yegua, de la vieja escuela. Si le pones encima a un niño de cinco años, ella echa a andar con pasos cuidadosos, pero, en cambio, si la monto yo... ¡Uauh! La estuve entrenando durante muchos años. Más que nada por el placer de hacerlo, claro, no soy un profesional. La cosa es que...

De pronto se inclinó hacia delante, y ella percibió el suave olor a caramelo de su aliento. No estaba segura de si esta repentina intimidad le resultaba agradable o repulsiva. Se apartó.

—He oído decir que los caballos no distinguen los colores —continuó él—. Quizá tengan razón. Pero lo cierto es que *Sabra* odia todo lo que es azul, digan lo que digan. Además no le gusta nada la lluvia, está medio enamorada de otras yeguas, es alérgica a los gatos y la despistan los coches que tienen un motor de más de tres litros. —Titubeó por un momento e inclinó imperceptiblemente la cabeza antes de proseguir—: La cosa es que siempre podía explicar sus actos a partir de su carácter. De su modo de ser como... como caballo, simple y llanamente. Si se negaba a saltar una valla, no me hacía falta realizar un análisis muy detallado, como hacían muchos otros. Era capaz de... —Miró la foto de soslayo—. Se lo veía en los ojos. En el alma, si me permite expresarlo así. En el carácter. Porque la conozco, porque sé cómo es.

Inger Johanne sentía la necesidad de decir algo.

—Aquí no trabajamos así —agregó él, antes de que a ella se le ocurriera nada—. Aquí seguimos el otro camino.

—Todavía no entiendo qué quiere usted de mí.

Yngvar Stubø juntó de nuevo las manos, esta vez como si estuviera orando, y las posó ante sí, sobre la mesa.

—Dos niños secuestrados y dos familias destrozadas. Mi gente ha mandado ya más de cuarenta pruebas distintas al laboratorio para que las analicen. Tenemos varios cientos de fotografías de los escenarios de los hechos. Hemos interrogado a tanta gente que le daría dolor de cabeza saber el número exacto. Casi sesenta hombres están trabajando en este caso o, mejor dicho, en estos casos. Dentro de algunos días sabré todo lo que se puede saber del delito, pero eso no me llevará a ningún sitio, me temo. Yo quiero saber algo sobre el delincuente. Por eso la necesito a usted.

—Necesita un *profiler* —afirmó ella con calma.

—Exactamente. La necesito a usted.

—No —repuso ella, un poco demasiado alto—. No soy la persona que busca.

En un chalé adosado en Bairum, una mujer consultó el reloj. El tiempo se estaba comportando de un modo extraño; cada segundo no sucedía al anterior, los

minutos no desfilaban uno detrás de otro. Las horas se amontonaban, y tan pronto tardaban una eternidad en transcurrir como pasaban en un instante. Cuando por fin te habías librado de ellas regresaban de improviso, como viejos conocidos con los que has reñido y no te dejan tranquilo.

El miedo de la primera mañana al menos fue algo tangible para ambos, algo que pudieron canalizar haciendo una ronda de llamadas: a la policía, a sus padres, al trabajo, y a los bomberos, que vinieron en balde, pues no estaba en su mano ayudarlos a encontrar a un niño de cabello castaño rizado que había desaparecido durante la noche. Lasse telefoneó a todos los sitios que se le ocurrieron: al hospital, que mandó una ambulancia que no encontró a nadie a quien llevarse; a los vecinos, que se detenían con cierta aprensión ante la puerta al ver el jardín lleno de policías uniformados.

Aquel miedo se podía encauzar hacia algo productivo. Desde entonces la situación había empeorado mucho.

Ella tropezó con algo en las escaleras del sótano.

Las ruedas supletorias de la bicicleta se habían caído de la pared. Lasse acababa de quitarlas de la bicicleta de Kim, que se había puesto tan orgulloso... Había salido haciendo esos con su casco azul, se había caído, se había vuelto a levantar. Había seguido adelante, sin ruedas supletorias. Las colgaron detrás de la puerta del sótano, en las escaleras, como un trofeo.

—Así puedo ver lo que he conseguido —le había dicho a su padre moviendo con el dedo el diente flojo de arriba—. Pronto se me va a caer. ¿Cuánto me va a tocar?

Necesitaban mermelada.

Los gemelos necesitaban mermelada. La mermelada estaba en la despensa del sótano, era del año pasado, y Kim había ayudado a recoger la fruta. Kim. Kim. Kim.

Los gemelos solo tenían dos años y necesitaban mermelada.

Delante de la despensa del sótano había algo tirado que no lograba identificar. Un paquete alargado. ¿Un fardo?

El fardo no era grande, quizá no llegaba al metro de longitud. Se trataba de algo empaquetado en plástico gris. Encima había una nota pegada con cinta adhesiva; un gran papel blanco con letras escritas con rotulador rojo. Cinta adhesiva marrón. Plástico gris. Una cabeza asomaba apenas del fardo, la cabeza de un niño de rizos castaños.

—Una nota —señaló ella con docilidad—. Ahí hay una nota.

Kim sonreía. Estaba muerto y sonreía. En la encía superior brillaba el hueco que había dejado el diente al caerse. La mujer se sentó en el suelo. El tiempo empezó a transcurrir de forma cíclica, y ella supo que era el comienzo de algo que nunca acabaría. Cuando Lasse bajó a buscarla, ella no tenía idea de dónde estaba. No soltó a su niño hasta que llegaron al hospital y alguien le puso una

inyección. Un policía abrió el puño derecho del crío.

Allí encontraron un diente, blanco como el mármol, con una pequeña raíz teñida de color sangre.

A pesar de que el despacho era relativamente grande, el aire estaba ya muy cargado. Su tesis todavía estaba ahí, sobre un extremo de la mesa. Yngvar Stubø pasó el dedo índice sobre la imagen del paisaje invernal antes de elevarlo hacia ella.

—Usted es tanto psicóloga como jurista —señaló.

—Eso tampoco es así. No exactamente. Me diplomé en Psicología, en Estados Unidos, pero no estoy licenciada. En Derecho, en cambio... —Estaba sudando y le pidió agua a Stubø. De pronto se le ocurrió que estaba allí, contra su voluntad, por orden de un policía con el que ella no quería tener nada que ver, oyéndolo hablar de un asunto que no le concernía, que escapaba a su competencia—. Si no le importa, desearía marcharme —dijo cortésmente—. Lamentablemente no puedo ayudarle. Es evidente que tiene contactos en el FBI. Pregúnteles a ellos. Ellos cuentan con *profilers*, según tengo entendido. —Le echó una ojeada al escudo de la pared; era azul, llamativo y de mal gusto—. Yo soy científica, Stubø. Además, tengo una niña pequeña y este caso me resulta repugnante, me asusta. A diferencia de usted, yo tengo derecho a hablar así. Déjeme marchar.

Él sirvió agua de una botella sin corcho y le puso el vaso de cartón delante.

—Tenía usted sed —le recordó él—. Beba. ¿Lo dice en serio?

—¿Decir qué? —Se le derramó el agua y se percató de que estaba temblando. Una gota de agua fría le resbaló desde la comisura de los labios por la barbilla y el cuello. Se tiró del cuello del jersey.

—¿Que esto no le incumbe?

Sonó el teléfono, con un timbre agudo e insistente. Yngvar Stubø descolgó el auricular. La nuez le dio tres brinco evidentes, como si el hombre estuviera a punto de vomitar. No decía nada. Pasó un minuto. De los labios de Stubø salió un sí muy débil, poco más que un carraspeo. Pasó otro minuto. Después él colgó. Con lentitud se sacó uno de los tubos del bolsillo del pecho y empezó a acariciar el metal mate. Seguía sin abrir la boca. Inger Johanne no sabía qué hacer. De pronto, el hombre se guardó de nuevo el cigarro en el bolsillo y se tiró del nudo de la corbata.

—Ha aparecido el niño —le comunicó con voz ronca—. Kim Sande Oksoy. La madre lo ha encontrado en su propio sótano. Envuelto en una bolsa de plástico. El asesino le había dejado un mensaje. « Ahí tienes lo que te merecías » .

Inger Johanne se arrancó las gafas. No quería ver. Tampoco quería escuchar. Se levantó con la visión borrosa y alargó la mano hacia la puerta.

—Eso es lo que ponía en la nota —dijo Yngvar Stubø—. « Ahí tienes lo que te merecías». ¿Sigue pensando que esto no es asunto suyo?

—Deje que me vaya. Déjeme salir de aquí. —Se dirigió a tientas hacia la puerta e intentó agarrar el pomo. Todavía llevaba las gafas en la mano izquierda.

—Desde luego —oyó a su espalda—, le diré a Oskar que la lleve a casa. Gracias por venir.

Emilie no era capaz de entender por qué él permitía que Kim se marchase. Era injusto. Ya que ella había llegado antes, tendría que haberla dejado irse antes. Además, a Kim le había dado Coca-Cola, mientras que ella había tenido que conformarse con leche templada y agua con sabor a metal. Todo sabía a metal. La comida. Su boca. Hizo chasquear la lengua. Sabía a monedas que llevaban mucho tiempo en un bolsillo. Mucho, mucho tiempo. Mucho tiempo llevaba aquí. Demasiado tiempo. Papá ya no la estaba buscando. Papá debía de haberse rendido. Mamá no estaba en el cielo, sino en una urna, convertida en polvo y en nada y ya no existía. Había tanta luz...

Emilie se frotó los ojos e intentó olvidarse del fuerte resplandor proveniente de la lámpara del techo. Podía dormir. Dormía casi todo el rato. Era mejor así, soñaba. Además, casi había dejado de comer. Se le había cerrado el estómago y ya no le cabía ni la sopa de tomate. El hombre se enfadaba cuando venía a buscar los cuencos y los encontraba intactos. No se ponía como una fiera, pero se irritaba bastante.

Había dejado que Kim se fuera a casa.

Era injusto, y Emilie no conseguía entenderlo.

Yngvar Stubø tuvo que contenerse para no tocar el cuerpo desnudo. Instintivamente había levantado la mano hacia la pantorrilla del niño, con la intención de deslizarla sobre su piel tersa. Quería asegurarse de que ya no quedaba un soplo de vida en el crío. Tal y como yacía —boca arriba, con los ojos cerrados y la cabeza un poco ladeada, los brazos a los costados, una de las manos parcialmente cerrada y la otra abierta con la palma vuelta hacia arriba, como esperando que le dieran algo, un regalo, alguna golosina— daba toda la impresión de estar vivo. El tajo de la autopsia sobre el esternón, que formaba una T que se alargaba hacia el pequeño órgano sexual, había sido cerrado con delicadeza. La palidez de la cara habría podido deberse a la estación del año en que se encontraban; el invierno acababa de terminar y el verano se hacía esperar. La boca del niño estaba entreabierta. Para sorpresa de Stubø, lo asaltó el deseo de dar un beso al niño, de insuflarle vida. Quería pedirle perdón.

—Joder —masculló con voz medio ahogada—. Joder. Joder.

El médico lo miró por encima de las gafas.

—Nunca nos acostumbremos a esto, ¿verdad?

Yngvar Stubø no respondió. Tenía los nudillos blancos. Sorbió levemente por la nariz.

—Ya he acabado —le informó el forense, quitándose los guantes de látex—. Un niño precioso. Cinco años. Tienes todo el derecho del mundo a cabrearte. Aunque no sirva de mucho.

Stubø quería apartarse de allí, pero su cuerpo no lo obedecía. Acercó con cuidado la mano derecha a la cara del chico, que parecía estar sonriendo. Stubø dejó que su dedo índice le rozara el rostro, despacio, casi sin tocarlo, desde la cuenca de los ojos hasta la barbilla. Notó el tacto céreo de la piel y una sensación gélida en la punta del dedo.

—¿Qué ha pasado?

—Que no lo habéis encontrado a tiempo —respondió el patólogo con sequedad—. Supongo que eso es en esencia lo que ha pasado.

Cubrió el cadáver con una sábana blanca. Así tapado, el cuerpo del niño parecía aún más pequeño, casi encogido. La mesa de acero inoxidable era muy

larga. Estaba pensada para adultos. Tenía las medidas justas para el cuerpo de un adulto responsable de sí mismo, muerto de un ataque al corazón, por ejemplo, por llevar una dieta demasiado rica en grasas y fumar demasiados pitillos, por entregarse a los vicios de la vida moderna. No era una mesa para niños.

—No me vengas con eso —replicó Stubø por lo bajo—. A los dos nos ha afectado mucho esto...

Guardó silencio mientras el forense se lavaba las manos a conciencia. Era como una ceremonia, como si de lo que se estuviera intentando librar con agua y jabón fuera de la muerte.

—Tienes razón —murmuró el médico—. Lo siento. Salgamos.

Su despacho estaba justo al lado de la sala de autopsias.

—Cuéntame —dijo Yngvar Stubø, dejándose caer en un desgastado sofá de dos plazas—. Quiero todos los detalles.

El forense, un hombre escuálido que se aproximaba a los sesenta y cinco años, se quedó de pie junto a la silla de su despacho con una expresión ausente, casi de aturdimiento. Vaciló por un momento, como si no se acordara muy bien de lo que tenía que hacer. Después se pasó la mano por el pelo y se sentó.

—No hay detalles.

Aunque el despacho no tenía ventanas, el ambiente en su interior era fresco, casi frío, y estaba sorprendentemente libre de humo. Sobre el débil rumor del acondicionador de aire se oía una lejana sirena de ambulancia. Stubø se sentía encerrado. Allí dentro no había signos que le permitiesen orientarse: ni luz del día, ni sombras, ni nubes huidizas que le indicasen dónde se encontraba.

—Se le ha practicado una autopsia a un niño identificado de cinco años —dijo el médico con cadencia monótona, como si estuviera leyendo un informe invisible—. Sano. De altura y peso normal. Según los allegados, no padecía enfermedad alguna, y tampoco se han detectado señales de enfermedad durante la autopsia. Los órganos internos están intactos y sanos. Ni el esqueleto ni el tejido conjuntivo presentan daños. Tampoco hay señales de violencia externa u otro tipo de daños. La piel está intacta, salvo por un rasguño en la rodilla derecha que el niño evidentemente se hizo por lo menos hace una semana y, por tanto, antes del secuestro.

Stubø se frotó la cara. La habitación daba vueltas. Necesitaba algo de beber.

—Tiene los dientes enteros y sanos —prosiguió el forense—. Un juego completo de dientes de leche, excepto por uno de los incisivos superiores, que sin duda se le cayó pocas horas antes de que... —Se debatió en la duda por unos instantes y cambió de idea—. Antes de que muriera el pequeño Kim —añadió finalmente en un susurro—. En otras palabras... *Mors subita*.

—Causa de muerte desconocida —dijo Yngvar Stubø.

—Exactamente. Aunque lo cierto es que...

El patólogo tenía los ojos enrojecidos. A Stubø su enjuto rostro le recordaba el

de una cabra vieja, sobre todo porque el hombre llevaba perilla.

—Tenía algo de diazepam en la orina. No mucho, pero...

—¿Diazepam? ¿Aquello que lleva el... Valium? Entonces ¿fue envenenado?
—Stubø irguió la espalda y apoyó el brazo sobre el respaldo del sofá. Necesitaba agarrarse a algo.

—No, en absoluto. —El patólogo se rascó la barbilla con el dedo índice—. No murió a causa de una intoxicación. Aunque soy de la opinión de que un niño de cinco años sano no tiene por qué tomar medicamentos con diazepam, desde luego no se trata de un envenenamiento. Por supuesto, es imposible saber la dosis que le fue administrada originalmente, pero en el momento de la muerte la dosis era mínima, en modo alguno... —se acarició la barbilla y posó en Stubø los ojos entornados— suficiente para dañarlo. Su cuerpo había eliminado ya la mayor parte, a no ser que solo le hubieran administrado esa dosis ridículamente pequeña. No entiendo con qué objeto le hicieron tomar eso.

—Valium —murmuró Yngvar Stubø despacio, como si la palabra encerrara un secreto, una explicación de por qué un niño de cinco años se moría de pronto por causas imposibles de determinar.

—Valium —repitió el forense con igual lentitud—. O algún otro fármaco con el mismo principio activo.

—¿Para qué podría servir eso?

—¿Servir? ¿Me estás preguntando para qué usamos el diazepam?

El médico le dirigió por primera vez una mirada de irritación y consultó rápida y descaradamente el reloj.

—Ya lo sabes. Para tratar enfermedades nerviosas. En los hospitales está relativamente extendido su uso prequirúrgico. Adormece, tranquiliza, relaja. Se administra también, por ejemplo, a pacientes epilépticos. O a quienes padecen grandes dolores. Kim no tenía ninguna enfermedad de ese tipo.

—¿Por qué darle entonces a un niño de cinco años...?

—Aquí pongo punto final por hoy, Stubø. Lo cierto es que llevo once horas trabajando. Mañana te daré un informe provisional. El definitivo probablemente no esté listo hasta dentro de un par de semanas. Antes de terminarlo quiero esperar a recibir todos los resultados, pero a grandes rasgos... —Esbozó una especie de sonrisa. De no ser por la expresión de sus ojos, Stubø habría sospechado que el forense se divertía—. Tienes un problema del carajo. Este niño se ha muerto sin más. Sin ninguna causa aparente. Gracias por todo.

Volvió a mirar el reloj antes de quitarse la bata blanca y de ponerse una trenca que había conocido tiempos mejores. Cuando salieron echó la llave a los dos cerrojos y posó una mano amable sobre el hombro de Stubø.

—Buena suerte —le deseó lacónicamente—. La necesitarás.

Cuando pasaron por delante de la sala de autopsias, Stubø se apartó. Por suerte, fuera llovía a cántaros. Quería regresar a casa andando, aunque le

llevaría más de una hora. Era 16 de mayo, víspera del Día Nacional, y eran ya más de las seis. A lo lejos se oía una orquesta de colegiales que ensayaba el himno de Noruega. Sonaba desacompasado y lúgubre.

Algo había pasado.

Le pareció que había más luz en el cuarto. El ambiente opresivo propio de una habitación de hospital anticuada había desaparecido. Habían arrimado la cama de metal a la pared y la habían cubierto con una colcha y cojines de todos los colores. Alguien había metido un sillón en el que estaba sentada Alvhill Sofienberg, bien vestida y con los pies sobre un puf. Las zapatillas le asomaban bajo la manta. Alguien había conseguido revitalizar un poco sus frágiles cabellos grises y un rizo suave le caía sobre la frente.

—¡Alvhild, tienes mucho mejor aspecto! —exclamó Inger Johanne Vik—. ¡Qué bien te sienta estar ahí sentada!

A través de la ventana, abierta de par en par, se apreciaba que por fin había llegado la primavera. El Día Nacional había sido el preludeo de un período preveraniego que aún duraba, dos días después. El hedor a cebolla vieja era imperceptible. Inger Johanne notaba, en cambio, el olor a la tierra húmeda del jardín al que daba la ventana. Un señor mayor se había levantado ligeramente la gorra cuando ella cruzó el patio, a manera de saludo. Un buen vecino, le explicó Alvhill Sofienberg, jardinero en sus ratos libres. No soportaba que el jardín se deteriorase durante su baja por enfermedad. El contorno de la sonrisa de Alvhill se había suavizado.

—Estrictamente hablando, no contaba con volver a verte —dijo sin rodeos—. No parecías estar muy a gusto la última vez que pasaste por aquí. Aunque en realidad no me extraña; la verdad es que yo no me encontraba nada bien. Estaba para el arrastre, con perdón. —Sacudió la cabeza vigorosamente, pero se apresuró a matizar sus palabras—: Sigo gravemente enferma. No te dejes engañar. Es extraño; durante semanas he sentido que la muerte me estaba esperando allí junto al armario y, de repente y sin mayores explicaciones, se ha ido a dar una vuelta y ha desaparecido. Quizá tenga otros asuntos que atender. Probablemente no tarde en regresar. ¿Quieres un café?

—Sí, gracias. Solo. Yo misma me lo sirvo, si... —Inger Johanne hizo ademán de levantarse, pero al ver la mirada de Alvhill se sentó de nuevo enseguida.

—Todavía no estoy muerta —dijo esta tensa—. Toma.

Sirvió el café de un termo que descansaba sobre una mesa supletoria, junto a ella, y le pasó a Inger Johanne la taza. Era de porcelana fina, casi transparente. El café también era casi transparente.

—Siento lo del café —se disculpó Alvhild—. Es por el estómago. Casi no aguanto nada. ¿A qué se debe este honor?

Era increíble. Al tomar la decisión de hacerle otra visita a la anciana, Inger Johanne se había preguntado si la encontraría con vida.

—He localizado a Aksel Seier —le comunicó.

—¿Así que lo has encontrado?

Alvhild Sofienberg se llevó la taza a los labios, como si quisiera ocultar su propia curiosidad. El movimiento irritó a Inger Johanne por algún motivo que no acertaba a explicarse.

—Bueno, no lo he visto en persona, pero sé dónde está, dónde vive. Además, no he sido exactamente yo quien lo ha localizado, sino mi... Bueno, el caso es que Aksel Seier vive en Estados Unidos.

—¿En Estados Unidos?

Alvhild bajó la taza sin haber probado el contenido.

—¿Cómo...? ¿Qué hace ahí?

—¡No tengo la menor idea!

Alvhild se tapó la boca con la mano, como si tuviera miedo de enseñar los dientes. Inger Johanne tomó un sorbo del líquido marrón claro.

—Cuando me enteré me sorprendió un poco que una persona con antecedentes penales hubiera obtenido un visado para entrar en el país —continuó—. Son increíblemente estrictos con eso. Se me ocurrió que quizá los requisitos de entrada fueran distintos a finales de los años sesenta, cuando él se trasladó allí, pero no es así. Lo cierto es que Aksel Seier es ciudadano norteamericano.

—Pues eso no constaba en ningún sitio...

—Seguramente no, pero tampoco es tan raro. Había nacido en Estados Unidos, durante un viaje que hicieron sus padres en un intento breve y fallido de emigrar, y había conservado su nacionalidad norteamericana, aunque también era noruego, por supuesto. No tenían por qué darle ninguna importancia a ese detalle durante el juicio, ni durante el trámite de su indulto. Probablemente solo le preguntaron, por simple rutina, si era noruego, y lo era. Lo sigue siendo, por cierto.

Alvhild Sofienberg se quedó ensimismada. Las dos permanecieron calladas. Inger Johanne dio un respingo cuando se abrió la puerta y el señor de la gorra asomó la cabeza.

—He terminado por hoy —gruñó—. Eso está fatal. No creo que vaya a poder salvar las rosas, la verdad. Y ese rododendro ya no está en sus mejores tiempos, señora Sofienberg. Buenas noches.

Se retiró sin esperar respuesta. La habitación se había quedado más fresca.

Alvhild Sofienberg parecía a punto de dormirse, y la ventana había empezado a moverse con la brisa. Inger Johanne se levantó para cerrarla.

—Estoy pensando en ir a verlo —anunció con ligereza.

—¿Querrá él? ¿Crees que estará dispuesto a recibir a una investigadora totalmente desconocida de su tierra?

—Es imposible saberlo. Pero este es un caso que me interesa mucho, porque es el que mejor encaja con mi proyecto, el ejemplo más puro... Hablar con Aksel Seier significaría mucho para mi investigación.

—Ya veo —dijo la anciana—. No sé muy bien... No estoy muy familiarizada con lo que haces exactamente, con esa investigación tuya.

La primera vez que Alvhild Sofienberg se puso en contacto con ella —a través de un colega que conocía personalmente a la hija de Alvhild—, Inger Johanne se quedó con la impresión de que la enferma solo tenía una ligera noción de lo que hacía, pero desde entonces ella tampoco le había hecho preguntas al respecto. Nunca había mostrado el menor interés por su proyecto. Se le acababa el tiempo y había centrado sus escasas fuerzas en conseguir atraer la atención de Inger Johanne hacia su causa, la historia de Aksel Seier. Todo lo demás era superfluo. Casi había cumplido los setenta años y no pensaba perder el tiempo fingiendo que le importaba el trabajo de los demás.

Ahora su rostro había recuperado cierta lozania, como si no estuviera enferma ni siquiera cansada. Inger Johanne acercó la silla de las visitas.

—Tomo como punto de partida diez casos de asesinato del período comprendido entre 1950 y 1960 —explicó mientras removía su café aguado sin propósito alguno—. Todos los condenados se declararon inocentes. Ninguno de ellos cambió su declaración mientras estaba en prisión. Habían sido y seguían siendo inocentes, según afirmaban ellos mismos. Mi tarea no consiste en averiguar si decían la verdad o no. Lo que quiero es ver si se dan diferencias en la vida posterior de estas personas, esto es, durante el cumplimiento de la condena y tras los indultos, las puestas en libertad y la revisión de los casos. Mi objetivo, en pocas palabras, es determinar hasta qué punto influye en el trato que les dispensa la justicia el hecho de que gente ajena al caso se implique en el asunto. Fredrik Fasting Torgersen, por ejemplo, como sabes, fue... —Inger Johanne sonrió con pudor. Alvhild Sofienberg era adulta cuando se produjo el caso Torgersen, mientras que Inger Johanne no había nacido—. Fue condenado a cadena perpetua por el asesinato de una joven. Ha defendido tozudamente su inocencia durante más de cuarenta años. Hasta el día de hoy otras personas, que para él eran en principio completos desconocidos, han batallado incansablemente por la libertad de ese hombre. El escritor Jens Bjørneboe, por ejemplo, y... —Se sonrojó levemente y se quedó callada—. Todo esto ya lo sabes, claro —añadió al cabo en voz baja.

Alvhild sonrió y asintió con la cabeza, en silencio.

—Mi investigación se centra en dos cosas —prosiguió Inger Johanne—. En primer lugar: ¿hay algo particular que caracterice los casos más sonados? ¿Se trata de sentencias basadas en pruebas especialmente débiles? ¿O quizá son las cualidades personales del acusado, más tarde condenado, las que llevan a terceros a interesarse por su caso? ¿Desempeña algún papel el modo en que los medios de comunicación informan sobre la investigación y el juicio? En otras palabras: ¿de qué depende que un caso quede relegado al olvido en el momento en que se dicta sentencia o que siga vivo, año tras año?

Se percató de que había alzado la voz.

—Después —continuó, ahora más bajo—. Después voy a intentar estudiar las consecuencias de que se mantenga un caso con vida. De Torgersen, por ejemplo, hay que decir, con toda franqueza, que no ha sacado ningún provecho de toda la ayuda que ha recibido. Naturalmente, comprendo que...

Inger Johanne advirtió que Alvhild estaba muy pendiente de sus palabras. Era como si la anciana centrara en ello todas las energías de las que disponía; tenía la espalda recta como la de una dama de la corte, apenas parpadeaba.

—Naturalmente —prosiguió Inger Johanne—, me doy cuenta de que, desde un punto de vista meramente humano, debe de significar mucho para un preso que alguien ahí fuera, alguien integrado en la sociedad, le crea...

—Por lo menos si eres inocente —la interrumpió Alvhild—. Eso no lo sabemos en el caso de Torgersen.

—Evidentemente se trata de una cuestión esencial. En general, quiero decir, pero no para mi investigación. Yo quiero investigar los resultados concretos de la implicación de terceros.

—Fantástico —dijo Alvhild como si hablara sola.

Inger Johanne no estaba del todo segura de haber entendido a qué se refería.

—¿No te da a ti también la impresión de que...? —dijo, pensativa, para llenar la pausa—. Quiero decir, ¿no es muy extraño que el caso de Aksel Seier quedara enterrado tras la sentencia, pese a que varios periódicos habían sido muy críticos con todo el proceso judicial? ¿Por qué se desentendieron de ello? ¿Había algo en ese propio hombre, en su personalidad, que les resultaba incómodo? ¿Se negó a colaborar con periodistas predisuestos en su favor? ¿Es Aksel Seier, en realidad, un... gilipollas? ¿Alguien que tenía bien merecido lo que le pasó? Creo que sería muy esclarecedor para mí hablar con este hombre.

La puerta se abrió despacio.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó la enfermera, pero no esperó respuesta—. Lleva ya demasiado rato sentada en esa silla, señora Sofienberg. Ahora vamos a meterla en la cama. Tendré que pedirle a su amiga que...

—Eso puedo hacerlo yo misma, gracias. —La boca de Alvhild volvió a tensarse. La anciana había levantado el brazo en un gesto de rechazo a la mujer de blanco—. ¿No sería buena idea escribirle antes?

Inger Johanne Vik se levantó y se guardó en el bolso la libreta que no había usado.

—En algunas situaciones prefiero no escribir cartas —le respondió pausadamente mientras se colgaba el bolso del hombro.

—¿Y qué situaciones son esas?

La enfermera había quitado la colcha de la cama y estaba arrastrando el monstruoso armatoste de metal hacia el centro de la habitación.

—Las situaciones en las que temo no recibir respuesta —contestó Inger Johanne—. No responder es también un modo de responder. No responder significa «no». No me atrevo a correr ese riesgo con Aksel Seier. Me marchó el lunes. Yo...

La enfermera la fulminó con la mirada.

—Que sí —murmuró Inger Johanne—. Ya me voy. Quizá te llame desde Norteamérica, Alvhild. Si tengo algo que contar, claro. Espero que entretanto te vaya... lo mejor posible.

Sin pensárselo dos veces se inclinó sobre la anciana mujer y le dio con cuidado un beso en la mejilla. Tenía la piel seca y fría. Al salir de la casa, Inger Johanne se pasó la lengua cuidadosamente por los labios. No sabían a nada, estaban secos.

Emilie había recibido un regalo. Una muñeca Barbie con mechones de pelo que se le podían sacar de la cabeza y volver a recoger con una llave que le sobresalía de la nuca. La muñeca tenía una ropa bien bonita: un vestido rosa con lentejuelas incluido en el paquete de la Barbie y un traje de vaquero en un paquete aparte. Emilie manoseaba el sombrero de vaquero. La Barbie estaba tumbada en la cama junto a ella, con las piernas separadas. Ella no tenía Barbies en casa. A mamá no le gustaba ese tipo de juguetes. A papá tampoco, y además Emilie ya era demasiado mayor para esa clase de cosas. Eso decía al menos la tía Beate.

—Quiero a mi papá...

—Yo puedo ser tu papá.

El señor estaba de pie en el umbral de la puerta. Tenía que estar loco. Emilie sabía mucho de gente loca. Torill, la que vivía en el número 14 de su calle, estaba tan loca que había que ingresarla cada dos por tres. Sus hijos tenían que vivir con los abuelos porque su mamá de vez en cuando se creía caníbal. Entonces se ponía a hacer una hoguera en el jardín y quería asar a Guttorm y Gustav a la parrilla. Una noche Torill llamó a la puerta en mitad de la noche, Emilie se despertó y bajó somnolienta detrás de papá para ver quién era. Allí estaba la madre de Guttorm y Gustav, completamente desnuda, con rayas rojas por todo el cuerpo, pidiendo prestado el congelador. Papá mandó a la cama a Emilie, que nunca se enteró muy bien de lo que pasó después, pero durante muchísimo tiempo nadie volvió a ver a Torill.

—Tú no eres mi papá —susurró Emilie—. Mi papá se llama Tonnes. Tú ni siquiera te pareces a él.

El señor se quedó mirándola. Sus ojos daban miedo, aunque era bastante guapo de cara. Mamá solía decir que Torill no era capaz de hacerle daño a una mosca, que peor andaba Pettersen, el de Grennblokkå. A Emilie no le parecía del todo correcto decir que Torill no podía hacerle daño a una mosca cuando quería asar a sus hijos a la parrilla cada dos por tres, pero no cabía duda de que Pettersen era aún peor. Había estado en la cárcel por meterles mano a unos críos. Emilie sabía lo que significaba meter mano. Se lo había explicado la tía Beate.

—Ya verás cómo nos hacemos amigos —dijo el señor, agarrando la Barbie

— ¿Te ha gustado esto?

Emilie no respondió. Estaba empezando a costarle respirar aquí dentro. Quizás hubiera agotado ya todo el aire, pues sentía una presión en el pecho y estaba mareada todo el rato. La gente necesitaba oxígeno. Al respirar se consume oxígeno hasta que el aire se queda vacío e inservible, por decirlo así. Se lo había explicado la tía Beate. Por eso era tan desagradable esconderse debajo del edredón, y después de un rato había que levantarlo para que entrara algo de oxígeno. Aunque la habitación fuera grande, ella ya llevaba allí una barbaridad de tiempo; muchos años, o al menos esa era la sensación que tenía. Levantó la cabeza, jadeando.

El señor loco sonrió. Era evidente que él no tenía ningún problema para respirar. Quizás era solo ella, quizá se iba a morir. Quizás el señor la había envenenado para meterle mano después. Emilie aspiró varias bocanadas anhelosamente.

—¿Tienes asma? —preguntó el señor.

—No —resolló Emilie.

—Prueba a volverte a acostar.

—¡No!

Si conseguía pensar en algo que no fuera el señor de los ojos que daban miedo, podría relajarse.

No había nada más en lo que pensar.

Cerró los ojos y se echó hacia atrás, hasta que su espalda topó con la pared. Ya no existían otros pensamientos. Nada. Papá ya habría dejado de buscarla.

—Duérmete, anda.

El señor se marchó. Emilie cerró los dedos en torno a la rígida muñeca Barbie. Hubiera preferido que le regalaran un peluche, aunque fuera ya demasiado mayor para eso también.

Ahora que estaba completamente sola, por lo menos podía respirar.

El señor no le había metido mano. Emilie se tapó con el edredón y al final se durmió.

Por fin Tønnes Selbu estaba solo. Sentía que ya no tenía existencia propia, que ya nada le pertenecía, ni siquiera su tiempo. La casa estaba siempre llena de gente: vecinos, amigos, Beate, sus padres y la policía, que evidentemente pensaba que era más fácil para él hablar con ellos en su casa. En realidad habría supuesto un alivio para él acudir a la comisaría, salir un poco. Ni siquiera le dejaban ir a la tienda. Beate y una vieja amiga de Grete se ocupaban de todo. El día anterior, su suegra incluso le había preparado un baño. Después de meterse en aquella agua tan caliente, casi había esperado que apareciera alguna mujer de la nada para frotarle la espalda. Se quedó tumbado hasta que el agua se puso tibia. Entonces Beate lo llamó a voces y al cabo de un rato golpeó la puerta, asustada.

Él había perdido el control de su tiempo.

Ahora estaba solo. No querían dejarlo en paz, los otros. Al final había estallado y había echado a todos a la calle. Esto le había sentado bien, porque le había recordado que seguía existiendo.

Posó la mano sobre el pomo.

La habitación de Emilie.

No había entrado allí desde la primera tarde, el día que desapareció la niña, y puso todo el cuarto patas arriba buscando alguna huella, una clave, una prueba de que Emilie estaba jugando. Se había pasado de la raya, claro, pero solo estaba tomándole el pelo, asustándolo un poco para que se lo pasaran especialmente bien por la noche comentando la travesura de Emilie. Vacío todos sus cajones. Los libros acabaron en el suelo, la ropa en un montón en el pasillo. Al final incluso les dio la vuelta a las sábanas y arrancó el póster de Disneyworld. No había ningún misterio, ningún acertijo, ninguna respuesta, ninguna pista. Nada que se pudiera resolver, interpretar o descifrar. Emilie había desaparecido. Él llamó a la policía.

El frío metal le quemaba la palma de la mano. Los latidos de su corazón le retumbaban en la cabeza, y no sabía exactamente qué iba a encontrar tras la puerta que le era tan familiar y que tenía el nombre de Emilie escrito en letras de madera. La M se había caído hacía medio año, de modo que se leía E-ilie, E-ilie. Mañana mismo compraría una M nueva.

Cuando por fin entró, vio que Beate había recogido todo y lo había colocado en su sitio. Los libros estaban ordenados en las estanterías, por colores, como le gustaba a Emilie. La cama estaba hecha. La ropa estaba metida en el armario. Incluso la mochila, que había sido confiscada por la policía, había sido devuelta a su lugar, en el suelo junto al escritorio.

Él se sentó con cuidado en el borde de la cama. Con el martilleo del corazón en los oídos, se esforzó por relajarse.

La policía pensaba que era culpa suya.

Tampoco es que lo hubieran acusado de nada. Los primeros días se sentía, en parte, como un paciente psiquiátrico a quien todo el mundo trataba con sumo cuidado y, en parte, como un bandido bajo fuerte sospecha. Era como si todo el rato tuvieran miedo de que se quitara la vida y por eso le dispensaban una atención casi sofocante. Al mismo tiempo había algo en su manera de mirarlo, una doble intención en las preguntas que le hacían.

Luego desapareció el niño.

Entonces la actitud de los policías cambió, como si de pronto comprendieran que su desesperación era auténtica.

Luego encontraron al niño.

Cuando dos de los policías llegaron y le contaron que el niño estaba muerto, le dio la impresión de que lo estaban sometiendo a un examen, de que lo culparían

indirectamente de la muerte de Kim Sande Oksøy si no respondía con precisión a lo que le preguntaban, si no hacía los gestos apropiados para una situación como esa. ¡Una situación como esta!

Le habían pedido que elaborase una lista de toda la gente que había conocido. Tenía que empezar por nombrar a los miembros de la familia, después a los amigos más íntimos, luego a los que veía con menos frecuencia, después a los conocidos, las exnovias, los ligues de una noche y, finalmente, a los compañeros de trabajo, con sus respectivas esposas. Era imposible.

—Esto es imposible —les había dicho abriendo los brazos, pues al repasar los años del instituto no lograba recordar más que el nombre de cuatro de sus compañeros de clase—. ¿Es esto realmente necesario?

—Les estamos pidiendo lo mismo a los padres de Kim —explicó la mujer policía pacientemente—. Después comparamos las listas. Queremos averiguar si tienen ustedes conocidos en común, o si los han tenido alguna vez. No solo es necesario, sino que además es muy importante. Creemos que los dos casos están relacionados de algún modo, y por eso es fundamental encontrar posibles vínculos entre las familias.

Tønnes Selbu pasó los dedos sobre la cama de Emilie, sobre las letras que había trazado sobre la madera cuando estaba descubriendo el alfabeto. Deseaba acercarse su pijama a la cara. Era imposible. Percibir el rastro de su olor le resultaba demasiado doloroso.

Quería acostarse en la cama de Emilie. No lo consiguió. Tampoco conseguía ponerse en pie. Le dolía todo. Quizá le convenía llamar a Beate, después de todo. Quizá le haría bien que viniese alguien, alguien que pudiera llenar el espacio vacío que lo rodeaba.

Tønnes Selbu se quedó sentado en el borde de la cama de su hija. Rezaba, intensa y constantemente. No a Dios, que no era más que un personaje extraño que él introducía en los cuentos que le contaba a Emilie; le rezaba a su mujer muerta. No había cumplido la promesa que le había hecho a Grete en sus últimos momentos de vida. No se había ocupado lo suficiente de Emilie.

Un hombre se aproximaba al chalé adosado. El precinto rojo y blanco que había colocado la policía seguía ahí, aunque se había soltado en algunos sitios. El viento nocturno hacía restallar la tira de plástico seco mientras el hombre saltaba lentamente la valla y se escondía entre los arbustos. Sus movimientos revelaban que tenía una idea muy clara de lo que quería hacer pero no estaba seguro de si se atrevería. Si alguien lo hubiera visto, se habría fijado en primer lugar en su atuendo. Debajo de la chaqueta de plumas llevaba un grueso jersey de lana de cuello vuelto. Iba tocado con un gran gorro con orejeras y una visera que le caía sobre los ojos. Llevaba unas botas más apropiadas para un soldado en campaña de invierno: enormes, negras, con cordones que se ataban unos centímetros por encima del tobillo. Por el borde asomaba un par de bastos calcetines.

Era la noche del 20 de mayo, y una corriente de aire procedente del suroeste había elevado la temperatura a catorce grados centígrados. Era la una menos veinte. El hombre se quedó parado, oculto tras un arbusto de grosellas y un par de abedules de tamaño medio. Luego se quitó uno de los guantes y deslizó la mano derecha lentamente por el interior del gran pantalón de camuflaje. Intentaba mantener la mirada fija en la ventana del primer piso, que tenía las cortinas corridas. No deberían estar corridas. Quería ver el oso verde. No le dio tiempo a impacientarse: se dobló por la cintura con un gemido. Sacó la mano del pantalón y se quedó completamente quieto durante dos minutos. Le pitaban los oídos y tuvo que cerrar los ojos a pesar de que estaba asustado. A continuación se puso el guante, saltó por encima de la valla y se alejó por la callejuela sin mirar atrás.

Cuando Inger Johanne Vik se levantó el sábado 20 de mayo, ya hacía horas que era de día, por lo menos para Kristiane. La niña se despertaba tempranísimo, a diario, incluidos los fines de semana. Aunque era evidente que le gustaba estar sola por las mañanas, no podía evitar despertar a su madre. Un «dam-du-rum-ram» monótono procedente del salón era el despertador de Inger Johanne. Pero luego Kristiane no le prestaba la menor atención; entre las seis y las ocho se abstraía de todo cuanto la rodeaba. Cuando Inger Johanne empezó a trabajar de nuevo, cuando la enfermedad de Kristiane ya no constituía una amenaza para su vida, había sido un infierno prepararla para la guardería. Al final se rindió. Había que dejar a Kristiane a su aire durante esas dos horas, y por fortuna la universidad le ofrecía un horario flexible. Además, cuando Inger Johanne lo solicitó, le concedieron excedencia de un cuatrimestre al año hasta que Kristiane cumpliera diez años. Las amigas le tenían envidia. «Disfrútalo, mujer —le aconsejaban—. Ahora tendrás la oportunidad de leer el periódico tranquilamente y despertarte a la hora que te dé la gana». El problema era que Kristiane requería mucha atención y se le podía ocurrir cualquier cosa en cualquier momento. Inger Johanne sabía que Isak la consentía más. En dos ocasiones lo había sorprendido durmiendo como un tronco mientras Kristiane andaba por ahí sin nadie que la vigilase.

Ahora era ella quien había desatendido a su hija.

Desconcertada, le echó un vistazo al reloj. Las nueve menos cuarto. Apartó el edredón con un movimiento brusco.

—Mamá —la saludó Kristiane con alegría—. Mamá se ha levantado para su Kristiane.

La niña estaba de pie en la puerta que daba al salón, completamente vestida. Había elegido un jersey rosa horroroso que le había regalado su abuela y se había puesto una falda escocesa sobre un pantalón de terciopelo verde. Llevaba el cabello recogido en cinco coletas, pero al menos no iba medio desnuda. Inger Johanne intentó sonreír.

—Qué bien lo has hecho —murmuró—. Por lo visto mamá se ha dormido.

—Alcoba de dormirse. Dam-di-rum-ram.

Kristiane se acercó y se subió al regazo de su madre. Le apoyó la mejilla en el pecho y empezó a chuparse el pulgar. Inger Johanne acarició con cuidado la espalda de su hija, arriba y abajo, arriba y abajo. En los momentos de intimidad espontáneos e imprevisibles como aquel, Inger Johanne no se atrevía casi ni a respirar. Tenía que reprimirse para no estrecharla entre sus brazos.

—Mi Kristiane —susurró hacia las coletas.

Sonó el teléfono. Kristiane se sobresaltó, se bajó de las rodillas de su madre y salió del cuarto.

—¿Sí?

—¿Te he despertado?

—Por supuesto que no me has despertado, mamá. Esta semana tengo a Kristiane.

Inger Johanne intentó agarrar la bata, pero el cordón del teléfono no era lo suficientemente largo, así que se envolvió en el edredón. La ventana estaba abierta y había corriente.

—Tu padre está preocupado.

A Inger Johanne le entraron ganas de espetar: «Tú estás preocupada». Contuvo un suspiro de impaciencia y se esforzó por sonar alegre:

—¿Cómo? ¿Preocupado por mí? No hay motivo para eso.

—Es por tu comportamiento del otro día en la tele y por... La verdad es que se pasa las noches en vela preguntándose si... ¿Va todo bien, tesoro?

—Déjame hablar con papá.

—¿Tu padre? Está... Verás, está ocupado, pero escúchame un minuto. Hemos pensado que quizá te sentarían bien unas pequeñas vacaciones. Has estado tan agobiada últimamente, con Kristiane y el trabajo y... ¿No te querrías venir hoy con nosotros a la casa de la montaña? Seguro que te puedes tomar el lunes libre, y el martes también. Tú y tu padre podríais pescar, y todos podríamos ir de excursión... Ya he hablado con Isak y no le importa hacerse cargo de Kristiane hoy...

—¿Has hablado con Isak?

Una cosa era que Inger Johanne e Isak mantuvieran una buena relación de cooperación en lo que se refería a Kristiane. Se daba cuenta de que a todos —sobre todo a la niña— les convenía que Isak se llevara bien con sus exsuegros, pero esto era demasiado. Tenía la sospecha de que los visitaba todas las semanas, con o sin Kristiane.

—¡Sí, por Dios! ¿Sabías que anda pensando en comprarse un velero nuevo? Pero dice que esta vez no quiere uno de competición, porque empieza a estar cansado de... Bueno, tiene mucho que ver con Kristiane, también. Es que a ella le encanta salir a navegar y estos barcos no son lo más adecuado para los niños. Estuvo aquí ayer por la tarde y hablamos un poco de ti, ¿sabes?, de lo preocup...

—¡Mamá!

—¿Sí?

—No te preocupes. Estoy perfectamente. Además me marcho a...

Si le contaba que se iba a Estados Unidos, su madre la abrumaría con buenos consejos sobre rutas de viaje y reglas de comportamiento y acabaría por hacerle la maleta.

—Oye, mamá, es que ahora mismo estoy un poco atareada. Lo siento mucho, pero no tengo tiempo para ir con vosotros a la montaña. De todos modos te lo agradezco. Saluda a papá de mi parte.

—Pero Inger Johanne, ¿no podrías al menos pasarte por aquí esta noche? Yo os prepararía algo rico de cenar, y tu padre y tú podríais jugar...

—Creía que os ibais a la montaña.

—Solo si tú vienes, por supuesto.

—Adiós, mamá. —Y colgó el teléfono muy despacio. Su madre la había acusado muchas veces de cortar bruscamente las conversaciones. Tenía razón, pero quedaba mejor si no lo hacía de golpe.

Todo mejoró con la ducha. Kristiane estaba sentada sobre la tapa del inodoro charlando con *Sulamit*, un coche de bomberos que tenía cara y que guiñaba los ojos. *Sulamit* era casi tan viejo como Kristiane y había perdido ya la escalera y tres de las ruedas. Solo Kristiane conocía el origen de ese nombre.

—Hoy *Sulamit* ha salvado a un caballo y a un elefante. Muy bien, *Sulamit*.

Inger Johanne se peinaba el pelo mojado e intentaba limpiar el espejo empañado.

—¿Qué pasó con el caballo y el elefante? —preguntó.

—*Sulamit* y dinamita. Elefantepelefante.

Inger Johanne volvió al dormitorio y se puso unos vaqueros y un forro polar rojo. Afortunadamente había hecho la compra para el fin de semana el día anterior, antes de ir a buscar a Kristiane a la guardería. Así podían dar un buen paseo. Kristiane necesitaba salir durante unas horas para estar tranquila por la noche. Inger Johanne descorrió las cortinas del dormitorio y contempló con los ojos entreabiertos el cielo. Parecía que haría buen tiempo.

Llamaron a la puerta.

—¡Joder, mamá!

—Joder —repitió Kristiane, muy seria.

Inger Johanne se dirigió a la entrada a grandes zancadas y abrió la puerta de la calle de un tirón.

—Hola —dijo Yngvar Stubø.

—Hola...

—Hola —dijo Kristiane, asomando la cabeza tras las caderas de su madre, con la mejor de sus sonrisas.

—¡Qué guapa te has puesto hoy!

Yngvar Stubø le tendió la mano a la chiquilla y ella, contra todo pronóstico, se la estrechó.

—Me llamo Yngvar —se presentó él con aire solemne—. ¿Y cómo te llamas tú?

—Kristiane Vik Aanonsen. Buenos días. Buen rato. Tengo un gato.

—Anda, ¿podría saludarlo?

Kristiane le mostró a *Sulamit*. Cuando él quiso agarrar el coche de bomberos, ella retrocedió un paso.

—Creo que es el gato más impresionante que he visto nunca —aseguró él.

La niña se marchó a su habitación.

—Es que pasaba por aquí y... —titubeó Stubø y se encogió de hombros. Su descarada mentira hizo que los ojos le brillaran con picardía, casi con coquetería. A Inger Johanne la desconcertó el leve estremecimiento que le recorrió el cuerpo, una opresión en el pecho que la impulsó a bajar la vista e invitar a Stubø a entrar en voz muy baja.

—Esto no está precisamente ordenado —se disculpó automáticamente al advertir que él paseaba la vista por el salón.

Stubø se sentó en el sofá, demasiado bajo y mullido para un hombre como él. Las rodillas le quedaban muy altas, de modo que casi daba la impresión de que el hombre estaba sentado en el suelo.

—Quizás estará más cómodo en la silla —sugirió ella quitando un libro de cuentos que estaba sobre el asiento.

—Aquí estoy muy bien —aseveró él. Hasta ese momento Inger Johanne no se había percatado de que el hombre llevaba un gran sobre. Lo dejó encima de la mesa del salón.

—Solo voy a... —Ella hizo un gesto vago hacia el cuarto de la niña. Siempre tenía el mismo problema. Como Kristiane tenía el aspecto de una niña sana de cuatro años (y a veces incluso se comportaba como tal), ella nunca sabía qué decir, en qué momento explicar que la niña solo era un poco pequeña para su edad, seis años, y que además padecía una lesión cerebral que nadie conseguía definir. No sabía cómo aclarar que su hija no decía aquellas cosas raras por tontería, ni por desfachatez infantil, sino por un fallo en las conexiones de su cerebro que ningún médico había logrado arreglar. Normalmente tardaba demasiado en dar explicaciones. Era como si cada vez esperara que ocurriera un milagro, que la niña de pronto empezara a conducirse de un modo racional, lógico, coherente; o que adquiriera un defecto físico, que le engordara la lengua y se le alargaran los ojos, que se le achatara el rostro para que todos los demás sonrieran cálida y comprensivamente. Pero eso nunca ocurría y ella se encontraba a menudo en situaciones muy embarazosas.

La madre le puso a Kristiane la película de *Ciento un dálmatas* en su

despacho.

—No suelo... —Señaló al cuarto donde estaba la niña, de nuevo con una expresión de disculpa y a la vez de resignación.

—No pasa nada —respondió el policía, sentado en el sofá—. Tengo que admitir que a veces yo recurro a lo mismo, con mi nieto, quiero decir. En ocasiones resulta agotador. El vídeo es buena niñera. Aunque no hay que abusar.

Inger Johanne sintió que se sonrojaba y entró en la cocina. Así que Yngvar Stubø era abuelo.

—Dígame, ¿por qué ha venido en realidad? —preguntó ella al regresar con una taza de café que depositó sobre una servilleta frente a Stubø—. Esa explicación de que andaba por aquí no es del todo cierta, supongo.

—Pues quería hablar con usted de este caso nuestro.

—Estos casos.

Él sonrió.

—Correcto. Casos. Al menos en eso tiene razón... Estoy convencido de que usted me puede ayudar, así de claro. No me pregunte por qué. Sigmund Berli, un compañero del trabajo, no consigue entender por qué la acoso de esta manera.

De nuevo entornó los ojos, y esta vez no cabía la menor duda de que se trataba de un coqueteo. Inger Johanne se concentró profundamente en no volver a ruborizarse. Bollos. No tenía bollos. Galletas. Kristiane se había comido las últimas el día anterior.

—¿Leche?

Hizo ademán de levantarse pero él negó con un gesto de la mano derecha.

—Verá —comenzó él de nuevo, sacando un taco de papeles del sobre—. Esta es Emilie Selbu.

La foto mostraba a una bella chica con una guirnalda de fárfaras en el pelo. Estaba muy seria, y en sus ojos azul marino se apreciaba un atisbo de pesadumbre. Tenía un pequeño hoyuelo en la fina barbilla, la boca pequeña, los labios carnosos.

—Es una foto reciente, la tomaron hace tres semanas. Una niña preciosa, ¿verdad?

—¿Es ella la que aún no ha aparecido?

Stubø carraspeó.

—Sí. Este es Kim —dijo con la voz entrecortada.

Inger Johanne estudió el retrato de cerca. Era el mismo que había visto en la televisión. El niño sujetaba un coche de bomberos rojo entre las manos. Un coche de bomberos rojo. Como *Sulamit*. De pronto dejó caer la foto y la recogió del suelo para devolvérsela a Yngvar Stubø.

—Si Emilie continúa desaparecida, mientras que Kim está... ¿Qué le hace pensar que lo ha hecho la misma persona?

—Eso mismo me pregunto yo.

En el montón había más fotografías. Por un momento a ella le dio la impresión de que Stubø se las quería enseñar, pero luego, al parecer, cambió de opinión y metió el resto de las fotografías en el sobre. Las de Kim y Emilie quedaron sobre la mesa, una al lado de la otra, delante de Inger Johanne.

—A Emilie la secuestraron un jueves —dijo con lentitud—. En pleno día. Kim desapareció la noche del martes. Emilie tiene nueve años y es una niña. Kim era un niño de cinco años. Emilie vive en Asker. Kim vivía en Bærum. La madre y el padre de Kim son enfermera y fontanero respectivamente. La madre de Emilie está muerta, el padre es filólogo y se gana la vida traduciendo novelas. No se conocen. Hemos buscado con lupa algún punto de contacto entre las familias, pero solo hemos encontrado que tanto el padre de Emilie como la madre de Kim vivieron en Bergen una temporada a principios de la década de 1990. Tampoco allí llegaron a conocerse, ni a establecer contacto de ninguna clase.

—Qué extraño —comentó Inger Johanne.

—Sí, o trágico. Todo según se mire.

Ella intentaba no mirar las fotos de los críos. Era como si los dos le estuvieran reprochando que no quisiera saber nada de ellos.

—En Noruega siempre hay alguna conexión entre la gente —dijo—. Por lo menos cuando viven en dos poblaciones tan cercanas como Asker y Bærum. Usted mismo se habrá dado cuenta de que cuando uno se sienta a hablar con un extraño, casi siempre se descubre que se tiene algún conocido en común, un viejo amigo, un lugar de trabajo al que han estado vinculados los dos, alguna experiencia compartida. ¿No es cierto?

—Sí...

A ella le pareció que él le seguía la corriente, sin mucho interés. Inspiró abruptamente, a punto de protestar, pero se contuvo.

—Necesito alguien que me trace el perfil del delincuente —dijo él—. Un *profiler*.

Pronunciaba el inglés de forma relajada, como en una teleserie norteamericana.

—No creo —repuso Inger Johanne secamente, pues la conversación estaba derivando hacia temas de los que no quería hablar—. Para que un *profiler* le sirva de algo necesita más casos que estos. Y eso suponiendo que el autor de ambos delitos sea realmente la misma persona.

—Dios no lo quiera —murmuró Yngvar Stubø—. Que haya más casos, quiero decir.

—En eso evidentemente estamos de acuerdo. Pero a partir de estos casos es prácticamente imposible sacar conclusiones.

—¿Cómo lo sabe?

Stubø ya no estaba coqueteando.

—Lógica elemental —respondió ella con aspereza—. Cae por su propio peso

que... Para esbozar el perfil de un delincuente desconocido hay que basarse en las características que se conocen de sus actos. Se traza como uno de esos dibujos en los que uno tiene que ir uniendo los puntos. Se deja que el lápiz vaya siguiendo los puntos numerados hasta que aparece un dibujo concreto. No se puede hacer con solo dos puntos, se necesitan muchos. Evidentemente, tiene usted razón: es deseable que eso no suceda. Que aparezcan más puntos, quiero decir.

—¿Cómo sabe todo esto?

—¿Por qué insiste usted en tratarlo como un solo caso y no como dos?

—Creo que no es una casualidad que estudiase usted Psicología y Derecho. No es algo muy habitual. Debía de tener un plan. Un objetivo.

—La verdad es que fue totalmente casual. No fue más que el resultado de mi indecisión juvenil. Además, quería irme a Estados Unidos. Y ya sabe que... —Se pilló mordiendo su propio pelo. Con la mayor discreción posible se colocó el mechón mojado detrás de la oreja y se enderezó las gafas—. Creo que se equivoca. Que a Emilie Selbu y al pequeño Kim no los ha secuestrado el mismo hombre.

—O mujer.

—O mujer —repitió ella con desgana—. Y ahora, no quiero ser descortés, pero debo pedirle que... Tengo algunas cosas que hacer hoy, porque voy a... Lo siento.

Notó de nuevo esa opresión en los pulmones, le resultaba imposible mirar al hombre del sofá. Él se levantó con sorprendente ligereza de su incómoda postura.

—Si vuelve a suceder... —dijo él limpiándose las gafas—. Si desaparece algún otro niño, ¿me ayudará?

Cruella de Ville chilló desde el cuarto de la niña. Kristiane aulló de alegría.

—Eso no lo sé —dijo Inger Johanne Vik—. Ya veremos.

Como era sábado y todo el proyecto iba sobre ruedas, decidió permitirse una copa de vino. Cayó en la cuenta de que era la primera vez en varios meses que bebía alcohol. Normalmente temía los efectos. Con una o dos copas ya se atontaba, a mediados de la tercera empezaba a enfadarse, y en el fondo de la cuarta yacía la ira.

Solo una copa. Todavía entraba algo de claridad por la ventana, y él contempló el vino al trasluz.

Emilie era rara. Desagradecida. Aunque él deseaba mantener a la cría con vida, al menos por ahora, había límites para todo.

Bebió. El vino tenía un gusto oscuro; sabía a sótano.

Su propio sentimentalismo le hacía sonreír. Él tenía una sensibilidad extrema, ese era su problema, que era demasiado bueno. ¿Y por qué había de dejar que Emilie viviera? ¿Para qué? ¿Qué había hecho en realidad la cría para merecerlo? Él le daba comida, comida buena y abundante. Tenía un grifo del que salía agua

limpia. Había llegado incluso a comprarle una muñeca Barbie, pero eso no parecía haberla complacido mucho.

Por suerte, la niña había dejado de quejarse. Al principio, y sobre todo después de que desapareciera Kim, se ponía a llorar en cuanto él abría la puerta allá abajo. Daba la impresión de que le costaba respirar, lo cual era absurdo. Hacía mucho que él había instalado un buen sistema de ventilación, no tenía la menor intención de asfixiar a la chiquilla. Ahora estaba más tranquila. Por lo menos no lloraba.

La decisión de dejar vivir a Emilie había llegado por sí sola. No estaba previsto desde un principio, pero la niña tenía algo especial, aunque ella evidentemente no lo supiera. Ya se vería cuánto le duraba. A la niña le convenía irse con cuidado. Él era un sentimental, pero también para él había límites.

Pronto la cría tendría compañía.

El hombre dejó la copa y se imaginó a Sarah Baardsen, de ocho años. Había memorizado sus rasgos, se los había aprendido de memoria, hasta tal punto que podía visualizar su cara en cualquier momento, en cualquier lugar. No tenía fotos. Las fotos pueden desaparecer. En cambio, la había estado observando en el patio del colegio y de camino a casa de la abuela, en el autobús. Una vez había estado sentado a su lado en el cine durante toda la película. Sabía que su cabello despedía un aroma dulce y cálido.

Le puso el corcho a la botella y la colocó sobre uno de los estantes casi vacíos de la cocina. Al echar un vistazo por la ventana se quedó helado. Justo al otro lado, a pocos metros de la pared de la casa, había un corzo bastante crecido. El hermoso animal irguió la cabeza y, por unos instantes, lo miró directamente, antes de alejarse perezosamente hacia el bosquecillo del oeste. Al hombre se le llenaron los ojos de lágrimas.

Seguro que Sarah y Emilie se llevarían bien mientras durase su convivencia.

El Aeropuerto Internacional Logan de Boston era una enorme obra de remodelación. El techo bajo olía a humedad y tenía polvo bien visible. Por todas partes había letreros de advertencia en letra negra sobre fondo rojo. Había que tener precaución con los cables del suelo, con las vigas sueltas que colgaban de las paredes y con las lonas que cubrían las hormigoneras y los materiales de construcción. En menos de media hora habían aterrizado cuatro aviones procedentes de Europa. Había una cola enorme ante el puesto de control de pasaportes. Mientras esperaba, Inger Johanne Vik intentaba releer un periódico que ya se había leído de cabo a rabo. De vez en cuando empujaba el equipaje de mano con el pie. Un francés con un abrigo oscuro de pelo de camello le pinchaba la espalda cada vez que se retrasaba unos segundos.

Line había aparecido en casa la noche anterior con tres botellas de vino y dos CD nuevos. Kristiane estaba segura al cuidado de Isak, y su mejor amiga tenía razón cuando le decía que no tenía por qué preocuparse por el día siguiente, ya que no debía estar en el aeropuerto de Gardermoen hasta cerca de las doce. En realidad no tenía mucho sentido que se pasara antes por el trabajo. Despacharon las botellas de Line, así como un cuarto de la botella de coñac y un par de cafés irlandeses. Cuando el tren entró en el andén del nuevo aeropuerto central, la mañana del 22 de mayo, Inger Johanne tuvo que ir corriendo al baño para expeler de su cuerpo los restos de una noche especialmente divertida. El viaje se le hizo pesado.

Afortunadamente se había quedado dormida al sobrevolar Groenlandia.

Por fin le tocó el turno de enseñar el pasaporte. Intentó taparse la boca; la tenía pastosa por el sueño y la resaca, y eso le causaba inseguridad. El controlador empleó más tiempo del necesario. La miró de arriba abajo, vaciló. Por fin estampó el sello en el papel adjunto al pasaporte casi con abatimiento. Al fin, Inger Johanne entró en Estados Unidos.

Antes era distinto. Normalmente llegar a Norteamérica era como quitarse una mochila. Se sentía más liviana, más libre, más joven, más alegre. Ahora temblaba contra un viento cortante y no recordaba bien dónde estaba la parada del autobús. En vez de alquilar un coche en Logan, había decidido tomar

el autobús hasta Hyannis, donde la esperaba un Ford Taurus. Así no tenía que preocuparse por el tráfico de Boston. Bastaba con que encontrara el jodido autobús. También aquí afuera reinaba el caos, había carriles y señales provisionales por todas partes. El desánimo empezó a apoderarse de ella, y seguía medio mareada. El francés impaciente le había impregnado con el olor de su colonia la ropa.

Dos hombres estaban apoyados contra un coche oscuro. Ambos llevaban una gorra con visera y los característicos chubasqueros negros. No hacía falta que se volvieran para que Inger Johanne supiera que, sobre las amplias espaldas, llevaban las siglas FBI en grandes letras reflectoras.

Inger Johanne Vik también tenía un chubasquero como ese, en la casa de la montaña de sus padres, y solo lo usaba cuando llovía a cántaros. La F estaba medio borrada, la B casi había desaparecido.

Los hombres del FBI se rieron. Uno de ellos se metió un chicle en la boca antes de enderezarse la gorra y abrirle la puerta a una mujer con tacones altos que cruzó rápidamente la calzada. Inger Johanne los dejó atrás. Si quería tomar el autobús tendría que darse prisa. Seguía sintiéndose mal y un poco indisputa; esperaba poder dormir un poco durante el viaje. Si no lo conseguía no le quedaría otro remedio que buscar un sitio donde dormir en Hyannis, pues apenas estaba en condiciones de conducir en la oscuridad.

Inger Johanne arrancó a correr, con la maleta dando tumbos sobre las ruedecillas, que eran demasiado pequeñas. Cuando se la pasó al conductor para que la metiera en el maletero del autobús, apenas podía respirar.

Al tomar asiento cayó de pronto en la cuenta de que no le había dedicado ni un pensamiento a Aksel Seier desde que su avión despegó del aeropuerto de Gardermoen. Quizá lo vería mañana. Por alguna razón se había formado una imagen mental muy concreta de él. Era bastante guapo, pero no muy alto. Quizá tuviera barba. Los dioses sabrían si querría recibirla. Viajar precipitadamente a Estados Unidos, sin concertar ninguna cita, sin más información que una dirección en Harwichport y una vieja historia sobre un hombre que fue condenado por un crimen que probablemente no cometió, era un acto tan impulsivo y tan atípico en ella que tuvo que sonreírle a su propia imagen en el cristal de la ventanilla. Estaba en Norteamérica. En cierto modo había vuelto a casa.

Se quedó dormida antes de que hubieran cruzado el túnel de Ted Williams.

La última persona en la que pensó fue en Yngvar Stubø.

Cuando Inger Johanne Vik se despertó el martes por la mañana, estaba bajo los efectos del desfase horario.

La noche anterior había recogido el coche en Barnstable Municipal Airport, un aeródromo que consistía solo en un par de pistas de aterrizaje muy estrechas y un edificio alargado que era la terminal. La mujer del mostrador de Avis le había dado las llaves con un bostezo tímido. Todavía faltaban dos horas para la medianoche, pero aunque no se tardaba más de media hora en llegar a Harwichport, donde tenía reservada una habitación, prefirió no arriesgarse. En cambio, se alojó en un motel de Hyannisport, a cinco minutos del aeropuerto. Después de darse una ducha salió a la oscuridad de la noche.

A lo largo de los muelles había indicios de verano. Los adolescentes se habían aburrido durante todo un invierno en el que no había ocurrido nada destacable y ahora hablaban a voces y se reían, listos para adueñarse de la ciudad. Niños de hasta diez años huían de sus madres y de la hora de acostarse, haciendo eses con sus patinetes entre los bolardos y los toneles. Solo faltaban un par de días para el Memorial Day. La población de todo el cabo Cod se multiplicaría por diez en un solo fin de semana y se mantendría así hasta que llegara el primer lunes de septiembre, Día de los Trabajadores en Estados Unidos, y con él el comienzo de una nueva y ociosa temporada de invierno.

Inger Johanne buscó a tientas su reloj, que se le había caído al suelo. Eran poco más de las seis de la mañana. Solo había dormido cinco horas, pero se sentía despejada. Se levantó y se puso una camiseta demasiado grande que solía usar para dormir. El aparato de aire acondicionado exhaló un suspiro cansino y quedó de pronto en silencio. La temperatura en la habitación debía de ser de veinticinco grados. La luz de la mañana entró a raudales cuando describió las cortinas. Miró con los ojos entrecerrados hacia el sudoeste. El ferry de Martha's Vineyard se mecía en el muelle, recién pulido y blanco. El viento procedente de tierra adentro tensaba las amarras que sujetaban el barco al muelle. Más lejos del ferry, a la sombra de unos arbolillos, estaba el gris monumento a Kennedy. Ella lo había visitado la noche anterior, se había sentado en un banco y se había limitado a contemplar el mar y a respirar aquel aire salado y dulce. Tenía el

monumento a sus espaldas, un compacto muro de piedra con un relieve en cobre en el centro, bastante anodino. Un presidente fallecido, sin expresión, de perfil, como en una moneda; un rey en una moneda gigante.

—El rey de Norteamérica —murmuró Inger Johanne, mientras conectaba el portátil a la red.

Solo uno de los mensajes se merecía el gasto de la llamada: un dibujo de Kristiane. Tres figuras verdes en círculo. Kristiane, mamá y papá, los tres tomados de las manos, unas manos enormes, con dedos que se entrelazaban como las raíces de un mangle. En medio del círculo había una criatura con muchos dientes, y al principio Inger Johanne no comprendió lo que era. Luego leyó las líneas de Isak.

—Le ha regalado un perro a la niña —gruñó y se desconectó repentinamente.

Cuando subió al coche poco después de las nueve, estaba disgustada. Hacía poco más de un día que se había marchado, e Isak ya había comprado un perro. Kristiane insistiría en traerse consigo a la bestia durante las semanas que le tocara pasar con Inger Johanne. Inger Johanne no quería un perro.

Isak podría al menos habérselo consultado.

La irritación no había remitido mucho. Iba por la Route 28, que bordea la costa, serpenteando entre pueblos y ofrece breves vistas del estrecho de Nantucket desde los puertos deportivos y la desembocadura de los ríos. El sol la deslumbraba. Paró en una abigarrada tienda para turistas. Quería comprarse unas gafas de sol. Tenía unas graduadas que se había dejado en Noruega. Debía elegir entre ver bastante mal sin gafas graduadas o ver fatal, cegada por la luz. El dependiente quería endosarle un sombrero de vaquero, como si hubiera habido alguna vez un vaquero en muchas millas a la redonda de Yarmouth, Massachusetts. Al final cedió. Tres dólares tirados a la papelera, literalmente. Esperaba que él no la hubiera visto echar el sombrero en un cubo de basura verde. Al hombre le faltaba la pierna derecha, probablemente en 1972 tenía dieciocho años y había sido soldado raso.

La autopista de Mid-Cape habría sido la elección más acertada desde todos los puntos de vista, pues era una autopista de cuatro carriles que recorría la península en diagonal. Cuando, a pesar de todo, enfiló la carretera de la costa, tuvo la sospecha de que lo hacía para aplazar su encuentro con Aksel Seier. Aunque ayer se había sonreído ante su propia impulsividad, hoy ya no le hacía tanta gracia.

Le pareció que algo andaba mal en la caja de cambios.

¿Qué le iba a decir?

Isak podía haberse equivocado. Se había puesto la mano en el corazón, con los ojos muy abiertos, cuando ella le preguntó si estaba seguro. Tenía que haber muchas personas llamadas Aksel Seier, o por lo menos algunas. Isak podía

haberse equivocado. Quizás el Aksel Seier de Harwichport nunca había vivido en Oslo. A lo mejor tampoco había estado nunca en prisión. Y, si había estado, quizá no tenía ningunas ganas de que le recordaran todo aquello. A lo mejor tenía familia, mujer, hijos, nietos, y no quería que se enterasen de que el *pater familias* había pasado una temporada entre rejas. No estaba bien ponerse a hurgar en todo esto, no estaba bien por Aksel Seier. Aunque ayer se había sonreído ante su propia impulsividad, hoy se daba cuenta de que al irse a Estados Unidos —como también al buscar la verdad—, lo que estaba haciendo era precisamente alejarse de algo. Nada grave, añadió rápidamente para sí; al fin y al cabo, no se trataba de una huida. Norteamérica era el sitio donde casi afloraba su verdadera personalidad, y por eso había ido allí. Lo que no tenía muy claro era de qué necesitaba descansar.

Antes de llegar a Dennisport, a poco más de una milla norteamericana de la dirección que había metido en el monedero detrás de la foto de Kristiane, estaba completamente decidida a dar media vuelta. Había realizado ese viaje en balde. Alvhild Sofienberg lo comprendería. Inger Johanne no podía hacer más. Llevaría adelante su investigación sin Aksel Seier. Su caso no le resultaba imprescindible. Había otros casos de los que ocuparse, casos cuyos protagonistas se encontraban a un viaje en Metro de la oficina, o a un vuelo corto a Tromsø.

La caja de cambios hizo un ruido que no le gustó un pelo.

Ella siguió conduciendo.

Quizá podía conformarse con echarle un vistazo a la casa. No tenía por qué entablar contacto. Ya que había venido desde tan lejos, estaría bien que al menos se llevara una impresión de cómo le había ido a Aksel Seier en la vida. Una casa con jardín y quizás un coche aparcado ante la puerta contarían una historia que valdría la pena escuchar tras un viaje tan largo.

Aksel Seier vivía en el número 1 de Ocean Avenue.

Fue fácil encontrar la casa. Era pequeña; como todas las que la rodeaban tenía paredes de madera de cedro agrisadas por los años, resistentes contra las inclemencias del tiempo y típicas de aquella zona rural. Las contraventanas eran azules. En el tejado, el viento hacía girar con desgana el gallo de la veleta. Un hombre robusto que llevaba una escalera de mano caminaba a lo largo de la pared que daba al este. Todavía no era la hora de comer, pero Inger Johanne advirtió que tenía hambre.

Aksel Seier necesitaba una escalera nueva. Iba a subirse al tejado, y a la vieja escalera le faltaban tres peldaños. Los que le quedaban crujían amenazadoramente. Pero tenía que subir. El gallo de la veleta se había vuelto perezoso. Aksel se despertaba por la noche cuando el viento del sudeste lo hacía chirriar de un modo muy desagradable.

—Hi, Aksel! Pretty thing you've got there!^[1]

Un hombre más joven, con una camisa de franela a cuadros, se reía, apoyado en la valla. Aksel saludó al vecino con un gesto de la cabeza, sosteniendo el cerdo ante sí. Ladeó la cabeza y se encogió levemente de hombros.

—Es original, supongo. Me gusta —respondió también en inglés.

El cerdo de cobre estaba oxidado. Era un marrano estilizado que estaba sentado a la manera de un perro sobre cuatro flechas que señalaban en todas las direcciones del cielo. Aksel Seier había conseguido el cerdo-veleta a cambio de unas boyas de muchos colores. Se les colaba el agua por todas partes y no servían para nada, pero seguían teniendo cierto valor en el mercado de los *souvenirs*.

—Ayúdame con la escalera, ¿quieres?

Matt Delaware, aunque mucho más joven que Aksel Seier, era un hombre un tanto grueso, y su vecino esperaba que no se ofreciera a subir para cambiar el gallo por el cerdo. Finalmente consiguieron colocar la escalera en su sitio.

—Me encantaría ayudarte, ¿sabes?, pero... —Matt le echó una ojeada a la escalera, le dio un golpecito a uno de los peldaños y se bajó la gorra hasta la nuca.

Con un gruñido, Aksel puso el pie con cuidado sobre el primer peldaño. Aguantó. Lentamente prosiguió su ascenso. El gallo estaba tan oxidado que se rompió cuando Aksel intentó desatornillararlo. El soporte que lo sujetaba al tejado, sin embargo, estaba en perfecto estado. El cerdo se dejaba domar fácilmente por el viento, y a Aksel no le llevó más que un momento ajustar las direcciones de las flechas.

—Awesome —se reía Matt al mirar el cerdo—. *Just awesome, you know!*^[2]

Aksel murmuró un « gracias ». Matt colocó la escalera en su sitio. Aksel siguió oyendo su risilla durante un buen rato después de que su vecino desapareciera tras la esquina de la casa de los O'Connor, que permanecía cerrada desde el final de verano anterior.

Alguien había aparcado en Ocean Avenue. Aksel le echó un vistazo sin mucho interés al Ford. Dentro había una mujer solitaria. Estaba prohibido dejar allí los coches. Que usara el aparcamiento de Atlantic Avenue como todo el mundo. La mujer no era de por aquí, resultaba obvio, aunque él no sabía exactamente por qué. La temporada de verano era un infierno. La gente de ciudad pululaba por todas partes, con los bolsillos repletos de dinero. Se pensaban que todo estaba en venta.

—Solo tenemos que ponernos de acuerdo sobre el precio —había dicho en primavera el señor de la inmobiliaria—. *Name your price, Aksel.*^[3]

Él no quería vender. Un ricachón de Boston había estado dispuesto a pagar un millón de dólares por la casita de la playa. ¡Un millón! La idea hizo que Aksel

estornudara. La casa era pequeña y él apenas se podía permitir los arreglos más imprescindibles. Él mismo se encargaba de la mayor parte de ellos, pero los materiales costaban dinero, al igual que la mano de obra de los fontaneros y los electricistas. Ese invierno había tenido que instalar tuberías nuevas, porque las viejas habían reventado. La presión del grifo de la cocina se había reducido a un triste goteo, y la compañía del agua había empezado a quejarse y lo había amenazado con llevarle a juicio si no hacía algo al respecto inmediatamente. Cuando todo estuvo arreglado y las facturas pagadas, quedaban sesenta y cinco dólares en la cuenta corriente de Aksel Seier.

¡Un millón!

Aquel ricachón habría derribado la casa, solo le importaba la ubicación: primera línea de playa. De playa privada, además. Con derecho a poner grandes carteles de *No trespassing* y *Police take notice*.^[4] Aksel Seier había echado de su casa al señor de la inmobiliaria indicándole que se ahorrara futuras visitas. Era cierto que de vez en cuando necesitaba algunos cientos de dólares, pero solo estaba dispuesto a ganarlos con su esfuerzo. No tenía la menor idea de qué haría con un millón.

Ya había recogido las herramientas. La señora del Taurus seguía ahí sentada, lo cual empezaba a irritarlo. Normalmente por esta época, él entraba en un estado de gran condescendencia que lo ayudaba a sobrevivir al verano. Con esta señora la cosa era distinta. Le daba la impresión de que lo observaba fijamente. Había aparcado el coche sin ninguna consideración hacia las vistas del mar, en un punto demasiado alto de la calle. Demasiado cerca del roble que se elevaba sobre la casa de los Piccolas; este verano tendrían que hacer algo, talarlo, o al menos serrarle algunas ramas, que caían pesadamente sobre el tejado y lo estaban estropeando. Pronto empezaría a filtrarse el agua.

A la señora del coche no le interesaba el mar; era de él de quien estaba pendiente. Un miedo que creía olvidado le cortó la respiración a Aksel Seier, que dio súbitamente media vuelta, entró en la casa y cerró la puerta con llave, aunque no eran más que las once de la mañana.

Aksel Seier era como Inger Johanne se lo había imaginado: de cuerpo fibroso y robusto. Desde la distancia era muy difícil distinguir si estaba bien afeitado, pero desde luego no llevaba barba. A pesar de todo, ella tenía la sensación de haberlo visto antes, desde la noche en que leyó los papeles de Alvild Sofienberg e intentó formarse una imagen mental del Aksel Seier viejo, treinta y cinco años después de su puesta en libertad. La chaqueta azul marino que llevaba estaba muy raída. Calzaba botas de invierno, aunque la temperatura debía de superar los veinte grados. Tenía el cabello gris y un poco largo, como si su aspecto no le importara demasiado. Incluso a cien metros de distancia saltaba a la vista que tenía las

manos grandes.

Había dirigido la mirada un par de veces en su dirección, y ella se había encogido en el asiento. Aunque no estaba haciendo nada ilegal, notó que enrojecía un poco cuando él la miró por segunda vez, con los ojos entreabiertos, como fijándose en su aspecto. A Inger Johanne le iba a resultar muy embarazoso hablar con él.

Cosa que no pensaba hacer. Ya había visto que estaba bien, que llevaba una vida bastante aceptable. Ciertamente, la casa era pequeña y estaba bastante destartalada, pero sin duda el terreno valía bastante. En el jardín tenía aparcada una camioneta, un *truck* no demasiado viejo. Un hombre más joven se había acercado y le había dado un poco de conversación. Cuando se despidió y se fue, el hombre se reía. Aksel Seier se había integrado en aquel sitio.

Inger Johanne tenía hambre. Hacía un calor insoportable en el coche, a pesar de que había estacionado el coche a la sombra de un enorme roble. Bajó la ventanilla lentamente.

—*You can't park here, sweetie!*^[5]

Un enorme jersey de angora rosa le daba a aquella mujer el aspecto de algodón de azúcar. Sonreía amablemente, e Inger Johanne asintió pidiendo disculpas. Luego puso el coche en marcha, con la esperanza de que la caja de cambios durara un día más. Vio que eran exactamente las once de la mañana del martes 23 de mayo.

Por alguna razón se le quedó grabado que eran las cinco de la tarde. Alguien había colgado un viejo reloj de estación en la pared del establo. La manecilla de las horas estaba rota, solo un muñón apuntaba hacia una marca que probablemente indicaba las cinco. Yngvar sintió cierta inquietud en el cuerpo y comprobó la hora en su reloj de pulsera.

—Ven, Amund. Ven con el abuelo.

El chiquillo estaba entre las piernas delanteras de un caballo castaño. El animal ladeó la cabeza y relinchó suavemente. Yngvar Stubø alzó en brazos a su nieto y lo sentó sobre el lomo del caballo, que no llevaba silla de montar.

—Ahora tienes que despedirte de *Sabra*. Nos vamos a casa a comer, tú y yo.

—¡Adiós, *Sabra*!

Amund se inclinó hacia delante de manera que las crines del caballo le acariciasen el rostro.

—¡Adiós!

La inquietud de Stubø no remitía. Era casi dolorosa, como un escalofrío en la espalda que se le aferraba a la nuca y lo ponía rígido. Estrechó al niño contra su cuerpo y echó a andar hacia el coche. Se sentía incómodo cuando sujetó a Amund al asiento con el cinturón. Hacía tiempo, antes del accidente, había

pensado que era vidente, a pesar de que nunca había creído en realidad en esas cosas. Pero antes le gustaba que la gente se percatara de esa sensibilidad que lo hacía especial. De vez en cuando le recorrían el cuerpo oleadas de frío que lo impulsaban a mirar la hora que era, a retener ese dato. Antes le había parecido útil. Ahora le daba vergüenza.

—Tienes que sobreponerte —murmuró para sí y puso el coche en marcha.

Más tarde se supo que en realidad ninguno de los pasajeros de aquel autobús se había fijado en Sarah Baardsen. Era hora punta y la gente se apiñaba en el pasillo, pues los asientos estaban todos ocupados. Entre los viajeros había muchos niños, pero en su mayoría iban acompañados por algún adulto. Lo único que sacaron en limpio, tras interrogar a más de cuarenta testigos, fue que Sarah había sido vista, a las cinco menos cinco, en el autobús número 20 como todos los martes. Corroboraban el testimonio de la madre dos compañeros de trabajo que la habían estado esperando mientras esta se despedía de la niña. Sarah tenía ocho años y hacía ya más de uno que había empezado a ir sola a casa de su abuela en Tøyen. No era un trayecto largo; apenas tardaba un cuarto de hora en llegar a su destino. Quienes conocían a Sarah la describían como una niña segura de sí misma e independiente y, aunque la madre estuviera ahora destrozada por no haberla acompañado, casi nadie le reprocharía a una mujer soltera que permitiera a su hija de ocho años hacer sola un viaje de autobús como ese.

Estaba tan claro que Sarah se había montado en el autobús como que no había llegado nunca al lugar acordado. La abuela había ido a recogerla a la parada donde la niña normalmente bajaba de un salto del vehículo y corría a sus brazos tan pronto como se abrían las puertas. Pero esta vez no fue así. La abuela tuvo la lucidez suficiente como para subir al autobús y recorrerlo entero un par de veces, despacio, haciendo caso omiso de la irritación del conductor. Sarah había desaparecido.

Algunos creían haber visto a la chica bajarse en Carl Berner. Llevaba un gorro azul, decían con convicción los dos testigos. Ellos iban sentados junto a las puertas traseras y les sorprendió que una niña tan pequeña viajara sola en un autobús atestado.

Sarah no llevaba gorro.

Una señora mayor creía haberse fijado en una niña de seis años que iba con un señor. La niña era rubia y llevaba una muñeca de trapo. Según la señora, la cría lloraba desconsoladamente, y daba la impresión de que el señor estaba enfadado con ella. Un grupo de adolescentes sostenían que el autobús iba repleto de niños que no paraban de gritar y chillar. Un gurú de los ordenadores que

gozaba de cierta fama en determinados círculos —cosa que, a su juicio, evidentemente lo convertía en un testigo privilegiado— afirmaba que en la parte delantera del autobús iba sentada una niña que iba sola y bebía de una botella de Coca-Cola. De pronto se había levantado y se había bajado como si hubiese visto algo inesperado en la parada junto al museo Munch.

Sarah era morena y no bebía Coca-Cola. Nunca había tenido una muñeca de trapo, además contaba ocho años y era alta para su edad.

Si los muchos pasajeros del autobús número 20 hubieran estado más atentos aquella tarde de martes de finales de mayo, habrían reparado en un hombre que llevó a una chica casi en volandas hacia el fondo del autobús. Se habrían fijado en que la chica le había cedido su sitio a una señora mayor, tal y como le había enseñado su madre. Se habrían dado cuenta de que sonreía. Quizá también habrían advertido que el señor se había acucillado entre la gente y que le había devuelto la sonrisa antes de tomarla de la mano. Si no hubieran sido justamente las cinco de la tarde, si no hubieran tenido todos tanta hambre, si no hubieran estado atontados por la falta de azúcar en la sangre que les llevaba a pensar principalmente en comida, quizás habrían podido declarar a la policía que la chiquilla parecía aturdida, pero que había acompañado voluntariamente al señor cuando se bajó en la siguiente parada.

La policía tomó declaración a más de cuarenta pasajeros del autobús número 20. Ninguno de los testimonios parecía proporcionar una sola pista sobre el paradero de Sarah Baardsen.

Esta vez ella llegó a pie. Aunque muchos habían dado comienzo a la temporada con algo de antelación y Harwichport ya se había llenado tanto de turistas desconocidos como de veraneantes habituales, él la reconoció inmediatamente. La mujer se acercó caminando por Atlantic Avenue, como si hubiera salido a hacer un recado. Cuando llegó al aparcamiento que no tenía la vista al mar obstruida por casas ni setos, se detuvo y dirigió la mirada al sur, hacia el mar. Pero no se acercó a la valla. Llevaba gafas de sol y a él no le cupo la menor duda de que estaba mirando hacia su casa. Mirándolo a él.

Aksel Seier cerró la verja del jardín. El miedo estaba a punto de ceder el paso al enfado. Si ella quería algo, que tuviera los suficientes *guts* como para establecer contacto. Se tiró del jersey. Hacía calor, ya pasaba de mediodía. Oía los gritos de un grupo de jóvenes que se bañaban en el estrecho de Nantucket. El agua seguía helada. Un par de días antes el mercurio se había parado en los sesenta grados Fahrenheit, él lo había medido antes de salir a pescar. La mujer con la cazadora pasó lentamente frente a él, por la acera de enfrente.

—*What do you want, dammit!*^[6]

Aksel notó que estaba agarrando el martillo con mucha fuerza y optó por soltarlo. La herramienta cayó sobre las losas de pizarra del suelo con gran estrépito. El pulso le martilleaba los tímpanos. El miedo le resultaba ahora tan extraño, tan ajeno al presente... Hacía años que por fin había conseguido superar ese pánico indefinible que lo invadió por primera vez en una celda de prisión preventiva en enero de 1957.

Habían pasado ya algunas semanas desde su detención. Su madre se había quitado la vida, y a Aksel no le habían dejado asistir al funeral. El viejo policía había estado jugueteando con las llaves con la vista clavada en sus ojos. « Todo el mundo sabe que eres culpable —le había asegurado. Las llaves chocaban contra la pared, una y otra vez—. No tienes ninguna posibilidad de salir absuelto. ¿Por qué no confiesas ya para paliar el dolor de los padres de la pequeña Hedvik? ¿No crees que han sufrido ya bastante los pobres? ». El rostro del policía había reflejado un profundo desprecio. El hombre se había pasado la manga de la

chaqueta por los ojos con decisión, y en ese momento Aksel había comprendido que todo estaba perdido. Más tarde había empezado a delirar, y le habían dado unos somníferos.

Aksel se convirtió en un ser noctámbulo. Descansaba algunas horas por la tarde y luego, mientras los demás dormían, contaba las estrellas a través de los barrotes. El miedo lo había acompañado al apartamento en el que vivió, en ocho metros cuadrados desnudos, tras su inesperada puesta en libertad. También lo acompañó hasta el otro lado del océano y lo atormentaba con asiduidad, hasta una mañana de marzo de 1993. Aksel Seier se había despertado a media mañana, sorprendido de haber dormido de un tirón toda la noche. Por primera vez en treinta y seis años, el policía del llavero y los ojos llorosos lo había dejado en paz.

—*What the hell do you want?*^[7]

La mujer se paró en seco, con aire vacilante. Aunque Aksel tenía el corazón en la garganta y serias dificultades para respirar con normalidad, se dio cuenta de que era guapa. Tenía un atractivo algo descuidado, como si en realidad le diera pereza causar buena impresión. Tendría algo más de treinta años y llevaba una ropa bastante asexuada. Vaqueros, un jersey rojo con cuello de pico y zapatillas deportivas. Aksel se percató de que inconscientemente la estaba estudiando, almacenando su imagen para uso posterior. Vio que tenía los ojos marrones cuando ella se acercó a él con paso inseguro y se cambió las gafas de sol por unas normales. Tenía el cabello oscuro, medio largo y con unas ondas que quizá se tornaban en rizos con la humedad. Aksel reparó en la finura de sus manos y la longitud de sus dedos cuando ella se los pasó indecisa por el pelo. Él se mordió la lengua.

—¿Aksel Seier?

El miedo amenazaba con ahogarlo. La mujer había dicho «Aksel Seier» con una pronunciación que no oía desde 1966. Ya nadie lo llamaba Aksel Seier, sino «Aksel Sayer», pronunciado con sílabas largas y arrastradas, y no duras y contundentes; como en Aksel Seier.

—¿Quién quiere saberlo? —se obligó a decir aún en inglés.

Ella le tendió la mano, pero él no se la estrechó.

—Me llamo Inger Johanne Vik Soy investigadora y he venido para hacerle algunas preguntas sobre el juicio que se celebró contra usted, hace muchos años, por una violación y un infanticidio que no había cometido. Si es que usted está dispuesto, claro, si es que quiere hablar de ello ahora, después de tantos años.

Su mano seguía tendida hacia él. Había cierta terquedad en el gesto que hizo que Aksel abriese la boca y aspirase a fondo antes de darle un apretón.

—Æksel Sayer —dijo con un hilo de voz—. Así me llamo ahora.

La señora algodón de azúcar caminaba hacia ellos desde la playa. Rodeó la valla y bostezó sonora y ostensiblemente antes de exclamar:

—*Female visitor; Akxel! I'll say!*[8]

—Entra —le dijo Akxel a Inger Johanne y le dio la espalda al jersey rosa.

Inger Johanne no sabía qué se había esperado. Ciertamente había visualizado de manera clara la figura de Akxel Seier, pero nunca había intentado imaginar cómo vivía, qué clase de existencia llevaba en Estados Unidos. Se quedó de pie en el umbral. El salón daba a una cocina abierta y estaba abarrotado de cosas. Aunque el mobiliario se reducía a una pequeña mesa de centro situada ante un pequeño sofá y a una mesa de cocina muy rústica con una única silla, no había mucho espacio donde apoyar los pies. En un rincón había un enorme perro que la hizo dar un respingo. Cuando lo miró con atención cayó en la cuenta de que estaba tallado en madera, pelo a pelo, y de que los ojos amarillos eran de cristal. Del techo, en el rincón de enfrente, colgaba un mascarón de proa que representaba a una mujer de busto generoso, mirada ausente y labios de color rojo oscuro, casi morado. La cabellera amarillo dorado le caía sobre el firme cuerpo. La figura era demasiado grande para la habitación. Daba la impresión de que se podía caer del techo en cualquier momento, en cuyo caso machacaría un ejército de figuras que semejaban soldaditos de plomo y que estaban diseminadas sobre el suelo en un campo de batalla de más de dos metros cuadrados. Inger Johanne dio un paso hacia el ejército con mucho cuidado y se puso en cuclillas. Los soldados, cada uno con sus rasgos propios, eran de cristal, al igual que sus casacas azules diminutas, sus bayonetas, cañones, sombreros y distinciones, y luchaban contra los soldados del Sur, vestidos de gris.

—Qué... ¡Qué cosa tan increíblemente preciosa!

Inger Johanne se acercó uno de los generales a los ojos. Estaba cómodamente montado sobre su caballo, a distancia segura de la batalla. Se le veían perfectamente los ojos azul claro con un atisbo de negro en las pupilas. Al caballo le salía espuma de la boca, y ella casi podía sentir el calor del animal sudado.

—¿Dónde...? ¿Lo ha hecho usted? ¡Nunca en la vida había visto nada parecido!

Aksel Seier no contestó. Inger Johanne oyó el entrecocar de cacerolas. El hombre se había escondido tras el banco de la cocina.

—¿Café? —le preguntó con esfuerzo.

—No, gracias. Bueno, sí... Si va a preparar de todos modos; si no, no hace falta que lo haga por mí.

—Una cerveza.

No sonaba como una pregunta.

—Sí, gracias —respondió ella dudosa—. Me tomaría encantada una cerveza.

Aksel Seier se levantó y cerró la puerta del armario de una patada. Parecía aliviado. La nevera emitió un zumbido desganaado cuando sacó un par de latas. El enervante ruido languideció en un suspiro. Los rayos de sol se colaban a través de

los cristales sucios y el polvo danzaba sobre las franjas de luz proyectadas en el suelo. Un gato salió de algún recoveco de la cocina. Maulló y se restregó contra las pantorrillas de Inger Johanne, para luego desaparecer por la gatera de la puerta. Junto al mascarón de proa, detrás de los soldaditos, había una barrica de pescador con los flejes oxidados. Sobre la tapa descansaba una muñeca de plástico con ropa de lapón. Los colores, rojo, azul, amarillo y verde, que alguna vez habían sido vivos y claros, habían empalidecido hasta adquirir un manso tono pastel. La mirada vacía de la muñeca estaba fija sobre la pared de enfrente, recubierta por un impresionante bordado, casi un tapiz. El motivo, figurativo en una esquina (representaba a un caballero medieval listo para un torneo, con su armadura y su lanza en alto), se transformaba gradualmente en la orgía de color abstracta que se apreciaba en la esquina superior derecha.

—Tengo que... ¿Todas estas cosas maravillosas las ha hecho usted?

Aksel Seier se quedó mirándola. Lentamente se llevó la lata de cerveza a la boca. Bebió y se secó con la manga.

—¿Qué has dicho?

—¿Usted ha...?

—Al llegar. Has dicho algo de que yo...

—Tengo motivos para creer que le condenaron aunque era inocente.

Ella posó en él los ojos, intentando decir algo más. Él retrocedió un paso, como si la luz del sol procedente de la ventana lo intimidara. Asintió levemente con la cabeza, y el flequillo, pesado y gris, le cayó sobre la frente, tapándole los ojos. Al contemplarlo, ella se arrepintió horriblemente de haber ido a verlo.

No tenía nada que ofrecerle: ni desagravio ni rehabilitación de su honra ni compensación por los años perdidos, tanto dentro como fuera de la cárcel. Inger Johanne había venido desde el otro lado del mar, casi por impulso, sin otra cosa en la maleta que la férrea convicción de una anciana y un montón de preguntas sin respuesta. Si era verdad que Aksel Seier había sido condenado injustamente por el peor de los delitos, por la más sucia de las agresiones, ¿cómo lo había marcado esa experiencia? ¿Cómo le habría sentado eso de que alguien, después de tantos años, le dijera «Creo que eres inocente»? Inger Johanne no tenía derecho a hacer esto. No habría debido venir.

—Quiero decir... Algunas personas han examinado más a fondo su caso... Una persona... Ella está... ¿Podríamos sentarnos?

Él estaba petrificado. Uno de los brazos le colgaba laxo a un costado, describiendo un movimiento pendular casi imperceptible, al compás del corazón, adelante y atrás, adelante y atrás. En la mano izquierda sostenía la lata de cerveza, que parecía a punto de caerse. Seguía escondido tras su flequillo grasiento. Sus ojos destellaban con expresión impenetrable.

—Creo que sería mejor que nos sentáramos, señor Seier.

Emitió un ruido gutural, un carraspeo involuntario, como si en realidad

quisiera tragar, pero se le hubiera atascado algo en la garganta. Primero ella creyó que estaba intentando contener el llanto. Pero luego él volvió a hacer el mismo ruido, como si tuviera hipo. Con el pulso trémulo, dejó la lata de cerveza sobre la mesa.

—Señor Seier —repitió él con voz áspera—. Hacia muchos años que nadie me llamaba así. ¿Quién eres tú?

—¿Sabe qué? —Ella se apartó con cuidado del escenario de la batalla—. Me gustaría invitarle a comer a un restaurante. Podemos comer algo mientras le explico por qué he venido. Creo que tengo muchas cosas que contarle.

« Mentira —pensó ella—. No tengo casi nada que contarte. Vengo con mil preguntas cuya respuesta es importante para mí conocer. Para mí y para una anciana que se mantiene con vida a la espera de esas respuestas. Te estoy engañando. Te estoy despistando. Me aprovecho de ti» .

—¿Dónde le sirven a uno comida decente en esta ciudad? —le preguntó con desenfado.

—Ven conmigo —dijo él y se dirigió hacia la puerta.

Inger Johanne pisó sin querer a un general que crujió suavemente contra el suelo. Levantó el pie desesperada. La figura estaba pulverizada, y pequeños fragmentos azules y amarillos se habían adherido a su zapato.

Aksel Seier se quedó mirándolo, inmóvil. Luego la miró a la cara.

—¿Lo crees de verdad? ¿Crees en mi *innocence*? —Dio media vuelta, inmediatamente, sin esperar respuesta.

La chica nueva se llamaba Sarah. Era tan grande como Emilie, a pesar de que tenía un año menos. Costaba un poco consolarla, como a papá. Cuando murió mamá, Emilie había deseado consolarlo con toda su alma. Después del funeral, y cuando la casa ya no estaba llena de gente que pretendía ayudarlos, él no quería llorar delante de ella. Pero ella sabía cómo se sentía. Lo había oído por las noches, cuando él creía que dormía y se tapaba la cabeza con la almohada para asegurarse de que ella no lo oía. Emilie quería consolarlo, pero era imposible porque él era un adulto. Era mayor que ella. No había nada que ella pudiera decir o hacer. Cuando, a pesar de todo, lo intentaba, él le dedicaba una enorme sonrisa, se levantaba de la cama y preparaba unos gofres mientras le hablaba de las vacaciones que se iban a tomar en verano.

Algo parecido pasaba con Sarah. Lloraba y lloraba, pero por lo visto era demasiado mayor para que la consolaran. En realidad Emilie se había alegrado de que llegara Sarah. Era mucho mejor ser dos, especialmente ser dos chicas, y aún mejor era que Sarah tuviera casi la misma edad que ella. Eso era lo único que Emilie sabía de Sarah, aparte de su nombre. Cada vez que intentaba hablar con ella, Sarah se echaba a llorar. Balbucía algo sobre una abuela y un autobús. Quizá la abuela fuera conductora de autobús y Sarah creyera que vendría a rescatarlas. Como ella, que de vez en cuando seguía creyendo que mamá cuidaba de ella, engalanada con su vestido rojo y sus pendientes de diamantes en forma de ciruela.

Sarah no había entendido que lo más inteligente era ser amable con el señor.

Al fin y al cabo les traía comida y bebida, y no hacía mucho que había aparecido con un caballo para la Barbie. Cuando Emilie sonreía, daba las gracias, era amable y cortés, el señor sonreía también. Cuando la miraba, a ella se le figuraba que se animaba, que se ponía más contento. En cambio, Sarah lo había mordido. En el momento en que entraron en la habitación, ella le había hincado los dientes en el brazo. Él había pegado un chillido y le había atizado un buen sopapo en la cara a Sarah, que empezó a sangrar justo encima del ojo. Todavía tenía una buena herida con sangre que no acababa de secarse.

—Tienes que ser buena con el señor —le aconsejó Emilie sentándose en la

cama junto a ella—. Nos trae comida y regalos. Más vale ser educada, y creo que en realidad él es bastante bueno.

—Me peg... peg... me pegó —sollozó Sarah, llevándose la mano al ojo—. Dijo que era el nuevo...

Emilie no pudo entender el resto de la frase. Estaba un poco mareada. De nuevo la invadía esa vieja sensación, ese pensamiento desagradable, nauseabundo, de que no quedaba más oxígeno en el sótano. Lo mejor sería que se tumbara y cerrara los ojos.

—Dijo que era el nuevo novio de mamá —barbotó Sarah, ahogada por el llanto.

Emilie no sabía si había dormido algo. Hizo chascar la lengua varias veces. Le sabía a sueño. Además, le pesaban los párpados.

—Mamá se ha echado un nuevo novio al que yo iba a conocer ma... mañana...

Emilie se incorporó lentamente. Ahora le resultaba más fácil respirar.

—Intenta respirar con tranquilidad —le recomendó. Es lo que mamá solía decirle cuando lloraba tanto que le faltaba el aliento para hablar—. Respira tranquilamente. Hacia dentro y hacia fuera. Hay un montón de oxígeno aquí. ¿Ves ese respiradero del techo?

Lo señaló y Sarah asintió con la cabeza.

—Por ahí nos manda el aire. El señor, quiero decir. Nos manda un montón de oxígeno aquí al sótano para que podamos respirar aunque no haya ventanas. No tienes por qué tener miedo. Si quieres, te presto mi Barbie. ¿Tu abuela es conductora de autobús?

Daba la impresión de que Sarah estaba completamente agotada. Tenía la cara pálida y cubierta de manchas rojas, y los ojos tan hinchados que estaban casi completamente cerrados.

—La abuela es electricista —dijo, por primera vez sin echarse a llorar.

—Mi madre está muerta —dijo Emilie.

—Mi madre tiene un novio nuevo —dijo Sarah y se sorbió los mocos.

—¿Es majo?

—No lo sé, lo iba a conocer...

—No llores ya más —le soltó Emilie, irritada.

El señor podía estar escuchándolas. Aunque no estuviera allí, tal vez había puesto micrófonos en algún sitio. Emilie lo había estado pensando, había visto ese tipo de cosas en las películas. Por alguna razón, no se atrevía a comprobarlo. Al principio, cuando acababa de llegar, había recorrido la habitación buscando algo, aunque no sabía exactamente qué. No había encontrado nada, pero sabía que había micrófonos tan pequeños que cabían en una rueda. Eran tan pequeños que no se veían, hacía falta un microscopio. Quizás el hombre estuviera sentado en algún sitio desde donde no solo podía oírlas, sino incluso verlas. También había cámaras diminutas, tan pequeñas como la cabeza de un clavo, y aquí había

muchos clavos en las paredes. Emilie había visto una vez una película que se titulaba *Cariño, he encogido a los niños*. Iba de un padre un poco loco, pero bastante mono, que se dedicaba a hacer experimentos en el desván. Los niños encontraban algo que no era asunto suyo y se hacían muy pequeños, como insectos. Nadie podía verlos. El señor podía verlas a ellas. Casi seguro que estaba ante una pantalla de televisión, con unos auriculares puestos, y sabía exactamente lo que estaban haciendo.

—Sonríe —susurró Emilie.

Sarah estaba llorando otra vez, y Emilie le tapó la boca con la mano.

—Tienes que sonreír —le ordenó, torciendo los labios en una especie de sonrisa—. Nos está viendo.

Sarah se soltó.

—Dijo que era el nov... nov... novio de...

Emilie cerró los ojos con fuerza y se tumbó en la cama. Casi no había sitio para las dos. Empujó a Sarah y se puso de cara a la pared. Cuando apretaba mucho los párpados, era como si se encendiera una luz dentro de su cabeza, y entonces ella era capaz de ver cosas. Veía a papá, que la estaba buscando y llevaba una camisa de franela. La buscaba entre las flores silvestres de la colina que había detrás de casa. Llevaba una lupa y creía que alguien la había encogido.

Emilie deseaba que Sarah no hubiera venido nunca.

En el lugar donde fue encontrada la cartera de Emilie Selbu, en un sendero solitario entre dos calles con tráfico, había ahora un mar de flores. Algunas estaban medio secas, otras ya estaban muertas. Aquí y allá había rosas frescas metidas en pequeños jarrones de plástico. Dibujos infantiles ondeaban silenciosamente al viento de la noche.

Una panda de adolescentes se acercó. Iban en bicicleta, berreando y riendo, pero bajaron la voz cuando hicieron un rodeo para evitar las flores y las cartas. Una chiquilla de unos catorce años posó el pie en el suelo y, tras unos segundos de silencio, maldijo bien alto y bien claro, meneando la cabeza, antes de ponerse a pedalear salvajemente detrás de los demás.

El hombre se bajó la visera de la gorra casi hasta los ojos, mientras se llevaba la otra mano al interior de los pantalones. Quizá se atrevería a acercarse un poco más. La idea de estar inclinado sobre el lugar, sobre el sitio en que raptaron a Emilie, justamente donde se la llevaron, hacía que le ardiera la entrepierna. Perdió el equilibrio y tuvo que apoyar la cadera contra un árbol para no caerse. Jadeó y se mordió el labio.

—¿Qué coño estás haciendo?

Dos personas se aproximaron por detrás. Salieron de la nada, de la espesura. Sorprendido, él se volvió hacia ellos —sin soltarse el sexo, que empezaba a ponérsele flácido entre los dedos— intentando sonreír.

—Na... nada —tartamudeó.

—Está... ¡Joder, se la está pelando!

Les llevó dos minutos reducirlo, pero no se conformaron con eso. Cuando el hombre vestido de paramilitar entró dando tumbos en la comisaría, empujado por una recién surgida patrulla ciudadana, tenía el ojo derecho hinchado y amoratado. Le sangraba la nariz y todo apuntaba a que tenía el brazo roto.

No dijo nada, ni siquiera cuando la policía le preguntó si necesitaba un médico.

—¿Está seguro de que no quiere que hablemos en inglés?

Él negó con la cabeza. En un par de ocasiones, a Inger Johanne le había parecido que él no entendía lo que le estaba diciendo. Ella había repetido lo mismo con otras palabras, más sencillas. No era fácil saber si había servido para algo. Él no cambiaba su expresión y decía muy poca cosa.

Aksel Seier había pedido filete *mignon* y una cerveza. Inger Johanne se conformó con una ensalada cesar y un vaso de agua con hielo. Eran los únicos clientes en el 400 Club, una mezcla rural de restaurante y *diner*, a solo siete minutos a pie de Ocean Avenue. Aksel Seier se había dirigido primero a su coche, pero se había encogido de hombros y había accedido a ir caminando cuando Inger Johanne insistió. Era demasiado tarde para almorzar, demasiado temprano para cenar. La cocina funcionaba a medio gas. Antes de que les llevaran la comida, a Inger Johanne le había dado tiempo de hablarle a Aksel Seier de Alvhild Sofienberg, la señora que en su momento se había interesado tanto por su caso, pero luego se había visto forzada a dejarlo de lado. Le había contado que ahora Alvhild, todos estos años más tarde, quería averiguar por qué lo habían condenado primero para soltarlo de pronto, casi nueve años después. Inger Johanne le describió la vana búsqueda de los documentos relativos al caso. Al final, y casi a modo de apostilla banal, le explicó el motivo de su propio interés por su historia.

Les sirvieron la comida. Aksel Seier levantó el cuchillo y el tenedor. Comía despacio, masticando largamente. Volvió a dejar que el flequillo le cayera sobre los ojos. Debía de ser un truco de toda la vida; los gruesos rizos grises se convertían en un muro entre él y su interlocutor.

«No te interesa —pensaba ella—. Da la impresión de que no te interesa. No entiendo en realidad por qué me has acompañado hasta aquí. ¿Por qué no me echaste inmediatamente? Yo me habría marchado sin rechistar. O podrías haber escuchado lo que tenía que decirte y haberte despedido después para siempre. Ya te puedes levantar. Puedes acabar de comer, aceptar una comida gratis de un pasado que has olvidado y escondido, y largarte de aquí. Estás en tu derecho. Has

tardado tantos años en olvidar, y ahora yo lo estoy echando todo a perder. Estoy hurgando en tu herida. Vete» .

—¿Qué esperas que diga?

La mitad del filete se había quedado en el plato. Aksel metió la hoja del cuchillo ente los dientes del tenedor y apuró el vaso de cerveza. Después se reclinó en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho.

«Espero alguna forma de entusiasmo —pensó ella—. Es absurdo. Me he sentido como un ángel, como un mensajero que portaba noticias maravillosas. Espero... ¿Qué es lo que quiero? Desde el momento en que leí tu historia, desde el momento en que entendí que Alvhild tenía razón, me he visto a mí misma en el papel del hada buena, la que iba a solucionar el entuerto. Iba a venir aquí a contarte lo que tú ya sabes: que eras inocente. Que eres inocente. Te lo estoy confirmando, he hecho todo el viaje desde Noruega, y tú tienes que estar... agradecido. ¡Espero que me lo agradezcas, joder!» .

—No espero nada de nada —respondió en voz queda—. Si quiere, me voy.

Aksel sonrió. Tenía los dientes grises y regulares. Desentonaban con su rostro. Era como si alguien hubiera recortado una boca sin usar y la hubiera cosido en un lugar que simplemente no le correspondía. Pero el hombre estaba sonriendo y había posado las manos sobre la mesa.

—Siempre me he imaginado cómo sería conseguir que... —Calló, buscando las palabras.

Inger Johanne no sabía si ayudarle o no. La pausa se hizo larga.

—Que le rehabilitaran —aventuró ella al fin.

—Exacto. Rehabilitación. —Aksel echó un vistazo a su vaso de cerveza vacío.

Inger Johanne pidió que se lo rellenaran. Tenía mil preguntas y no conseguía acordarse de una sola de ellas.

—¿Por qué? —comenzó sin saber lo que quería decir—. ¿Es usted consciente de que la prensa criticó el hecho de que le condenaran? ¿Sabía que varios periodistas se burlaron de la fiscalía y de los testigos que declararon contra usted?

—No.

La sonrisa había desaparecido, el flequillo estaba a punto de volver a caer. Sin embargo, su actitud no resultaba agresiva, aunque tampoco denotaba una gran curiosidad. Hablaba con voz monótona, quizá porque se había desacostumbrado del idioma. O quizá más bien se estaba concentrando con todas sus fuerzas simplemente en asimilar las palabras de Inger Johanne.

—No me daban periódicos.

—Pero ¿y después? ¿Cómo es que no se enteró más tarde? ¿No se lo contó alguien, sus compañeros en la cárcel...?

—Yo no tenía compañeros en la cárcel. No era exactamente un... *friendly place*.

—¿No había periodistas que quisieran hablar con usted? Me he traído unos

artículos, se los puedo enseñar, y me extrañaría mucho que sus autores no hubieran intentado contactar con usted una vez dictada la sentencia. Yo, por mi parte, he intentado rastrear a los dos periodistas más críticos, pero ambos, desgraciadamente, han muerto. ¿Recuerda si intentaron hablar con usted?

El vaso de cerveza volvía a estar medio vacío. Él pasó el dedo por el borde.

—Quizás. Hace tanto tiempo. Yo creía que todo el mundo... Creía que todo el mundo...

«Creías que todo el mundo te quería mal —pensó Inger Johanne—. No querías hablar con nadie. Dejaste que te aislaran, en todos los sentidos, y no te fiabas de nadie. De mí tampoco debes fiarte. No debes pensar que yo puedo enmendar nada. Tu caso es demasiado antiguo. Nunca se reabrirá. Yo simplemente tengo curiosidad, tengo preguntas que plantear. Me gustaría tomar notas. Llevo en el bolso un cuaderno y una grabadora. Si los saco, corro el riesgo de que te vayas, de que digas que no, de que por fin entiendas que mis motivos son totalmente interesados...».

—Como le he dicho antes... —Ella hizo un gesto hacia el vaso de cerveza, ¿quería más? Él negó no con la cabeza—. Yo investigo. Estoy trabajando en un proyecto en el que comparo...

—Ya me lo has contado.

—Claro. Me preguntaba... ¿Le importa que vaya tomando apuntes de nuestra conversación?

Una voluminosa mujer dejó la factura sobre la mesa, delante de Aksel. Inger Johanne la agarró con una precipitación un poco excesiva. La mujer echó la cabeza hacia atrás con un movimiento arrogante y se alejó contoneándose hacia la cocina sin mirar atrás. El semblante de Aksel se ensombreció.

—Quiero pagar yo —dijo—. Pásame esa factura.

—No, no... Permítame... La universidad cubre mis gastos... Quiero decir, he sido yo quien lo ha invitado a usted.

—*Give me that!*^[9]

Ella soltó la factura, que cayó al suelo. Él la recogió, sacó una cartera desgastada y empezó a contar billetes lentamente.

—Quizá quiera hablar contigo más tarde —dijo sin levantar la vista—. Tengo que pensar un poco. ¿Cuánto tiempo te quedas?

—Por lo menos algunos días.

—Algunos días. *Thirty-one, thirty-two.*

El fajo era grueso, los billetes estaban bastante arrugados.

—¿Dónde te alojas?

—En el Augustus Snow.

—Me pondré en contacto contigo. —Echó la silla para atrás y se levantó con pesadez. Se parecía poco al hombre que se había subido a una precaria escalera aquella misma mañana para cambiar el gallo de la veleta por un cerdo.

—¿Puedo preguntarle una cosa? —dijo Inger Johanne rápidamente—. ¿Una sola cosa, antes de que se vaya?

Él no respondió, pero tampoco hizo ademán de irse.

—¿Le dijeron algo cuando lo soltaron? Quiero decir, ¿le dieron alguna explicación de lo que había pasado? Le dijeron si lo habían indultado, o...

—Nada. No me dijeron nada. Me dieron una maleta para que metiera mis cosas, un sobre con cien coronas y la dirección de una casa donde alquilaban habitaciones. Pero no dijeron nada. *Except*, hubo un tipo, un... No llevaba uniforme ni nada. Dijo que debía mantener la boca cerrada y darme por satisfecho. «Mantén la boca cerrada y date por satisfecho», me acuerdo bien de esa frase. ¿Pero explicaciones? *Nope*. —Volvió a mostrar los dientes con una mueca chocante que hizo que ella bajara la mirada.

Aksel Seier se dirigió hacia la salida y desapareció, sin esperarla, sin acordar nada más concreto. Ella se quedó jugueteando con el vaso de agua, esforzándose por recordar algo que se le escapaba.

Había algo en la casa de Aksel Seier que parecía fuera de lugar. Había visto algo, alguna cosa que la había hecho reaccionar, después, cuando era demasiado tarde, algo que encajaba con aquel interior tan abigarrado, pero que al mismo tiempo contrastaba con su entorno. Cerró los ojos e intentó visualizar la casa de Aksel Seier. El mascarón de proa. El cuadro de la batalla. La lapona desangelada con su traje desteñido. El caballero de la pared. Un reloj de pie cuyas pesas eran herraduras. La estantería con cuatro libros. No recordaba el título de ninguno. Una lata de café vieja con dinero suelto cerca de la puerta. El aparato de televisión con antena. Una lámpara en forma de tiburón, que dentelleaba el suelo y tenía la bombilla en la cola. Un labrador de madera muy vivo y pintado de negro. Objetos absurdos y atractivos que, de algún modo, armonizaban entre sí.

Y algo más. Algo que la había hecho reaccionar, pero que no había notado hasta que era demasiado tarde.

Aksel Seier caminaba a toda prisa. Estaba pensando en un día de primavera de 1966, el día que vio Oslo por última vez. La niebla se extendía sobre el fiordo, y él iba a bordo del *MS Sandefjord*, que navegaba con rumbo a Estados Unidos cargado de abonos químicos.

El capitán había asentido levemente cuando Aksel le había expuesto la situación, directamente y sin rodeos. Le contó que había cumplido una larga condena y que aquí en Noruega nada parecía salir bien. Le aseguró al capitán que podía estar completamente tranquilo; Aksel Seier tenía la nacionalidad norteamericana. Le había mostrado su pasaporte; era auténtico. Lo único que quería era hacer algo de provecho al otro lado del Atlántico, si lo dejaban.

Podía echar una mano en la cocina. Antes de que llegaran al faro de Dyna,

había pelado cuatro kilos de patatas. Después subió a cubierta por un momento. Comprendió que se iba para siempre.

Lloró, aunque no sabía por qué.

Desde entonces no había vertido una sola lágrima, hasta ahora.

Fue corriendo hasta casa. La verja lo castigó con un cerrojo que se resistía. El cartero paró la furgoneta, sacó la cabeza por la ventanilla, señaló al cerdo y se rio. Aksel saltó la valla de poca altura, entró en la casa y cerró cuidadosamente la puerta tras sí. Luego se acurrucó en la cama. El gato chillaba ante la ventana, pero él no quería escuchar.

—¿Y en esto malgastáis vosotros el tiempo?

Yngvar Stubø se frotó la cara. Los pelos de la barba le rasparon la palma de la mano. Eran más de las dos de la madrugada del miércoles 24 de mayo. Ante la Jefatura de Policía de Asker y Bairum se agolpaban veinticinco periodistas y casi el mismo número de fotógrafos. Un par de agentes novatos los mantenían fuera del edificio de ladrillo y hacía un cuarto de hora que habían sacado las porras. Caminaban lentamente ante la entrada, de un lado a otro, mientras se golpeaban amenazadoramente la palma de la mano con la porra, como la caricatura de un policía de una película de Chaplin. Los fotógrafos retrocedieron ligeramente. Algunos de los periodistas habían empezado a mirar el reloj. Un tipo del *Dagbladet*, que a Yngvar Stubø le resultaba vagamente familiar, bostezó sin el menor disimulo. Le ladró una orden a un fotógrafo antes de dirigirse a un Saab que estaba aparcado en un sitio indebido y subirse a él. Pero el coche se quedó parado.

Yngvar Stubø dejó caer la cortina y se volvió hacia la habitación.

—¡Por Dios, Hermansen, ese pobre hombre nunca le ha hecho daño ni a una mosca!

—¿Y quién nos asegura que nuestro secuestrador de niños está fichado?

Hermansen se sonó la nariz con los dedos y maldijo.

—No es eso lo que quiero decir.

—Entonces, ¿qué coño quieres decir? ¡Tenemos a un tipo que se encontraba en el lugar del primer secuestro cuatro horas después de la desaparición de otro niño! ¡Iba vestido con ropa de camuflaje como si quisiera hacer carrera en la CIA y se la estaba pelando mientras gime el nombre de la niña! Por si fuera poco, no ha sabido decirnos qué estaba haciendo el jueves 4 de mayo, el día que desapareció Emilie Selbu, ni tampoco el miércoles 10 de mayo, cuando secuestraron a Kim. ¡No se acuerda de lo que estaba haciendo hoy a las cinco de la tarde, joder!

—Eso es sencillamente porque no tiene las ideas claras sobre nada —dijo Yngvar Stubø secamente—. El hombre es idiota, casi literalmente, o por lo

menos discapacitado psíquico. Está aterrorizado, Hermansen.

Hermansen se llevó una taza de café sucia a la boca. El olor agrio del sudor producido por el agobio impregnaba toda la habitación. Yngvar Stubø no sabía bien de quién provenía.

—Es conductor profesional —gruñó Hermansen—. No puede ser completamente idiota. Lleva una furgoneta de reparto. Y además tiene antecedentes. Nada menos que por... —Agarró una carpeta y sacó un documento de un tirón—. Cinco multas y dos condenas por delitos sexuales.

Yngvar Stubø hizo caso omiso de lo que le decía Hermansen. Estaba observando otra vez discretamente a los periodistas. Ya no había tantos como antes. Se pellizcó el tabique de la nariz e intentó calcular la hora que sería en la Costa Este de Estados Unidos.

—Exhibicionismo —suspiró profundamente sin mirar a Hermansen—. Al tipo lo han detenido por exhibicionismo, nada más. No es el hombre que buscamos. Desgraciadamente.

—Exhibicionismo.

Yngvar intentaba hablar en un tono neutro, pero era imposible. La palabra connotaba un desprecio por la acción que designaba y movía a escupir con sorna. El hombre del vestido de camuflaje se había encogido casi hasta desaparecer bajo una pila de ropa.

Sudaba a mares. Tenía los hombros tan estrechos que las mangas le ocultaban las manos. Llevaba un cabestrillo colgado del cuello, pero no lo usaba. El tiro del pantalón le llegaba casi hasta la altura de las rodillas.

—Cincuenta y seis años —añadió Yngvar Stubø lentamente—. ¿Es correcto?

El hombre no respondió. Yngvar acercó una silla y se sentó junto a él. Apoyó los codos sobre las rodillas, intentando no arrugar la nariz ante el hedor a orina y sudor viejo. Esta vez sí tenía claro de dónde provenía el olor.

—Escucha —dijo en voz baja—. ¿Me permites que te llame Laffen? Te llaman Laffen, ¿no?

Con un débil movimiento de cabeza, el hombre dejó claro que al menos oía lo que se le decía.

—Laffen —continuó Stubø con una sonrisa—. Me llamo Yngvar. Esta noche ha sido agotadora para ti.

De nuevo un débil asentimiento.

—Pronto lo habremos solucionado todo, pero necesito que respondas a algunas preguntas, ¿vale?

Laffen asintió una vez más, casi imperceptiblemente.

—¿Recuerdas dónde te pillaron? Estos dos tipos... ¿Dónde te encontraron?

El hombre no contestó. De cerca se notaba que tenía los ojos hundidos como dos canicas negras en su estrecho cráneo. Yngvar posó la mano con cuidado

sobre la rodilla del hombre, pero no consiguió que reaccionara.

—¡Tú conduces un coche!

—Ford Escort de 1991. Azul metálico. Motor de 1,6 litros, pero está puesto a punto. El equipo de música costó once mil cuatrocientas noventa coronas. Asientos de bólido y *spoiler*. Se lo he puesto yo todo —aseguró con voz nasal.

Yngvar tuvo la sensación de haberle echado dinero a una vieja máquina de discos, sobre todo cuando el hombre prosiguió:

—Se lo he puesto yo mismo. Lo he hecho yo mismo. Asientos de bólido y *spoiler*.

—Muy bien.

—Yo no he hecho nada.

—Entonces ¿por qué estabas allí?

—Por nada. Solo... Simplemente estaba allí. Mirando. No está prohibido mirar, ¿verdad?

El hombre se tiró de la manga izquierda y asomó una escayola blanca como la tiza.

—Me han roto el brazo. Yo no he hecho nada.

Eran ya las tres y media de la mañana. Yngvar Stubø llevaba veintiuna horas despierto. Solo Dios sabía cuándo había pegado ojo por última vez el detenido. Yngvar Stubø le dio una palmadita en la rodilla y se levantó.

—Prueba a tumbarte ahí sobre el catre —le indicó amablemente—. En cuanto se haga de día lo solucionamos todo y te vas a casa.

Mientras cerraba cuidadosamente la puerta a su espalda, pensó que el hombre vestido de camuflaje podía llegar a convertirse en un problema. Apenas era capaz de trazar el plan más sencillo, por no hablar de llevar a cabo tres complicados secuestros y la arriesgada devolución del cadáver de un niño. Por otro lado, el tipo tenía carné de conducir, así que probablemente sabía leer y escribir. El título de conductor profesional que le había atribuido Hermansen era sin embargo una enorme exageración. Laffen Sørnes recibía una pensión por invalidez y dos veces por semana repartía comida caliente a los ancianos de Stabekk. Sin cobrar.

El problema no residía en el exhibicionista, sino en el hecho de que hasta el momento no había ningún otro sospechoso. Habían desaparecido tres niños, y uno de ellos ya estaba muerto. Todo lo que había encontrado la policía, tras tres semanas de investigación, era un exhibicionista de mediana edad en un Ford Escort.

El exhibicionista podía llegar a constituir un enorme problema.

—Dejad que se vaya —dijo Yngvar Stubø.

Hermansen se encogió de hombros.

—Pues muy bien. Entonces no tenemos nada. Ya está. Cuéntaselo tú a los buitres que están ahí fuera. —Hizo un gesto hacia la ventana.

—Dejad que el exhibicionista se vaya a casa en cuanto amanezca —bostezó Yngvar Stubø—. Y, por el amor de Dios, conseguidle al tipo otro abogado. Uno que se moleste en asegurarse de que no mantengan a su cliente despierto toda la noche. Ese es mi consejo. No es nuestro hombre. Y tú... —Se sacó un puro del bolsillo de la camisa y extendió el dedo índice—. Yo no soy nadie para decirle a la policía de Asker y Bærum lo que tiene que hacer. Pero yo de ti... multaría a los cabrones que le han roto el brazo. Como no lo hagas, esto se va a convertir en el salvaje Oeste antes de que termine la semana. Recuerda mis palabras. Un puto Texas.

En el campo, en un valle al noreste de Oslo, en una casa construida en la ladera, estaba sentado un hombre con un mando a distancia en la mano. Estaba navegando por el teletexto, que le permitía leer en cualquier momento las noticias como a él le gustaban: breves y concisas. Despuntaba el alba. La luz blanca del día sin estrenar que entraba por la ventana de la cocina lo hacía sentirse renacido todos los días. Soltó una carcajada aunque estaba solo.

« Hombre (56) arrestado por el caso Emilie» .

Jugueteara con los botones del mando a distancia. Las letras se agrandaban, se encogían, se ensanchaban, se estrechaban. Hombre arrestado. ¿Se habían creído que era un aficionado? ¿Que ahora se iba a poner hecho una furia? ¿Que iba a perder la cabeza solo porque habían pillado a la persona equivocada, porque atribuían sus actos a otro hombre? ¿Se había creído la policía que esto lo llevaría a obrar con precipitación, a cometer errores, a ser descuidado?

Soltó otra risotada, casi eufórica, que retumbó en la habitación de paredes desnudas. Sabía exactamente qué pensaba la policía. Creían que era un psicópata y daban por sentado que se envanecía de sus crímenes. La policía quería herir su orgullo, tentarlo para que diese un paso en falso, para que se jactara de lo que hacía. El hombre con el mando a distancia lo sabía, había leído, había estudiado. Sabía lo que iba a hacer la policía cuando descubriera que él estaba ahí fuera, que había un tipo que raptaba y asesinaba niños sin un motivo claro. Querían provocarlo.

Se los estaba imaginando. Tenían toda la información sobre los niños en una gran pizarra. Fotos, datos, documentos informáticos impresos. Edad, sexo, pasado. El historial de los padres. Fechas. Estaban buscando conexiones. Alguna pauta. Seguramente le concedían mucha importancia al hecho de que Emilie desapareciera un jueves, Kim un miércoles y Sarah un martes. Ahora creían que empezaban a ver la luz y confiaban en que algo sucedería el lunes. Cuando llegara el momento y el siguiente niño desapareciera en domingo, entrarían en pánico. « No hay una pauta —se dirían unos a otros—. ¡No sigue una rutina!» . La desesperación los dejaría paralizados y les resultaría insoportable cuando desapareciera otro niño más.

El hombre se acercó a la ventana. Pronto tendría que irse a trabajar. Primero tendría que bajarle comida a las niñas, y agua. Copos de maíz con agua. Se le había acabado la leche.

Emilie había entrado en vereda: se mostraba dulce, alegre y amable, exactamente como él había esperado. Aunque había dudado de que valiese la pena llevársela a ella, ahora se alegraba de haberlo hecho. Obviamente Emilie tenía algo especial. Cuando el hombre se enteró de que su madre había muerto, decidió dejarla tranquila, pero afortunadamente cambió de opinión. Era una chiquilla agradecida. Daba las gracias cortésmente por la comida y se alegró de recibir el caballo, a pesar de que casi no había dicho nada cuando él le regaló la Barbie. El hombre todavía no sabía muy bien lo que iba a hacer con Emilie, al final, cuando todo hubiera pasado. En realidad no tenía mucha importancia. Había tiempo de sobra.

Sarah, en cambio, era una pequeña bruja.

Él habría debido preverlo. La marca del mordisco que ella le había pegado en el brazo estaba roja e hinchada. El hombre se acarició con cuidado la piel, irritado por no haber estado más alerta.

Mientras contemplaba la ladera a través la ventana, con los ojos entrecerrados ante el intenso sol de la mañana, se preguntó por qué no había empezado antes. Se había conformado con demasiadas cosas durante demasiado tiempo. Había dado demasiado, soportado demasiado y recibido demasiado poco. Se había rendido demasiadas veces. Todo empezó cuando tenía cuatro años. Probablemente antes, pero eso era lo primero que alcanzaba a recordar.

Alguien le había enviado un regalo. No sabía quién. Su madre lo había ido a buscar a correos.

Al hombre del mando a distancia le gustaba recordar el pasado; era importante para él mirar atrás. Apagó la televisión y se sirvió otro café. En realidad habría debido estar preparando los copos de maíz con agua, pero su memoria era su fuerza motora y había que atenderla cuando era necesario. Cerró los ojos.

Estaba arrodillado ante la mesa de la cocina, sobre una silla de madera, dibujando. Tenía ante sí un vaso de leche, todavía notaba el sabor dulce que se le adhería a la garganta, el calor del radiador del rincón; estaban a principios de invierno. La madre entró en el cuarto. La abuela se acababa de ir a trabajar. El paquete era gris y se había arrugado con el transporte. Estaba atado con un cordón con tantas vueltas y tantos nudos que la madre tuvo que cortarlo con las tijeras, aunque por lo general guardaban el cordón y el papel.

El regalo era un traje de esquí azul, con un aro en la cremallera de la chaqueta. Sobre el pecho llevaba estampado el dibujo de un camión con grandes ruedas. El pantalón tenía una goma que ceñía el pie y tirantes que se cruzaban tras la espalda. La madre lo vistió y le permitió quedarse de pie sobre la mesa de

la cocina, con el regusto dulce en la boca. La lámpara topó contra su cabeza al bascular lentamente de un lado para otro. La madre le sonrió. El traje azul era ligero, no pesaba nada. Él levantó los brazos cuando ella le cerró la cremallera. Dobló las rodillas, convencido de que podía volar. La chaqueta era calentita y suave, y él quería salir a la nieve con el dibujo del camión en el pecho. Miró a su madre y se echó a reír.

El hombre soltó el mando a distancia. Ya eran casi las ocho, iba mal de tiempo. Obviamente las niñas del sótano no se morirían de hambre si se saltaban una comida, pero más valía hacerlo cuanto antes. Abrió el armario de la cocina y se miró en un espejo para afeitarse que estaba colgado en el interior de la puerta.

La abuela había vuelto porque se le había olvidado algo y se había quedado petrificada al verlo.

Le dieron el traje de esquiar a alguien, a algún otro niño, a un niño que se lo merecía más, según la abuela. De eso se acordaba él muy bien. La madre no protestó. Alguien le había mandado un regalo, era suyo, pero no se lo daban. Tenía cuatro años.

Su rostro en el espejo tenía un aspecto horrible. No se sentía así. Se sentía fuerte y resuelto. El paquete de copos de maíz estaba vacío. Las niñas tendrían que pasar hambre hasta que regresara. Se las apañarían perfectamente.

Inger Johanne Vik había trabajado durante toda la noche, algo desconcertada. El portero de noche del Augustus Snow Inn era un chico que debía de haber mentido sobre su edad para que le dieran el trabajo. Era evidente que se había ennegrecido el bigote con rímel, porque a lo largo de la noche había ido empalideciendo y le habían salido unas manchas negras en torno a la nariz, llena de espinillas que él no dejaba en paz. Le había facilitado a Inger Johanne los datos de la conexión a Internet del hotel para que pudiera conectarse desde su habitación. Si surgía algún problema, no tenía más que avisar al servicio de habitaciones. El chico le dedicó una sonrisa radiante mientras se pasaba el dedo gordo y el índice por el bigote, que ya casi había desaparecido del todo.

Debía de estar cansada, solo de pensarlo bostezaba. Tenía sueño, pero no como siempre. El desfase horario solía afectarla mucho más. Eran ya las dos de la mañana. Calculó la hora que sería en casa, las ocho. Kristiane llevaba ya un buen rato despierta. Sin duda estaba deambulando por la casa de Isak, con el perro nuevo, seguramente Isak seguía dormido y el perro habría hecho pis por todas partes, pero Isak dejaría que la orina se secara sin molestarse en limpiarla.

Inger Johanne se masajeaba la dolorida nuca mientras dejaba que los ojos vagaran por el cuarto. En el suelo, ante la puerta, había una nota. Debían de haberla dejado ahí desde antes de que ella volviera, porque si se la hubiesen llevado mientras ella estaba allí habría oído los crujidos de la vieja escalera que subía al tercer piso. No había oído a nadie. Nadie más se alojaba ahí; la habitación al otro lado del pasillo estaba vacía y cerrada. Había ido tres veces a buscar café, había salido y entrado de la habitación sin reparar en la nota. La había recibido a las 18.00 horas.

Please call Yngvard Stubborn. Important. Any time. Don't mind the time difference.^[10]

Stubborn. Stubø. Yngvar Stubø. En la nota figuraban tres números de teléfono: el de casa, el del trabajo y el del móvil, supuso ella. No pensaba llamar a

ninguno. Pasó el pulgar con cuidado sobre su nombre. Después arrugó el papel. En vez de tirarlo, se lo metió rápidamente en el bolsillo y se conectó a la página del periódico *Dagbladet*.

Había desaparecido una niña pequeña. Otra más. Sarah Baardsen, de ocho años, había sido secuestrada en un autobús repleto de gente en la hora punta, cuando se dirigía a casa de su abuela. La policía todavía no tenía pistas. La opinión pública estaba alarmada. En torno a la capital, de Drammen a Aurskog, de Eidsvoll a Drabak, se habían suspendido indefinidamente todas las actividades voluntarias para niños y se habían organizado grupos para los desplazamientos al colegio y de regreso a casa. Algunos padres exigían compensación por tener que quedarse en casa, pues debido a la suspensión de las actividades extraescolares no había garantías de que los críos estuvieran vigilados todo el tiempo. No había personal para reforzar la custodia. La Central de Taxis de Oslo había fletado taxis especiales para niños, con taxistas mujer que daban prioridad a las madres que viajaban solas con niños. El presidente del Gobierno había llamado a la calma y la sensatez, mientras que el defensor del menor había llorado en la televisión. Una vidente había tenido una visión de Emilie en una porqueriza, y una colega sueca la respaldaba. Hay muchos fenómenos que la ciencia no puede explicar, había declarado la Asociación Agraria de Noruega y se había comprometido a registrar todas las porquerizas del país antes del fin de semana. Un político del Partido del Progreso había propuesto al Parlamento, completamente en serio, que se reinstaurase la pena de muerte. Inger Johanne notó que se le erizaba el vello de los antebrazos y se bajó las mangas del jersey.

Obviamente no pensaba ayudar a Yngvar Stubø. Los niños secuestrados se habían convertido en los suyos propios, del mismo modo que no podía ver imágenes de los niños hambrientos de África y de las prostitutas de siete años de Tailandia sin pensar en Kristiane; siempre veía en ellos a su propia hija. Apagar la tele, cerrar el periódico. No quería ver. Johanne no quería saber nada de este caso. No quería escuchar.

En realidad, esto no era del todo cierto.

El caso la alteraba, acaparaba su atención de un modo tan violento que se le cortó la respiración cuando, de pronto, como en una revelación no deseada, comprendió que en realidad tenía ganas de dejarlo todo. Inger Johanne quería olvidarse de Aksel Seier, mandar a paseo su nuevo proyecto de investigación, darle la espalda a Alvhild Sofienberg. Lo que deseaba en realidad era embarcarse en el primer avión con rumbo a casa y dejar que Isak se siguiera ocupando de Kristiane. Después quería concentrarse en lo único que le importaba: encontrar a esta persona, este ser que andaba por ahí secuestrando los niños de los demás.

En realidad ya había empezado a trabajar, solo conseguía concentrarse en otras cosas durante períodos cortos. Desde que Yngvar Stubø se puso en contacto

con ella la primera vez, ella había estado, inconscientemente, intentando formarse en la cabeza una imagen provisional del autor de los hechos, pero con miedo, con reticencias. No tenía suficiente base ni información. Antes de marcharse había estado rebuscando en cajas viejas, con la excusa de ordenar. Los apuntes de su época de estudios en Estados Unidos estaban ahora en las estanterías lacadas de su despacho. Pero los iba a guardar en otro sitio, solo pretendía llevar a cabo una limpieza a fondo. Nada más, se había dicho a media voz mientras apilaba libros en grandes montones sobre la mesa.

Inger Johanne quería ante todo ayudar a Yngvar Stubø. El caso constituía un desafío. Una perla académica. Un reto intelectual. Una competición entre ella y un delincuente desconocido. Inger Johanne sabía que se iba a dejar involucrar con demasiada facilidad, que trabajaría día y noche, como en una agotadora carrera por determinar quién era más fuerte, si ella o el criminal, quién era más listo, más rápido, más valiente. Por determinar quién era mejor.

Se sacó la nota del bolsillo, se la puso sobre las rodillas y la desarrugó. Alisó el papel con el canto de la mano y lo volvió a leer antes de romperlo de pronto en treinta y dos pedacitos que tiró al retrete.

Aksel Seier se levantó en cuanto amaneció, aunque llevaba toda la noche despierto. Se sentía extrañamente aturdido. Se llevó las manos a las sienes y estuvo a punto de caerse cuando se levantó de la cama. El gato se restregó contra sus pantorrillas desnudas maullando suavemente, y él lo levantó en brazos y se quedó un buen rato acariciando el lomo del animal con la mirada ausente puesta en la ventana.

Hubo una persona que creyó en él. Mucho antes de que llegara esta Inger Johanne Vik con sus palabras finas e incomprensibles, hubo alguien que comprendió que no había cometido aquel crimen por el que estaba condenado. Hubo otra mujer, en otro tiempo.

La conoció después de que lo pusieran en libertad, en su primera y vacilante visita a un bar. Casi nueve años sin probar el alcohol hacían lo suyo. La primera copa se le subió a la cabeza y, tras beber medio litro, se había mareado. De camino al baño perdió el equilibrio y se golpeó la cabeza contra el canto de una mesa. La mujer que estaba allí sentada llevaba un vestido de verano de flores y olía a lilas. Como la sangre manaba sin parar, ella lo invitó a su casa. « Está a la vuelta de la esquina », le dijo con entusiasmo. Todavía faltaban muchas horas para el alba. A él no le quedó más remedio que acompañarla. « Tienes una cara de bueno... », había dicho ella, riéndose un poco. Sus dedos le curaron la herida delicadamente con algodón y yodo que olía a rancio y que le dejó una mancha marrón en la nuca. Después le aplicó una venda. Con preocupación en la mirada, la mujer dijo que quizá deberían ir a urgencias, lo mejor sería que le dieran un par de puntos. Él percibía el olor a lilas y no se quería ir. Ella lo tomó de la mano y él le contó su historia, tal como era. Apenas llevaba semana y media en libertad. Todavía era joven y confiaba en poder enderezar su vida. Le habían rechazado cuatro solicitudes de trabajo, pero seguía habiendo posibilidades. Con un poco de paciencia las cosas se irían arreglando. Él era fuerte y trabajador. Además, había aprendido un par de cosas útiles en la cárcel.

La mujer se llamaba Eva y tenía veintitrés años. Cuando dieron las once menos cinco y él tuvo que marcharse por consideración a la casera, Eva salió con él. Caminaron durante varias horas por las calles, lado a lado. Cuando se

rozaban, Aksel notaba la piel de ella a través de la tela del vestido. El calor de su cuerpo atravesaba la gruesa chaqueta de lana que él acabó por quitarse para ponérsela a ella sobre los hombros. Ella lo escuchaba muy seria. Aseguró que le creía y lo abrazó brevemente antes de meterse corriendo en el portal de su casa. A medio camino se detuvo y rompió a reír. Se había olvidado de devolverle la chaqueta. Empezaron a verse con frecuencia. Aksel no conseguía trabajo. Cuatro meses más tarde comprendió que con la verdad no iba a llegar a ningún sitio, de modo que se inventó un pasado en Suecia. Les contaba a los posibles empleadores que había trabajado en Tärnaby como carpintero durante unos diez años, y por fin consiguió trabajo como ayudante de un repartidor. Le duró tres meses. Alguien del almacén conocía a alguien que lo había reconocido. Lo echaron ese mismo día, pero Eva no lo abandonó.

El gato saltó de su regazo y él decidió marcharse de Harwichport.

No planeaba ir muy lejos, solo unas millas al norte, a Maine. Pasaría allí únicamente unos días. Seguro que la investigadora de Noruega no tardaría en tirar la toalla. No tenía nada que hacer aquí. Aunque daba la impresión de conocer la zona, era noruega, tenía un lugar adonde volver. Cuando descubriera que él había desaparecido, seguro que se rendiría. Él no era importante. Aksel pensaba ir a Old Orchard Beach; allí Patrick llevaba un tiovivo y en verano sacaba un buen dinero. Patrick y Aksel trabaron amistad en Boston, durante los primeros tiempos de Aksel en Norteamérica, cuando trabajaba como lavaplatos en un restaurante italiano del North End. Patrick se encargó de conseguir que dejaran a su amigo enrolarse con él en un pesquero de Gloucester y, tras dos buenas temporadas, los dos se sintieron ricos. Patrick pidió un préstamo y compró el tiovivo, lo que siempre había soñado. Aksel se gastó todos sus ahorros en la casa de Harwichport antes de que la nueva época de bonanza económica disparara los precios e imposibilitara que la gente normal pudiera comprarse una casa junto al mar en el cabo Cod. Los dos amigos se veían muy poco y tampoco se decían gran cosa cuando se veían, pero Aksel sabía que sería bienvenido en casa de Patrick. De eso no cabía la menor duda.

El gato soltó un maullido agudo; la gatera estaba cerrada. Aksel dejó tornada la puerta del jardín y sacó una maleta del fondo del armario del dormitorio.

En la cómoda había cuatro calzoncillos limpios. Los dobló con esmero y los metió en el fondo de la maleta. Cuatro pares de calcetines. Dos camisas. El jersey azul. Un par de camisetas de tirantes. No necesitaba nada más. La maleta todavía estaba medio vacía. Aksel ajustó las gomas sobre el jersey que había colocado encima de todo y se disponía a cerrar la cremallera, pero cambió de idea. Decidió meter también las cartas. Nunca antes las había llevado consigo en sus escasos y breves viajes a Boston o a Maine. Estaban donde siempre, sobre el tablero de ajedrez que nunca se usaba porque Aksel nunca recibía visitas, en un

montón atado con un cordel. Esta vez sería mejor que se las llevara.

Al fin cerró la maleta.

Con tres latas de comida para gatos metidas en una bolsa y la maleta en la otra mano, salió y cerró la puerta. La señora Davis siempre estaba despierta a estas horas. En cuanto se acercó al coche, ella se asomó a la ventana de la cocina y le comentó alegremente que era un hermoso día. Aksel levantó la vista. Quizás haría buen tiempo hoy; la señora Davis tenía razón en eso. Las gaviotas dejaban caer valvas desde el cielo y se lanzaban en picado sobre la playa para comer. Dos barcos estaban saliendo de Allen Harbor. El sol ya brillaba alto sobre el horizonte. La señora Davis, con su eterno jersey rosa, cruzó el jardín y agarró la bolsa con la comida del gato. No era suficiente, le dijo él, iba a estar fuera unos días, ella tendría que comprar más. Él le pagaría a su regreso. ¿Cuándo? No lo sabía, la verdad. Tenía que visitar a alguien en el sur, en Nueva Jersey, farfulló y luego escupió. Podía llevarle un tiempo. Le agradecía mucho que le cuidara al gato mientras tanto.

—Gracias —murmuró, sin darse cuenta de que lo había dicho en noruego.

—*Sorry, sweety, he's gone.*^[11]

La señora Davis ladeó la cabeza y se puso muy seria, como si estuviera en un funeral.

—Se fue esta mañana, me temo. A Nueva Jersey, creo. No sé cuándo volverá, quizá tarde semanas, ¿sabes? —añadió la señora en inglés.

Inger Johanne se quedó mirando al gato que descansaba en brazos de la mujer y se dejaba acariciar. Tenía los ojos de un color amarillo que daba miedo, casi fosforescente, y clavó en Inger Johanne una mirada arrogante, como si estuviera burlándose de ella, de una intrusa que se había creído que Aksel iba a estar esperándola en las escaleras, lleno de expectativas ante lo que ella tenía que contarle, listo para someterse a su interrogatorio, recién afeitado y con la cafetera en el fuego. El gato bostezó. Sus pequeños y blancos dientes relucieron cuando los ojos quedaron reducidos a dos rayas. Inger Johanne dio media vuelta y se dirigió al coche.

Lo único que podía hacer era dejar su tarjeta de visita. Por un momento contempló la posibilidad de darle la tarjeta a la mujer, pero luego pensó en el gato de aspecto amenazador y decidió acercarse a la casa de Aksel. Escribió un mensaje rápidamente sobre la parte de atrás de la tarjeta y la metió en el buzón. Por si acaso, introdujo otra por debajo de la puerta.

—Parecía un poco alterado, ¿sabes?

La señora, que sin duda tenía ganas de hablar, caminaba hacia ella con el gato en brazos.

—No está acostumbrado a recibir visitas. La verdad es que no es muy

sociable. Pero tiene un corazón...

El gato se dejó caer perezosamente al suelo, y la señora se llevó las manos al pecho en un gesto dramático.

—Tiene un corazón de oro puro, te lo aseguro: de oro puro. ¿De qué lo conoces?

Inger Johanne esbozó una sonrisa distraída, como si no hubiese entendido bien. Estaba claro que debía hablar con la mujer, a quien por lo visto no se le escapaba nada de lo que sucedía en ese trecho de la calle. A pesar de todo, Inger Johanne giró sobre sus talones y subió al coche. Estaba molesta y aliviada al mismo tiempo. Se reprochaba el haber dejado que Aksel se fuera del restaurante sin antes haberle arrancado un compromiso más concreto. La enfurecía que él la hubiera engañado y se hubiera largado. Al mismo tiempo, el numerito de la desaparición constituía toda una declaración por sí misma. Inger Johanne no era bien recibida en la vida de Aksel Seier, con independencia de lo que tuviera que decirle.

Aksel Seier quería navegar solo. Ella quedaba exenta de toda responsabilidad para con él.

Era jueves 25 de mayo, y ya podía regresar a casa. En realidad tendría que llamar a Alvchild, pero mientras conducía hacia Route 28, decidió no hacerlo. Tenía muy poco que contar. Ni siquiera recordaba lo que había visto en la pequeña casa de Aksel Seier y la había sorprendido tanto que la había mantenido despierta durante media noche.

Una furgoneta de reparto se aproximaba al edificio. Estaba lloviznando. Había un atasco en la autopista junto al estadio de Ullevaal a causa de un accidente de tráfico. El caos se había extendido como un tumor. El vehículo de reparto había tardado una hora en hacer un recorrido que normalmente le habría llevado veinte minutos. Por fin se acercaba al domicilio de entrega. El conductor miró con irritación a un taxi que se había quedado atravesado y estaba obstaculizando el tráfico. Un joven que se estaba bajando de su coche con mucha dificultad porque estaba escayolado e iba con muletas le dedicó un corte de manga y señaló frenéticamente a un coche de policía situado quince metros más adelante.

—¡Joder! —bramó—. ¿No te das cuenta de que la calle está cortada?

Era lo que faltaba. Al conductor no le daba la gana llevar el paquete a pie hasta el bloque de apartamentos. Llevaba conduciendo desde las seis y media de la mañana y además estaba constipado. Tenía ganas de que el fin de semana empezara de una vez. Los viernes por la tarde eran un infierno. Quería entregar este maldito paquete, irse a casa y meterse en la cama, a tomarse una cerveza y ver una película de vídeo. Bastaría con que el puto coche de policía se moviera un poco. A pesar de que toda la calle estaba cortada, no parecía que estuviese sucediendo nada emocionante. Dos hombres de uniforme estaban charlando delante del coche. Uno de ellos fumaba y miraba el reloj como si quisiera irse a su casa, al igual que él. Finalmente el taxi consiguió dar la vuelta, pero no sin aplastar un par de arbustos que crecían en la acera. El conductor de la furgoneta de reparto apretó ligeramente el acelerador y dejó que el vehículo avanzara lentamente mientras bajaba la ventanilla.

—Hola —saludó el policía sombríamente—. No puede pasar por aquí. Está cerrado el acceso.

—Solo tengo que entregar un paquete.

—No va a poder ser.

—¿Por qué no?

—Eso en realidad no es de su incumbencia.

—Pero me cago en... —El conductor se asestó una palmada en la frente—. ¡Esto es mi trabajo! Llevo aquí un paquete, un jodido paquete enorme que tengo

que entregar ahí arriba, en casa de...

Hacía gestos hacia el bloque de vecinos mientras buscaba algo en el desorden que tenía a su lado. Una lata de refresco medio llena que había en un soporte en el salpicadero se volcó, y un líquido amarillo se derramó por el suelo. El conductor perdió los nervios.

—¡Es ahí arriba! Lena Baardsen. 10 b, escalera 2. ¿Podrías explicarme cómo...?

—¿Qué ha dicho?

El otro policía se inclinó hacia él.

—Te estaba pidiendo que me explicaras cómo coño voy a hacer mi trabajo si...

—¿Para quién ha dicho que era el paquete?

—Lena Baardsen, 10 b. Es...

—Salga de la furgoneta.

—¿Que salga de la furgoneta? Yo...

—¡Salga de la furgoneta! ¡Ahora!

El conductor se asustó. El policía más joven había tirado el cigarrillo y se había apartado un par de metros. Ahora estaba hablando por un emisor-receptor. Aunque el conductor no alcanzaba a distinguir las palabras, el tono de su voz indicaba que se trataba de algo serio. El otro hombre de uniforme, un tipo de unos cuarenta años con un gran bigote, lo agarró con decisión del brazo cuando él abrió por fin la puerta del vehículo. Levantó las manos en el aire, como si lo estuviesen arrestando.

—¡Joder, tranquilízate! ¡Solo quería entregar un paquete! ¡Un paquete!

—¿Dónde está?

—¿Dónde está? En la furgoneta, por supuesto. Está aquí detrás, si quieres...

—Las llaves.

—Joder, está abierto, pero no puedo dejar que cualquiera...

El policía señaló un punto del asfalto, a tres metros de la furgoneta. El conductor se retiró a regañadientes, bajando lentamente las manos.

—Quiero el número de placa, el nombre y todo —dijo airado—. No tenéis derecho a...

El policía no lo estaba escuchando. El conductor se encogió de hombros. Si el paquete no llegaba a manos de su destinatario, desde luego no sería por culpa suya. La oficina iba a tener que encargarse de esto. Sacó un cigarrillo, pero no conseguía encenderlo porque la lluvia y el viento habían arreciado. Se agachó y ahuecó las manos en torno a la llama. De pronto se irguió y se quedó petrificado.

—Joder —farfulló para sí, y el cigarrillo se le cayó al suelo.

Lo iban a despedir. Al ver el coche de policía, evidentemente tendría que haber dado media vuelta. Si hubiera estado un poco más despabilado, un poco menos acatarrado y cansado, habría girado más abajo, en la calle. Por si las

moscas.

No podían despedirlo, esto era una tontería. Era la primera vez que le pasaba algo así, o por lo menos la primera vez que lo pillaban. ¡No podían echarlo por algo así! Los policías habían abierto la puerta trasera de la furgoneta y estaban examinando el único paquete que quedaba, el último paquete del día. Era bastante grande, de unos ciento treinta centímetros de largo, y bastante estrecho.

—¿Pesa?

El hombre del bigote se volvió hacia él.

—Sí, bastante. Compruébalo, hombre.

Ahora estaba intentando ser amable. A lo mejor solo querían echarle un vistazo al maldito paquete, auscultarlo con algún tipo de aparato, o averiguar de alguna otra manera si contenía una bomba. Si él respondía a sus preguntas y les dejaba hacer, seguro que le permitían irse. Ahora mismo le importaba un bledo el paquete; era capaz de dejarlo en cualquier esquina con tal de que lo dejaran marchar.

Pero ellos no tocaron el paquete.

En cambio, se oyó el sonido de sirenas que se acercaban. Cuando el conductor vio los cuatro coches patrulla y el furgón policial, comprendió que había cometido algún error fatal. Algo en él lo impulsaba a salir pitando. « ¡Corre! ¡Corre, joder! Lo que les importa es el paquete, no tú. ¡Lárgate! ». Después suspiró abatido y se sonó las narices con los dedos. Lo peor que le podía pasar es que lo despidieran, que tuviese algún problema con Hacienda, en el peor de los casos, pero no había pruebas contra él.

—Qué carajo, no pueden demostrar nada —murmuró para sí cuando una amable agente de policía lo acompañó al furgón—. Por lo menos no más que esto.

Tres horas más tarde, el paquete descansaba sobre una mesa, alrededor de la cual se encontraban un forense con barba de chivo, el inspector Yngvar Stubø, su ayudante en Kripos, Sigmund Berli, y dos agentes del departamento técnico criminal. En el paquete no había ninguna bomba, eso estaba claro. Sus dimensiones eran 134 x 30 x 45 centímetros, y pesaba treinta y un kilos. Por ahora daba la impresión de que solo había huellas de una persona en el paquete, probablemente las del repartidor que lo había manipulado sin guantes. Les llevaría un par de días averiguarlo con seguridad, pero por el momento todo apostaba a que alguien había limpiado el paquete casi clínicamente antes de que el repartidor pasara a recogerlo. Uno de los técnicos practicó en el cartón un corte largo y recto, de arriba abajo, a lo largo de uno de los laterales, como si se tratara de una autopsia. El forense lo observaba con el rostro inexpresivo. El técnico levantó una esquina del envoltorio con sumo cuidado. Dos bolitas de poliestireno cayeron al suelo. El agente abrió el paquete del todo.

Una mano infantil asomó entre el poliestireno.

Tenía el puño un poco encogido, como si acabara de soltar algo. En el pulgar se apreciaban restos de laca de uñas roja, y la uña estaba mordida. Un anillo dorado de bisutería brillaba en el dedo corazón; tenía una piedra de color azul claro.

Nadie dijo nada.

Lo único en lo que conseguía pensar Yngvar Stubø era en que le iba a tocar hablar con Lena Baardsen. Le escocían los ojos, estaba conteniendo la respiración. Apartó con cuidado más bolas blancas que semejaban caviar recubierto de nieve seca. El brazo quedó al descubierto. Sarah Baardsen estaba tumbada boca abajo, con las piernas ligeramente abiertas. Cuando dos de los hombres le dieron la vuelta, apareció el mensaje. Estaba pegado con cinta adhesiva al vientre de la niña. Era un papel grande con letras rojas.

« Ahí tienes lo que te merecías » .

—En negro..., ¿vale? ¡Solo estaba sacándome un dinero extra!

El repartidor se sorbía los mocos, con los ojos arrasados en lágrimas.

—¿No podríais darme un pedazo de papel? ¡Tengo un catarro de caballo, por si no os habéis dado cuenta!

—Yo te recomendaría que te lo tomaras con un poco de calma.

—¡Con calma! ¡Llevo aquí sentado cinco horas, joder! ¡Cinco horas! Y no consigo ni un pañuelo, ni un abogado.

—No necesitas abogado, porque no estás detenido. Estás aquí por tu propia voluntad, para ayudarnos.

Yngvar Stubø sacó su propio pañuelo y se lo tendió al repartidor.

—¿Ayudaros con qué?

El hombre parecía verdaderamente desesperado. Sus ojos enrojecidos evidenciaban que tenía fiebre, y le costaba respirar.

—Escuchadme, por favor —dijo—. Yo os ayudo encantado, ¡pero es que ya os he contado todo lo que sé! Recibí una llamada, como ya os he dicho, a mi móvil privado. —Se sonó los mocos con fuerza y sacudió la cabeza con desánimo—. Era para que fuera a buscar un paquete, lo iban a dejar en un portal de la calle Urte. Van a tirar el edificio, así que la puerta del portal está abierta. Sobre el paquete me iban a dejar una nota con la dirección de entrega y un sobre con dos mil coronas. Era una buena suma.

—Ya veo, y esto a ti te parecía fenomenal.

—Fenomenal, fenomenal... Nuestros encargos tienen que pasar por la central, y ya sé que...

—No estoy pensando exactamente en eso. Estoy pensando en que un desconocido, que ni siquiera se identifica, puede conseguir que entregues un paquete con solo tentarte con un par de billetes de mil. En eso estoy pensando. Lo

encuentro... bastante curioso, para serte franco.

Yngvar Stubø sonrió, y el repartidor le sonrió a su vez, forzosamente. Había algo en este policía que no encajaba.

—¿Y si en el paquete hubiera habido una bomba? ¿O drogas? —La sonrisa de Yngvar Stubø se ensanchó.

—Nunca me ha pasado nada de eso.

—Vaya, nunca. Así que esto lo haces cada dos por tres.

—No, no, no... ¡No quería decir eso!

—¿Qué querías decir entonces?

—Escucha... —empezó el mensajero.

—Yo te escucho todo el rato.

—Pues sí, a veces acepto algún que otro encargo extra. Eso no es tan raro, todo el mundo...

—No, no todo el mundo. Casi todas las empresas de mensajería están organizadas de tal modo que cada mensajero lleva su propio negocio, pero BigBil no. Y tú trabajas para ellos. Cuando recibes encargos extras los estás estafando a ellos. Bueno, y a mí. A la comunidad, de alguna manera. —Yngvar Stubø soltó una risita—. Pero esto, por ahora, lo vamos a dejar correr. ¿Así que no pudiste ver el número desde el que te llamaba?

—No me acuerdo, de verdad, y me limité a contestar la llamada.

—No te extrañó que el hombre..., porque era un hombre, ¿verdad?

—Sí.

—¿Joven o mayor?

—No lo sé.

—¿Tenía la voz aguda? ¿Grave? ¿Hablabla en algún dialecto?

—¡Pero si ya he respondido a todo eso! No recuerdo cómo tenía la voz. No me extrañó gran cosa que no se identificara. ¡Necesitaba el dinero! Tan sencillo como eso. Dos mil coronas de una sola vez. Dinero fácil.

—¿No podrías haberte llevado el dinero y haber dejado el paquete donde estaba? —Yngvar Stubø enarcó las cejas mientras se acariciaba la barbilla.

—Yo... —El mensajero estornudó. Tenía y a el pañuelo empapado.

Yngvar Stubø desvió la vista.

—¿Tú qué?

—Si hiciera eso, no me volverían a llamar. Para otros trabajos, quiero decir. —Había adoptado una actitud más sumisa. Ahora hablaba más bajo.

—Claro. ¿Así que no eras consciente de que algo olía a chamusquina en ese encargo? ¿No te parecía raro que alguien te pagase dos mil coronas para que le llevases un paquete a una dirección situada a solo tres kilómetros cuando podía conseguir un transporte legal por un par de cientos? ¿Estás seguro de que a tu capacidad de comprensión no le pasa nada?

El policía y a no sonreía. El mensajero escondió la cara en el pañuelo.

—¿Qué había en el puto paquete? —masculló—. ¿Qué coño había en el paquete?

—Creo que en realidad preferirías no saberlo —le aseguró Yngvar Stubø—. Puedes irte, ya nos pondremos en contacto contigo. Que te mejores. Te puedes quedar con el pañuelo. Adiós.

Sarah desapareció de pronto. Cuando Emilie se despertó, estaba sola. Le dolía mucho la cabeza y, por una vez, el cuarto estaba completamente oscuro. Emilie debía de haberse quedado ciega. Permaneció un buen rato completamente quieta mirando al techo. Abría los ojos y los volvía a cerrar, una y otra vez. No notaba ninguna diferencia. Quizá veía un poco más de luz cuando cerraba los ojos, si se fijaba bien. Aparecían puntitos danzantes ante ella. Si apretaba con fuerza los párpados, los puntos se convertían en grandes burbujas, rojas y azules y verdes. Emilie se reía y se había quedado ciega. Quería dormir más. Le dolía la cabeza y sonreía. Quería dormir. Luego se acordó de Sarah.

—Sarah —llamó en voz alta—. ¿Dónde estás?

Ella no respondió, y tampoco estaba tumbada a su lado. Bueno. En realidad en la cama no había sitio para las dos. De todos modos, Sarah no era especialmente simpática. Presumía mucho. Presumía y lloraba, todo el rato. No soportaba que viniera el señor. En cuanto aparecía, ella se ponía a chillar y se acurrucaba contra la pared. No entendía nada, no entendía que el señor era el que se preocupaba de que tuvieran suficiente aire. Cuando Emilie echó la sopa de tomate al váter para que el señor no se molestara porque a ella no le gustaba la comida, Sarah amenazó con chivarse.

—¿Sarah? ¿Sarahsarahsarahsarah?

No, no estaba ahí.

Un torrente de luz entró por el techo e inundó de repente la habitación. Emilie jadeó y se encogió protegiéndose la cabeza con las manos. La luz se le clavaba en la cara como mil flechas. Sentía que los ojos estaban a punto de hundirse en la cabeza y de desaparecer.

—¿Emilie?

El señor la estaba llamando. Ella quería contestar, pero no era capaz de abrir la boca, había demasiada luz, el cuarto estaba completamente bañado en un resplandor blanco. Todo era blanco, y plateado, y amarillo, una especie de purpurina que le cortaba los ojos.

—Emilie, ¿estás dormida?

—Nsnooffsh...

—Me ha parecido que te haría bien pasar un rato con la luz apagada. Has dormido muy profundamente.

La voz no venía de cerca de la cama, sino de la puerta, de la puerta fría. El señor tenía miedo de que se le cerrara, como casi siempre. Rara vez entraba. Emilie dejó caer los brazos sobre el colchón. Respirar. Hacia dentro y hacia fuera. Abrir los ojos. La purpurina la deslumbró. Lo intentó de nuevo. Ya no estaba ciega. Cuando volvió la cara hacia la voz, advirtió que el señor se había arreglado.

—Vas muy elegante —comentó en voz baja—. La chaqueta es muy bonita.

El señor sonrió.

—¿Tú crees? Me voy de viaje, así que te vas a quedar sola un rato.

—El pantalón también está bien.

—No pasa nada porque te quedes sola. Aquí en el rincón te dejó una buena cantidad de agua, pan, mermelada y copos de maíz.

Depositó dos bolsas en el suelo.

—Tendrás que apañártelas sin leche. Se te iba a poner agria.

—Mmm.

—Si te portas bien y no te metes en líos mientras yo esté fuera, te dejaré subir una noche a ver la tele conmigo. Incluso te daré chucherías. El sábado, quizá. Pero solo quizá. Depende de cómo te portes. ¿Quieres que te deje la luz encendida o apagada?

—Encendida —pidió ella inmediatamente—. Por favor.

A él se le escapó una risa rara, sonaba como la de un niño pequeño que no sabía bien de qué se reía. Era como si se obligara a reír a carcajadas sin que hubiera algo que le hiciera gracia.

—Ya me imaginaba —dijo secamente y se marchó.

Emilie intentó incorporarse. Esperaba que el señor no apagase la máquina del aire ahora que se iba de viaje. Sintióse muy débil, se echó a un lado de la cama.

—No apagues la máquina del aire —lloraba—. Por favor. ¡No apagues la máquina del aire!

Si hubiera sabido cuál de los clavos era la cámara, le habría rogado con las manos, pero como no lo sabía se limitó a acercar la boca a una pequeña mancha que había en la pared, justo sobre la cama.

—Por favor —gemía, deseando con todas sus fuerzas que la mancha fuera un micrófono—. Por favor, dame aire. ¡Voy a ser la niña más buena del mundo, pero no apagues el aire!

Los periódicos habían sacado dos ediciones especiales desde que salieron los primeros ejemplares de prensa amarilla hacia las dos de la mañana del sábado 27 de mayo. Las portadas llamaron inmediatamente la atención de Inger Johanne Vik cuando echó un vistazo a la gasolinera antes de girar hacia ICA, en Ullevaal Stadion. No era fácil encontrar sitio para aparcar. Normalmente el supermercado atraía a mucha gente, sobre todo los sábados por la mañana, pero ahora reinaba el caos más absoluto. Era como si la gente no supiera qué hacer. Estaba claro que no querían quedarse en casa, que tenían que salir. Buscaban la compañía de otros que no tuvieran tanto miedo como ellos, que estuvieran igual de furiosos. Las madres agarraban a los niños de la mano, los más pequeños estaban sujetos a los cochecitos por medio de las correas. Los padres llevaban a los niños algo más grandes a hombros, para no correr riesgos. La gente se apiñaba en grupos con personas que conocían y con extraños. Todos llevaban periódicos, y algunos iban escuchando las noticias de la radio con auriculares. Eran las doce en punto. Miraban fijamente al frente y repetían lentamente las noticias para los demás:

—La policía sigue sin tener pistas.

Luego todos suspiraban. Un suspiro colectivo, desesperanzado, recorrió el aparcamiento.

Inger Johanne se abrió pasó entre el gentío. Había salido a comprar, pues tenía la nevera vacía tras el viaje. Había dormido mal y la ponían nerviosa los cochecitos de bebé que bloqueaban las grandes puertas automáticas. La lista de la compra se le cayó al suelo, se pegó a la suela de un señor y desapareció para siempre.

—Perdón —dijo y consiguió hacerse con un carro libre.

Por lo menos necesitaba plátanos. Algo para desayunar y plátanos. Leche, pan y fiambres. Algo sencillo de preparar para hoy, porque iba a estar sola, y, para mañana, cuando Isak trajera a Kristiane, albóndigas. Pero primero, plátanos.

—Hola.

No solía ruborizarse, pero ahora notaba el calor en las mejillas. Yngvar Stubø

estaba de pie frente a ella, con un racimo en la mano. «Este hombre siempre está sonriendo —pensó ella—. Ahora no debería sonreír. No hay motivos para alegrarse».

—No nos llamó —señaló él.

—¿Cómo averiguó usted dónde estaba? ¿En qué hotel?

—Soy policía, me llevó una hora averiguarlo. Tienes una hija, no puedes irte a ninguna parte sin dejar un montón de huellas.

Stubø dejó los plátanos en el carro de ella.

—¿Los quería?

—Mmm.

—Tengo que hablar con usted.

—¿Cómo ha sabido que estaba aquí?

—Como ha estado fuera, he supuesto que tendría que hacer la compra. Esta es la tienda más cercana a su casa, por lo que sé.

«Sabes dónde compro —pensaba ella—. Has averiguado dónde compro y llevas aquí un buen rato. A no ser que hayas tenido muchísima suerte. Aquí hay mil personas, podríamos no habernos cruzado. Sabes dónde hago la compra y me has estado buscando».

Agarró cuatro naranjas de una montaña de fruta y las metió en una bolsa; forcejeó con ella, intentando hacer el nudo.

—Deje que la ayude.

Yngvar Stubø tomó la bolsa. Tenía los dedos rechonchos, pero ágiles, rápidos.

—Ya está. De verdad que tengo que hablar con usted.

—¿Aquí? —Inger Johanne abrió los brazos intentando destilar sarcasmo, cosa bastante difícil de conseguir mientras su rostro siguiera del color de los tomates de la caja que había junto a ella.

—No. ¿Podríamos...? ¿Quiere acompañarme al despacho? Está en la otra punta de la ciudad, así que si le parece más conveniente podemos... —Stubø se encogió de hombros.

«Quieres venirte a casa conmigo —dijo Inger Johanne para sus adentros—. ¡Dios, el hombre quiere venirse a casa conmigo! Kristiane está... Vamos a estar solos. No, esto no».

—Podríamos ir a mi casa —dijo con ligereza—. Vivo justo aquí al lado, aunque eso usted ya lo sabe.

—Deme la lista de la compra y despachemos esto en un momento. —Alargó la mano.

—No tengo lista de la compra —replicó ella—. ¿Qué le ha hecho pensar que la tenía?

—Da usted esa impresión —respondió él dejando caer la mano—. Es usted el tipo de mujer que hace la lista de la compra, de eso estaba seguro.

—Pues se ha equivocado —repuso ella y dio media vuelta.

—Me gusta cómo tiene esto arreglado. Resulta muy acogedor.

Él estaba de pie en medio del salón, que afortunadamente ella había dedicado un tiempo a ordenar. Inger Johanne le indicó el sofá con un gesto algo indeterminado y se sentó en una butaca. Pasaron unos minutos antes de que se percatara de que estaba sentada, con la espalda muy recta, en el borde del asiento. Lentamente, para que el movimiento no fuera demasiado evidente, se inclinó hacia atrás.

—Ninguna causa de muerte detectable —dijo ella pausadamente—. Sarah simplemente se murió, sin más.

—Sí. Tenía un pequeño corte sobre el ojo, pero ninguna lesión interna. Una herida insignificante, al menos para ser la causa de una muerte. Era una niña sana y fuerte de ocho años. Y esta vez él ha... El asesino, quiero decir, aunque en realidad no sabemos si es un hombre o una...

—Yo creo que puede usted referirse a él tranquilamente como asesino.

—¿Porqué?

Ella se encogió de hombros.

—Para empezar, porque es más fácil que decir todo el rato «él o ella», y en segundo lugar porque estoy bastante convencida de que es un hombre. No me pregunte por qué, no puedo justificarlo, quizá se trate solo de un prejuicio. En realidad me cuesta imaginarme que una mujer trate así a unos niños.

—¿Y quién cree usted que puede tratar de esta manera a unos niños?

—¿Qué era lo que iba usted a decir?

—Le preguntaba si...

—No, le he interrumpido. Estaba a punto de decir algo sobre que esta vez...

—Ah, sí. Esta niña también tenía diazepam en la orina. Una cantidad muy pequeña.

—¿Qué sentido tiene darle un calmante a un niño?

—Pues calmarlo, diría yo. Quizás él los mantiene encerrados... en un sitio en el que no conviene que hagan ruido. Quizá tenga que dormirlos.

—Si quisiera que se durmieran, podría darles un somnífero.

—Sí, pero quizá no tenga acceso a esa clase de fármacos. Quizá solo tenga... Valium.

—¿Quién tiene acceso al Valium?

—Ay, Dios... —Stubø ahogó un bostezo y sacudió bruscamente la cabeza—. Muchísima gente —suspiró—. Para empezar, todos aquellos a los que realmente se lo ha recetado el médico. Deben de ser miles de personas, por no decir decenas de miles. Luego están los farmacéuticos, los médicos, los enfermeros... Aunque se supone que tanto los hospitales como las farmacias lo tienen controlado, se trata de cantidades tan ínfimas que casi no hay límites para... Podría ser simplemente cualquiera. ¿Sabía que más del sesenta por ciento de la

gente abre los armarios cuando está en un baño ajeno? Robar un par de pastillas o tres es la cosa más sencilla del mundo. Si alguna vez conseguimos pillar a este tipo, no será porque esté en posesión de Valium o de Vival.

—Si alguna vez lo consiguen... —repitió Inger Johanne—. Qué pesimista.

Yngvar Stubø se entretenía con un cochecito de juguete, deslizándolo sobre la palma de la mano. Los faros delanteros brillaban débilmente cuando las ruedas se ponían en movimiento.

—Solo le gustan los coches rojos —le explicó Inger Johanne—. Me refiero a Kristiane. Ni las muñecas ni los trenes, solo los coches. Los coches rojos. Los coches de bomberos, los autobuses de Londres... No sabemos por qué.

—¿Qué es lo que le pasa a la niña? —Stubø depositó el coche con cuidado sobre la mesa del salón. La goma de una de las ruedas se había caído, de modo que el pequeño eje rayó la superficie de la mesa.

—No lo sabemos.

—Es mona. Es muy mona.

Daba la impresión de que lo decía de corazón, pero solo la había visto una vez, muy brevemente.

—¿Y no han averiguado nada al investigar la entrega de...? Quiero decir, el secuestrador tiene que haber estado en el portal de la calle Urte, o haber mandado a alguien a que... ¿Qué saben ustedes de esto?

—Una furgoneta de reparto. ¡Una furgoneta de reparto! —Yngvar posó el dedo índice sobre el techo del cochecillo y lo empujó lentamente sobre la mesa, dejando una marca fina y alargada en el cristal. Inger Johanne abrió la boca, pero al final optó por guardar silencio—. Es tan... tan descarado —prosiguió Yngvar con rabia contenida, sin darse cuenta de lo que hacía—. Evidentemente el tipo entendió que no permitiríamos que se volviera a entregar directamente el cadáver de un niño a su madre. Apostamos guardias por todas partes. Fue una equivocación, claro. Armamos demasiado barullo. Tras el asesinato de Sarah, de pronto también la policía local de Oslo está implicada en el asunto, y la relación entre Kripos y... En fin, el caso es que tendríamos que haber sido muchísimo más discretos, haberle puesto una trampa, o al menos haberlo intentado. Él se dio cuenta de todo y recurrió a... ¡un repartidor! ¡Una furgoneta de reparto! En la calle Urte nadie ha visto nada raro, nadie ha oído nada, nadie ha entendido nada. Lo más probable es que el tipo dejara allí la caja con Sarah dentro en pleno día. Un viejo truco, hasta cierto punto...

—No hay mejor sitio para esconderse que el que está lleno de gente —murmuró Inger Johanne—. Es una jugada inteligente. Pero no deja de ser raro, el paquete tenía que ser... —vaciló antes de añadir—: Bastante grande.

—Sí. Era lo suficientemente grande para que cupiese en él el cuerpo de una niña de ocho años.

Inger Johanne se conocía lo bastante para saber que era una persona bastante

previsible. Isak, por ejemplo, empezó a encontrarla bastante aburrida con el tiempo. Una vez que Kristiane estuvo fuera de peligro y la vida se tornó rutinaria, él empezó a quejarse. Inger Johanne era tan poco impulsiva... «Relájate», le decía cada vez con mayor frecuencia. «Tampoco es tan grave», suspiraba cansinamente cuando ella miraba con escepticismo la pizza congelada que le calentaba a la niña cada vez que le daba pereza cocinar. Isak la encontraba aburrida. Line y el resto de las chicas coincidían hasta cierto punto con él en esto. No es que se lo dijeran directamente, al contrario, la elogiaban constantemente. Ella era tan de fiar, le decían, tan responsable, y hacía las cosas tan bien... En Inger Johanne se podía confiar, siempre. En otras palabras, era aburrida.

No le quedaba otro remedio que ser previsible; era responsable de una niña que nunca maduraría del todo.

Inger Johanne se conocía a sí misma.

Esta situación era absurda.

Había invitado a su casa a un hombre, a un hombre al que apenas conocía. Estaba dejando que él rompiera el secreto profesional para contarle detalles de una investigación policial que a ella no le concernía. Debería advertírselo, darle las gracias amablemente por todo. Había tomado una decisión en la habitación del hotel de Harwichport, cuando rompió la nota en treinta y dos trocitos y los tiró por el retrete.

—En rigor, creo que no está bien que me cuente todo esto.

Yngvar inspiró profundamente y dejó salir el aire entre los dientes. De pronto pareció más pequeño; quizá solo se había hundido más en el sofá.

—En rigor, no está bien. Por lo menos mientras no hayamos formalizado nuestra colaboración, pero empiezo a sospechar que no quiere dar ese paso. — Sonrió forzosamente, como si quisiera ser irónico. Acto seguido, la sonrisa se borró de su rostro y él continuó—: En rigor, este caso es un infierno. En rigor... —Volvió a aspirar violentamente—. Mi mujer y mi única hija murieron hace poco más de dos años —dijo de pronto—. Supongo que usted no lo sabía.

—No. Le acompaño en el sentimiento.

Ella no quería escuchar esto.

—Un accidente absurdo. Mi hija... se llamaba Trine y tenía veintitrés años, Amund era un bebé. Es mi nieto. Ella quería... ¿La estoy incomodando? La estoy incomodando. —Se incorporó bruscamente y echó los hombros hacia atrás, como para volver a llenar la chaqueta de *tweed* gris. Luego sonrió brevemente—. Tiene cosas más sensatas que hacer.

Pero no se levantó ni hizo ademán de irse. Un pájaro carbonero se había posado en la casita para pájaros de la terraza.

—No —dijo Inger Johanne.

Cuando Stubø la miró, ella no supo lo que él quería. Más que nada parecía agradecido, quizás aliviado, porque se hundió de nuevo en el sofá.

—Mi mujer se andaba quejando de que uno de los canalones estaba atascado —dijo él con la vista en el techo—. Yo le había prometido arreglarlo, desde hacía mucho tiempo, pero nunca me decidía a hacerlo. Una mañana que mi hija se pasó por casa, se ofreció a subir a desatascar los canalones. Probablemente mi mujer le estaba sujetando la escalera. Trine debió de perder el equilibrio. Se cayó, arrastrando consigo parte del canalón. De alguna manera, el tubo la... atravesó. A mi mujer le cayó encima la escalera, con todo el peso de Trine. Uno de los peldaños la golpeó en la cara. Le hincó el tabique nasal en el cerebro. Cuando llegué a casa un par de horas más tarde, las encontré a las dos, allí tiradas. Muertas. Amund seguía durmiendo.

Inger Johanne oía su propia respiración entrecortada. Intentó obligarse a respirar a un ritmo más pausado.

—En aquel momento era jefe de sección —continuó él, serenamente—. Para ser sincero, hacía tiempo que me veía a mí mismo como el próximo jefe de Kripes. Pero después de aquello... Solicité de nuevo el puesto de inspector. Nunca será otra cosa que eso, si es que aguanto, claro. Este tipo de casos me hace dudar. En fin. —Tenía la mirada errante, y en sus labios se había dibujado una sonrisa tímida, casi compungida, como si hubiera hecho algo malo y no supiera bien cómo pedir perdón. Abrió la boca un par de veces, como para decir algo más, pero se limitó a contemplarse las manos—. En fin —volvió a decir jugueteando con los pulgares—. Tendré que empezar a pensar en retirarme.

Seguía sin levantarse, sin hacer ademán de marcharse.

«No tengo sitio para esto —pensaba Inger Johanne—. No tengo sitio para un caso como este en mi vida. No quiero. No tengo sitio...».

—... para ti —dijo a media voz.

—¿Cómo?

Yngvar estaba sentado de espaldas a la gran ventana del salón, a contraluz, por lo que a Inger Johanne le costaba distinguir sus rasgos. Solo le veía claramente los ojos. Él la estaba mirando de frente.

—¿Quieres que prepare la comida? —le preguntó con una leve sonrisa—. Debes de tener hambre, y o, por lo menos, la tengo.

Ocupaba tanto espacio...

Isak, el único hombre que había estado alguna vez en su cocina durante más de treinta segundos, era pequeño, casi enclenque. Yngvar llenaba toda la habitación, de forma que prácticamente no quedaba sitio para Inger Johanne. Él se quitó la chaqueta y la colgó sobre una silla. Después se puso a hacer una tortilla, sin siquiera preguntar. Inger Johanne apenas podía moverse sin rozarlo. El hombre despedía un ligero olor a recién duchado y a puro, el olor de una persona mayor que ella. Cuando se remangó la camisa para cortar la cebolla, ella se percató de que tenía el vello del antebrazo rubio, casi dorado. Empezó a pensar

en el verano y se dio la vuelta.

—¿Qué crees que significa la nota? —preguntó él, señalando al aire con el cuchillo—. « Ahí tienes lo que te merecías » . ¿Quién tiene lo que se merece? ¿La niña? ¿La madre? ¿La sociedad? ¿La policía?

—En algún sentido, en ambas ocasiones los mensajes iban dirigidos a las madres —respondió Inger Johanne—. Aunque el asesino evidentemente no podía saber que sería la mamá quien encontraría a Kim; hubiera podido ser el padre quien decidiese bajar al sótano. Y en lo que respecta a Sarah, supongo que tenemos razones para creer que el asesino comprendió que el paquete nunca llegaría a su destino. No es tonto. No sé. Creo que es más importante fijarse en el contenido del mensaje que hacer conjeturas sobre a quién iba dirigido.

—¿A qué te refieres con el contenido?

Yngvar encendió el fuego y se agachó para sacar una sartén del armario, sin siquiera preguntar dónde estaba. Inger Johanne se había sentado en una silla y miraba ensimismada su vaso de agua con cubitos de hielo.

—En realidad creo que hay que seguir otro camino —dijo lentamente.

—Muy bien. ¿Cuál?

—Siempre hay que empezar por abajo —contestó ella con aire ausente, como si estuviera buscando algo en la memoria—. Analizar lo que se tiene. Los hechos. Los hallazgos objetivos. Poner los ladrillos desde abajo. Nunca especular sin tener algún tipo de fundamento. Es peligroso.

—Así que eso es lo que hay que hacer.

—Sí.

Ella estiró la espalda y dejó el vaso en la encimera. La comida olía bien, Yngvar sacó platos y vasos, cuchillos y tenedores. Aparentemente concentrado, esculpió un bello ornamento a partir de un tomate.

—Mira —dijo satisfecho, depositando la sartén sobre la mesa—. Tortilla de cebolla. Esto me parece a mí una buena comida.

—Tres niños —murmuró ella mientras masticaba despacio—. Si suponemos que Emilie ha sido secuestrada por la misma persona que secuestró a Sarah y a Kim. En realidad no podemos darlo por sentado, pero... por el momento lo vamos a suponer. Han desaparecido tres niños. Dos han sido devueltos. Muertos. Niños muertos.

—Niños muertos —repitió Yngvar dejando el tenedor—. Ni siquiera sabemos de qué han muerto.

—¡Espera! —De pronto, ella levantó la mano—. ¿Quién mata niños?

—Los delincuentes sexuales y los automovilistas —refunfuñó él.

—Exacto.

—¿Hmm?

—A estos niños no los ha matado un automovilista. Tampoco hay indicios de que los haya matado un delincuente sexual, ¿verdad?

Él asintió levemente con la cabeza.

—En todo caso tendrían que ser actos sexuales que no dejaran huella — explicó—, lo cual, por supuesto, no se puede descartar.

—¿Qué nos queda entonces, si no se trata de sexo ni de accidentes de tráfico?

—Nada —respondió él y se volvió a servir.

—Comes demasiado rápido —lo reprendió ella—. Y te equivocas, nos quedan bastantes posibilidades. A vosotros, quiero decir. Os quedan bastantes. —Le gustaba aquella tortilla. Quizá tuviera demasiada cebolla, pero unas gotas de Tabasco le daban un sabor especial—. El caso es que somos muy reticentes a matar niños. Tanto tú como yo sabemos que la gran mayoría de los asesinos comete sus crímenes en estado de alteración, y el número de recaídas es mínimo. El asesinato suele ser resultado de un largo conflicto familiar, de celos incontrolables o... de meros accidentes. Peleas de borrachos. Una cosa lleva a la otra, y además hay armas, cuchillos, escopetas de perdigones. Bang. De pronto alguien se convierte en homicida. Así es la cosa, eso lo sabemos los dos. Los niños muy rara vez están implicados, al menos como víctimas. Como víctimas directas del crimen, quiero decir.

—Eso si no contamos a los adolescentes, que cada vez se matan con más frecuencia —observó Yngvar—. Cada vez son más jóvenes. Yo diría que un chico de catorce años es un niño. Esa era la edad que tenía el muchacho que se cargaron algunos de sus compañeros en enero, en el colegio de Mollergata, creo que fue.

Inger Johanne arqueó las cejas en un gesto elocuente.

—Que sí, pero también en estos casos de bandas se trata de rivalidades, de honor mal comprendido. Se matan entre ellos, no matan a extraños. Y en lo que respecta a los delincuentes sexuales, suelen asesinar para ocultar su delito, el abuso en sí. Es muy poco frecuente que el asesinato se perpetre durante el acto sexual. Los delincuentes sexuales matan porque no les queda otro remedio, simple y llanamente. He hablado con muchos de ellos, y algunos casi no soportan vivir con el recuerdo de lo que han hecho. Son capaces de arrepentirse, de avergonzarse, de entristecerse. No tanto por el acto sexual, pues tienen una notable capacidad para racionalizar eso, como por el asesinato. Por el hecho de que el niño tuviera que morir.

—¿Adónde quieres llegar?

Inger Johanne vació el vaso de leche y se dio un palmadita en la tripa.

—Una persona capaz de matar a niños completamente inocentes... de secuestrarlos, matarlos y mandárselos de vuelta a los padres con una carta cruel... Este tipo de actos requiere una psique que permita al asesino legitimar sus acciones.

—Se trata de actos perfectamente sensatos, a su juicio. Está loco, por tanto.

Yngvar estaba manoseando una funda que llevaba en el bolsillo de la camisa.

—No, no está loco, al menos en el sentido convencional de la palabra. No es psicótico. Si lo fuera, nunca habría sido capaz de llevar a cabo su plan. Que no se te olvide lo metódico que es cuando actúa, el cuidado con el que lo planea todo. Pero... depende de lo que entiendas por loco. ¿Un... alma descarriada? Sí. ¿Una mente trastornada? No lo creo.

—Pero le parece bien matar niños. ¿Es eso lo que estás diciendo? ¿Qué le parece bien matar niños, pero que al mismo tiempo no está trastornado?

—Sí, bueno, en realidad no. Quizás hasta cierto punto le apene la muerte de los niños, pero tiene un objetivo más elevado. Un encargo, por así decirlo. Una especie de... ¿misión?

—¿Encomendada por quién?—La funda se deslizaba arriba y abajo entre sus dedos. Apenas se percibía el sonido del metal al rozar la piel seca.

—No lo sé —dijo ella lacónicamente.

«Me estás engañando —se le ocurrió a ella de pronto—. Aquí estoy yo, desgranando obviedades que hace tiempo que tú mismo habías pensado. ¿Cuántos casos de asesinato has investigado? ¿Con cuántos asesinos con facultades mentales mermadas te has topado? Has leído tomos y tomos de libros sobre esto. Estás pescando, crees que ya he mordido el anzuelo. Por alguna razón absurda es importante para ti que me implique en el caso. Yo no me dejo engañar».

—¿Café? —preguntó con ligereza y empezó a llenar la cafetera de agua.

—Ya sabes cómo trabaja un *profiler* —dijo Yngvar.

El agua empezó a correrle por la muñeca; hacía rato que la cafetera estaba llena.

—Primero habrías leído todos nuestros documentos —continuó Yngvar—. Todas las pruebas y datos objetivos que hemos reunido. Después habrías trazado el perfil de cada una de las víctimas, cosa que en este caso resultaría bastante sencilla, al tratarse de niños, y a la vez increíblemente complicada, porque te verías obligada a trazar también el perfil de los padres para completar la imagen. Después empezarías, lentamente, desde la base, a construir a nuestro hombre. Si es que tienes razón en que se trata de un hombre, claro está. Esto es lo que harías. Si estuvieras dispuesta a ayudarme.

La intensidad con la que Yngvar pronunció la última frase la asustó. Inger Johanne cerró el grifo y estuvo a punto de dejar caer la cafetera al suelo.

—¿Por qué? ¿Por qué? —Se volvió bruscamente y asestó una fuerte palmada con la mano que tenía libre en el banco de la cocina—. ¿Podrías darme una sola razón por la cual un experimentado inspector de Kripós iba a perder un montón de tiempo y a recurrir, dicho con suavidad, a sutiles métodos para conseguir que una simple investigadora lo ayude con un caso que es tan aberrante que nunca habíamos visto nada igual en este país? ¿Podrías explicarme por qué tengo la impresión de que eres completamente incapaz de aceptar un no por respuesta?

Se hizo el silencio. Él se miraba las manos. Inger Johanne le dio la espalda

para retirar del fuego el café, que había empezado a hervir. Al otro lado de la ventana de la cocina, por la calle que en teoría estaba cerrada al tráfico, avanzaba un Golf rojo, deteniéndose ante los buzones.

—Tengo miedo —dijo Yngvar calladamente, como buscando las palabras— de que creas que estoy tan loco como... De que creas que he perdido la cabeza.

Ella seguía sin volverse. El Golf rojo se había parado frente al número 16.

—Cuando era más joven, hasta cierto punto me enorgullecía de ello — continuó él con voz queda—. Incluso presumía de mi intuición. Los chicos me llamaban *Stubø el Vidente*. Yo... No es que sea realmente vidente, y no creo en esas cosas y no tengo visiones de dónde está la gente que ha desaparecido. Pero... he dejado de hablar de eso. Los compañeros empezaron a mirarme como a un bicho raro, murmuraban por los rincones y a mis espaldas. Yo no decía nada, pero tengo la capacidad..., no, no la capacidad: la tendencia. Tiendo a tener sensaciones sobre los casos en los que estoy trabajando. Es difícil de explicar, la verdad. Entro en una especie de estado de hipersensibilidad. Sueño con los casos. Veo cosas.

El conductor del Golf rojo tiró una colilla por la ventanilla y dio media vuelta con el coche. Inger Johanne no alcanzaba a ver lo que había dejado, pero la tapa del buzón del número 16 ya no cerraba del todo.

—Tampoco es para tanto —repuso ella con ligereza—. Todos los buenos detectives tienen intuición. No hay nada paranormal o sobrenatural en eso. La intuición no es más que el tratamiento por parte del inconsciente de una serie conocida de factores. Proporciona respuestas a las que uno no es capaz de llegar por medio de un análisis consciente. —Por fin se volvió hacia Yngvar—. Algunos lo llaman sabiduría. —Sonrió levemente—. Quizá por eso se suele decir que es una cualidad femenina. Pero ¿qué tiene esto que ver conmigo?

—Te vi en la tele —señaló él—. Y me quedé impresionado. Me pasó por la cabeza la posibilidad de hablar contigo, pero al día siguiente me había olvidado de toda la historia. A media tarde me llamó un amigo desde Estados Unidos, Warren Scifford.

—Warren Sci...

—Sí, del FBI.

Ella sintió que se le erizaban los pelos de los brazos, de forma repentina y desagradable.

—Por cuestión de rutina hemos informado a la Interpol de los secuestros. Warren había llegado al caso a través de otro asunto. Cuando llamó hacía más de medio año que no hablábamos. Al final de la conversación me preguntó si por casualidad conocía a una mujer llamada Inger Johanne Vik. Cuando le hablé de ti y de lo que andabas haciendo, me recomendó que acudiera a ti. La verdad es que fue la recomendación más insistente que me han hecho nunca. Pasó el día y yo tenía mucho que hacer. Esa misma noche tuve un sueño, o más bien una

pesadilla. No te voy a molestar contándote el sueño, entonces sí que pensarías que estoy loco. —Soltó una risita algo forzada—. Sea como fuere, tenías un papel en el sueño, un papel que hace que sea importante para mí hablar contigo. Tienes que ayudarme. Pero no quieres. Será mejor que me vaya.

—No. —Inger Johanne volvió a sentarse en la silla, justo enfrente de Yngvar—. Espero que Warren no te confundiera —dijo en voz baja—. Yo no soy *profiler*, solo hice aquel curso y...

—Y fuiste la mej...

—Espera —lo interrumpió ella mirándolo directamente a los ojos—. Me has engañado. Me has tenido engañada al no confesarme desde el principio que habías escurbado en mi pasado. No es un buen punto de partida para una colaboración.

Habría jurado que él se sonrojaba, que le asomaba un débil rubor justo debajo de los ojos.

—A pesar de todo, te doy cinco minutos para que me digas qué estás pensando —agregó ella echándole una ojeada al reloj del horno—. Cinco minutos.

—Esta investigación es un caos —reconoció él—. Hay un orden en ese caos, está en algún sitio, pero pierdo la perspectiva cada vez con mayor frecuencia. Cuando desapareció la primera niña, Emilie, todo era abarcable con la vista. Yo tenía la responsabilidad principal, éramos un grupo limitado de investigadores. Después todo ha saltado por los aires. Ahora que hemos acaparado la atención de los medios de comunicación, todo se ha elevado a un plano más alto. Nadie está autorizado a realizar declaraciones públicas excepto el mismísimo jefe de Kripos, pero como él apenas hace otra cosa que hablar con los medios de comunicación, no está bien informado. A veces hace afirmaciones precipitadas, los subordinados cargamos con la culpa. No lo critico, de verdad que no. No le envidio a nadie el papel de tener que dar la cara para responder sobre un caso en el que mueren niños como moscas y... —Yngvar dirigió la mirada a la cafetera, luego se levantó y vertió el contenido en un termo azul—, y no tenemos una puta pista, joder —dijo finalmente con énfasis.

Inger Johanne nunca lo había oído soltar tacos. En cierto sentido le sentaba bien.

—O tenemos un millón de pistas —añadió él—, pero que no llevan a ningún sitio. —Sirvió una taza de café para cada uno—. También lo complica todo el hecho de que la Policía Municipal de Oslo haya entrado en escena. Normalmente no necesitan nuestra ayuda para sus investigaciones, cuentan con un montón de gente buena, no es eso. Pero ahora tienen más jaleo que una guardería en día de fiesta.

—Pero si ya hay tanta gente envuelta en la investigación, ¿para qué me quieres a mí?

Él bajó la taza despacio hasta dejarla encima de la mesa. El asa era demasiado pequeña para sus dedos.

—Te veo en el papel de una especie de consejera, alguien que me sirva de apoyo. Yo puedo transmitir tus ideas a quienes trabajan en el caso. Al principio quizá se muestren escépticos ante alguien como tú, por lo que te sería cómodo tener un mediador: yo. —Hizo una mueca, como si le pareciera necesario disculpar a sus colegas—. Necesito a alguien que me sirva de apoyo —dijo con sinceridad—. Alguien ajeno a la policía. Ajeno al caos, por así decirlo.

—¿Y cómo habías pensado —preguntó ella secamente— que yo podría tener acceso a los documentos del caso mientras no llegase a un acuerdo formal de colaboración con Kripos?

—Esa responsabilidad me la tienes que dejar a mí.

—Es responsabilidad mía el no dejar que me muestren documentos clasificados.

Él sacudió la cabeza con desánimo.

—¿No sería mejor que me contestaras? Es la última vez que te lo pido. Incluso para mí hay límites, aunque no lo parezca.

Inger Johanne se puso en la lengua un terrón de azúcar que se le deshizo contra el paladar mientras el dulzor se le pegaba a los dientes. Era evidente que él tenía la intención de marcharse y de no volver a verla.

—Sí —respondió ella con ligereza, como si fuera la primera vez que el hombre se lo pedía—. Te voy a ayudar, si es que puedo.

Inger Johanne tuvo la impresión de que él se pondría a batir palmas. Por suerte no lo hizo, sino que se puso a recoger la mesa, como si estuviese en su casa.

Yngvar Stubø no se fue de casa de Inger Johanne Vik hasta las siete de la tarde. Inger Johanne ya había abierto la puerta de la entrada. Como él no sabía qué hacer con las manos, enganchó los pulgares a la cintura del pantalón.

—Me recuerdas tanto a ella... —comentó Yngvar tranquilamente mientras se abrochaba la chaqueta.

—¿A tu hija? ¿Te recuerdo a... Trine?

—No. —Se dio una palmadita en el pecho—. Me recuerdas a mi mujer.

Line subió corriendo las escaleras.

—¡Ah! ¡Hola!

La amiga observó con curiosidad al desconocido.

—Yngvar Stubø —los presentó Inger Johanne—. Line Skytter.

—¡Encantada!

—Bueno, pues adiós. —Yngvar Stubø le tendió la mano, pero antes de que Inger Johanne alcanzara a estrechársela, se la había vuelto a meter indeciso en el bolsillo de la chaqueta. Después asintió con la cabeza y se marchó.

—¡Vaya tío! —exclamó Line cerrando la puerta a su espalda—. Pero a ti no te conviene nada. Nada en absoluto.

—En eso tienes razón —convino Inger Johanne, irritada—. ¿Por qué has venido?

—Es demasiado fuerte para ti —parloteaba Line camino del salón—. Tras la historia esa con Warren, quedó claro que los hombres fuertes no le van a Inger Johanne Vik —Se dejó caer sobre el sofá, sentándose sobre sus pies—. A ti te van los tipos como Isak hombres dulces y pequeños que no son tan listos como tú.

—Corta el rollo.

Line olfateó el cuarto y frunció la nariz.

—Le has dejado que... ¿Le has dejado que fume aquí? ¿A pesar de que mañana viene Kristiane?

—¡Corta el rollo, Line! ¿Qué quieres?

—¡Pues que me cuentes cómo fue tu viaje a Norteamérica, mujer! Y recordarte que tenemos reunión del grupo de literatura el miércoles. Ya van tres veces consecutivas que no apareces, ¿lo sabes? Las chicas están empezando a preguntarse si ya no te apetece ir más. ¡Después de quince años! ¡Ay! —Line se recostó en el sofá.

Inger Johanne acabó rindiéndose y se levantó para ir a buscar una botella de vino al dormitorio fresco. Primero eligió una botella de Barolo, pero la devolvió con cuidado a su sitio. Junto a la estantería había un cartón de vino.

«De todos modos ella no notará la diferencia», pensó.

Mientras volvía junto a Line, se preguntaba si Yngvar Stubø sería abstemio. Lo parecía: tenía la piel homogénea y densa, sin grandes poros, y el blanco de los ojos, muy blanco. Quizás Yngvar Stubø no bebía una gota de alcohol.

—Aquí tienes el vino —le dijo a Line—. Creo que yo me voy a conformar con una taza de té.

Era agradable conducir. Aunque el coche no fuera gran cosa, un Opel Vectra de seis años, el asiento era cómodo, y no hacía mucho que él había cambiado los amortiguadores. El coche estaba bien, el equipo de música estaba bien, la música estaba bien.

—Bien. Bien. Bien.

Bostezó y se frotó la frente. Tenía que conseguir no dormirse. Había conducido muchos kilómetros de una sentada y se aproximaba al valle de Lavang. Hacía veinticuatro horas que había salido del garaje de casa. Bueno, garaje, garaje... El viejo granero hacía las veces de garaje y de trastero donde guardaba todas las cosas que no se animaba a tirar. Nunca se sabía cuándo algo podía resultar útil. Ahora, por ejemplo, estaba encantado de no haberse deshecho de los bidones viejos que había dejado allí el dueño anterior. A primera vista parecían oxidados, pero, tras un buen repaso con el cepillo de metal, quedaron casi como nuevos. Llevaba semanas abasteciéndose de gasolina. Como de costumbre, había llenado el depósito en la gasolinera de Bobben, junto a la cooperativa. No con demasiada frecuencia, no demasiada gasolina, ni más ni menos de la que solía ponerse desde que se mudó a la granja. Al llegar a casa vertía unos litros en los bidones. Con el tiempo logró almacenar doscientos litros de gasolina. Así no tendría que detenerse a repostar de camino hacia el norte, ni hacer ninguna parada donde pudieran verlo. Nada de dinero con huellas dactilares. Nada de cámaras de vídeo. Iba por la carretera en un Opel Vectra azul marino lo suficientemente sucio como para que pudiera ser de cualquiera. Un cualquiera que estaba de viaje. Las placas de las matrículas estaban cubiertas de barro y casi no se dejaban leer. Nada en su aspecto o en el coche llamaba la atención. La primavera había llegado al norte de Noruega.

En el valle de Lavang todavía había nieve sucia en torno a los troncos de los árboles. Eran las siete de la mañana del domingo y hacía varios minutos que él no se cruzaba con ningún coche. Redujo la velocidad antes de tomar una curva suave. El camino de tierra por el que se había metido estaba mojado y lleno de baches a causa de las heladas, pero todo fue bien. Frenó al pasar un montículo. Apagó el motor. Esperó. Escuchó.

No había un alma por ahí. Se quitó el reloj de pulsera, un gran reloj negro de buzo, con despertador. Iba a dormir un par de horas.

No necesitaba más que un par de horas.

—Era de esperarse.

Alvhild Sofienberg se tomó la historia de la desaparición de Aksel Seier sorprendentemente bien. Enarcó ligeramente las cejas, luego se pasó el dedo distraidamente por el vello de su labio superior e hizo entrechocar los dientes casi imperceptiblemente, como si se le hubiera soltado la dentadura postiza.

—Quién sabe cómo me habría tomado yo una información así. Debe de ser difícil ponerse en su pellejo. Imposible. Pero ¿a ti te pareció que estaba bien?

—Desde luego. Bueno... No es que haya averiguado gran cosa de su vida a partir de aquel encuentro tan breve, pero pude comprobar que vive en un sitio maravilloso junto al mar, en una playa preciosa. Tiene una buena casa. Daba la impresión de que él... encajaba. En el entorno, quiero decir. Los vecinos lo conocían y se preocupaban por él. Creo que eso es todo lo que puedo decir.

—Fantástico —murmuró Alvhild.

—Por lo menos dadas las circunstancias —añadió Inger Johanne.

—Me refiero a estas cosas de los ordenadores. —Alvhild movió los dedos en el aire, como si estuviese tecleando—. Y pensar que tardaste menos de una semana en averiguar en qué parte del mundo vivía Aksel Seier. Fantástico. Absolutamente maravilloso.

—Internet. —Inger Johanne sonrió—. ¿Y tú nunca has pensado en conectarte a la red? Eso estaría bien para ti, ¿no? Ya que estás aquí...

—Ya que estoy aquí muriéndome —completó la frase Alvhild—. Pues sí que estaría bueno. Tengo mi máquina de escribir IBM con cabezal esférico de 1982. Por desgracia pesa un poco demasiado como para tenerla sobre el regazo, pero si es necesario, me servirá. —Echó una ojeada a la máquina de color rosa que descansaba sobre el escritorio, junto a la ventana, con una hoja en blanco insertada tras el rodillo—. Ya casi no escribo cartas, así que da igual. Mi hogar está en orden, mis hijos me visitan todos los días. No les falta de nada y, por lo que yo sé, son relativamente felices. Parece que también los nietos van por buen camino. A veces incluso se pasan por aquí sin que se les note demasiado que los han obligado a venir. Ni siquiera necesito teléfono. Pero si fuera más joven...

—Tienes unos ojos tan bonitos —comentó Inger Johanne, tragando saliva—.

Son tan... azules. Son increíblemente azules.

Alvhild le dedicó una sonrisa insólita en ella, una sonrisa que Inger Johanne no se merecía. Esta inclinó la cabeza y cerró los ojos, y Alvhild le pasó los dedos por la barbilla. Los tenía resecos, duros, como las ramas de un árbol muerto.

—Me has dado una alegría, Inger Johanne. Mi marido solía decir exactamente lo mismo.

Llamaron a la puerta. Inger Johanne se incorporó rápidamente, alejándose de la cama, como si la hubieran pillado en falta.

—Creo que ha llegado la hora de descansar —dijo la enfermera.

—De pronto te tratan como a un menor de edad —se quejó Alvhild, mirando al cielo.

Inger Johanne no conseguía retirar el brazo; la mano de Alvhild se aferraba como una garra a su muñeca.

—¿Crees que te puedes ir sin más?

La enfermera se plantó junto a la cama con gesto impaciente, los brazos en jarras y la vista clavada en el techo.

—Un momento, nada más —le pidió Alvhild tensamente—. No he acabado del todo con esta joven. Si tiene usted la bondad de salir un momento al pasillo, enseguida estaré lista para dormir la siesta.

La mujer de blanco se retiró vacilante, como si sospechase que Inger Johanne abrigaba malas intenciones. Oyeron que sus pasos se detenían no muy lejos. La puerta seguía entornada.

—No veo que pueda hacer mucho más —musitó Inger Johanne—. He leído los papeles y estoy de acuerdo contigo. Todo parece indicar que Aksel Seier fue víctima de una gran injusticia. He encontrado al tipo, he cruzado el Atlántico, he hablado con él. En la medida en que se pueda decir que tenía un encargo, lo he cumplido.

Alvhild se rio con una risa suave, ronca, que degeneró en un ataque de tos.

—Nosotras no nos rendimos tan fácilmente, Inger Johanne.

—Pero ¿qué...?

—Tiene que haber una esquila.

—¿Cómo?

—La anciana que acudió a la policía en 1965, la que pensaba que el culpable era su hijo. ¡El suceso que hizo que soltaran a Aksel Seier! Acudió a la policía porque su hijo había muerto. Todo lo que sé de esta señora es que vivía en Lillestrøm. Tú con este Internet tuyo... ¿serías capaz de encontrar una esquila en un periódico local de junio de 1965? Tiene que ser una esquila en la que se mencione a un solo familiar.

Inger Johanne echó un vistazo hacia la puerta. Algo blanco se movía con impaciencia de un lado para otro.

—Un familiar. ¿Cómo sabes eso?

—No lo sé —replicó Alvhild—. Solo es una suposición. Se trataba de un hijo adulto que vivía con su madre. Según mi única fuente, el sacerdote de la cárcel, el hijo era algo retrasado. A mí me da la impresión de que es una de estas tristes... —Se interrumpió con un ademán—. Ya está bien. Inténtalo. Busca.

—La visita ha terminado —aseveró la enfermera—. La señora Sofienberg necesita descansar.

Inger Johanne sonrió dócilmente a Alvhild.

—Si tengo tiempo, voy a...

—Tienes tiempo, querida. A tu edad se tiene todo el tiempo del mundo.

Inger Johanne no consiguió despedirse del todo. Hasta que salió a la calle no cayó en la cuenta de que ya no olía a cebolla en la habitación de Alvhild. Además se acordó de algo en lo que no había pensado desde que regresó a Noruega: había visto algo en casa de Aksel Seier, algo que había llamado su atención, pero demasiado tarde.

Por alguna razón, allí con Alvhild, algo le había recordado lo que era mientras conversaba con la anciana. Algo que se había dicho, o algo que había visto.

De camino a casa le entró migraña.

—Se llama *El Rey de América*.

—¿Cómo?

Era el bicho más feo que Inger Johanne había visto nunca. El color le recordaba al del contenido de los pañales de Kristiane en los peores momentos de su enfermedad: marrón amarillento con manchas indefinidas de color más oscuro. Tenía una oreja tiesa y la otra gacha. La cabeza era demasiado grande en proporción al cuerpo. La bestia agitaba la cola como un molinillo y daba la impresión de que sonreía mientras prácticamente barría el suelo con la lengua.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—*El Rey de América*. Mi perrito. Un perritorratito.

Kristiane quería alzar en brazos al animal, que era descomunal para tener solo tres meses, pero el cachorro no quería que lo levantaran. Kristiane acabó acompañándolo al salón, a cuatro patas, con la lengua colgando.

—¿De dónde ha sacado ese nombre?

Isak se encogió de hombros.

—Ahora estamos leyendo *El sombrero del mago*, ese en el que el Mumi se transforma en el rey de California, ¿sabes? Quizá lo haya sacado de ahí. No tengo ni idea.

—*Jack* —chilló Kristiane desde el salón—. También se llama *Jack*.

Inger Johanne se estremeció un poco.

—¿Qué pasa? —Isak le acarició el brazo—. ¿Pasa algo malo?

—No. Sí. No entiendo a esa cría.

—No es más que un nombre. Por Dios, Inger Johanne, no es como para...

—Olvidalo. ¿Qué tal habéis estado?

Le dio la espalda. *El Rey de América* estaba haciendo pis sobre la alfombra del salón, y Kristiane, encaramada al último cajón del armario de la cocina, en precario equilibrio, estaba a punto de tirar un bote lleno de cereales.

—¡Huy!

Inger Johanne la agarró e intentó darle un abrazo.

—A *Jack* le gustan los copos de maíz —dijo Kristiane, soltándose.

El bote cayó al suelo y la tapa se abrió. El perro acudió corriendo. Bestia y niña empezaron a revolcarse entre los copos de maíz, que crujían contra el suelo provocando las carcajadas de Kristiane.

—Por lo menos ella se lo pasa bien con esto —sonrió Inger Johanne con cansancio—. ¿Por qué has elegido un bicho tan... tan feo?

—¡Calla! —Isak le puso un dedo sobre la boca, ella se echó para atrás—. *Jack* es hermoso. ¿Ha pasado algo? Estás tan... Algo te pasa, se nota en todo.

—Ayúdame —pidió ella con sequedad y se fue a buscar el aspirador.

Era incapaz de comprender cómo había llegado Kristiane a la conclusión de que el perro se tenía que llamar, *Jack, el Rey de América*.

Notaba una extraña desazón, o quizá solo estuviera cansado. Las dos horas de sueño en una carretera secundaria del valle de Lavang, a solo tres cuartos de hora en coche de Tromsø, evidentemente le habían venido bien, pero no se sentía demasiado despejado. Le dolían los músculos lumbares y tenía los ojos secos. Parpadeó repetidamente, intentando que le salieran las lágrimas a fuerza de bostezar. El nerviosismo se manifestaba en forma de un cosquilleo en las puntas de los dedos y en una sensación inquietante y hueca en el vientre. El hombre bebió agua de una botella a tragos largos y profundos. Había aparcado el coche detrás de los apartamentos para estudiantes situados junto al lago de Prest. Los estudiantes vienen y van, se prestan coches los unos a los otros, reciben visitas. Allí era donde había planeado aparcar, pero ya no se podía quedar sentado en el coche mucho más tiempo. Ese tipo de cosas llamaban la atención, sobre todo en los sitios donde viven muchas mujeres solas. Le puso el tapón a la botella e inspiró profundamente.

Tardó menos de cinco minutos en llegar andando a la cima de la colina de Langnes. Ya lo sabía, claro, había estado allí antes. Conocía sus costumbres, sabía que ella siempre estaba en casa el último domingo del mes. A las cinco en punto, como siempre, vendría su madre para comprobar el estado de sus propiedades. Disimulaba su férreo control bajo la excusa de una agradable comida familiar. Col, una copa de vino bueno y una mirada inquisitorial. ¿Estaba todo lo suficientemente limpio, lo suficientemente bien arreglado? ¿Había cambiado las juntas del baño?

Él sabía lo que iba a pasar, había estado allí ya tres veces aquella primavera, echando una ojeada, tomando notas. Eran las tres menos cinco. Miró por encima del hombro. Llovía, pero no mucho. Las nubes barrían las montañas de la isla de Kval, el cielo se estaba oscureciendo por el oeste. Sin duda, hacia la noche, el tiempo empeoraría. El hombre cruzó rápidamente un jardín y se ocultó tras un arbusto. Había menos plantas de las que él hubiera querido. Aunque iba vestido de gris y azul marino, cualquiera que mirase en su dirección lo habría descubierto. Se acercó a paso rápido a la pared de la casa, sin mirar atrás. Hacia el norte no había vecinos, solo pequeños abedules primaverales y zonas cubiertas

de nieve sucia. La ansiedad le oprimía la laringe, forzándolo a tragar saliva varias veces. Las otras veces no había sido así. Agarraba con todas sus fuerzas la pequeña riñonera que llevaba al cinto. Rebelión. Así tenía que ser. Una certeza que lo llenaba de júbilo. Había llegado su momento.

Había llegado su momento.

Apenas alcanzaba a oírlo. Sin consultar el reloj, él sabía que marcaba las tres. Contuvo la respiración y se hizo el silencio. Cuando se asomó por la esquina de la casa, vio que había tenido más suerte de la que cabía esperar. Ella había bajado el cochecito hasta el jardín. En la terraza había una vieja hamaca que no dejaba sitio para el carrito del niño. Él no percibió otro sonido que su propia respiración acelerada y el rugido lejano de un avión que estaba a punto de aterrizar en Langens. Abrió la cartuchera, se preparó y se acercó al cochecito.

El alero del tejado lo protegía de la llovizna de primavera, pero el niño estaba resguardado como para sobrevivir a una tormenta invernal. El cochecito tenía la capota levantada y una cubierta para la lluvia enganchada al canastillo. Por encima de todo lo demás, la madre había extendido también una especie de rejilla, quizá para mantener alejados a los gatos callejeros. El hombre quitó el protector de gatos no sin trabajo, y a continuación desabotonó y retiró la funda para la lluvia. El niño estaba metido en un saco de dormir azul y llevaba puesto un gorro. Estaban a finales de mayo, ¡y el niño llevaba gorro! Se lo habían atado a la barbilla con una cinta que desaparecía en un pliegue del regordete cuello. Ocupando casi todo el espacio en el cochecito, el niño dormía profundamente, con la boca abierta.

Más valía que no lo despertara.

Nunca iba a conseguir quitarle al niño toda esa ropa que sobraba.

—¡Mierda!

El pánico le recorrió todo el cuerpo, desde abajo, desde los pies, dejándolo sin aliento. Se le cayó la jeringuilla. Tenía que llevarse la jeringuilla. El niño bostezó y hacía gorgoritos. El niño era un agujero negro que respiraba. La jeringuilla. El hombre se inclinó, la recogió y la metió en la riñonera. El saco de dormir estaba relleno de plumas. Tapó con él el agujero que respiraba, sujetando la tela azul firmemente con los dedos. El niño se movió, intentando liberarse, pero resultaba extrañamente sencillo impedirlo. Él apretaba con fuerza, sin aflojar, y, finalmente, dejó de haber algo que se resistía bajo las plumas del tejido azul. Aun así, él no soltó el saco de dormir. Todavía no. Sujetaba y apretaba. El avión había aterrizado y todo estaba en silencio.

Por suerte se acordó de la nota.

—Me acordé de la nota —se decía a sí mismo cuando se metió en el coche—.
Me acordé de la nota.

Aunque se quedó dormido dos veces al volante —lo despertó el patinazo hacia

la valla protectora de la carretera, justo a tiempo para rectificar la trayectoria—, consiguió llegar hasta el lago de Maja sin parar más que para orinar y para rellenar el depósito con gasolina de los bidones, siempre en caminos secundarios. Tenía que dormir. En una carretera estrecha junto a un *camping* abandonado encontró un lugar donde esconder el coche.

No tendría que haberlo hecho.

Tendría que haber mantenido el control. Había que llevarlo todo a cabo tal y como lo había planeado. De pronto le resultaba imposible dormirse, a pesar de que estaba mareado de sueño.

Rompió a llorar. No era así como tendría que haber ocurrido. Este era su momento. Por fin. Se cumpliría su plan, su voluntad. El llanto fue a más y lo hizo avergonzarse. Empezó a despotricar y a abofetearse a sí mismo.

—Por lo menos me acordé de la nota —murmuraba mientras se limpiaba los mocos con los dedos.

El timbre de la puerta la despertó. El timbrazo había sido corto, como si alguien estuviera intentando avisarla sin molestar a Kristiane. *El Rey de América* gimió compungido desde el dormitorio de la niña e Inger Johanne lo dejó salir del cuarto antes de dirigirse a la puerta. Comprobó que la niña, por fortuna, seguía durmiendo tranquilamente entre los densos efluvios del sueño y la orina de perro. El perro le saltaba encima todo el rato y le arañaba las pantorrillas desnudas con las garras. Ella intentó quitárselo de encima, pero tropezó y se golpeó el meñique del pie mientras caminaba por el pasillo. Para evitar que volvieran a tocar el timbre, se acercó a la puerta cojeando a toda prisa y maldiciendo entre dientes.

Apenas se le veían los ojos. Parecía haber encogido de lo encorvado que iba, y ella percibió un ligero olor a sudor cuando él levantó la mano en un gesto preventivo. Bajo el brazo llevaba, como si fuera una caja, una maleta de piloto que tenía el asa rota, un bulto informe y con la tapa sin cerrar.

—Imperdonable —farfulló él—. Pero es que no he conseguido escaparme hasta ahora.

—¿Qué hora es?

—La una, de la mañana, vaya.

—Ya entiendo —dijo ella con cierta aspereza—. Entra. Voy a ponerme otra cosa.

Él se había sentado en la cocina, y *El Rey de América* le estaba mordisqueando la mano. Ella tendría que haberse imaginado que era Yngvar. Al despertarse no pensaba más que en impedir que el timbre volviera a sonar. Si Kristiane se despertaba en medio de la noche, se podía dar el día por comenzado. Se quitó la sudadera vieja de la facultad, tenía mejores jerséis que este en el armario.

—Si piensas aparecer alguna otra noche, estaría bien que no llamas al timbre. Usa el teléfono. Por la noche desconecto el del salón, pero el del... —Hizo un gesto hacia el dormitorio y le echó café a la cafetera—. El de mi cuarto suena poco, me despierta a mí, pero deja que Kristiane siga durmiendo. Es importante para ella, y para mí. —Intentó sonreír, pero su gesto se convirtió en

un bostezo. Algo aturdida, cerró los ojos y sacudió la cabeza con fuerza.

—Me acordaré —prometió Yngvar—. Lo siento. Ya hay otra víctima.

Ella se llevó lentamente la mano hacia el cabello, pero la dejó caer y acabó agarrando con fuerza el tirador de un cajón.

—¿A qué...? —titubeó—. ¿A qué te refieres con « otra víctima » ?

Yngvar enterró la cara entre las manos.

—Un niño de once meses de Tromsø —murmuró, alzando la vista—. Glenn Hugo. Once meses. ¿No lo has oído?

—Yo... esta noche no he visto la tele ni he escuchado la radio. Hemos... Kristiane y yo hemos estado jugando con el perro y hemos salido a dar un paseo y... Once meses. ¡Once meses!

La exclamación se quedó flotando entre ellos, durante un largo rato, como si la edad de la pequeña víctima encerrase algún acertijo, alguna clave oculta que explicase aquel absurdo asesinato. Inger Johanne sintió que le asomaban lágrimas a los ojos.

—Pero...

Soltó el cajón y se sentó a la mesa. Ella sintió la necesidad de posar la mano sobre las de él.

—¿Ya ha aparecido?

—No fue secuestrado. Lo asfixiaron en su cochecito mientras dormía la siesta como todas las tardes.

El perro se había tumbado en el rincón junto al horno. Estaba tirado de costado. Inger Johanne intentó fijar la vista en el estrecho tórax que subía y bajaba al ritmo de la respiración. Se le notaban las costillas bajo el pelaje corto y suave. Tenía los ojos entrecerrados, y su lengua brillaba rosa y húmeda, rodeada de marrón.

—Entonces no es él —dijo con contundencia pero con voz débil. Le costaba respirar—. Él no estrangula. Él... Secuestra y mata de un modo... de un modo que nosotros no entendemos. Él no asfixia a bebés dormidos. No es el mismo hombre. ¿Has dicho Tromsø? ¿Ha ocurrido en Tromsø?

Inger Johanne golpeó la mesa levemente con los puños, como si la distancia geográfica fuera la prueba que necesitaba. Se trataba de una muerte trágica, pero al mismo tiempo natural. Una muerte súbita de bebé obviamente era horrible, pero se podía vivir con ello. Por lo menos ella. Eso debía de servirle de consuelo a todo el mundo menos a la familia, a la madre, al padre.

—¡Tromsø! ¡No encaja!

Se inclinó sobre la mesa y lo miró a los ojos. Él desvió la vista hacia la cafetera y se levantó despacio, sin fuerzas. Abrió un armario, sacó dos tazas y se quedó un momento contemplándolas. Una de ellas tenía un dibujo de un Ferrari que el lavavajillas había convertido en una mancha de color rosa pálido. La otra tenía la forma de un dragón desconcertado con un ala rota. El asa figuraba la

cola. Yngvar sirvió café en las dos y le alargó la taza con el coche a Inger Johanne. Las partículas del vapor del café se le adherían a ella a la cara. Sujetaba fuerte la taza con las dos manos. Quería que Yngvar le diera la razón. Tromsø estaba demasiado lejos, el *modus operandi* no encajaba. El asesino no había encontrado a su cuarta víctima. No podía ser así. El perro gimió en sueños.

—La nota —dijo él, cansinamente, y tomó un sorbo del líquido ardiente—. Ha dejado una nota. « Ahí tienes lo que te merecías» .

—Pero...

—Todavía no hemos hecho público ese detalle, no ha salido una palabra sobre eso en los periódicos. Lo cierto es que hemos conseguido guardarlo en secreto hasta ahora. Tiene que ser él.

Inger Johanne miró el reloj.

—Las dos menos veinticinco —dijo—. Faltan cuatro horas y treinta y cinco minutos para que se despierte el despertador de allí dentro. Pongamos manos a la obra. Supongo que has traído algo en esa maleta. Ve a buscarla. Nos quedan cuatro horas y media.

—¿Así que el único rasgo común es la nota?

Inger Johanne se recostó abatida en la silla y enlazó las manos detrás de la nuca. Había papelitos amarillos por todas partes. De la nevera colgaba una enorme cartulina que había estado enrollada y que hubo que fijar con cinta de embalar para que no se cayera. El nombre de los niños encabezaba cada una de las columnas, que contenían información de todo tipo, desde detalles sobre la alimentación hasta historiales médicos. La columna de Glenn Hugo era raquítica. Los únicos datos que había sobre el niño que llevaba menos de un día muerto eran una posible causa de muerte (la asfixia), su edad y su peso. Un niño sano y normal de once meses de edad.

En una hoja de tamaño DIN-A4 que colgaron sobre el fogón, se indicaba además que los padres se llamaban May Berit y Frode Benonisen, de veinticinco y veintiocho años respectivamente y que vivían en la casa de la madre de ella, que tenía un patrimonio considerable. Los dos trabajaban en el Ayuntamiento, él en la sección de limpieza y ella como secretaria del alcalde. Frode había finalizado los estudios primarios y tenía a sus espaldas una carrera medianamente exitosa como futbolista en el TIL, mientras que May Berit había obtenido dos diplomaturas, en historia de las religiones y en filología española. Llevaban dos años casados, casi exactamente.

—La nota. Y que todos son niños. Y que todos están muertos.

—No. Emilie no, no necesariamente. De eso no sabemos nada.

—Correcto. —Yngvar se frotó el cuero cabelludo con los nudillos—. Las hojas de papel sobre las que están escritas las notas proceden de dos paquetes

distintos. Se trata de papel normal, del que usa todo el mundo que tiene un ordenador. No se ha recogido ninguna huella. Bueno... —Volvió a frotarse la cabeza, levantando una sutil nube de caspa que solo resultaba visible a la luz de la lámpara de pie que ella había traído del salón—. Es demasiado pronto para concluir nada sobre la última nota, claro. Todavía lo están investigando, pero creo que no deberíamos hacernos demasiadas ilusiones. Este tipo obra con cautela. Con mucha cautela. La letra de las notas parece diferente, por lo menos a primera vista. Quizá sea premeditado, lo va a estudiar un experto.

—Pero ¿y este testigo...? Este...

Inger Johanne se levantó y deslizó el dedo índice sobre una serie de papelitos amarillos pegados a la nevera, junto a la ventana.

—Aquí. Un señor del número 1 de la calle Soltun. ¿Qué es lo que ha visto en realidad?

—Un catedrático retirado. Un testigo muy creíble, hasta cierto punto. El problema es que... —Yngvar sirvió la sexta taza de café, y reprimió un eructo provocado por la acidez del estómago, con el puño sobre la boca—. No ve del todo bien, lleva gafas con bastante graduación. Pero en todo caso... Estaba arreglando la barandilla de la terraza, y desde ahí se ve muy bien este camino. —Yngvar usó un cucharón de madera para señalar un punto en el boceto de un mapa que estaba pegado con celo a la ventana—. Dice que, hacia la hora en que se cometió el crimen, se fijó en tres personas: una mujer de mediana edad, con un abrigo rojo, a la que cree haber visto antes, y un niño en bicicleta, al que supongo que podemos descartar. Los dos caminaban hacia el lugar de los hechos. Pero vio también a otro hombre, un tipo que según sus cálculos tendría entre veinticinco y treinta y cinco años. Este venía andando en dirección contraria —volvió a apuntar al papel con el cucharón—, hacia la colina de Langnes. Eran algo más de las tres. El testigo lo sabe con seguridad porque su mujer salió justo después para preguntarle a qué hora le venía bien bajar a comer. Él miró el reloj y calculó que terminaría de arreglar la barandilla hacia las cinco.

—Y había algo en el modo en que el tipo caminaba...

Inger Johanne se concentraba en el mapa.

—Sí, el catedrático lo describió como... —Yngvar rebuscó en el taco de papeles—: «Alguien que intenta disimular la prisa».

Inger Johanne adoptó una expresión escéptica al oír la frase.

—¿Y cómo se nota eso?

—Decía que el tipo andaba más despacio de lo que en realidad habría querido, como si en realidad estuviese deseando arrancar a correr pero no se atreviera. Una observación bastante aguda, la verdad, si es que es correcta. De camino hacia aquí he intentado caminar así, y quizá tenga sentido. Se adquiere un paso vacilante, algo forzado.

—¿El testigo ha aportado algo más a la descripción?

—Por desgracia, no.

A la copa dragón se le había roto la otra ala a lo largo de la noche. Ahora la bestia parecía aún más compungida, como un gallo manso y tullido. Yngvar le echó un chorro de leche al café.

—Solo hablé de la edad aproximada. Y de que iba vestido de gris o de azul, o quizá de gris y de azul. Tenía un aspecto muy neutro.

—Sensato por su parte. Si de verdad era nuestro hombre, claro está...

—También describió su pelo. Llevaba una melenita corta y espesa, como la de un caballero. El catedrático no se atreve a asegurar nada más. Evidentemente, vamos a hacer un llamamiento para que cualquiera que estuviera en la zona se ponga en contacto con nosotros. Así que ya veremos.

Inger Johanne se frotó la región lumbar y cerró los ojos. Aparentemente se había quedado completamente en Babia. La luz de la mañana empezaba a iluminar el cielo. De pronto, ella se puso a recoger todos los papeles amarillos, a descolgar los carteles, a plegar los mapas y las columnas. Lo ordenó todo meticulosamente: las notas en sobres, las hojas de papel grandes apiladas con sumo cuidado. Por último, lo guardó todo en la vieja maleta y sacó una lata de Coca-Cola de la nevera. Clavó una mirada inquisitiva en Yngvar, pero este negó con la cabeza.

—Me voy a ir —le aseguró—. Por supuesto.

—No —repuso ella—. Ahora es cuando vamos a empezar. ¿Quién mata niños?

—Ya hemos pasado por este ejercicio antes —protestó él, desconcertado—. Estábamos de acuerdo en que eran los automovilistas y los criminales sexuales. Pensándolo mejor, me resulta verdaderamente grotesco nombrar a los automovilistas en este contexto.

—Eso no quita que sean ellos los que matan a niños en este país —respondió ella secamente—. Pero olvídale. Aquí de lo que se trata es de odio, de algún tipo de sentido de la justicia completamente retorcido.

—¿Cómo sabes eso?

—No lo sé. ¡Estoy pensando, Yngvar!

El blanco de los ojos de Stubø ya no era blanco. Tenía pinta de llevar de jerga tres días, y su olor acentuaba esta sensación.

—Hace falta un odio muy intenso para justificar unos actos como los de este hombre —aseveró Inger Johanne—. No olvides que él va a tener que vivir con esto, que dormir por las noches, que comer, sin que los remordimientos se lo impidan. Probablemente va a tener que desenvolverse en una sociedad que lo condena enérgicamente desde cada página de periódico, desde cada telediario, en las tiendas a las que no puede dejar de ir, en su lugar de trabajo, quizá...

—Pero es imposible que... ¡Es imposible que odie a los niños!

—Chsss. —Inger Johanne elevó la palma de la mano—. Estamos hablando de

alguien que se está resarcendo. Resarciendo.

—¿De qué?

—No lo sé. Pero ¿tú crees que ha elegido arbitrariamente a Kim y a Emilie, a Sarah y a Glenn Hugo?

—Por supuesto que no.

—Ahora estás sacando conclusiones sin ninguna base. Por supuesto que pueden haber sido elegidos de un modo arbitrario, pero no es lo más verosímil. Que al hombre se le metiera de pronto en la cabeza, y sin ningún motivo, que le había llegado el turno a Tromsø... me parece dudoso. Tiene que haber algún tipo de relación entre estos niños.

—O entre sus padres.

—Exacto —dijo Inger Johanne—. ¿Quieres más café?

—Estoy a punto de vomitar.

—¿Té?

—Quizá lo mejor hubiera sido algo de leche caliente.

—Entonces te vas a quedar dormido.

—No estaría nada mal.

Eran las cinco y media. *El Rey de América* tenía pesadillas. Echado panza arriba, agitaba las patitas en el aire, como si huyese en sueños de un enemigo. Inger Johanne abrió la ventana para que se ventilara la cocina. El ambiente estaba muy cargado.

—El problema es que no somos capaces de encontrar una conexión entre los put... entre los padres. —Yngvar hizo un gesto de desesperación con los brazos.

—Obviamente eso no significa que no exista —señaló Inger Johanne y se sentó en el banco de la cocina apoyando los pies sobre un cajón medio abierto—. Limitémonos por un momento a jugar con la idea —continuó— de que se trata de un psicópata, simple y llanamente porque sus actos son tan horribles que parece una hipótesis creíble. ¿Qué sería entonces lo que estaríamos buscando?

—Un psicópata —murmuró Yngvar Stubø.

Ella prosiguió, como si no lo hubiese oído.

—Hay más psicópatas de lo que solemos creer. Según algunas estadísticas, son cerca del uno por ciento de la población. Casi todos hemos llamado alguna vez psicópata a alguien cuyo comportamiento no nos gusta, y no es algo tan lejano como quisieramos creer. Aunque...

—Yo creía que hoy en día a eso se le llamaba trastorno de personalidad antisocial —comentó Yngvar.

—Pues resulta que eso es otra cosa. Los criterios para diagnosticarlos se superponen, pero... Olvídalo. ¡Ayúdame, Yngvar! ¡Estoy intentando pensar!

—Desde luego, el problema es que yo y ya no estoy en condiciones de pensar en absoluto.

—Pues deja que lo haga yo. ¡Escúchame, por lo menos! La violencia... La

violencia se puede dividir, *grosso modo*, en dos tipos: la instrumental y la reactiva.

—Ya lo sé —refunfuñó Yngvar.

—Nuestros casos son claramente el resultado de una violencia instrumental, es decir, que se trata de un ejercicio de violencia planificado y con objetivos concretos.

—Al contrario que la violencia reactiva —recitó Yngvar Stubø, despacio—, que es más bien consecuencia de amenazas externas o frustración.

—La violencia instrumental es mucho más habitual en los psicópatas que en el resto de la gente. De alguna manera presupone una cierta... maldad, por así decirlo. O, en términos más científicos: incapacidad para empatizar.

—Pues no parece el caso de nuestro hombre. Nuestro hombre...

—Los padres —dijo Inger Johanne pausadamente.

Se bajó de un salto del banco de la cocina y abrió la maleta de piloto rota. Buscó el sobre que había marcado con la palabra «Padres» y luego dispuso el contenido en filas en el suelo. *Jack* levantó la cabeza, pero luego se volvió a repantigar.

—Aquí tiene que haber algo —dijo ella con emoción contenida—. Tiene que haber alguna relación entre estas personas. Es sencillamente imposible odiar tan profundamente a cuatro niños de nueve, ocho, cinco y apenas un año.

—No se trata en absoluto de los niños —replicó Yngvar, casi en tono de pregunta, y se inclinó sobre los papeles.

—Quizá no, quizá sean las dos cosas, los niños y los padres. Las madres. Qué se yo.

—La madre de Emilie está muerta.

—Y Emilie es la única que no ha aparecido.

Los dos se quedaron callados. En aquel silencio sonaba más fuerte el tictac del reloj de la pared, que se aproximaba implacable a las seis.

—Todos los progenitores son blancos —dijo de pronto Inger Johanne—. Todos son noruegos, también sus familias. No se conocen. No tienen amigos en común. No trabajan en el mismo sitio. Esto es, como mínimo...

—Chocante. ¿Los ha elegido simple y llanamente porque no tenían nada en común?

—Común, común, común... —Inger Johanne repetía la palabra una y otra vez, como un mantra—. La edad. Las edades van desde los veinticinco que tiene la madre de Glenn Hugo, hasta los treinta y nueve del padre de Emilie. Las madres tienen edades comprendidas entre...

—Veinticinco y treinta y un años —dijo Yngvar—. Un abanico de seis años, no es muy amplio.

—Por otro lado se trata de mujeres con hijos pequeños, así que la diferencia no puede ser tan grande.

—¿Crees que hay alguna conexión entre el hecho de que la madre de Emilie

esté muerta y el que la niña siga sin aparecer?

Yngvar suspiró profundamente y se levantó. Le echó un vistazo a los papeles y luego empezó a recoger las tazas y la cafetera.

—No tengo la menor idea. Quizás el de Emilie sea un caso aparte. Lo digo en serio, Inger Johanne, y a no puedo pensar más.

—Creo que ahora mismo él lo está pasando mal —dijo ella para sí—. Creo que cometió algún error en Tromsø. Este niño tenía que morir del mismo modo que los demás. De un modo inexplicable. Por algún motivo insondable, el hombre ha desarrollado un método para matar que...

—No deja huella —completó él con rabia—. Que hace que todo nuestro ejército de supuestos buenos médicos se encoja de hombros. «Lo sentimos», dicen, «causa de la muerte desconocida».

Inger Johanne estaba arrodillada en el suelo, completamente en silencio, con los ojos cerrados.

—No iba a ahogar a Glenn Hugo —dijo en voz baja—. No era así como iba a suceder. Lo que lo hace disfrutar es el control que tiene sobre todo y sobre todos en esos momentos. Para él es un juego. De alguna manera siente que... que se está resarcido de algo. En Tromsø se asustó. Perdió el control. Eso lo subleva. Quizás haga que cometa un descuido.

—Bestia —gruñó Yngvar, enfurecido—. Maldita bestia.

—No desde su punto de vista —repuso Inger Johanne, aún de rodillas, sentada con el trasero sobre los talones—. Se trata de un tipo relativamente adaptado, por lo menos en apariencia. Probablemente no tiene antecedentes policiales. Está extremadamente preocupado por el control. Lo tiene siempre todo ordenado, limpio. Lo que está haciendo ahora lo hace porque es lo correcto. Ha perdido algo. Le han quitado algo esencial para él, algo que cree que le pertenece. Estamos buscando a una persona que se considera completamente legitimado a hacer lo que está haciendo. El mundo se ha confabulado contra él. Todo lo que le ha ido mal en la vida ha sido por culpa de otros. No ha conseguido los trabajos que le correspondían. Cuando le ha ido mal en los exámenes, ha sido porque las preguntas estaban mal formuladas. Cuando ganaba demasiado poco, era porque el jefe era un idiota que no sabía valorarlo como merecía. Pero él se lo toma con filosofía. Vive con todo eso, con las mujeres que no quieren irse con él, con el ascenso que no llega. Hasta que un día...

—Inger Johanne...

—Hasta que un día sucede algo que...

—¡Inger Johanne! ¡Basta!

—Hasta que se colma el vaso. Hasta que ya no es capaz de seguir sobrellevando la injusticia. Hasta que le llega el turno de resarcirse.

—¡Lo digo en serio! Déjalo ya. ¡Esto no son más que especulaciones!

A Inger Johanne se le habían dormido las pantorrillas. Hizo una mueca

cuando se agarró al canto de la mesa para levantarse.

—Es posible. Fuiste tú quien me pidió ayuda.

—Aquí huele mal.

Kristiane apareció en la puerta, tapándose la nariz, y con *Sulamit* bajo el brazo. *El Rey de América* le lamía el rostro, entusiasmado.

—Hola, tesoro. Buenos días. Vamos a ventilar un poco más.

—El señor huele mal.

—¡Ya lo sé! —Yngvar se forzó a sonreír—. Ahora mismo me voy a ir a casa a ducharme. Gracias, Inger Johanne.

Kristiane regresó a su cuarto, seguida por el perro. Al ponerse la chaqueta, Yngvar Stubø intentó ocultar las manchas de sudor de las axilas. Cuando llegó a la puerta de la entrada hizo ademán de darle un abrazo a Inger Johanne, pero finalmente le tendió la mano, que estaba sorprendentemente seca y caliente. Ella continuó notando el tacto ardiente de aquella mano mucho tiempo después de que él desapareciese tras la casa roja del final de la calle. Inger Johanne se dio cuenta de que tenía que limpiar las ventanas; había trozos de cinta adhesiva pegados por todas partes. Además tenía que ponerse una venda en el meñique del pie. Aunque apenas le había prestado atención después de golpearlo de camino a la puerta, cinco horas antes, ahora se percató de que se le había hinchado y de que la uña casi había desaparecido. En realidad le dolía bastante.

—*Jack* se ha hecho caca —gritó Kristiane triunfalmente desde el salón.

Aunque Aksel Seier nunca era realmente feliz, algunas veces se sentía satisfecho con la existencia que llevaba. En días como este lo asaltaba cierta sensación de pertenencia, de que había echado raíces en Harwichport, en su casa gris de madera de cedro junto a la playa. La lluvia oscurecía el asfalto irregular de Ocean Avenue, y la camioneta bajaba lentamente, y dando tumbos, hacia la casa a la que de todos modos no estaba seguro de querer llamar hogar. El mar y el cielo gris se fundían en uno. El verde intenso de las copas de los robles que se curvaban y se juntaban en lo alto, convirtiendo parte del camino en un túnel botánico, había palidecido. A Aksel le gustaba este tiempo. Hacía calor, y el aire que le acariciaba la cara a través de las ventanillas abiertas se le antojaba puro, nuevo. Aparcó la camioneta ante la puerta, pero permaneció un rato sentado, reclinado en el sillón. Por fin sacó las llaves del contacto y salió de la furgoneta.

La banderita metálica del buzón estaba levantada. A la señora Davis no le gustaba el buzón de Aksel. El suyo se lo había pintado Björn, un supuesto sueco que vendía caballitos de madera Dala falsos a los turistas de Main Street. Björn no hablaba sueco, y además tenía el pelo negro y los ojos castaños. Pero cuando pintaba solo utilizaba pintura amarilla y azul, tal como le gustaba a la señora Davis. Por tanto, su buzón quedó adornado con flores amarillas de azules tallos danzantes. El buzón de Aksel era completamente negro. La banderita había sido roja alguna vez, pero de eso hacía ya mucho tiempo.

—¡Has vuelto! —lo saludó ella en inglés.

A veces Aksel se preguntaba si la señora Davis tendría un radar en la cocina. Si bien es cierto que ella había enviudado hacía muchos años, que no trabajaba —vivía del modesto seguro de vida de su marido, que había desaparecido en el mar en 1975—, y que, por tanto, podía dedicar todo su tiempo a controlarlo todo, a vigilar a todo el mundo, en aquella pequeña ciudad, su eficiencia no dejaba de impresionar a Aksel. Él no recordaba haber vuelto una sola vez a casa sin que la mujer vestida de rosa lo recibiera cordialmente.

Sacó una botella de una bolsa marrón.

—¡Ay, cielo! ¿Licor? ¿Para mí, cariño?

—Sirope —respondió él—. De Maine. Gracias por cuidarme al gato. ¿Cuánto

le debo?

La señora Davis no quería dinero, de ninguna manera. Si él había estado muy poco tiempo fuera. ¿No hacía solo cuatro días que se había marchado? ¿Cinco? Nada, nada, había sido un placer, un gato tan bonito y tan bien educado... Sirope de Maine. ¡Muchas gracias! Un estado tan hermoso, Maine. Saludable y todavía virgen. Ella también debería darse una vuelta por ahí pronto, seguramente habían pasado veinte años desde la última vez que visitó a su cuñada que vivía en Bangor, que era directora de un colegio, una señora estupenda, aunque había que decir que empinaba un poco el codo. Pero allá ella, desde luego no era asunto de la señora Davis. Por cierto, ¿no era a Nueva Jersey adónde iba?

Aksel se encogió de hombros en un gesto que podía significar cualquier cosa. Sacó la maleta de la furgoneta y se dirigió hacia la puerta de entrada.

—¡Te ha llegado correo, Aksel! ¡No te olvides de echar un vistazo al buzón! Y la chica que te visitó la semana pasada volvió a venir. Te dejó su tarjeta, también en el buzón, creo. ¡Qué chica tan maja! Monísima.

La señora Davis alzó la vista al cielo y entró en su casa. Las gotas de lluvia se habían posado como perlas sobre su jersey de angora y estaban alisándole el cabello por completo.

Aksel dejó la maleta en el umbral. No le gustaba que le llegara correo, siempre eran facturas. Aparte de eso solo había una persona que le escribiera, y su correspondencia llegaba cada medio año, en Navidad y en julio, con una regularidad matemática, desde hacía tiempo. Se volvió hacia la casa de la señora Davis, que se había detenido bajo el alero del tejado y le señalaba el buzón con entusiasmo. Se dio por vencido y se acercó al buzón negro en pocas zancadas. Abrió la tapa. El sobre era blanco. No contenía una factura. Se metió la carta bajo el jersey, como si se tratase de algo ilegal. Una tarjeta de visita cayó al suelo. La recogió, le echó una ojeada y se la guardó en el bolsillo de atrás.

La casa olía a cerrado. Aquel olor dulzón, mezclado con el polvo, lo hizo estornudar. La nevera estaba sospechosamente silenciosa. Aksel abrió lentamente la puerta sin que se encendiera la luz sobre las seis solitarias latas de cerveza que estaban en el último estante. Debajo había un plato con estofado, cubierto de una película verde y de aspecto desagradable. No hacía ni dos meses desde que Frank Malloy le había arreglado la nevera a cambio de un cojín bordado para su mujer. Según él, ya casi no quedaba nada que reparar, Aksel iba a tener que comprarse pronto una nevera nueva. Aksel sacó una cerveza. Estaba tibia.

La carta era de Eva. Él no esperaba carta de ella ahora, que solo le escribía a mediados de julio y algunos días antes de Navidad. Así tenía que ser. Así había sido siempre. Aksel se sentó en la silla bajo la lámpara en forma de tiburón. Abrió el sobre con un abrecartas de estaño con relieves vikingos. Extrajo el papel escrito con aquella letra que conocía tan bien, poco clara y difícil de descifrar. Los renglones caían en picado hacia la derecha. Desdobló la carta, la dejó sobre

el muslo, luego se la acercó a los ojos.

Para cuando apuró las últimas gotas de cerveza, había conseguido leerla entera. Para estar completamente seguro, decidió releerla.

Después se quedó sentado con la mirada perdida.

Por una parte, Inger Johanne se alegraba de que todos contaran con que ella llevase la tarta. Ella era de las que siempre se encargaba de las tartas, en su opinión y en la de los demás. Ella era la que se encargaba de que siempre hubiera café en la sala común. Si Inger Johanne pasaba tres días sin ir a trabajar, la nevera se vaciaba de refrescos, y en la fuente de la fruta quedaban solo un par de manzanas secas y un plátano pasado. Era impensable que alguno de los que trabajaban en administración se encargara de ese tipo de cosas; en la universidad aún quedaban restos de las actitudes sociales de los años setenta y, en realidad, eso a ella le gustaba. Normalmente. Ahora estaba bastante irritada.

Hacía una eternidad que sabían que Fredrik cumplía cincuenta años. Desde luego también él se había encargado de recordárselo, repetidamente y en voz bastante alta. Hacía más de tres semanas que Inger Johanne había recaudado dinero, doscientas coronas por cabeza, y se había ido completamente sola a los almacenes de Ferner Jakobsen a comprar un costoso jersey de cachemira para el catedrático más esnob de la facultad. Pero de la tarta se había olvidado. Aunque nadie se lo había recordado, todos la miraron sorprendidos cuando volvió de la biblioteca de la universidad. Ya habían comido, sin que hubiese una tarta de nueces sobre la mesa. Nadie había entonado canciones, ni pronunciado discursos. Fredrik estaba de un humor de perros. Los demás parecían ofendidos, como si ella hubiera traicionado a todo el mundo en un momento decisivo.

—De vez en cuando alguien podría también colaborar con algo —espetó Inger Johanne, cerrando la puerta de su despacho de golpe.

No era propio de ella olvidarse de algo así. Los demás habían confiado en ella, como siempre, y ella los había defraudado. Si se hubiera acordado del maldito cumpleaños, podría haberle pedido a Tine o a Trond que compraran la tarta. Al fin y al cabo se trataba de un cincuentenario. Tampoco podía echarle la culpa a Yngvar, aunque le hubiera robado una noche entera de sueño, pues en realidad ella estaba acostumbrada a ese tipo de cosas. Se había habituado a ello durante los primeros años de vida de Kristiane.

MI QUERIDO HIJO
ANDERS MOHAUG
N. 27-3-1938
ME DEJÓ EL 12 DE
JUNIO.
LAS EXEQUIAS SE
HAN CELEBRADO
EN LA INTIMIDAD.
AGNES DOROTHEA
MOHAUG

Sacó la hoja de papel del bolso. La biblioteca de la universidad tenía todos los ejemplares de los periódicos locales en microfilme. Había tardado menos de una hora en encontrar la esquila. Tenía que ser esa. Como por una ironía del destino, o quizá más bien a causa de la sensibilidad de un maquetador que conocía bien su entorno, la esquila estaba discretamente situada en la parte inferior de la hoja, en una esquina, casi sola.

Por lo tanto el hombre contaba veintisiete años cuando murió. En 1956, cuando la pequeña Hedvik fue secuestrada, violada y asesinada, él tenía dieciocho.

—Dieciocho años...

No había ninguna necrológica. Inger Johanne había estado buscando palabras clave, pero se había rendido después de examinar los periódicos de las cuatro semanas siguientes al entierro. Nadie había tenido nada que decir sobre Anders Mohaug. La madre ni siquiera se había visto en la necesidad de pedir que no le mandaran flores a casa.

¿Cuántos años tendría ella? Inger Johanne calculó con los dedos. Si había alumbrado al chico a los veinticinco años, por ejemplo, hoy tendría casi noventa. Ochenta y ocho, si es que todavía vivía. Podía ser incluso mayor, quizás el niño había llegado muy tarde.

—Está muerta —murmuró Inger Johanne, guardando la copia de la esquila en una carpeta de plástico.

De todos modos decidió probar. La dirección había sido fácil de encontrar, en una guía de teléfonos de 1965. La operadora del servicio de información telefónica le había dicho que ahora vivía otra mujer en la vieja dirección de Agnes Mohaug. Ya no existía ningún número de teléfono registrado a nombre de Agnes Mohaug, le aseguró la voz metálica del 180.

Pero quizás alguien se acordara de ella, o de su hijo. En el mejor de los casos, quizás hubiera alguien que se acordara de Anders.

Valía la pena intentarlo, y la antigua dirección de Lillestrøm al menos era un punto de partida. Así Alvhild se pondría contenta. Por alguna razón, eso de alegrar a Alvhild se había convertido en un objetivo importante para Inger Johanne.

Emilie parecía haber empequeñecido. Era como si hubiera encogido y eso irritaba al hombre, lo hacía apretar las mandíbulas. Al oír que le rechinaban las muelas, se esforzó por relajarse. Emilie no podía quejarse del trato que recibía. Comida no le faltaba.

—¿Por qué no comes? —le preguntó él con dureza.

La niña no respondió, pero al menos abrió la boca para intentarlo. Algo era algo.

—Tienes que comer.

Llevaba la bandeja inclinada y, al agacharse para dejarla en el suelo, el cuenco con sopa que sostenía se deslizó peligrosamente hacia el borde.

—¿Me prometes que te vas a comer esto?

Emilie asintió con la cabeza y se cubrió con el edredón hasta la barbilla para que él no viera lo raquítica que se había quedado. Bien. El hombre olfateó. El olor a orina llegaba hasta la puerta. Qué insalubre. Durante un momento él se planteó la posibilidad de acercarse al lavabo para comprobar si se le había acabado el jabón. Al final decidió dejarlo correr. Lo cierto es que la niña llevaba puesta la misma ropa desde hacía ya algunas semanas, pero al fin y al cabo no era más que una cría. Podía lavarse las bragas cuando quisiera, si es que quedaba jabón, claro.

—¿Te lavas?

Ella asintió con cuidado, sonriendo. Era una sonrisa curiosa la de esta niña, sumisa en cierto sentido, femenina. La cría tenía solo nueve años y ya había aprendido a sonreír de ese modo servil que no revelaba nada, nada más que su falsedad. Una sonrisa de mujer. Al hombre volvieron a dolerle las mandíbulas. Tenía que sobreponerse, relajarse y recuperar el dominio de sí mismo que había perdido en Tromsø. Los nervios lo habían traicionado. Las cosas no habían salido tal y como las había planeado, pero no había sido culpa suya, sino del tiempo. No era de esperar que fuera a llover ni a hacer frío. ¡Mayo! Mayo, y el niño estaba envuelto como si se hallaran en lo más crudo del invierno. Eso no podía ser bueno. Aunque en realidad, ahora que el niño estaba muerto, daba lo mismo. Él había conseguido volver a casa, y eso era lo más importante. Seguía teniendo el

control. Inspiró profundamente y se obligó a centrarse. ¿Por qué tenía aquí a esta niña?

—Debes andar con cuidado —dijo en voz baja.

Odiaba el olor de la cria. Él se duchaba varias veces al día, nunca iba sin afeitarse, siempre llevaba la ropa recién planchada. La madre olía como Emilie, a veces, cuando la enfermera que iba a su casa se retrasaba. Él no lo soportaba. Hedor a putrefacción humana. Olores corporales humillantes que eran consecuencia de la falta de control. Tragó saliva violentamente; tenía la garganta hinchada y dolorida.

—¿Apago la luz? —dijo, retrocediendo un paso.

—¡No! —La niña seguía viva—. ¡No! ¡Eso no!

—Pues entonces vas a tener que comer.

De alguna manera le resultaba excitante estar ahí de pie. Había enganchado la puerta a la pared, pero siempre cabía la posibilidad de que se cerrara si se descuidaba. Si tropezaba, por ejemplo, si perdía por un momento el equilibrio y se caía contra la puerta, el gancho se soltaría del cáncamo y la puerta se cerraría. Entonces estarían perdidos. Los dos. Él y la chiquilla. El hombre respiraba agitadamente. Podía entrar en el cuarto y confiar en el gancho. Era un buen apaño, lo había hecho él mismo: un cáncamo atornillado a la pared, hasta el fondo, con un taco para que quedara bien fijo. Un gancho, grande y sólido, no iba a soltarse solo. El hombre dio unos pasos más hacia el interior de la habitación.

Control.

Le habían fallado los cálculos. Tuvo que ahogar al niño. No tenía que haber sucedido así. Ciertamente no había planeado secuestrar al niño como había hecho con los demás; era inteligente hacer las cosas de modo diferente cada vez. Generaba confusión. No en él, claro, sino en los demás. Sabía que el niño dormía al aire libre por lo menos un par de horas al día. Al cabo de una hora, fue demasiado tarde. No para él, sino para los demás.

Habría sido mejor que Emilie fuera un chico.

—Tengo un hijo —dijo.

—Mmm.

—Es más joven que tú.

La niña parecía aterrorizada. Él se acercó un poco más hacia la cama. Emilie se arrimó a la pared, con los ojos desorbitados.

—Hueles que apestas —comentó él lentamente—. ¿No has aprendido a asearte? No te voy a dejar subir a ver la tele si apestas así.

Ella seguía petrificada, con la vista clavada en él. Ahora la cara se le había puesto blanca, no color piel, no rosa. Blanca.

—Tú ya eres una señorita, ¿sabes?

Emilie tenía la respiración muy acelerada. Él sonrió, más relajado.

—Come —la animó—. Lo mejor es que comas.

Después retrocedió hacia la puerta. Sintió la frialdad del gancho contra los dedos. Con mucho cuidado lo desenganchó del cáncamo. Después dejó que la puerta se cerrara lentamente entre la niña y él, puso la mano sobre el interruptor de la luz y lo invadió una enorme satisfacción al pensar en lo previsor que había sido al instalarlo por la parte de fuera. Apagó el interruptor, que ofreció una leve resistencia tan agradable al tacto que lo llevó a subirlo y bajarlo varias veces. Apagar y encender. Apagar y encender y apagar.

Al final dejó la luz encendida y subió a ver la televisión.

—Tenemos las listas con los nombres de todas las personas que llegaron o salieron de Tromsø en avión el día del asesinato de Glenn Hugo. La policía de Tromsø está haciendo el considerable esfuerzo de reunir los vídeos de todas las gasolineras que hay en trescientos kilómetros a la redonda. Las compañías de autobuses están intentando confeccionar listas de sus pasajeros, cosa que es bastante más difícil. El transbordador de la costa está haciendo lo propio, al igual que el resto de las compañías de transporte marítimo.

Sigmund Berli se rascó la nuca y se tiró del cuello de la camisa.

—Y tampoco es que haya muchas otras maneras de entrar y salir del París nórdico. Por ahora no hemos pedido ayuda a los hoteles. Es dudoso que el tipo se haya alojado en un hotel, la verdad... Después de quitarle la vida a un bebé, quiero decir.

—Debemos de estar hablando de... cientos de nombres.

—Cientos de miles, me temo. Los chicos están trabajando como locos para conseguir meterlo todo en el ordenador a toda prisa. Cotejan los nombres con... —Berli contempló el tablero de Yngvar Stubø al que había fijado las fotos de Emilie, Kim, Sarah y Glenn Hugo, con grandes chinchetas azules. Solo Kim sonreía tímidamente, los demás niños miraban la cámara con seriedad—. Los cotejan con las listas que han elaborado los padres con los nombres de toda la gente con la que han tratado o que han conocido, con la gente con la que han tenido algún contacto. Joder..., estas listas se están volviendo absurdas, Yngvar. —Se le quebró la voz y carraspeó—. Ya sé que es necesario, pero resulta tan...

—Frustrante. Toda esa cantidad de nombres y ninguna conexión entre ellos. —Yngvar bostezó largamente y se soltó el cuello de la camisa—. ¿Qué pasa con el hombre al que vieron en...? —Cerró los ojos para concentrarse—. La calle Soltun —recordó—. El hombre vestido de azul o gris.

—No se ha presentado nadie —dijo Sigmund Berli, en un tono un poco más animado—. Cosa que hace que el testimonio sea cada vez más interesante. Por lo visto, el testigo tenía razón: la mujer de rojo era una vecina, ella misma dice que debió de pasar por allí, procedente de la cuesta de Langnes, sobre las tres menos diez. El chico en bicicleta también ha sido identificado, se ha presentado esta

mañana con su padre y es evidente que no tiene nada que ocultar. Ninguno de los dos ha visto ni oído nada misterioso. En cuanto al hombre que tenía prisa y quería... ¿disimularlo? Ese no se ha presentado. Por lo tanto puede tratarse de...

—Nuestro hombre. —Yngvar Stubø se levantó—. Tenía entre veinticinco y treinta y cinco años. Tenía pelo. ¿Qué más?

El inspector se había puesto de pie con la cara vuelta hacia las fotografías de los niños. Sus ojos recorrían la serie de fotos una y otra vez.

—No mucho más, me temo. Este testigo, no me acuerdo ahora de cómo se llama, por lo visto es especialmente renuente a decir nada que pueda conducir a error. Describe su modo de andar y su silueta, pero se niega a ayudar a realizar un retrato robot de la cara.

—Bastante sensato, en realidad, si piensa que no lo vio bien. ¿Por qué cree entonces que el hombre tenía alrededor de treinta años?

—Por la figura, el pelo, la manera de andar. Ágil, pero no joven del todo. Por la ropa. Por todo. Además, decir que tenía entre veinticinco y treinta y cinco tampoco es precisar demasiado.

Yngvar Stubø basculaba sobre sus tacones.

—Pero si... —De pronto giró hacia su colega—. Si no se presenta pronto alguien que encaje con la descripción y con una buena explicación para justificar su presencia allí ese domingo por la tarde, entonces podemos considerar que hemos avanzado un paso.

—Un paso —repitió Berli y asintió con la cabeza—. Pero tampoco mucho más. Todo el tiempo hemos supuesto que se trataba de un hombre. En realidad podría tener entre veinte y cuarenta y cinco años. En Noruega hay unos cuantos hombres que se encuentran en esa franja de edad. Incluso hay muchos con pelo. Aunque podría tratarse perfectamente de una peluca.

Sonó el teléfono. Por un momento dio la impresión de que Yngvar Stubø no quería contestar. Se quedó mirando fijamente el aparato antes de descolgar el auricular.

—Stubø —dijo parcamente.

Sigmund Berli se reclinó en la silla. Yngvar, al teléfono, decía poco y escuchaba mucho. Apenas tenía expresión en la cara, solo la ceja izquierda, ligeramente enarcada, indicaba cierta sorpresa ante lo que estaba oyendo. Sigmund Berli deslizó los dedos sobre una caja de puros que había sobre la mesa. La madera estaba muy lisa y resultaba agradable acariciarla con las yemas de los dedos. De pronto lo asaltó la desagradable sensación de tener el estómago vacío. Le gruñían las tripas, aunque en realidad no tenía ganas de comer. Yngvar finalizó la conversación.

—¿Alguna novedad?

Yngvar, en vez de responder, hizo girar a medias la silla sobre su eje, de modo que él quedó de cara a los retratos de los niños en la pared.

—Los padres de Kim viven juntos. Están casados. Al igual que los de Glenn Hugo. La madre de Sarah está sola, pero la chiquilla pasaba un fin de semana al mes con su padre. La madre de Emilie está muerta. La niña vivía con su padre.

—Vive —lo corrigió Berli—. Es posible que Emilie todavía esté viva. En otras palabras, estos niños representan a la media de la población infantil noruega. La mitad de ellos tiene padres que viven juntos, la otra mitad vive con uno de ellos.

—Solo que el papá de Emilie en realidad no es el papá de Emilie.

—¿Qué?

El zumbido del aparato de aire acondicionado cesó bruscamente.

—Era Hermansen, de Asker y Bærum —dijo Yngvar señalando el teléfono—. Un médico se ha puesto en contacto con ellos. No sabía si ese dato tenía alguna importancia para la investigación. Después de lo que ha pasado este fin de semana, finalmente se había decidido, de acuerdo con sus superiores, a romper el secreto profesional y a contarnos que el padre de Emilie no es su padre biológico.

—¿Tønnes Selbu nos había informado sobre eso?

—Él no lo sabe.

—¿No sabe que...? ¿No sabe que no es el padre de su hija?

Los dos fijaron la vista en la imagen de Emilie, una foto de estudio, más grande que las demás. En la fina barbilla de la niña se insinuaba un hoyuelo. Ella tenía los ojos grandes y serios, la boca pequeña, de labios carnosos, y sobre la cabeza llevaba una corona de flores. Una de las flores se había soltado y le caía sobre la frente.

—Tønnes Selbu y Grete Harborg estaban casados cuando Grete se quedó embarazada. Se dio por sentado automáticamente que Tønnes era el padre. Nadie había puesto en duda que realmente lo fuera. Aparte de la madre, claro está; ella debe de haber... En cualquier caso, hace dos años, Grete y Tønnes decidieron hacerse donantes de médula. La decisión tuvo algo que ver con un primo que se había puesto enfermo, de modo que toda la familia... Para gran sorpresa del médico, las pruebas mostraban que Tønnes no podía ser el padre de la niña. Lo descubrieron por pura casualidad. El médico le había realizado unas pruebas a Emilie, en otra ocasión, por otros motivos, y...

—Pero ¿no se lo dijeron al hombre?

—¿De qué hubiera servido eso?

Yngvar, que se había acercado mucho a la foto de Emilie, la estudiaba con atención. Pasó el dedo índice por la corona de flores amarillas primaverales.

—Tønnes Selbu es tan buen padre como cualquiera. Mejor que la mayoría, de hecho, por lo que dicen los informes. Entiendo perfectamente a los médicos. ¿Por qué iban a endilgarle al hombre una información que él no había pedido, que no necesitaba para nada?

Sigmund Berli miraba la foto de la niña de nueve años con incredulidad.

—¡Yo hubiera querido saberlo! Joder, si Sture y Snorre no fueran míos, entonces...

—¿Entonces qué? ¿Entonces no los querías?

Berli cerró la boca de golpe, con un chasquido. El gesto hizo reír a Yngvar secamente.

—Olvídalo, Sigmund. Lo importante es averiguar si esta información tiene alguna importancia para nosotros. Para la investigación.

—¿Y qué importancia podría tener?—soltó Berli irreflexivamente.

Snorre era moreno como el propio Sigmund Berli. De constitución cuadrada, idéntica a la de su padre, según decía la gente. Aunque Berli no era un gran fisonomista, veía grandes parecidos entre las fotos de él cuando tenía cinco años y de su hijo tal y como era entonces.

—Evidentemente no lo sé. ¡Concéntrate!

Yngvar hizo chascar los dedos delante de su cara.

—Lo primero que deberíamos averiguar es si alguno de los otros niños se encuentra en la misma situación.

—¿Te refieres a si los demás niños realmente son hijos de sus padres? Así que tu plan es que lo comprobemos antes del entierro, ¿no? Que los llamemos y les digamos: «Disculpe, estimado caballero, pero tenemos la sospecha de que no es usted el padre del niño que acaba de perder. ¿Nos permite hacerle unos análisis de sangre?» . ¿Qué? ¿Eso es lo que pretendes?

—¿Qué te pasa?

La voz de Yngvar sonaba baja y tranquila. Sigmund Berli lo admiraba precisamente por eso, por la capacidad que tenía su colega, mayor que él, de dominarse, de pensar siempre con claridad, de hablar con precisión. Ahora Berli estaba furioso.

—¡Joder, Yngvar! ¿Te has propuesto hincar el último clavo en el ataúd de estos hombres, o qué?

—No, he pensado que podíamos averiguarlo con discreción. Con mucha discreción. No tengo ningún deseo de que Tønnes Selbu se entere de lo que hemos estado hablando aquí. Por lo que respecta al resto de los padres, va a ser tarea tuya inventarte alguna excusa para que no les parezca extraño que les tomemos muestras de sangre. Cuanto antes.

Sigmund Berli inspiró profundamente, después juntó las puntas de los dedos y empezó a describir círculos con los pulgares.

—¿Alguna propuesta?—preguntó escuetamente.

—No, tendrás que ingeniártelas tú solo.

—Muy bien.

—No estoy seguro —comenzó Yngvar, en un tono levemente conciliador, como el que emplea un padre al tenderle la mano a un hijo insensato—. Me explico: hay dos cosas que tenemos que aclarar lo antes posible. Lo primero es si

los niños son hijos de sus padres. Lo segundo es...

Sigmund Berli se levantó.

—No he acabado —le advirtió Yngvar.

—Pues acaba, anda, que tengo mucho que hacer.

—Debemos averiguar la causa de la muerte de Kim y Sarah.

—Los médicos no la han encontrado.

—Pues que busquen mejor, que hagan nuevos análisis, qué sé yo. Es esencial que sepamos de qué murieron esos niños y si tienen algún padre desconocido por ahí fuera.

—¿Un padre desconocido?

Sigmund Berli estaba ya más calmado, había relajado los puños y su respiración se había normalizado.

—¿Insinúas que estos niños pueden ser... hermanastros?

—No insinúo nada —replicó Yngvar Stubø—. Tendrás que discurrir un pretexto para que les hagamos esas pruebas. Buena suerte.

Sigmund Berli murmuró algo ininteligible. Yngvar Stubø tuvo la sensatez de no preguntarle qué había dicho. Sigmund a veces soltaba cosas de las que se arrepentía después. Además, Yngvar sabía muy bien qué estaba pensando su colega. Su hijo mayor era un chico rubio y flaco. Igualito que su madre, solía comentar él, con un orgullo mal disimulado.

En cuanto Sigmund cerró la puerta tras él, Yngvar Stubø marcó el número de la oficina de Inger Johanne. Nadie contestó. El inspector dejó que sonara durante un buen rato, en vano. Después probó a telefonarla a casa. Tampoco estaba allí, y a él le sorprendió la irritación que le producía el no saber dónde estaba.

Era evidente que la casa había sido construida poco después de la guerra, quizás en los años cincuenta. Era un edificio cuadrado con cuatro apartamentos, que constaban de tres habitaciones y cocina. El terreno era bastante grande; no era la falta de espacio lo que caracterizaba a las ciudades pequeñas de Noruega después de la Segunda Guerra Mundial. Acababan de remodelar el edificio. Habían pintado las paredes de amarillo, y las tejas parecían nuevas. Inger Johanne aparcó delante de la verja, también recién pintada. La pintura verde brillaba tanto que por un momento ella se preguntó si seguiría fresca.

Olía a bebé.

Oyó el sonido de algún que otro coche que pasaba por allí, el gorjeo de una guardería tras una gran valla, el martilleo de una obra al otro lado de la calle, los pipos algo vulgares que los carpinteros le dedicaban a alguna transeúnte, la risa repentina de una mujer proveniente de una ventana abierta. El rumor de una ciudad pequeña. Se respiraba el aroma de pan horneado en casa. Inger Johanne se sintió observada al acercarse a la puerta de entrada, aunque no se imaginaba quién podía estar mirándola, qué pensaba o si en realidad sus reflexiones iban más allá de la constatación de que había venido una extraña, alguien que no era de aquí.

Inger Johanne Vik, nacida y criada en Oslo, poco sabía ella de ciudades pequeñas y era perfectamente consciente de ello. A pesar de todo, los sitios como este tenían algo que le resultaba atractivo. Sus dimensiones abarcables. Su transparencia. La sensación de formar parte de algo que no era muy grande ni imprevisible. Cada vez lo pensaba con mayor frecuencia: con la tecnología informática moderna no era en absoluto necesario que viviera en Oslo. Podía mudarse a otro sitio, mudarse al campo, a un sitio pequeño con cinco tiendas y un taller, una cafetería con los interiores de color marrón y una parada de autobuses de línea, viviendas baratas y un colegio para Kristiane con solo quince alumnos por clase. Evidentemente no podía hacerlo mientras Isak y sus padres vivieran en la capital, mientras Kristiane necesitase estar rodeada por los suyos, tenerlos cerca siempre. Pero la idea estaba ahí. Sentía las miradas que la seguían desde el segundo piso de la casa amarilla, desde las grandes ventanas del chalé situado al

otro lado de la calle, ojos posados en ella desde detrás de las persianas y las cortinas; la estaban viendo y ella era consciente de ello, cosa que le infundía una extraña seguridad.

« ¡Lillestrøm! —pensó—. Por Dios. Lo que faltaba: estoy mirando con ojos románticos la ciudad de ¡Lillestrøm!» .

Los botes en los que se recogía el dinero para la asociación de vecinos perdieron su razón de ser cuando se instalaron los porteros automáticos. Ahora las latas colgaban sueltas de la pared y estaban manchadas de pintura amarilla. Inger Johanne tuvo que sujetar la de aquel edificio con una mano mientras llamaba a uno de los timbres con la otra. A lo lejos se oyó un estridente timbrado que sin embargo no provocó reacción alguna, así que ella llamó al siguiente. La señora del segundo piso, que la había estado espiando por la ventana de la cocina sin darse cuenta de que Inger Johanne la veía perfectamente desde la entrada de coches, asomó la cabeza.

—¿Hola?

—¡Hola! Me llamo Inger Johanne Vik, quisiera...

—¡Un momento, por favor!

La mujer bajó tranquilamente las escaleras y le dirigió una sonrisa de expectación a Inger Johanne en el momento en que entreabrió la puerta del portal.

—¿De qué se trata?

—Como le decía, me llamo Inger Johanne Vik. Soy investigadora de la Universidad de Oslo y en realidad estoy buscando a alguien que pueda saber qué ha sido de una señora que vivió aquí hace tiempo. Hace bastante tiempo, a decir verdad.

—¿Cómo?

La mujer debía de contar más de sesenta años y llevaba el pelo cubierto con un pañuelo de gasa. Bajo la tela traslúcida, azul y verde, Inger Johanne entrevió unos grandes rulos, también azules y verdes.

—Yo me mudé aquí en 1967 —dijo la mujer sin hacer el menor ademán de dejar pasar a Inger Johanne—, así que quizá pueda ayudarte. ¿Por quién querías preguntar?

—Por Agnes Mohaug —respondió Inger Johanne.

—Está muerta —informó la señora con una sonrisa radiante, como si le produjera una gran satisfacción dar noticia de algo así—. Murió el año que yo me mudé aquí, justo después, de hecho, vivía ahí. —La mujer alzó la mano con pereza, Inger Johanne supuso que para señalar el primer piso a la izquierda.

—¿Llegó usted a conocerla?

La mujer se echó a reír y las grises raíces de las muelas le brillaron contra las encías de un color rosa enfermizo.

—Creo que casi nadie conocía a Agnes Mohaug. Vivía aquí desde que se

construyó la casa. En 1951, creo que fue. Pero no había nadie que en realidad... Tenía un hijo, ¿lo sabías?

—Sí, estoy buscando...

—Era un poco... tontito, no sé si me entiendes. Pero no llegué a conocerlo, él también murió. —Volvió a reírse, con una risa ronca y franca, como si la extinción de la pequeña familia Mohaug le pareciera extremadamente graciosa —. Él no era buena gente, según dicen. No era bueno para nada. Pero la propia Agnes Mohaug... No creo que nadie tuviera nada malo que decir de ella. Solía estar sola. Siempre. Una historia trágica, la de aquel chico que... —La señora se calló.

—¿El chico que qué? —preguntó Inger Johanne con cautela.

—No... —La mujer titubeó y se pasó la mano por los rulos—. Hace ya tanto tiempo, y además yo no trataba mucho con Agnes Mohaug, como te he dicho. Murió pocos meses después de que yo me mudara aquí y el hijo ya llevaba muerto varios años. Mucho tiempo, en todo caso.

—Claro...

—Pero... —A la mujer se le iluminó el rostro. Volvía a sonreír de tal modo que daba la impresión de que su fina cara se partía en dos—. ¡Llama al timbre de Hansvold, el número 44! ¡Allí!

La mujer agitó la mano en dirección a una pequeña casa verde, situada a unos cien metros de distancia, separada del 46 por un terreno cubierto de hierba y una valla metálica de poca altura.

—Hansvold es el que más tiempo lleva viviendo aquí —le explicó a Inger Johanne—. Debe de tener más de ochenta años, pero está completamente lúcido. Si esperas un momento, estaré encantada de acompañarte para presentártelo... —Se inclinó hacia delante con complicidad, sin abrir un milímetro más la puerta —. Lo digo porque yo ya te conozco. Un momentito, por favor.

—No es en absoluto necesario —se apresuró a decir Inger Johanne—. Yo ya me las arreglaré, pero se lo agradezco. Muchas gracias.

Para que a la señora con el pañuelo de gasa no le diera tiempo a cambiarse, Inger Johanne se encaminó a toda prisa hacia la puerta. Un niño pegó un chillido en la guardería. El carpintero encaramado al andamio al otro lado de la calle estaba maldiciendo y amenazaba con demandar a un señor de traje que señalaba con aire abatido una hormigonera que había volcado. Se oyó un chirrido cuando un coche rozó por la parte de abajo un badén. Inger Johanne se asustó y metió el pie sin querer en un charco.

La pequeña ciudad ya había conseguido perder algo de su encanto.

—Pero sigo sin entender muy bien por qué quiere usted saber esto.

Harald Hansvold dio unos golpecitos con una pipa en un gran cenicero de cristal, y una fina capa de tabaco quemado se esparció por la brillante superficie.

Era evidente que aquel anciano tan bien vestido tenía problemas de visión. Una película gris difuminaba los contornos de una de las pupilas, y él había dejado de usar gafas. Inger Johanne sospechaba que el hombre no veía más que figuras borrosas en torno a sí. Había dejado que ella, una completa desconocida, fuera a la cocina por los refrescos y las galletas. Por lo demás, daba la impresión de estar sano; la mano con la que volvió a llenar la pipa de tabaco tenía el pulso firme. El hombre hablaba con voz sosegada y no le costó en absoluto recordar a Agnes Mohaug, la vecina que tenía un hijo «de mente un poco débil», como él optó por expresarlo.

—Se dejaba manipular por cualquiera; creo que ese era el verdadero problema. Evidentemente no le era fácil hacer amigos, amigos de verdad, quiero decir. Piense que eran otros tiempos, tiempos en los que... la tolerancia hacia personas que son diferentes... desde luego no era como la de ahora —aseveró con una sonrisa tensa.

Inger Johanne no sabía si el hombre intentaba ser irónico. Tomó un buen trago de refresco. Estaba demasiado dulce, tanto que, muy a su pesar, lo escupió de nuevo en el vaso.

—Anders no era un chico malo —continuó Hansvold tranquilamente—. Mi mujer lo invitaba a casa de vez en cuando. A veces me preocupaba, pues yo pasaba mucho tiempo fuera. Soy maquinista de tren retirado, ¿sabe usted?

Que Harald Hansvold le hablara en todo momento de usted quizá no era tan raro, dada la edad que tenía, pero a pesar de todo había algo inesperadamente refinado en el anciano y en su casa, que estaba repleta de libros y en cuyas paredes colgaban tres litografías modernas. Era como si todo aquello no encajara con una larga carrera al servicio de la compañía de ferrocarriles. Por miedo a que sus prejuicios fueran demasiado evidentes, ella asintió con vivo interés, como si siempre hubiera querido saber más de locomotoras.

—Mientras era pequeño no fue tan problemático, claro. Pero cuando llegó a la pubertad... Se hizo muy grandullón. Un hombre robusto. Pero, ya sabe... —Hizo un gesto muy elocuente señalándose la sien con el dedo—. Y luego estaba el tal Asbjørn Revheim.

—¿Asbjørn Revheim?

—Sí, habrá oído hablar de él, ¿no?

Inger Johanne asintió de nuevo, aturdida.

—Creció justo ahí abajo. ¿No lo sabía usted? La biografía esa que salió el otoño pasado, debería usted leerla. Un hombre muy extraño. El libro es muy interesante. Verá, Asbjørn era un rebelde ya desde niño. Se vestía de un modo muy llamativo. Ciertamente no era como todos los demás.

—No —convino Inger Johanne con inseguridad—. No creo que lo fuera nunca.

Harald Hansvold soltó una carcajada, negando con la cabeza.

—Un domingo, tiene que haber sido en 1957 o 1958... ¡Fue en el 57! Justo después de que muriera el rey Haakon, pocos días después, había luto nacional y... —Dio unas chupadas a la pipa, que no acababa de prender bien—. Los chicos organizaron una ejecución delante de la guardería. Bueno, entonces no era una guardería. Eran los locales de los *boy scouts* en aquellos tiempos.

—¿Una... ejecución? ¿Un fusilamiento?

—Sí, habían cazado un gato salvaje y lo habían vestido con ropas regias y una corona. La capa era una piel de conejo vieja en la que habían pintado puntos, supongo que él mismo también había hecho la corona. El pobre animal maullaba y gemía hasta que estiró la pata en aquel patíbulo casero.

—Pero eso era... Pero eso fue... ¡tortura de animales!

—¡Desde luego! —afirmó él sin dejar de sonreír—. ¡Hay que ver la que se armó! Vino la policía, y las señoras de la calle empezaron a gritar y a quejarse. Asbjørn montó un buen numerito y sostenía que se trataba de una acción política contra la casa real. Quería quemar el cuerpo del animal muerto y tenía ya preparada una buena hoguera en el momento en que intervinieron las autoridades y lo abortaron todo. Como usted comprenderá, estando tan reciente el fallecimiento de un monarca tan querido por la gente como el rey Haakon...

De pronto la sonrisa se borró de sus labios. El ojo gris se le puso más opaco, como si el hombre estuviera mirando hacia su interior, retrocediendo en el tiempo.

—Lo peor fue... —musitó en un tono completamente distinto—. Lo peor fue que había disfrazado a Anders de verdugo, con el pecho al descubierto y una capucha negra en la cabeza. A Agnes Mohaug le afectó mucho aquel incidente. Pero así eran las cosas.

El piso quedó en silencio. No se oían los sonidos de ningún reloj, ni de una radio lejana. La casa de Harald Hansvold no era la casa de un anciano. El mobiliario era muy impersonal, las cortinas blancas y no había maceteros en las ventanas.

—¿Ha leído usted a Revheim? —preguntó Hansvold afablemente.

—Sí, casi toda su obra, creo. Es uno de esos escritores que te enganchan cuando estás en el instituto. Por lo menos a mí me enganchó. Era tan... directo. Incendiario, como usted mismo lo ha descrito. Tan determinado pese a su soledad... Estar completamente solo en la defensa de sus creencias. Ese tipo de cosas te impresionan a esa edad.

—Supongo que también habría otras cosas —dijo él—. En lo que escribía, quiero decir. El tipo de cosas que preocupan a la juventud, a los chicos que cursan el bachillerato.

—Sí. Anders Mohaug, ¿era...?

—Como he dicho —suspiró Hansvold—, Anders Mohaug era fácil de manejar. Mientras que el resto de los jóvenes de por aquí lo rehuían como a la

peste, Asbjørn Revheim lo trataba con más amabilidad. Bueno... —Volvió a adoptar esa expresión ausente, como si estuviera rebobinando la memoria y no supiera bien dónde parar—. Lo cierto es que no era amable. Se aprovechaba de Anders, de eso no cabe duda. Además, era bastante cruel, como demostraba una y otra vez. También en lo que escribía. Anders Mohaug era un tipo pesado, lento, en todos los sentidos: eso no es un amigo.

—No diga eso —protestó Inger Johanne.

—Sí que lo digo. —Por primera vez había algo cortante en la voz.

—¿Recuerda usted —se apresuró a preguntar Inger Johanne— un caso policial sobre el que corrió bastante tinta en 1965?

—¿Un qué? ¿Un caso policial?

—Sí. ¿Tuvo Anders alguna vez problemas con la policía?

—Bueno... Tenía problemas cada vez que a Asbjørn se le ocurría algo e involucraba al pobre chico en el asunto. Pero nunca pasó nada grave.

—¿Está seguro de eso?

Ella habría jurado que el hombre veía ahora como un águila. La película opaca hacía que el ojo izquierdo pareciera mayor que el derecho, y a Inger Johanne le resultaba imposible mirar hacia otro lado.

—¿Podría ser un poco más precisa?

—Tengo motivos para creer que, en 1965, después de que muriera Anders, la madre se puso en contacto con la policía. Creía que el hijo había cometido un crimen muchos años antes. Algo grave. Algo por lo que fue juzgado otro hombre.

—¿Agnes Mohaug? ¿Que la señora Mohaug denunció a su propio hijo a la policía? Eso es impensable. —Sacudió la cabeza con fuerza.

—Pero el hijo ya estaba muerto.

—Da igual. Esa mujer se desvivía por Anders, era lo único que tenía. Y haber cuidado y atendido a su hijo hasta el último momento es algo que la honra mucho. ¿Denunciarlo? ¿Incluso después de...? —Dejó la pipa en el borde del cenicero—. No me cuadra en absoluto.

—¿Y nunca ha oído... algún rumor?

Hansvold rio entre dientes y cruzó las manos sobre la barriga.

—He oído muchos más rumores de los que quisiera. Esto es un sitio pequeño. Pero si se refiere a rumores sobre Anders... No, nada en la dirección que insinúa usted.

—¿Y qué es lo que insinúa yo?

—Que el chico hizo algo peor que quitarle la vida a un gato.

—Entonces no le molesto más.

—No molesta. Ha sido un placer recibir visita.

Cuando el hombre la acompañó a la puerta, ella se fijó en la fotografía de una mujer de unos cincuenta años que colgaba en la pared de la entrada. A juzgar por el tipo de gafas que llevaba ella, la foto databa de los años setenta.

—Mi mujer —dijo Hansvold señalando el retrato con un gesto de la cabeza—. Randi. Una mujer maravillosa. Tenía muy buena mano con Anders. La señora Mohaug confiaba en Randi. Cuando venía Anders, se pasaban horas juntos resolviendo puzzles o jugando a la canasta. Randi siempre lo dejaba ganar, como si fuera un niño pequeño.

—Que es lo que era, supongo —dijo Inger Johanne—. En cierto modo.

—Sí, en cierto modo era un niño pequeño. —Se volvió hacia ella pasándose el dedo por el tabique nasal—. Pero también era un hombre. Un hombre grande y adulto. No lo olvide.

—No lo olvidaré —aseguró Inger Johanne—. Muchas gracias por la ayuda.

En el camino de vuelta a Oslo comprobó si le habían dejado mensajes en el contestador del móvil. Tenía dos de Yngvar dándole las gracias por la última noche y preguntándose dónde se habría metido. Inger Johanne redujo la velocidad y se colocó tras un camión, a una distancia prudencial. Volvió a escuchar los mensajes. En el último percibía un ligero deje de irritación, o quizá de preocupación, en la voz de Yngvar. Inger Johanne se preguntó si eso le gustaba o si, por el contrario, la molestaba.

Su madre había llamado tres veces y no se iba a rendir, así que Inger Johanne marcó inmediatamente su número de teléfono y se mantuvo en el carril derecho de la autopista.

—Hola, mamá.

—¡Hola! Qué bien que llames. Tu padre acaba de preguntar por ti, ha...

—Pues que llame cuando quiera, díselo.

—¿Que te llame? ¡Si tú nunca estás en casa, hija mía! Bueno, el caso es que nos preocupamos bastante al no recibir noticias tuyas después de que salieras de viaje. ¿Te dio tiempo a visitar a Marion? ¿Qué tal le va ahora, con su nueva...?

—No visité a nadie, mamá. Estuve trabajando.

—Bueno, sí, pero ya que estabas por esos lares, podrías haber...

—Pues resulta que últimamente tengo mucho que hacer. Cuando despaché todos mis asuntos, regresé a casa.

—Estupendo, muy bien, hija.

—Has dejado un mensaje en el contestador. Varios. ¿Querías algo en especial?

—Solo quería saber qué tal estabas. Y también invitaros a ti y a Kristiane a comer el viernes. Seguro que te viene de perlas no tener que pensar en...

—El viernes... Déjame que piense...

El camión subía trabajosamente la cuesta de Kari. Inger Johanne pasó al carril de la izquierda, aceleró y lo adelantó. El auricular del manos libres se le desprendió de la oreja.

—Espera —le gritó a la nada—. ¡No cuelgues, mamá!

Al agacharse a recoger el cable perdió el control del volante, y el coche se pasó a otro carril. Un Volvo tuvo que frenar en seco para no darle un golpe por detrás. Inger Johanne aferró el volante con las dos manos y fijó la vista al frente.

—No cuelgues —repitió con aspereza.

Consiguió recoger el teléfono sin apartar la mirada de la carretera.

—¿Qué ha pasado? —gritó la madre al otro lado de la línea—. ¿Otra vez estás conduciendo mientras hablas por teléfono?

—No, estoy hablando por teléfono mientras conduzco. No ha pasado nada.

—Un día de estos te vas a matar. ¡No creo que haga falta hacerlo todo al mismo tiempo!

—Iremos el viernes, mamá. ¿Crees...? —El corazón seguía latiéndole con tanta fuerza que le dolía el pecho. Se dio cuenta de que no había probado bocado desde el desayuno—. ¿Crees que Kristiane se podría quedar con vosotros hasta el sábado a mediodía?

—¡Claro que sí! ¿No podéis quedaros a dormir las dos?

—Tengo planes, mamá, pero estaría...

—¿Planes? ¿Para el viernes por la noche?

—¿Puedo dejar a Kristiane con vosotros o no?

—Por supuesto que nos la puedes dejar, hija. Puede venir siempre que quiera. Y tú también. Ya lo sabes.

—Pues nos vemos sobre las seis.

Colgó antes de que su madre pudiera decir una palabra más. Lo cierto es que Inger Johanne no tenía planes para el viernes por la noche. No sabía muy bien por qué le había pedido a la madre ese favor. Isak y ella tenían un acuerdo: antes de dejar a la niña al cuidado de terceros, se consultaban el uno al otro primero, siempre.

Volvió a marcar el número del contestador, pero los mensajes de Yngvar se habían borrado. Seguramente ella los había eliminado sin querer. Line había llamado mientras estaba hablando con la madre.

«Hola, soy Line. Solo quería recordarte lo de la tertulia literaria del miércoles. Toca en tu casa, ya sabes. Y pobre de ti como no vengas. Prepara algo muy sencillo. Nosotras llevamos el vino. Llegaremos sobre las ocho. ¡Adiós, guapa! ¡Estoy deseando que llegue el miércoles!» .

—¡Joder!

A Inger Johanne se le daba bien simultanear las cosas. Lograba sacar adelante su vida diaria porque era capaz de hacer varias cosas al mismo tiempo. Podía planear la fiesta de cumpleaños de Kristiane mientras hacía la colada y hablaba por teléfono. Escuchaba programas de radio mientras leía el periódico sin perder detalle de ninguna de las dos cosas. Camino de la guardería pensaba en lo que iba a preparar para comer y en la ropa que le iba a poner a Kristiane al día siguiente. Se cepillaba los dientes, hacía gachas y le leía cuentos en alto a

Kristiane, todo al mismo tiempo. Cuando en alguna ocasión salía a divertirse, llevaba antes a Kristiane a casa de Isak o de sus padres y mientras conducía se iba maquillando ante el espejo del coche. Así eran las mujeres. Sobre todo ella.

Pero no en el trabajo.

Inger Johanne había decidido dedicarse a la investigación porque le gustaba profundizar en las cosas. Pero había algo más. Nunca hubiera podido ser abogada o burócrata. La investigación le permitía aplicarse a fondo, concentrarse en solo una cosa a la vez, examinar todas las ramificaciones, atar cabos. La investigación le brindaba la oportunidad de dudar. Si la vida cotidiana requería decisiones rápidas, soluciones no del todo satisfactorias, concesiones y atajos ingeniosos, en el trabajo ella podía repetir las cosas desde el principio si no estaba del todo contenta.

Ahora se estaba yendo todo al traste.

Si había aceptado a regañadientes investigar la posibilidad de que se hubiera cometido un error judicial contra Aksel Seier, fue porque era un caso relevante para su proyecto. Pero en algún momento, no sabía exactamente cuándo, el caso había cobrado vida propia e independiente. Ya no guardaba relación alguna con su trabajo en la universidad ni con la investigación que llevaba a cabo. Aksel Seier se había convertido en un misterio que compartía con una anciana, y ella se debatía entre la fascinación que ejercía sobre ella el caso y las ganas de hacer borrón y cuenta nueva.

Después se había dejado enredar por Yngvar.

« Puedo hacer malabarismos con varias bolas pequeñas al mismo tiempo — pensaba cuando giró por Tasen—, pero no con bolas grandes. No en el trabajo. No puedo realizar dos proyectos difíciles al mismo tiempo» .

Y no podía recibir a cinco chicas la noche del miércoles, simplemente no podía.

No eran más que las once de la noche del lunes 29 de mayo, pero Inger Johanne ya llevaba una hora en la cama. Aunque estaba agotada, una inquietud indeterminada la mantenía despierta. Cerró los ojos y se acordó de que era Memorial Day. El cabo Cod habría celebrado su primer fin de semana de verano. Habrían guardado ya las contraventanas. Las habitaciones estarían ventiladas. La bandera de la barras y las estrellas, orgullo nacional en rojo, azul y blanco, debía de ondear en los mástiles recién pintados, mientras los veleros navegaban entre Martha's Vineyard y tierra firme.

Seguramente Warren había estado en Orleans y había instalado a la mujer y a los niños para el verano en la casa con vistas a Nauset Beach. Los niños en realidad ya debían de ser mayores, al menos adolescentes. Sin querer, ella se puso a calcularlo. Después se obligó a pensar en Aksel Seier. Tenía ante sí la lista de quienes trabajaron en el Ministerio de Justicia en el período comprendido entre 1964 y 1966. Era muy larga y no le decía nada. Identidades. Personas. Gente a la que no conocía y cuyo nombre no significaba nada para ella.

En cabo Cod había mantenido los ojos bien abiertos durante todo el rato. Obviamente no se iba a topar con él. En primer lugar, había algo más de un cuarto de hora en coche entre Orleans y Harwichport. En segundo lugar, no se le ocurría ninguna razón para que alguien quisiera ir de Orleans a Harwichport; el tráfico circulaba en el otro sentido. Orleans era grande, más grande al menos. Tenía más tiendas, más restaurantes. La impresionante playa de Nauset, que se abría al Atlántico, hacía que el estrecho de Nantucket pareciera una piscina para niños. Inger Johanne sabía que no se encontraría con él, pero no había dejado de lanzar miradas por encima del hombro.

De nuevo deslizó el dedo por las hojas, pero seguían sin decirle nada. El jefe de sección, el superior de Alvild en 1965, llevaba cerca de treinta años muerto. Lo tachó. Los compañeros de trabajo de Alvild no tenían nada que contar. Hacía mucho tiempo ya que Alvild había investigado si sabían algo, si tenían alguna clave sobre la misteriosa puesta en libertad de Aksel Seier. Tachó también sus nombres.

Se le cayó el rotulador en un pliegue de la funda del edredón. Una mancha

negra se extendió rápidamente en medio de toda aquella blancura.

Sonó el teléfono.

Identidad oculta, decía la pantalla.

Inger Johanne no conocía a nadie que tuviera un número de teléfono secreto.

Excepto tal vez Yngvar.

Yngvar y Warren debían de tener más o menos la misma edad, pensó.

Cuando se tumbó y se tapó la cabeza con el edredón, el teléfono seguía sonando.

A la mañana siguiente le pareció recordar que el teléfono había sonado un par de veces más. No estaba segura, había dormido profundamente durante toda la noche y no recordaba haber soñado.

Aunque habían reforzado el personal con dos chicas jóvenes en prácticas, a causa de lo extraordinario de la situación, la directora seguía estando intranquila. Al fin y al cabo era ella quien tenía la responsabilidad. En su opinión, aquella excursión al Museo de la Técnica era tan arriesgada como innecesaria, pero los demás la habían convencido de su conveniencia. Estaba tan cerca que los niños podían ir andando y, al fin y al cabo, habría cuatro adultos al cuidado de diez niños. Los pequeños tenían la ilusión de ir desde hacía mucho tiempo y, además, tampoco se podía permitir que aquel secuestrador desquiciado limitara la libertad de la gente de esa manera. Era pleno día, no eran más de las doce de la mañana.

Los niños, de entre tres y cinco años, iban de la mano, de dos en dos. La directora iba en cabeza, con los brazos hacia delante, como si de ese modo protegiera mejor a los niños. Cerraba la marcha una de las chicas jóvenes, mientras el único empleado varón de la guardería iba a un lado, cantando himnos militares para que los niños caminaran al compás. Por la parte interior de la acera iba Bertha, que en realidad era cocinera.

—Derecha, izquierda, un, dos, tres. Que nadie pierda el paso —ladra el hombre—. ¡Uno, dos, contra el suelo, el culo firme, vamos ya!

—Chsss —lo reprendió la directora.

—Culo —chillaron los niños—. ¡Ha dicho culo!

Bertha tropezó en un agujero en el asfalto y se quedó rezagada. Una niña se soltó de su compañera para ayudarla.

—Culo —repitieron dos niños—. ¡Culo, culo!

Pasaron por delante de la entrada del aparcamiento del supermercado Rema 1000. Una furgoneta estaba intentando salir a la calle de Kjelsås. La directora se puso a imprecicar al conductor, y este le respondió con un corte de mangas. El coche avanzó lentamente. Bertha pegó un grito: la pequeña Eline se había quedado petrificada ante el parachoques. Un perro suelto cruzó la calle y se acercó meneando el rabo a tres de los niños, que, entusiasmados, intentaron agarrarlo del collar verde. El dueño lo llamó desde el sendero que bajaba al río Aker, y el perro aguzó los oídos y salió corriendo. Chirriaron los frenos de un Volvo, cuyo guardabarros derecho rozó al perro que, tras proferir un aullido,

siguió su camino cojeando sobre tres patas. Eline estaba llorando. El conductor de la furgoneta bajó la ventanilla y comenzó a despotricar, mientras las dos chicas jóvenes sujetaban a sendos niños del cuello del abrigo y pugnaban al mismo tiempo por impedir que el resto bajara a la calzada situándose en el bordillo con las piernas separadas. Bertha levantó los brazos. La furgoneta consiguió sortearlos y aceleró en dirección a la calle Frysja. El perro gemía a lo lejos, y su dueño intentaba calmarlo. La conductora del Volvo verde había aparcado en medio de la calle, pero se había quedado sentada con la puerta abierta y era evidente que dudaba si salir o no. Ya había cuatro coches en fila detrás de ella, y dos de ellos pitaban como locos.

—Jacob —dijo la directora—. ¿Dónde está Jacob?

Más tarde, cuando Marius Larsen, el único varón que trabajaba en la Guardería Rincón de Frysja, quiso contarle a la policía lo que realmente había ocurrido delante del Rema 1000 de la calle Kjelsås, poco antes de las doce de la mañana del miércoles 31 de mayo, no conseguía aclararse con la cronología de los hechos. Pero recordaba todos los elementos de la historia. Había un perro y un Volvo. El conductor de la furgoneta era extranjero. El dueño del perro llevaba un jersey rojo. Eline lloraba desconsoladamente, y Bertha se tropezó con algo. Como estaba bastante entrada en carnes, tardó un rato en ponerse de pie. El Volvo era verde. Cantaban himnos militares. Se dirigían al Museo de la Técnica. El perro era marrón y gris.

Marius Larsen tenía todas las piezas, pero no lograba hacerlas encajar. Al final pidió permiso para escribirlo todo sobre papel, y un funcionario con mucha paciencia le dio unos *post-its* amarillos. Larsen apuntó cada suceso en una nota. Las colocó una detrás de otra, las reordenó, se quedó pensando, escribió algunas notas más con los dedos tiesos y vendados y lo intentó de nuevo.

Lo único que tenía muy claro era el final de la historia.

—Jacob —dijo la directora—. ¿Dónde está Jacob?

Marius Larsen soltó a dos niños, se volvió bruscamente y se dio cuenta de que Jacob se encontraba ya a ciento cincuenta metros de distancia, bajo el brazo de un hombre que estaba abriendo la puerta de un coche aparcado delante de un garaje al final de la calle, hacia el este.

Marius echó a correr.

Mientras corría perdió uno de los zapatos.

Cuando se hallaba a solo unos diez o doce metros del coche, se puso en marcha el motor. El vehículo bajó de la acera y enfiló la calzada, pero Marius no dejó de correr. No alcanzaba a ver a Jacob. Debía de estar tumbado en el asiento de atrás. Marius se abalanzó hacia el tirador de la puerta. Se cortó el pie descalzo

con una botella de cerveza rota. La portezuela se abrió bruscamente y Marius perdió el equilibrio. El coche frenó en seco, con un chirrido. Jacob estaba llorando. Marius no soltó la puerta; ahora la tenía agarrada con fuerza por la ventanilla. El coche arrancó de nuevo, dando coletazos hasta que de pronto aceleró y Marius tuvo que soltarse. No sentía las manos, y el pie herido le sangraba profusamente. Se quedó tirado sobre el asfalto, en la calle Kjelsås.

Jacob estaba tirado a su lado, llorando.

Más tarde se supo que al niño se le había roto la pantorrilla al caer, pero por lo demás estaba perfectamente, dadas las circunstancias.

Exactamente cinco horas después, a las cinco menos diez de la tarde del miércoles, Yngvar Stubø, Sigmund Berli y cuatro detectives de la policía de Askø y Badrum se plantaron delante de la entrada de un piso de vecinos en Rykkín. El portal olía a hormigón húmedo y comida barata, y ningún vecino curioso asomó la cabeza para mirarlos. No se les había acercado ningún niño cuando habían aparcado sus tres coches oscuros justo delante del edificio, tres vehículos iguales con una luz azul mal disimulada en el salpicadero. Todo estaba en silencio. Les llevó tres minutos forzar la cerradura.

—Confío en que las formalidades estén en orden —dijo Yngvar Stubø al entrar en el piso.

—¿Sabes una cosa? Que ahora mismo me la suda.

El policía de Askø y Bærum entró detrás de él, pero Yngvar se volvió y le cerró el paso.

—Es justo en estos momentos cuando más conviene tener cuidado con este tipo de cosas —señaló.

—Que sí, que sí, que muy bien. Apártate.

Yngvar no sabía qué esperaba encontrar. Nada, suponía. Era mejor así, de ese modo se ahorra sorpresas. Tenía su propio ritual para ocasiones como esta: un momento contemplativo con los ojos cerrados antes de entrar, para vaciarse el cerebro, librarse de prejuicios y presuposiciones más o menos fundadas.

Esta vez hubiera deseado estar mejor preparado.

Noruega entera vivía en un estado de excepción no declarado.

La noticia se difundió apenas un par de minutos después de que se produjeran los hechos: habían intentado secuestrar a otro niño. En esta ocasión la policía tenía un número de matrícula y una buena descripción del individuo. Tanto el canal público de televisión, NRK, como TV2 cambiaron la programación. Lo que comenzó como una serie de avances informativos acabó convirtiéndose en un programa largo en los dos canales. En un tiempo impresionantemente corto las redacciones consiguieron reunir a expertos en la mayor parte de los campos que

podían ser mínimamente pertinentes para el caso. Solo dos de ellos asumieron una actitud heroica: un conocido psicólogo infantil y un jefe de Kripos retirado, que acabaron recorriendo la ruta entre el número 14 de la calle Karl Johan y Marienlyst. Por lo demás, los canales demostraron tener mucha inventiva. A veces demasiada, como cuando TV2 emitió una entrevista de un cuarto de hora con un empleado de una empresa de pompas fúnebres muy delgado y vestido de negro que, con gran sentimiento, se extendía en explicaciones sobre el sufrimiento de los padres que pierden a sus hijos en circunstancias traumáticas, tema que además ilustró con varios ejemplos más o menos anónimos. La reacción de los espectadores fue tan violenta que el director del canal tuvo que pedir disculpas personalmente antes de que acabara la noche.

Un testigo de la calle Kjelsås había visto que el secuestrador llevaba un brazo escayolado.

Un poco ofendido por el tibio interés que mostró la policía —habían apuntado su nombre y su número de teléfono y habían asegurado que se pondrían en contacto con él en un día o dos— había llamado al teléfono de TV2. Hizo una descripción tan precisa y detallada que uno de los periodistas se acordó de un hombre a quien habían detenido en Asker y Bærum hacía poco tiempo. Un tipo retrasado, por lo que recordaba. El periodista desenterró sus notas de aquella época. Un grupo de vigilancia le había partido el brazo a aquel hombre, pero el caso había caído rápidamente en el olvido porque el detenido no quiso hablar con la prensa. Además, la policía estaba completamente segura de que no tenía nada que ver con los secuestros.

El asesino que había sembrado la alarma en Noruega y que hasta ahora le había quitado la vida a tres niños, quizá cuatro, ¡ya había estado detenido! Y puesto después en libertad sin más, pocas horas después de su detención. Aún peor era que el tipo se hubiera librado también en esta ocasión. La policía había sido alertada inmediatamente por un automovilista avisado que los había llamado por el móvil, pero el criminal había desaparecido. Un auténtico escándalo.

El jefe de policía de Oslo se negaba a contestar a ninguna pregunta. El ministro de Justicia, en una breve conferencia de prensa, declaró que era competencia exclusiva del jefe de policía informar del caso, pero este permanecía encerrado en su despacho y decía no tener nada de lo que informar.

TV2 le sacó una ventaja a NRK que esta cadena no tenía manera de superar: el informante salió en la televisión. Si no consiguió su cuarto de hora de fama, la entrevista al menos duró un par de minutos. Además, le ingresarían diez mil coronas en su cuenta. Eso para empezar, le aseguró el entrevistador en cuanto apagaron las cámaras.

Lo peor no eran en realidad las revistas de pornografía dura que estaban apiladas

por todas partes.

No era nada que Yngvar Stubø no hubiera visto antes. Las revistas estaban impresas en papel barato, pero a cuatro colores. Yngvar sabía que normalmente las fotos se tomaban en países del Tercer Mundo, donde se podía comprar a los niños por muy poco dinero y conseguir que la policía hiciera la vista gorda por un puñado de dólares. Lo peor no era tampoco que los niños que miraban a la cámara con ojos inexpresivos desde las sórdidas fotografías no tuvieran más de dos años. Yngvar Stubø había visto en persona a un niño de seis meses que había sido víctima de una violación, y ya estaba curado de espanto. Que el habitante de la casa tuviera un ordenador le pareció más sorprendente.

—Me he equivocado con este hombre —murmuró entre dientes poniéndose los guantes de plástico.

Lo peor, sin embargo, eran las paredes. Todo lo que se había publicado sobre los secuestros estaba meticulosamente recortado y colgado. Desde la primera y discreta portada sobre la desaparición de Emilie hasta un ensayo de dos páginas de Jan Kjarstad que había aparecido en el último número del *Aftenposten*.

—Todo —dijo Hermansen—. Ha guardado cada puto artículo.

—Y eso no es todo —dijo el policía más joven indicando con la cabeza las fotos de los niños.

Eran las mismas que estaban colgadas en el despacho de Yngvar. Este se acercó a la pared para estudiarlas de cerca. Estaban metidas en fundas de plástico, pero saltaba a la vista que no las había recortado de ningún periódico.

—Se las bajó de la red —observó el policía más joven sin que nadie le hubiera pedido su opinión.

—Así que no puede ser idiota del todo —dijo Hermansen, evitando mirar a Yngvar.

—Ya lo he admitido —refunfuñó Yngvar.

El salón era, de hecho, una especie de despacho. Un centro de operaciones para un ejército de un solo hombre. Yngvar deambulaba lentamente por la habitación. Se apreciaba cierto método en aquella locura; incluso las revistas pornográficas estaban ordenadas según una cronología perversa. El inspector cayó en la cuenta de que las revistas apiladas junto a la ventana contenían escenas con niños de trece o catorce años. Cuanto más se adentraban en la habitación, más jóvenes eran las víctimas de las revistas. Agarró al azar una que estaba sobre una mesita junto a la puerta de la cocina. Le echó una ojeada a la fotografía y notó que se le cerraba la garganta antes de obligarse a dejar la revista en su sitio en vez de romperla en pedazos. Uno de los policías de Asker y Bærum hablaba en voz baja por el móvil. Al finalizar la conversación negaba con la cabeza.

—Ni siquiera han encontrado el coche, mucho menos al tipo. Con la pinta que tiene esto... —Señaló lo que lo rodeaba con un movimiento de los brazos—, la

verdad es que no me quedan muchas ganas de entrar en el dormitorio.

Seis policías estaban inmóviles, mirando en torno a sí, sin decir una palabra. Fuera del edificio estaba a punto de suceder algo. Oyeron frenar un coche, gritos, el golpeteo de unos tacones contra el asfalto. Ellos seguían callados. El policía que no quería entrar en el dormitorio se puso el pulgar y el índice sobre los párpados y apretó con fuerza. Su gesto movió al colega que tenía más cerca a acariciarle torpemente el hombro. Flotaba en el aire un olor a sexo viejo y sin lavar, a pajas y a ropa sucia. Aquel lugar hedía a pecado y vergüenza y secretos inconfesables. Yngvar miró la foto de Emilie en la pared; la chiquilla seguía tan seria como siempre, con aquella flor en medio de la frente y su aspecto de sabelotodo.

—No es él —dijo Yngvar.

—¿Cóómo?

Los demás se volvieron hacia él. El más joven se quedó patéticamente boquiabierto, con los ojos llorosos.

—Me equivoqué con respecto a la capacidad intelectual de este tipo — admitió Yngvar intentando aclararse la garganta—. Es evidente que es capaz de usar un ordenador, de ponerse en contacto con los distribuidores de esta mierda...

Se interrumpió e intentó encontrar una palabra más expresiva, más malsonante, más apropiada para el material impreso que estaba amontonado por todas partes.

—De esta mierda —repitió abatido—. Se entera, y además sabemos casi con total seguridad que ha sido él quien ha probado suerte hoy en la calle Kjelsås. Su coche, un brazo escayolado... La descripción concuerda en todos los puntos, pero no es... Este no es el hombre que ha secuestrado y matado al resto de los niños.

—¿Y eso se te ha ocurrido a ti solito?

La expresión de Sigmund Berli parecía proclamar que ya no consideraba a Yngvar Stubø su socio. Se dirigía a los demás, a la policía de Bærum, que estaba convencida de que resolvería el caso en cuanto encontrase al hombre que vivía en aquel piso entre los recortes de periódico, la pornografía y la ropa sucia. Sabían quién era y lo iban a pillar.

—Este hombre ya ha sido detenido en una ocasión, ¡por dos aficionados! Hoy ha estado a punto de dejarse atrapar de nuevo. Nuestro hombre, el hombre al que estamos buscando, el hombre que mató a Kim y a Glenn Hugo y a Sarah... — Yngvar no despegaba los ojos del retrato de Emilie— y que quizá tenga a Emilie encerrada en algún sitio..., no se dejaría atrapar así como así. Él no intentaría secuestrar a un niño que va de excursión con un montón de adultos, en pleno día, con su propio coche y el brazo escayolado. Ni hablar. Vosotros sabéis que tengo razón, pero estamos tan empeñados en pillar a ese cabrón que...

—¿Podrías entonces explicarme qué es esto? —lo interrumpió Hermansen.

El tono del policía no era triunfal, sino grave, casi sombrío. De un cajón había sacado una carpeta que contenía un pequeño taco de hojas DIN-A4. Yngvar

Stubø no quería mirar; tenía el presentimiento de que el contenido de la carpeta iba a dar un vuelco a toda la investigación. Más de cien detectives, que hasta ahora no daban nada por seguro y que mantenían abiertas todas las líneas de investigación —policías competentes que no habían descartado ninguna hipótesis y que sabían que todo buen trabajo policial es resultado de una paciente sistematicidad—, ahora iban a empezar a investigar en una sola dirección.

«Emilie —pensó Yngvar—. Aquí de lo que se trata es de salvar a Emilie. Está en algún sitio y está viva».

—Ay, mierda —exclamó el más joven de ellos.

Sigmund Berli emitió un largo silbido.

Fuera se oían más coches, gritos, conversación. Yngvar se acercó a la ventana y apartó un poco las cortinas. Habían llegado los periodistas, claro, y se habían aglomerado allí abajo, en torno a la puerta de entrada. Cuando dos de ellos miraron hacia arriba, Yngvar soltó la cortina. Se volvió hacia la habitación donde los demás estaban reunidos alrededor de Hermansen, que sostenía una carpeta de plástico roja en una mano, y un montoncito de papeles en la otra. Cuando levantó el papel para que lo viera Yngvar, a este no le resultó difícil leer las palabras escritas en él, incluso desde la distancia a la que se encontraba.

AHÍ TIENES LO QUE TE MEREĆÍAS.

—Está escrita a máquina —objetó Yngvar.

—Déjalo —dijo Sigmund—. Tienes que dejarlo ya, Yngvar. ¿Cómo iba a saber este tipo que...?

—Las notas de los niños están escritas a mano. ¡Escritas a mano, compañeros!

—¿Vas a hablar tú con los de ahí fuera? ¿O lo hago yo? —preguntó Hermansen mientras metía las hojas en la carpeta con mucho cuidado—. No es que tengamos gran cosa que decir, pero en realidad lo más natural sería que lo hiciera yo... Ya que estamos en Bærum y esas cosas.

Yngvar Stubø se encogió de hombros. Guardó silencio mientras se abría paso entre la multitud que se había agolpado frente a aquel edificio bajo de Rykkín. Por fin consiguió llegar hasta el coche y subir a él. Cuando ya casi había perdido la esperanza de que apareciera Sigmund Berli, su colega llegó, jadeando, y se sentó en el asiento del copiloto. Apenas se dirigieron la palabra durante el trayecto de regreso a Oslo.

—No comprendo cómo consigues hacerlo todo —comentó Bente, entusiasmada—.
 —. ¡Esto estaba sencillamente delicioso!

Kristiane dormía. Solía inquietarse cuando Inger Johanne esperaba invitados. Ya a media tarde solía entrar en una larga fase de incomunicación: deambulaba por la casa, no quería comer, no quería dormir. Hoy, en cambio, se había metido en la cama con la tripa llena, con *Sulamit* bajo un brazo y *Jack*, que babeaba contento, bajo el otro. *El Rey de América* había obrado cierto efecto en Kristiane, a Inger Johanne no le quedaba más remedio que admitirlo. Por la mañana su hija había dormido hasta las siete y media.

—La receta —dijo Kristin—. Tienes que darme la receta.

—No hay receta —repuso Inger Johanne—. Me lo he inventado.

El vino le estaba sentando bien. Eran las nueve y media del miércoles por la tarde. Se sentía alegre y no le dolían los hombros. Las chicas charlaban sin parar. La única que no había venido era Tone, quien no se había atrevido a dejar a los niños tal y como estaban las cosas. Sobre todo después de lo ocurrido esa mañana.

—Siempre ha sido muy aprensiva —dijo Bente derramando vino sobre el mantel—. Al fin y al cabo los niños tienen padre. ¡Huy! ¡La sal! ¡Gaseosa! Tone tiene un... un miedo exagerado a todo tipo de cosas. Quiero decir que... ¡no podemos encerrarnos en casa solo porque ese tipo ande suelto!

—Ahora lo van a pillar —aseveró Line—. Ya saben quién es. No puede esconderse eternamente y no podrá llegar muy lejos. ¿Habéis visto que la policía ha enviado un comunicado con la foto del tipo y todo? ¡Pero no tires toda la gaseosa, mujer!

Yngvar no había vuelto a telefonear después de que Inger Johanne no hubiera contestado a su llamada la noche anterior. No sabía si se arrepentía. No tenía idea de por qué no había querido hablar con él. Ahora no le habría importado. Él podía llamar, venir unas horas después, cuando las chicas hubieran acabado de reírse y se fueran a casa tambaleándose. Entonces podía venir Yngvar. Podían sentarse a la mesa de la cocina y comer sobras mientras bebían leche. Si se daba una ducha

podía dejarle una camiseta de fútbol vieja de Estados Unidos. Inger Johanne podría mirarle los brazos cuando se inclinara hacia delante, apoyándose sobre ellos; llevaba una camisa de manga corta y tenía rubio el vello de los brazos, como si ya fuera verano.

—¿No?

Inger Johanne sonrió de pronto.

—¿Qué?

—Que ahora lo van a pillar, ¿no?

—¡Y yo qué sé!

—Pero el tipo ese —insistió Line—, el tipo que me encontré aquí el sábado, ¿no trabaja para la policía? Eso dijiste, ¿no? Que sí, mujer... ¡En Kripos!

—¿No nos habíamos reunido para hablar de un libro? —preguntó Inger Johanne y se fue a la cocina a buscar una botella de vino. Como siempre, las chicas habían traído demasiado.

—Un libro que evidentemente tú no te has leído —señaló Line.

—Yo tampoco —reconoció Bente—. Sencillamente no he tenido tiempo, lo siento.

—Yo tampoco —admitió Kristin—. Si quieres que la sal sirva de algo tienes que frotarla contra la tela. ¡Así! —Se inclinó sobre la mesa y metió el dedo índice en la mezcla pastosa de sal y agua mineral.

—¿Por qué llamamos a esto una tertulia literaria? —Line levantó el libro con ademán acusatorio—. Si yo soy la única que lee... Decíme, ¿qué os pasa a las que tenéis hijos? ¿Dejáis de tener ganas de leer?

—Lo que dejamos de tener es tiempo —respondió Bente entre dientes—. El tiempo, Line. Es el tiempo lo que desaparece.

—¿Sabes lo que te digo? Que me hace gracia eso que dices —empezó Line—. Siempre estáis hablando de que es lo único que realmente vale la pena... Como si en cuanto se tienen hijos se tuviera derecho a...

—¿No sería mejor que nos contaras algo sobre el libro? —intervino Inger Johanne rápidamente—. A mí me interesa, de verdad. Cuando era más joven leí todos los libros de Asbjørn Revheim. De hecho, había pensado comprarme un ejemplar de... ¿cómo se llama? —Extendió la mano para agarrar el libro, pero Line se lo quitó.

—*Revheim. Crónica de un suicidio anunciado* —dijo Halldis—. Además a mí no me has preguntado, de hecho, y o sí que lo he leído.

—Grotesco —farfulló Bente—. Tú no tienes hijos, Halldis.

—Un título bastante vago —dijo Line, todavía algo enfurruñada—. Todo lo que escribió e hizo destila una cierta... nostalgia por la muerte. Sí. Una atracción hacia la muerte.

—Suena a novela policiaca —comentó Kristin—. ¿No sería mejor que quitáramos el mantel?

Bente había vuelto a derramar el vino. En vez de echar aún más sal, puso torpemente su servilleta sobre la mancha roja, que se ensanchaba rápidamente porque la copa seguía volcada.

—No pasa nada —aseguró Inger Johanne levantando el brazo—. No pasa nada. ¿Cuándo murió?

—En 1983. La verdad es que me acuerdo de cuando ocurrió.

—Mmm. Yo también. Claro que también se le ocurrió una manera muy llamativa de quitarse la vida.

—Por decirlo con suavidad.

—Contádmelo —dijo Bente dócilmente.

—Quizá vendría bien un poco más de agua mineral.

Kristin fue a la cocina por más agua. Bente toqueteaba la mancha que había dejado. Line servía vino. Halldis hojeaba la biografía de Asbjørn Revheim.

Inger Johanne se sentía a gusto.

No había tenido fuerzas más que para pasar la aspiradora, meter las cosas de Kristiane en la caja que tenía en su cuarto y limpiar el baño. Preparar la comida le había llevado media hora. No le apetecía celebrar la reunión, pero había decidido no anularla. Las chicas se lo estaban pasando bien. Incluso Bente sonreía feliz con los párpados entrecerrados. Inger Johanne pensó en llegar tarde al trabajo mañana, en pasar un par de horas en casa, con Kristiane, en zapatillas, y tomárselo con calma. Se alegraba de ver a las chicas y no protestó cuando Kristin volvió a llenarle la copa.

—He oído que todos los que se suicidan tienen en realidad un problema de psicosis grave —dijo Line.

—Qué tontería —resopló Halldis.

—No, ¡es verdad!

—Que lo has oído sí, pero no que sea correcto.

—¿Y tú qué sabes de eso?

—Podría perfectamente ser cierto en el caso de Asbjørn Revheim —terció Inger Johanne—. Por otro lado, el tipo ya lo había intentado en varias ocasiones. ¿Creéis que se encontraba en un estado psicótico todas las veces?

—Estaba loco —murmuró Bente—. Como una puta cabra.

—Eso no es lo mismo que psicótico —objetó Kristin—. Conozco a más de uno que está como una cabra, pero nunca he conocido a ningún psicótico.

—Mi jefe es un psicópata —dijo Bente alzando la voz—. ¡Es jodidamente malvado! ¡Perverso!

—Aquí tienes un poco más de agua —dijo Line, pasándole una botella de litro y medio.

—Psicópata y psicótico no significan exactamente lo mismo, Bente. ¿Alguien ha leído *Ciudad hundida, sube el mar*?

Todas asintieron, a excepción de Bente.

—Salió solo un par de años después de que lo condenaran, ¿no? —dijo Inger Johanne—. Y además...

—¿No es en ese donde describe el suicidio? —la interrumpió Kristin—. Aunque lo escribió muchos años antes de matarse... Bastante desagradable, la verdad. —Se estremeció con un escalofrío algo caricaturesco.

—Vamos, contádmelo —rogó Bente—. ¿No me podríais decir lo que pasó?

Todas guardaron silencio. Inger Johanne empezó a recoger la mesa, pues todo el mundo había acabado.

—Creo que podríamos hablar de algo más agradable —dijo Halldis con cautela—. ¿Qué planes tenéis para el verano?

Cuando las amigas finalmente salieron dando tumbos, era más de la una. Bente llevaba dos horas dormitando y parecía aturdida ante la idea de marcharse. Halldis prometió llevarla en taxi a Blindern, donde vivía. Inger Johanne ventiló la casa a conciencia. A última hora se había abolido la prohibición de fumar, aunque ella no recordaba muy bien quién lo había decidido. Sacó cuatro cuencos y les echó vinagre. Después salió a la terraza.

Era la segunda hora del primer día de junio. Una luz azul oscuro, de principios de verano, empezaba a aparecer por el oeste. Durante los próximos dos meses no anochecería del todo en ningún momento. Hacía fresco, pero se podía estar al aire libre sin abrigarse. Inger Johanne se apoyó sobre las macetas, con los pensamientos mustios.

En los últimos tres días había hablado de Asbjørn Revheim en dos ocasiones.

Es cierto que Asbjørn Revheim era una figura central en la literatura noruega, incluso en la historia contemporánea del país. En 1971, o 1972, fue condenado por escribir una novela blasfema e impúdica, varios años después de la farsa de juicio contra el escritor Jens Bjerneboe, que debió de haber marcado el fin del interés de la fiscalía por la literatura. Revheim no se amilanó y, un par de años más tarde, sacó *Ciudad hundida, sube el mar*, la obra más soez y ofensiva hacia Dios jamás publicada en Noruega. Algunos especularon con la posibilidad de que le concederían el Premio Nobel, pero la mayoría opinaba que merecía otro paseo por los tribunales. No obstante, la fiscalía había aprendido la lección y, muchos años después, el fiscal general declaró que, de hecho, no había leído el libro.

Revheim era un escritor importante, pero estaba muerto, desde hacía ya tiempo. Inger Johanne no recordaba la última vez que había pensado en él, y mucho menos hablado de él. Cuando el último otoño había salido una biografía sobre él, ni siquiera la había comprado. Revheim escribía libros que habían significado mucho para ella cuando era más joven, pero hoy no tenía nada que decirle, tal y como era ahora su vida.

Dos veces en tres días.

La madre de Anders Mohaug pensaba que su hijo había estado implicado en el asesinato de la pequeña Hedvik en 1956. Anders Mohaug era discapacitado psíquico, se dejaba manipular y siempre andaba con Asbjørn Revheim.

«Todo parece demasiado sencillo —pensaba Inger Johanne—. Extremadamente sencillo» .

Tenía frío pero no quería entrar en casa. El viento le atravesaba la camisa. Le convenía comprarse algo de ropa. Las otras chicas parecían más jóvenes que ella. Incluso Bente, que bebía unas cantidades de alcohol que ya no eran como para echarse a reír condescendentemente y que fumaba treinta cigarrillos al día, presentaba mejor aspecto que Inger Johanne. O por lo menos un aspecto más moderno. Ya hacía tiempo que Line no la llevaba de compras.

Era demasiado sencillo.

Además, ¿quién podría tener algún interés en defender a Asbjørn Revheim?

«En 1956 no tenía más que dieciséis años», pensó llenándose los pulmones de aire nocturno. Quería despejarse un poco antes de acostarse.

Pero ¿y en 1965, cuando murió Anders Mohaug y su madre acudió a la policía cuando soltaron a Aksel sin explicación?

En ese entonces Asbjørn Revheim tenía veinticinco años y era un escritor consagrado. Había publicado ya dos libros, si no recordaba mal. Ya consagrado, con dos libros. Ambos habían suscitado encendidos debates. Asbjørn Revheim constituía una amenaza en esos momentos, no era digno de ser protegido.

Inger Johanne contemplaba la biografía que sostenía entre las manos, acariciando la cubierta. Line había insistido en que se quedara con ella. La foto era buena. El rostro de Revheim era estrecho, pero masculino. Sonreía ligeramente, casi con arrogancia. Tenía los ojos pequeños, pero las pestañas largas.

Al fin Inger Johanne entró, pero dejó la puerta de la terraza entreabierta, y percibió el suave olor a vinagre. Se percató de que estaba decepcionada porque Yngvar Stubø no la había llamado. Cuando se acostó decidió empezar a leer el libro, pero antes de apoyar la cabeza sobre la almohada, estaba profundamente dormida.

Aksel Seier nunca había sido el tipo de persona que toma las decisiones con rapidez; normalmente necesitaba al menos una noche. Pero prefería reflexionar durante una semana o dos antes de tomarlas. Incluso las decisiones más triviales, como la de comprar una nevera usada o una nueva cuando la vieja se estropeara del todo, le llevaban mucho tiempo. Todo tenía sus ventajas y sus inconvenientes; él quería sopesarlos, estar seguro de lo que hacía. La decisión de marcharse de Noruega en 1966 debería haberla tomado un año antes. Debería haber comprendido antes que no había futuro para él en un país que lo había mandado a la cárcel y lo había dejado pudriéndose allí durante nueve años sin motivo alguno, un país tan pequeño que nunca le permitiría olvidar, ni a él ni a los demás. Pero no era propio de él precipitarse. Quizá fuera un efecto secundario de los años que había pasado en la cárcel, donde el tiempo discurría tan despacio que era difícil desperdiciarlo.

Se había sentado sobre el murete de piedra que se alzaba entre el jardincillo de su casa y la playa. El granito rojo estaba recalentado por el sol, él sentía el calor a través del pantalón. La marea estaba baja y había algunos cangrejos medio muertos desperdigados a lo largo de la orilla del mar. Algunos tenían el caparazón arriba y semejaban tanques con cola. A otros las olas los habían dejado boca arriba, agonizando lentamente al sol con las patas al aire. Los cangrejos parecían monstruos prehistóricos en miniatura, un eslabón olvidado de la evolución que debería haber acabado con ellos hace mucho tiempo.

Así se sentía él.

Llevaba toda la vida esperando una rehabilitación.

Patrick, la única persona en todo Estados Unidos que conocía su pasado, le había aconsejado, mientras pulía un caballito dorado, que contactara con un abogado, o quizá con un detective. El tiovivo de Patrick era el mejor de toda Nueva Inglaterra. Había muchísimos detectives en el país, muchos de ellos muy eficientes, le aseguró. Si esa mujer había venido desde un sitio tan lejano como Noruega para decirle que creía en su inocencia, tantos años después, es porque seguramente había algo que averiguar. Por lo que sabía Patrick, los abogados eran caros, pero no era tan difícil encontrar alguno que solo cobrara si ganaban el

caso.

El problema era que Aksel no tenía ningún caso que ganar.

Por lo menos en Estados Unidos.

Aun así, lo cierto es que siempre había estado esperando. Resignado, y en silencio, nunca había perdido la esperanza de que alguien descubriera la injusticia que se había cometido contra él. Apenas le alcanzaban las fuerzas para rogar en voz baja, a la hora de acostarse, que la mañana trajera algo nuevo. Que alguien le creyera, alguien además de Eva y Patrick.

La visita de Inger Johanne Vik significaba algo.

Por primera vez en todos esos años estaba contemplando la posibilidad de regresar a su país.

Seguía considerando Noruega su país, aunque su vida estaba en Harwichport. Su casa, sus vecinos, las pocas personas a las que podía llamar amigos, todo lo que tenía estaba aquí, en un pueblecillo del cabo Cod. Y, sin embargo, Noruega siempre había sido su país.

Si Eva le hubiera pedido que se quedara, nunca se habría embarcado en el *MS Sandefjord*. Si ella más tarde, durante los primeros años después de que llegara a Norteamérica, le hubiera pedido que volviera, se habría enrolado en el primer barco de vuelta. Habría buscado trabajos temporales y se habría conformado con una vida modesta. Se habría mudado a otra ciudad, donde fuera posible conservar un trabajo durante un año o dos, hasta que su pasado lo asediara de nuevo y lo empujara hacia algún otro sitio. Si Eva hubiera querido acompañarlo, él habría estado dispuesto a ir a cualquier sitio. Pero él no tenía otra cosa que ofrecer que su amor, y Eva no era lo bastante fuerte. El estigma que pesaba sobre Aksel era demasiado grande. No para él, sino para ella, aunque supiera que era inocente. Daba la impresión de que ella nunca dudaba de eso, pero no soportaba las miradas de reprobación de los demás. Los amigos y vecinos la miraban mal y cuchicheaban, y la madre empeoraba aún más las cosas. Eva tiró la toalla. Aksel habría soportado la soledad si hubiera estado con Eva, pero Eva era demasiado débil para soportar una vida junto a él.

Más tarde, cuando ella quedó libre, era demasiado tarde para los dos.

Quizás ahora había llegado la hora. El destino había pegado un salto en una dirección inesperada, y había alguien ahí en su país que lo necesitaba. Es cierto que Eva no le pedía directamente que volviera en la carta que le había mandado en una fecha inesperada, pero estaba al borde de la desesperación.

Aksel tenía la tarjeta de visita de Inger Johanne Vik, por lo que si se marchaba podría ponerse en contacto con ella. Patrick tenía razón: aquella mujer había viajado hasta allí desde Noruega para hablar con él, así que tenía que creer en su inocencia. El sueño de llegar a limpiar su nombre alguna vez quizá se haría realidad. Asustado ante esa idea, se levantó, rígido y se rascó el trasero.

El hombre de la inmobiliaria le había ofrecido un millón, y de eso ya hacía

bastante tiempo. Ahora el cabo Cod estaba en su apogeo. Como no era de esperar que hubiese un solo comprador en potencia a quien le interesara más la casa que el terreno, no tendría que preocuparse de la limpieza o las reformas.

Aksel Seier le dio la vuelta a un cangrejo con la punta de la bota y este se quedó tumbado, como un casco alemán de la Primera Guerra Mundial en la arena. A pesar de que nunca tomaba una decisión sin antes meditarla a fondo, era consciente de que estaba a punto de dar un paso muy importante. Empezó a preguntarse si le sería posible llevarse al gato consigo.

—Al parecer tu teoría de los hermanastros estaba equivocada —dijo Sigmund Berli.

—Bien —dijo Yngvar Stubø—. ¿Pudiste hacer los análisis de sangre sin demasiadas dificultades?

—Prefiero no hablar de eso. He mentido más durante los últimos días que en toda mi vida. Prefiero no hablar. Por ahora solo tenemos los resultados de las viejas pruebas de paternidad. Los análisis del ADN llevan más tiempo. Pero todo parece indicar que los demás padres realmente son los progenitores de sus hijos.

—Bien —repitió Yngvar—. Me alegra oírlo.

Sigmund Berli reaccionó.

—Vaya —dijo, dejando los papeles ante su jefe—. No pareces muy sorprendido. ¿Por qué tenías tanto empeño en comprobarlo, si en realidad no creías gran cosa en ello?

—Hace mucho que he dejado de sorprenderme por nada, y tú sabes tan bien como yo que hay que comprobarlo todo: aquello en lo que creemos y aquello en lo que no. Justamente ahora da la impresión de que todo el mundo ha entrado en una especie de histeria colectiva en la que todo...

—¡Yngvar! ¡Déjalo ya!

La caza de Olaf «Laffen» Sørnes se había convertido en una especie de asunto de interés nacional. No se hablaba de otra cosa ni en los medios de comunicación ni en las comidas ni en los lugares de trabajo. Yngvar comprendía que la mayoría de la gente estuviese convencida de que Laffen era un infanticida, pero que sus colegas también hubiesen sacado esa conclusión precipitada lo asustaba. Era evidente que Laffen no era más que un miserable *copycat*. Su ficha policial hablaba de una sexualidad perversa que solo ahora lo había llevado a un intento real de secuestrar a un niño. Tanto la literatura como innumerables historias verídicas relataban hechos parecidos: cuando un crimen tiene una gran repercusión, a algunas personas ahí fuera se les despiertan sus peores instintos.

—Pero si es obvio —dijo Yngvar negando con la cabeza—. ¡Nada encaja!

Piensa por ejemplo en la entrega por mensajería del cuerpo de Sarah. ¿Crees que Laffen hubiera conseguido organizar algo así? ¿Podría un hombre con un coeficiente intelectual de ochenta y uno concebir un plan como ese? ¡Por no hablar ya de llevarlo a cabo! —Descargó un puñetazo sobre el expediente de Laffen Sørnes que les habían facilitado en Asuntos Sociales y en el Hospital de Bærum, donde el hombre había estado ingresado para que le diagnosticaran una posible epilepsia—. Conozco a ese tipo, Sigmund. Es un pobre diablo que desde la pubertad no ha tenido cabeza más que para masturbarse. Coches y sexo: no hay otro interés en la vida de Laffen Sørnes. Triste, pero cierto.

Sigmund Berli se chupaba los dientes.

—Bueno, tampoco es que nos hayamos cerrado en banda, no es eso. Se sigue investigando en todas las direcciones, pero para empezar tienes que reconocer que es importante detener a este tipo, al fin y al cabo intentó...

Yngvar alzó las manos y asintió enérgicamente con la cabeza.

—Desde luego —lo interrumpió—. Evidentemente hay que detener a este hombre.

—Además —añadió Sigmund—, ¿cómo explicas que supiera lo de la carta? ¿Lo del mensaje de « Ahí tienes lo que te merecías »? Hemos analizado el papel y tienes razón, no es del mismo tipo que los otros, pero eso tampoco tiene por qué significar nada. Cada uno de los mensajes fue escrito en hojas de lotes diferentes, como tú bien sabes. Y sí... —Alzó la voz para evitar que Yngvar lo interrumpiera—. Los mensajes de Laffen estaban escritos en ordenador y los demás a mano, pero ¿cómo podía saberlo? ¿Cómo podía conocer este macabro detalle si no está implicado en el caso?

Era ya jueves 1 de junio y se notaba que el conserje había apagado la calefacción por aquella temporada. Fuera llovía con fuerza y en la habitación hacía fresco, casi frío. Yngvar se tomó su tiempo para sacar un cigarro de la funda de metal, y un cortapuros del bolsillo de la camisa.

—No tengo la menor idea —dijo—. Pero la verdad es que cada vez hay más gente informada de esto: muchos agentes de policía, algunos médicos, los padres. Aunque les hayamos pedido que mantengan la boca cerrada, no sería raro que hubieran mencionado los mensajes a sus conocidos. En total hay cerca de un centenar de personas que saben de la existencia de esos mensajes. —«Entre ellas Inger Johanne», pensó mientras encendía el puro—. No tengo la menor idea —repitió, exhalando una nube de humo hacia el techo.

—¿Podría ser...? —Sigmund volvió a chuparse los dientes—. ¿Podríamos estar hablando de dos autores de los hechos? —preguntó Sigmund Berli—. ¿Podría Laffen ser una especie de... peón de alguien, de alguien más listo que él? No, gracias. —Hizo un gesto de rechazo hacia la caja de palillos que le tendía Yngvar.

—No es impensable, claro —admitió este—. Pero no lo creo. Tengo la

sensación de que el verdadero criminal, el asesino de niños que estamos buscando, es un hombre que está solo. Solo contra el mundo, por decirlo así. Por otro lado, no sería la primera vez que se da esta combinación: la de un hombre listo con ayudante tonto, quiero decir. Es un concepto bien conocido.

—En realidad es incomprensible que Laffen siga suelto. Encontraron el coche en el aparcamiento de Skar al final de Maridalen. Y no se ha denunciado ningún robo de coche en esa zona, así que, a no ser que tuviera preparado un vehículo para escapar...

—Se ha echado al monte.

—Pero en esta época del año Normarka está... ¡Hay gente por todas partes!

—Puede esconderse durante el día y moverse por las noches. En todo caso, es más difícil que lo descubran en el campo que en zonas más pobladas. Además, lleva la ropa adecuada, por decirlo así, si es que no se ha cambiado desde la última vez que lo vi... —Se echó la ceniza con cuidado en la palma de la mano —. A lo mejor está librando su guerra de guerrillas ahí fuera. ¿Cuántas llamadas hemos recibido hasta ahora?

Sigmund se rio con suavidad.

—Más de trescientas. De Trondheim y Bergen, Sykkylven y Voss. Solo en Oslo, más de cincuenta personas aseguran haberlo visto. En la comisaría de Granland esta mañana tenían a cuatro detenidos con el brazo escayolado, además de uno que llevaba enyesada la pierna izquierda. Todos entregados a las autoridades por conciudadanos con una gran conciencia cívica.

Yngvar le echó un vistazo a su reloj.

—Ya me imagino. Oye, tengo una cita, ¿había algo más?

Sigmund Berli se sacó del bolsillo del pantalón un papel impreso por ordenador que había adquirido la forma del cachete del trasero. Sonrió y pidió disculpas antes de desdoblarlo.

—Es solo una copia, ¿eh? He apuntado un montón de cosas, pero he pedido uno en limpio para ti. Por fin hemos encontrado algunos puntos de conexión entre las familias. Hemos metido todo lo que teníamos, absolutamente todo, y este es el resultado.

NOMBRE Y PROFESIÓN	CONTACTO	CLASE DE VINCULO	CUÁNDO Y DÓNDE	ÚLTIMO CONTACTO
Dr Fridjof Salvesen, Basrum	Lena Baardsen	Ginecólogo	Oslo, 1993-1994	1994
	Turid S. Oksoy	Ginecólogo	Bxrum, 1995-hoy	22 de marzo
Fotógrafo Helge Melvar, Rena	Xannes Selbu	Fotos de familia	Sandefjord, 1997	1997
	Lena Baardsen	Conocido	Sandefj, 1995-hoy	Verano 1999
Monitor de jóvenes Karsten Åsli, dirección desconocida	May Berit Benonisen	Amigo	Oslo, 1994-1995	Primavera 1995
	Lena Baardsen	Novio	Oslo, 1991	23 de julio 1991
Fontanero Cato Sylling, Lillestrøm	Lasse Oksoy	Ex colega	Oslo, 1993-1995	Incierto
	Tannos Selbu	Consulta relativa a la traducción de una novela	Llamadas y cartas en otoño de 1999	Probablemente noviembre de 1991
Enfermera Sonja Vasrey Johnsen, Elverum	Grete Harborg (según su viudo Tannos Selbu)	Buena amiga	Varios sitios, desde 1975 hasta 1999	1999 (3 días antes de la muerte de G. Harborg)
	Turid S. Oksoy	Enfermera, por el nacimiento de gemelos	1998	Incierto
	Frode Benonisen	Ex novio y buen amigo	Tromsø 1992	Incierto

Yngvar echó una ojeada al papel.

—Ya era hora —comentó Yngvar—. Alguna conexión tenía que haber entre esta gente, pero...

Estudió el papel durante varios minutos.

—Supongo que podemos olvidarnos de esta Sonja Værøy Johnsen —dijo finalmente—. El fontanero tampoco parece demasiado interesante. ¿Por qué pone dirección desconocida en el caso de Karsten Åsli? ¿No está empadronado en ningún sitio?

—No, pero se trata de la infracción más común que cometemos los noruegos: la de no notificar a las autoridades cuando nos mudamos. La ley establece que tiene que hacerse en un plazo de ocho días, pero muchos no se toman la molestia. No nos ha dado tiempo a investigarlo más a fondo.

Yngvar dobló la hoja y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Hacedlo. Me quedo con esto hasta que me des mi copia, ¿vale?

Sigmund se encogió de hombros.

—Quiero la dirección de Ásli —le indicó Yngvar—. Y quiero saber algo más de este fotógrafo, y del ginecólogo. Además quiero... —Dio una calada al puro y se levantó de la silla. Mientras cerraba con llave la puerta tras él, le dio unas palmaditas en la espalda a su colega—. Quiero que averigües lo máximo posible sobre estos tres —dijo—. El monitor de jóvenes, el fotógrafo y el ginecólogo. Edad, pasado familiar, ficha policial... Todo. Oye y...

Sigmund Berli lo miró con la mano sobre el pomo de la puerta de su propio despacho.

—Gracias —dijo Yngvar—. Te lo agradezco. Buen trabajo.

—Sabes muy bien cómo tratarla —observó Inger Johanne por lo bajo—. Le gustas. Normalmente le importa un pepino el resto de la gente, la gente que no conoce bien, quiero decir.

—Es una niña realmente peculiar —dijo Yngvar y arrojó con el edredón a Kristiane, *Sulamit* y *El Rey de América*.

Inger Johanne clavó en él los ojos.

—Una niña peculiar y maravillosa —se apresuró a añadir él—. ¡Es increíblemente avispada!

—Eso no es precisamente lo primero que suele decir la gente de ella, pero tienes razón. Para sus cosas es avispada y rápida, aunque no es algo que se note siempre a primera vista.

Yngvar llevaba puesta una camiseta de ella, de los New England Patriots, azul, con un enorme 82 delante y detrás y las letras VIK estampadas en blanco en la parte superior de la espalda. Había venido directamente desde el trabajo y cuando le pidió permiso para ducharse no la miró a los ojos. Por toda respuesta, Inger Johanne fue a buscar una toalla y la camiseta de fútbol americano que a ella le venía demasiado grande. Él la desplegó ante sí y se echó a reír.

—Warren opina que yo podría haber sido un buen jugador —dijo.

—Warren opina tantas cosas... —dijo Inger Johanne, poniendo los platos sobre la mesa—. Serviré la comida dentro de quince minutos, así que vas a tener que darte un poco de prisa.

El documento estaba algo sucio y lleno de anotaciones que no entendía, pero no era difícil leer el contenido de las casillas. Él, sentado junto a ella en el sofá, se inclinaba sobre el papel que ella se había puesto sobre la rodilla más cercana a Yngvar y que le rozaba el muslo de vez en cuando. Cada uno sujetaba una taza humeante.

—¿Encuentras algo interesante? —preguntó él.

—No mucho, aparte de que estoy de acuerdo en que el vínculo con la enfermera no parece muy importante.

—¿Porque es mujer?

—Quizá, sí. Ni tampoco el vínculo con el fontanero, a no ser que... —Un escalofrío la hizo llevarse las manos a la nuca: el fontanero vivía en Lillestrøm.

«Concéntrate —pensó—. Obviamente no es más que una casualidad. En Lillestrøm vive mucha gente, está muy cerca de Oslo. Este fontanero no tiene nada que ver con el caso de Aksel Seier. ¡No le des más vueltas!» .

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Nada —murmuró ella—. Solo que ando investigando otro caso, un viejo caso criminal de... Olvidalo, realmente no tiene nada que ver con esto. Seguramente podemos dejar a un lado al fontanero.

—Eso pienso yo también —asintió él—. Estamos de acuerdo, pero ¿por qué?

—No estoy segura. —Su dedo se deslizó de nuevo por encima de la hoja y se detuvo en la columna señalada como «CONTACTOS»—. Quizá porque con quien ha tenido contacto ha sido con los padres, y no con las madres. Es el único que ha tenido contacto exclusivamente con los padres. Tønnes Selbu, el padre de Emilie. Lasse Oksoy, el padre de Kim. Por alguna razón tiendo a pensar que este caso tiene que ver con las madres. O... no sé... Mira: ha ayudado a Tønnes Selbu a traducir una novela y ni siquiera se han visto. Un vínculo bastante débil.

—Es curioso que hable con un fontanero sobre una novela —murmuró Yngvar mirando la taza.

—Quizá la novela trata de un técnico en fontanería —aventuró ella—. Quién sabe. ¡Pero mira esto! ¡23 de julio de 1991!

—¿Qué? ¿Dónde?

—Lena Baardsen ha declarado que fue novia de Karsten Åsli en 1991. La relación tiene que haberla marcado profundamente para que se acuerde de la fecha de la última vez que lo vio, ¡a pesar de que fue hace casi diez años, el 23 de julio de 1991! ¿Tú te acuerdas de este tipo de cosas?

Él estaba sentado demasiado cerca; ella sentía su respiración contra el cuello, percibía su aliento que olía a café con leche. Enderezó la espalda.

—La verdad es que nunca he estado con nadie que no sea mi mujer —reconoció él—. Éramos novios desde el bachillerato, así que... —Sonrió, y ella ya no pudo continuar ahí sentada—. La verdad es que sobre ese tipo de cosas no sé gran cosa. —La siguió con la mirada mientras ella se dirigía a la cocina—. En todo caso, creo que es más típico de las mujeres acordarse de ese tipo de detalles.

Cuando Inger Johanne volvió, sin haber ido a buscar nada en realidad, se sentó en la silla al otro lado de la mesa de cristal. Él la contemplaba con expresión impenetrable.

Ella no lo entendía. Por un lado el hombre demostraba un interés por ella que a veces la agobiaba y que no podía obedecer exclusivamente a motivos profesionales. Esto se evidenciaba en la perseverancia con que la había

perseguido: primero prácticamente la había obligado a ir a su despacho, luego la había localizado en Estados Unidos y finalmente la había ido a buscar al ICA. Vaya sitio. Era obvio que estaba interesado, pero como nunca seguía adelante, nunca hacía otra cosa que venir, buscarla, hablar, la hacía sentirse... « Como una tonta —pensó ella—. No te entiendo. Te invito a comer, andas por mi casa, con mi camiseta, que lleva mi nombre. Arropas a mi niña con el edredón. Te dejo estar con mi niña, Yngvar. ¿Por qué no pasa nada?» .

—Me parece curioso —dijo— recordar una fecha como esa.

La hoja estaba entre ellos.

—Siempre he desconfiado de los fotógrafos —sonrió Yngvar—. Retuercen la realidad y luego dicen que eso es lo auténtico.

—Y yo no me fio de los ginecólogos —dijo ella sin mirarlo—. A menudo son incapaces de mostrar la más elemental comprensión hacia las personas. Los varones son los peores.

Los dos se rieron. A él no parecía molestarle que ella se hubiera sentado más lejos. El hombre, por el contrario, se acomodó mejor, como si en realidad le resultara agradable tener todo el sofá para sí solo.

—¿Habéis averiguado algo más respecto a la causa de la muerte de Kim y de Sarah?

—No. —Se bebió lo que le quedaba en la taza.

—Si damos por supuesto que realmente hay una causa de muerte —dijo Inger Johanne—, entonces...

—¡Claro que hay una causa de muerte! ¡Estamos hablando de dos niños sanos y fuertes!

Cuando fruncía el ceño parecía mayor. Mucho mayor. Que ella.

—¿Crees que los puede haber... matado de miedo o algo así?

—No, no lo creo. ¿Crees que eso es posible? ¿Matar de miedo a personas que tienen el corazón sano?

—No tengo la menor idea, pero si un hombre ha encontrado una manera de matar gente sin dejar huella... —Inger Johanne volvió a sentir frío en la nuca. Se llevó las manos a la cabeza y se pasó los dedos por el pelo—. Eso quiere decir que ha alcanzado el control total, cosa que encaja bastante bien con su perfil.

—¿Qué perfil?

—Espera.

Ella tenía la vista en la hoja, que estaba colocada de tal modo que Yngvar podía leerla cómodamente pero ella la veía al revés. Tenía un dedo levantado, como pidiendo un silencio absoluto para acabar de dar forma a una idea.

—Este hombre es un... vengador —dijo haciendo un esfuerzo—. Tiene un trastorno de la personalidad antisocial grave o es psicópata. Hace lo que hace porque cree que es lo correcto, lo justo. Cree que tiene derecho a algo. A algo que nunca ha tenido. O a algo que le han arrebatado. Algo que cree suyo. Está

apoderándose... ¡de lo que es suyo!

Su dedo era como un signo de exclamación entre ellos. El semblante de Yngvar permanecía imperturbable.

—¿Crees que... el asesino es en realidad el padre de estos niños? —inquirió ella.

Le temblaba la voz. Ella misma se dio cuenta y carraspeó. Yngvar estaba pálido.

—No —dijo él por fin—. No lo es.

El dedo de Inger Johanne descendió lentamente.

—Lo habéis comprobado —dijo, desalentada—. Los niños son hijos de sus padres legales.

—Sí.

—Deberías habérmelo dicho —le recriminó—, ya que quieres que te ayude.

—Es que todavía no había llegado a eso. Sabemos que Emilie tiene un padre biológico que no es Tønnes Selbu. Pero creemos que él no lo sabe. En cuanto al resto de los niños... —Se reclinó tranquilamente en el sofá y abrió ligeramente los brazos—. Todo indica que las paternidades están en orden.

Inger Johanne no despegaba la mirada de la hoja. *El Rey de América* gimoteaba al otro lado de la puerta cerrada de Kristiane, pero Inger Johanne no se levantó. Los gañidos sonaban cada vez más fuerte.

—¿Quieres que...? —empezó Yngvar.

—Ayer tuve aquí una especie de fiesta de chicas —lo interrumpió ella—. Acabamos un poco achispadas todas.

Jack había empezado a aullar.

—Si quieres lo dejo salir —dijo Yngvar—. Seguro que tiene que hacer pis.

—Todavía no está educado del todo —se lamentó ella—. Lo único que quiere es compañía. Ahora Kristiane se va a despertar. Estamos apañados.

Yngvar dejó salir al perro del dormitorio de la niña, y este se orinó en el suelo. Yngvar fue a buscar un cubo y un trapo. Poco después todo el salón olía a Ajax. El hombre regresó del baño con el perro en brazos.

—¿Una fiesta? —preguntó con alegría fingida—. ¿Un miércoles?

—En realidad es una especie de tertulia literaria, con la salvedad de que casi nunca tenemos tiempo para leer, al menos los mismos libros. Pero llevamos reuniéndonos desde que íbamos al instituto, una vez al mes. Y como te he dicho acabamos un poco...

Se ruborizó. No era porque hubiera bebido demasiado la noche anterior; seguro que a Yngvar le daba igual lo que ella hiciera. Él se ponía cómodo en su casa y se sentaba con su perro en brazos, en su sofá. Todavía tenía las manos mojadas con su agua y sus productos de limpieza.

—Ya entrada la noche, una se empeñó en preguntarnos a las demás con cuántos hombres nos habíamos...

Yngvar nunca había estado más que con su mujer. Inger Johanne no creía haber conocido nunca a ningún otro hombre que pudiera decir lo mismo.

«¿Estás hablando en serio? —pensaba ella—. ¿O es solo otro truco para impresionar, una manera de hacerte el especial?» .

—... acostado —continuó.

—Ahora no te...

—¿No me sigues? —Se arrepintió de haber sacado el tema—. Estoy intentando decir algo —añadió rápidamente—. Hubo mucha guasa y muchas risas, claro. De vez en cuando las amigas en las fiestas juegan a eso. Más o menos como cuando los chicos tienen que nombrar los cinco mejores álbumes de rock de la historia, los diez mejores delanteros y cosas así.

Yngvar tenía los muslos anchos, y *El Rey de América* estaba tumbado sobre ellos con la boca abierta y los ojos cerrados, tan a gusto.

—Creo que todas mentimos un poco. La cosa es que...

—¡Ahora sí que me tienes en ascuas!

Las palabras eran sarcásticas, la voz amable. Ella no sabía qué pensar.

—Omitimos nombres —dijo—. Todos tenemos alguna historia que no queremos confesar.

Él apartó la mirada del perro y la miró directamente a los ojos.

—Bueno, no todos —rectificó, señalando la mesa del comedor como si quisiera dejar claro a quién se refería—. Pero nosotras sí, las que estábamos aquí ayer omitimos nombres. En nuestra vida nos hemos liado con hombres que al poco tiempo hemos descubierto que no nos gustaban. A veces incluso nos resulta desagradable recordar que hemos... estado con alguien en particular. Luego pasa el tiempo y se nos olvida todo el asunto, consciente o inconscientemente. Aunque normalmente hay algún nombre almacenado en la corteza cerebral, no lo mencionamos, ni siquiera a las mejores amigas.

Él dejó al cachorro con cuidado en el suelo y este empezó a gimotear, ansioso por volverse a subir. Yngvar lo apartó con decisión y se acercó la hoja de papel que estaba sobre la mesa. El perro se encaminó al rincón con aire compungido y allí se echó, dejándose caer con un golpe seco.

—Aquí solo hay un «novio» —señaló Yngvar—. Karsten Åsli. Hay otra que lo ha nombrado como amigo, bueno, como exámino, en realidad. ¿Piensas entonces que este Åsli puede haber estado con varias de las madres?

—No necesariamente. Puede ser cualquier otro, alguien al que nadie nombra, bien porque han reprimido todos sus recuerdos sobre el tipo, bien porque no quieren admitir que...

—Pero supongo que las madres comprenden la gravedad del asunto —la interrumpió él—. Saben lo importante que es que digan la verdad, que las listas que les pedimos estén bien.

—Sí —asintió ella—. No digo que estén mintiendo, sino que quizás estén

reprimiendo el recuerdo. ¿Te apetecería tomar una copa? ¿Un whisky? ¿Un *gin-tonic*?

Él consultó el reloj automáticamente, como si no pudiera aceptar una copa sin antes mirar qué hora era. Quizás Inger Johanne había acertado, quizá nunca bebía.

—Tengo que conducir —contestó él, vacilante—, así que no, gracias, aunque es una oferta tentadora.

—Puedes dejar aquí el coche —dijo ella, y acto seguido se apresuró a añadir—: No pretendo presionarte. Yo no sé si estas señoras han tenido algún novio en común, simplemente estoy jugando con la idea. Hay algo en la furia que destilan los crímenes de este hombre, en la amargura, en la maldad... Es más fácil imaginarse que algo así obedece al rechazo de una mujer, de varias mujeres, quizá de todas las mujeres, que pensar que el tipo actúa movido por sus problemas con... Hacienda, por ejemplo.

—Pues no estás tan segura —dijo Yngvar—. En Estados Unidos...

—En Estados Unidos hay ejemplos de gente que mata porque les han servido una hamburguesa fría —repuso Inger Johanne—. Pero creo que deberíamos atenernos a las condiciones de por aquí.

—¿Qué pasó en realidad entre Warren y tú?

Inger Johanne se sorprendió de que la pregunta no la turbase más. Desde que Yngvar le había desvelado que conocía a Warren ella había estado esperando que él se la formulara, pero como se hacía esperar supuso que el asunto no le interesaba, cosa que la alegraba y la decepcionaba al mismo tiempo. No quería hablar de Warren, pero que Yngvar no le hubiera preguntado por él antes podía ser indicio de una indiferencia que no le gustaba del todo.

—No quiero hablar de Warren —dijo tranquilamente.

—No pasa nada. Si te he ofendido de algún modo, lo siento mucho, no era mi intención.

—No me has ofendido —replicó ella, forzándose a sonreír.

—Creo que al final me voy a tomar esa copa.

—¿Cómo vas a llegar a casa?

—En taxi. ¿Puedo pedirte un *gin-tonic*?

—Ya te he dicho que sí.

Los cubitos de hielo tintineaban en las dos copas que Inger Johanne trajo de la cocina.

—Lo siento, pero no tengo limón —dijo—. Warren me traicionó, profesional y sentimentalmente. Como yo era muy joven, le di más importancia a lo segundo, pero ahora estoy más enfadada por lo primero. —Tomó un sorbo e hizo una mueca. Había puesto demasiada ginebra—. Aunque, a decir verdad, hace siglos que no pienso en ello. Y como te he dicho, no quiero hablar de ello.

—¡Chinchín! En otra ocasión, quizás. —Alzó su copa y bebió.

—No —dijo ella—. No quiero hablar de ello. No quiero ahora ni querré otro día. Para mí Warren no existe ya.

El silencio que se impuso, por alguna razón inexplicable, no resultaba embarazoso. Unos preadolescentes estaban armando jaleo en el jardín. Habían entrado para recoger un balón de fútbol. Aquel barullo tan veraniego los hizo sonreír, aunque no se miraron al hacerlo. Eran ya más de las nueve y media. Inger Johanne sintió que la ginebra se le subía a la cabeza. Aunque solo había tomado un trago, notó un mareo ligero y agradable. Dejó la copa sobre la mesa y se relajó.

—Si jugamos con la idea de que estamos buscando a un exnovio —dijo—, o a alguien que hubiera querido ser novio de alguna de estas madres, entonces la nota encaja bastante bien: « Ahí tienes lo que te merecías ». No hay forma más cruel de hacer daño a una madre que quitándole un hijo.

—Tampoco hay forma más cruel de hacer daño a un padre.

Inger Johanne lo miró algo desconcertada y entonces comprendió.

—Ay ... Lo siento muchísimo. Perdóname, Yngvar, no he pensado en que...

—No tiene importancia, la gente tiende a olvidarse. Supongo que es por lo... grotesco que fue el accidente. Tengo un compañero que perdió un hijo en un accidente de tráfico hace cerca de un año, y todo el mundo habla con él de eso. Es como si resultara más fácil enfrentarse a un accidente de tráfico. En cambio, que alguien se mate al caerse de una escalera y mate también a su madre en la caída es el tipo de cosa que... —Sonrió forzosamente y tomó un sorbo de su copa—. El tipo de accidente que aparece en las novelas de John Irving, así que nadie dice nada. En realidad no importa. Te he interrumpido en medio de un razonamiento.

Ella no quería continuar, pero algo en la mirada de Yngvar la impulsó a decir de todos modos:

—Pongamos que estamos hablando de un hombre aparentemente normal. Guapo, quizás atractivo. A lo mejor es encantador y tiene facilidad para establecer contacto con mujeres. Como es muy manipulador, consigue retenerlas durante un tiempo, pero no mucho. Hay algo malo en él, algo inmaduro y muy egocéntrico que, combinado con las paranoias que no tardan en salir a la luz, hace que las mujeres lo rehúyan. Fracaso tras fracaso. Él no piensa que sea culpa suya, él no hace nada malo. Son las mujeres las que lo traicionan, son astutas y calculadoras, no se puede confiar en ellas. Entonces le pasa algo.

—¿Como qué?

Yngvar estaba a punto de acabarse la copa, e Inger Johanne no sabía si ofrecerle otra o no, así que prosiguió:

—No lo sé. ¿Otro rechazo más? Quizá. Probablemente algo más serio, algo que hace que se le crucen los cables del todo. El tipo que fue visto en Tromsø... ¿Habéis averiguado algo más sobre eso?

—No, no se ha presentado nadie más a declarar. Eso puede significar que fuera nuestro hombre, pero también puede que fuera otro, alguien que no tiene nada que ver con este caso, pero que quizás estaba haciendo algo que no tiene muchas ganas de contarle a la policía. Puede ser algo tan inocente como una visita a casa de una amante, así que en realidad no hemos avanzado mucho.

—El caso Emilie lo complica todo —dijo ella—. ¿Quieres más?

Él se quedó mirando su vaso durante un buen rato. Los cubitos de hielo se habían fundido. De pronto, él apuró el vaso y dijo:

—No, gracias. Sí, Emilie es un misterio. ¿Dónde está? Como la madre lleva más de un año muerta, dudo que se pueda pensar que el secuestro de la niña sea un ataque contra ella. Tu teoría hace agua.

—Sí...

No lo decía muy convencida.

—No la han devuelto como al resto de los niños, o por lo menos no se la han devuelto al padre, pero ¿habéis comprobado...?

Las miradas se encontraron.

—El cementerio —dijo él en voz baja, casi susurrando—. Puede habérsela devuelto a su madre.

—Sí. ¡No!

Inger Johanne se tapó las manos con las mangas; tenía frío.

—¡Hace ya casi cuatro semanas que desapareció! —exclamó—. ¡Alguien lo habría descubierto! En este período tiene que haber pasado mucha gente por el cementerio de Asker.

—Ni siquiera estoy seguro de que sea allí donde está enterrada Grete Harborg —dijo él con la respiración entrecortada—. Joder. ¿Por qué no hemos pensado en eso?

Yngvar se levantó de repente y apuntó con un gesto interrogativo en dirección al despacho de Inger Johanne.

—Llama, llama —dijo ella—. Pero quizás ahora sea un poco tarde para averiguar esto, ¿no?

—Demasiado tarde —dijo él cerrando la puerta a sus espaldas.

Se habían sentado en la terraza. Así lo había querido él. Pasaba de la medianoche y los vecinos por fin habían mandado a sus hijos a la cama. Se percibía un leve olor a carne asada a la parrilla proveniente del este. La dirección del viento resultaba cómoda, el ruido de los coches en la autopista era un rumor lejano. Sobre las once, Inger Johanne le había ofrecido un saco de dormir cuando fue a buscar un edredón para sí. Él había dicho que no, pero al final había accedido a taparse los hombros con una mantita. Estaba claro que tenía frío: movía los muslos regularmente y, de vez en cuando, se echaba el aliento en las manos para calentárselas.

—Una historia fascinante —comentó él comprobando por cuarta vez que tenía el móvil encendido—. Les he pedido que llamen a este número, para que no... —Señaló hacia el interior de la casa, donde Kristiane dormía profundamente.

Inger Johanne le había hablado de Aksel Seier. En realidad estaba sorprendida de no habérselo contado antes. En menos de una semana, Yngvar y ella habían pasado juntos un día, una larga velada y una noche en vela. Varias veces había estado a punto de contarle la historia, pero algo se lo había impedido, quizá su reticencia a mezclar sus diferentes intereses laborales. Yngvar aún llevaba su camiseta. La había estado escuchando con interés, y sus preguntas, breves y escasas, siempre eran pertinentes, tenían profundidad. Ella habría debido contárselo antes. Por alguna razón había evitado hablar de Asbjørn Revheim y Anders Mohaug, ni había mencionado siquiera su excursión a Lillestrøm. Era como si primero quisiera pensarlo hasta el final.

—¿Crees que...? —dijo pensativa—. ¿Crees que la fiscalía noruega a veces cae en...?

Casi daba la impresión de que no se atrevía a pronunciar la palabra.

—¿En la corrupción? —la ayudó él—. No. Si con eso te refieres a la posibilidad de que la fiscalía aceptara dinero a cambio de contribuir a que un caso acabe de determinada manera, creo que está casi descartada.

—Eso me tranquiliza mucho —dijo ella secamente.

Sobre una pequeña mesa entre ellos había un termo de té con miel. La tapa silbaba de un modo irritante, y ella intentó cerrarla bien.

—Pero hay muchas formas de debilidad humana —dijo él aferrándose a la taza para calentarse—. La corrupción resulta casi impensable en este país, por muchos motivos. En primer lugar, es algo ajeno a nuestra tradición. Quizá suene extraño, pero la corrupción presupone en realidad una especie de tradición nacional. En muchos países africanos, por ejemplo...

—¡Cuidado con lo que dices!

Los dos se rieron.

—Hemos visto ejemplos de corrupción a muy alto nivel en Europa estos últimos años —le recordó Inger Johanne—. Bélgica. ¡Francia! No queda tan lejos, no tienes por qué irte a África.

—Tienes razón —admitió Yngvar—. Pero estamos en un país muy pequeño, muy transparente. El problema no es la corrupción.

—¿Cuál es entonces el problema?

—La incompetencia y el prestigio.

—Vaya.

Ella se dio por vencida con el termo, que seguía emitiendo un ruido bajo y siseante. Yngvar abrió la tapa del todo y vertió lo que quedaba del té en su taza. Luego dejó la tapa a un lado y preguntó:

—¿Adónde quieres llegar?

—Yo... ¿Es posible que Aksel Seier, en su momento, fuera condenado a pesar de que había alguien en el sistema que de hecho sabía que era inocente?

—Fue juzgado por un tribunal —dijo Yngvar—. Un tribunal está formado por diez personas. Me cuesta mucho creer que diez personas se hayan puesto de acuerdo para hacer algo tan ruin sin que nunca haya salido a la luz en todos estos años.

—Sí, pero las pruebas fueron presentadas por la fiscalía.

—Por supuesto. ¿Quieres decir que...?

—En realidad no quiero decir nada. Te pregunto si crees que es posible que la policía y el fiscal en 1956 se aliaran para conseguir que condenaran a Aksel Seier por un crimen que sabían que no había cometido.

—¿Sabes quién era el fiscal del caso?

—Astor Kongsbakken.

Yngvar se apartó la taza de la boca y se echó a reír.

—A juzgar por los recortes de periódico, estaba profundamente implicado en el caso, por decirlo con suavidad —continuó Inger Johanne.

—¡Me lo imagino! Soy demasiado joven para...

Ahora Yngvar sonrió de oreja a oreja y la miró directamente a la cara. Ella fijó la vista en una mancha de té en el edredón y se arrebujó en él.

—Soy demasiado joven para haberlo conocido en los tribunales —prosiguió él—. Pero era legendario. Digamos que era el equivalente en la fiscalía de Alf Nordhus. Comprometido y muy eficiente. A diferencia de algunos de los grandes abogados defensores, Kongsbakken sabía cuándo capitular. No recuerdo muy bien qué fue de él.

—Debe de haber muerto hace mucho —aventuró ella.

—Sí, o está muerto o es más viejo que Matusalén. Y creo que te puedo asegurar una cosa: el fiscal del Estado Kongsbakken nunca habría contribuido a condenar a un inocente.

—Pero en 1965... Cuando soltaron sin más a Aksel y nada...

En el teléfono móvil empezó a sonar una versión digital de *Para Elisa*. Yngvar se lo llevó al oído. La conversación apenas duró un minuto, y él no pronunció más que tres palabras: sí, no y gracias.

—Nada —dijo en voz alta y colgó el teléfono—. Grete Harborg está enterrada en Østre Gravlund, aquí en Oslo, junto a sus abuelos. Tres patrullas de la policía de Oslo han peinado la zona que rodea la tumba. Nada. Ni paquetes misteriosos ni notas. Seguirán buscando mañana, cuando amanezca, pero están bastante seguros de que no hay nada.

—Gracias a Dios —susurró Inger Johanne, que sentía una especie de alivio físico—. Gracias a Dios. Pero...

Él la miró. En la oscuridad de la noche sus ojos parecían oscuros, casi negros.

Debería haberse afeitado. La manta se le había caído de los hombros y, cuando él se dio la vuelta para recogerla, ella vio su propio nombre escrito sobre sus anchas espaldas. Tragó saliva y no quiso mirar el reloj.

—Eso significa que seguimos sin poder estar completamente seguros de que Emilie haya sido secuestrada por la misma persona que asesinó a los otros niños —dijo—. Puede haber sido otra persona.

—Sí —asintió él—. Pero no lo creo. Tú tampoco lo crees. Roguémosle a Dios que no sea así.

La intensidad de la última expresión la sorprendió.

—¿Por qué...? ¿Qué quieres decir?

—Emilie está viva, puede estar viva. Si la ha secuestrado nuestro hombre, cabe suponer que tiene algún motivo para mantenerla con vida. Por eso espero que sea él. Solo tenemos que...

—... encontrarlo.

—Me tengo que ir —anunció Yngvar.

—Supongo que sí —dijo Inger Johanne—. Llamaré un taxi.

Yngvar era un hombre corpulento y hacía tres horas que se había bebido un *gin-tonic*. Lo más probable es que estuviera en condiciones de conducir, y los dos lo sabían.

—Mañana vendré a recoger el coche —dijo él—. Así te traigo también la camiseta, a no ser que quieras que la lave antes.

En la puerta acarició a *Jack*.

Luego se llevó los dedos índice y medio a la frente, a modo de despedida, sonrió y se dirigió al taxi que lo estaba esperando.

Había un hombre acurrucado junto a la pared de una cabaña. Iba bastante abrigado para aquella época del año, pero de todos modos tenía frío: le castañeteaban los dientes, de modo que intentó cubrirse mejor con la chaqueta. No tenía idea de dónde estaba. Los árboles rodeaban un claro frente al pequeño edificio destartado. No era difícil entrar, incluso era posible que la cabaña no estuviese cerrada con llave. Una tenue luz rosa iluminaba el cielo por el este. El hombre tenía que encontrar un sitio donde esconderse, pero en realidad las cabañas de campo no eran lo más inteligente. A las cabañas podía llegar gente, aunque esta en particular daba la impresión de estar deshabitada. Olía a alquitrán viejo y a urinario.

El hombre intentó levantarse, pero las piernas no le respondían. Se tambaleó y comprendió que iba a tener que encontrar pronto algo de comer.

—Comer —murmuró—. Comer.

La puerta parecía estar ahí de adorno; no consistía más que en unas cuantas tablas mal unidas que colgaban de un gozne. Casi se desprendió del quicio cuando él entró.

Estaba oscuro, aún más oscuro que fuera. Alguien había clavado las contraventanas a las ventanas. El hombre avanzó palpando la pared, y su mano dio con un armario. Por suerte tenía un encendedor, aunque hacía mucho que se le había acabado el tabaco y ya estaba notando el síndrome de abstinencia como un fuerte dolor bajo las costillas. Tabaco y comida. Necesitaba tabaco y comida y no tenía la menor idea de cómo lo iba a conseguir. A la luz del mechero consiguió abrir el armario. Estaba vacío, al igual que el siguiente. No había más que telarañas y una radio destrozada.

La cabaña constaba de una sola habitación. Sobre una mesa había una especie de maceta, un cenicero enorme con cuatro colillas. Al agarrar una de ellas le temblaron los dedos. El tabaco estaba tan seco que se salió del papel, y él tuvo que volver a introducir con cuidado las fibras, cosa que le llevó su tiempo porque no le resultaba fácil mantener abierto el hueco. Cuando por fin encendió el cigarro, se relajó. Después de fumarse cuatro colillas se le había pasado un poco el hambre, pero se había mareado. Así estaba mejor. Se hizo un ovillo

debajo de la mesa y se quedó dormido.

Era como si la cría hubiese decidido morirse, él no entendía por qué. Le daba suficiente comida, suficiente agua, suficiente aire. Le daba todo lo que necesitaba para mantenerse con vida, pero ella no hacía más que quedarse ahí tirada. Había dejado de contestar cuando él se dirigía a ella, cosa que lo irritaba mucho. Era de muy mala educación. Como el hombre no soportaba el olor de la cría, había agarrado un par de calzoncillos viejos y les había cosido la bragueta. No podía comprar un par de braguitas de niña sin llamar la atención, puesto que en el pueblo lo conocía todo el mundo. Claro que habría podido ir a la ciudad, pero era mejor jugar sobre seguro. Había jugado sobre seguro todo el tiempo. Nunca lo encontrarían, y él no quería estropearlo todo despertando las sospechas de alguien al comprar braguitas de niña pese a no tener hijos. La gente estaba completamente histérica, en todas partes se hablaba de lo mismo: en la cooperativa, en la gasolinera de Bobben... En el trabajo podía ponerse los auriculares y aislarse de todo, pero durante la pausa de la comida no le quedaba más remedio que escuchar sus tonterías. En un par de ocasiones había engullido su bocadillo junto a la sierra, pero entonces el jefe se había acercado para preguntarle qué le pasaba. La comida era sagrada para todo el mundo, había que tomarla en el barracón. Así era la cosa, de modo que él había sonreído y lo había seguido.

Cuando hacía un par de días le había ordenado a la niña que se levantara de la cama y se lavase, ella estaba rígida como un robot, pero lo hizo. Fue renqueando hasta el lavabo, se quitó toda la ropa hasta quedarse desnuda, se lavó con los trapos que él le había traído y se puso las bragas limpias: verdes, desgastadas y con un descarado elefante en la parte delantera. Él se había reído. Las bragas le venían grandes a la cría, que tenía una pinta completamente ridícula cuando se volvió hacia él. Flaca y pálida, sujetaba la trompa de tela con la mano derecha.

Después él le había lavado la ropa. La había metido en la lavadora y le había echado suavizante durante el aclarado. Es cierto que le dio pereza plancharlo todo, pero ella podría haberse mostrado más agradecida de todos modos. En cambio, seguía ahí tumbada con solo los calzoncillos puestos. Su ropa estaba apilada junto a la cama, cuidadosamente doblada.

—Oye —la llamó él en tono hosco desde la puerta—. ¿Sigues viva?

No hubo respuesta.

La criaja de mierda no le quería responder.

Le recordaba a una niña que iba a su colegio. Estaban montando una obra de teatro y la madre de él iba a venir a verla. Le había confeccionado el vestuario. Él hacía de oca salvaje y decía solo un par de líneas. El traje no estaba demasiado bien: las alas estaban hechas de cartón, y una de ellas estaba bastante estropeada. Los demás se rieron. La niña guapa representaba el papel de cisne. Las plumas formaban un aura alrededor de ella, plumas blancas como la nieve hechas de papel de seda. Se tropezó con algo y se cayó del escenario.

La madre no apareció, él nunca supo por qué. Cuando llegó a casa, ella estaba sentada a la mesa de la cocina, leyendo. Ni siquiera lo miró cuando él le dio las buenas noches. La abuela le había dado una rebanada de pan con mantequilla y un vaso de agua. Al día siguiente lo obligó a ir al hospital a visitar al cisne y a pedirle perdón.

—Oye —dijo el hombre otra vez—. ¿Me vas a responder?

Algo se movió levemente bajo el edredón, pero no se oyó el más leve sonido.

—Ándate con cuidado —le advirtió él entre dientes y cerró de un portazo.

El cuarto estaba completamente a oscuras.

Emilie sabía que no se había quedado ciega. El señor había apagado la luz.

Papá habría ya dejado de buscarla, quizás hubieran celebrado ya el funeral.

Seguramente ella estaba ya muerta y enterrada.

—Mamá —dijo con voz ahogada.

El viernes por la mañana Kristiane se despertó con fiebre, o mejor dicho, no se despertó. Cuando Inger Johanne se levantó a las ocho y diez, después de que los ladridos de *Jack* la arrancaran del sueño, la niña seguía durmiendo, con la boca abierta. Tenía mal aliento, los mofletes rojos y la frente caliente.

—Duele —murmuró cuando Inger Johanne la despertó—. Sed en la tripa.

En realidad a Inger Johanne le venía bien quedarse en casa. Se puso un chándal viejo, llamó al trabajo para avisar y marcó el número de teléfono de su madre.

—Kristiane se ha puesto mala, mamá. No podemos ir esta noche.

—Cuánto lo siento. ¡Es una lástima! Había conseguido un salmón marinado estupendo, ya sabes que tu padre conoce a... ¿Quieres que vaya a cuidarla?

—No, no hace falta. Bueno, la verdad...

Inger Johanne necesitaba pasar un día en casa. Quería hacer un poco de limpieza para el fin de semana, quizás arreglar una de las sillas de la cocina que se había descuajaringado un poco bajo el peso de Yngvar. Kristiane era una niña muy peculiar. Se recuperaba a base de dormir, literalmente. La última vez que contrajo la gripe durmió durante cuatro días seguidos, hasta que un día se levantó a las dos de la mañana y anunció:

—Sana. Sanamanzana.

Inger Johanne se podría aplicar por fin la mascarilla para el pelo que le había dado Line. Podría quedarse en la bañera tranquilamente, pero había un par de cosas que tenía que hacer antes del fin de semana.

—¿Podrías venir más tarde? —le pidió a su madre—. ¿A eso de... las dos?

—Claro que puedo, mi vida, con lo bien que se porta Kristiane cuando está enferma. Me llevo un bordado y una película de vídeo que me trajo el otro día tu hermana, una película vieja que dice que me va a gustar. *Magnolias de acero*, con Shirley McLaine y...

—Mamá, tengo aquí un montón de vídeos.

—Ya, pero es que tienes un gusto tan... especial...

Inger Johanne cerró los ojos.

—¡No tengo un gusto nada raro! Tengo películas de...

—Que sí, cariño, que tienes un gusto un poco peculiar, deberías admitirlo. ¿Te has cortado ya el pelo? Tu hermana está estupenda, ha ido con el peluquero ese nuevo tan moderno, el de la calle Prinsen, se llama... —La madre se rio—. Bueno, él es un poco... Es bastante normal que los peluqueros lo sean. Pero Dios, qué bien ha dejado a Marie.

—Seguro que sí. ¿Vienes entonces a las dos?

—A las dos en punto. ¿Quieres que compre algo de comer para las tres?

—No hace falta, tengo una sopa de verduras en el congelador. Es lo único que consigo que coma Kristiane cuando está enferma. Hay suficiente para nosotras también.

—Muy bien. ¡Hasta luego!

—Nos vemos.

El agua de la bañera estaba exactamente dos grados demasiado caliente. Inger Johanne se reclinó contra el cojín de plástico y aspiró el vapor a grandes bocanadas. Limón y camomila de una botella cara que Isak le había traído de Francia. Él le compraba un regalo siempre que viajaba al extranjero. Inger Johanne no entendía del todo por qué, pero le resultaba agradable. Su extenia buen gusto y mucho dinero.

—Yo también tengo buen gusto —murmuró.

Había tres toallas colgadas de las perchas. Una de ellas tenía un gran dibujo del Niño Tigre, las otras dos estaban rosa pastel de tanto lavarlas.

—Toallas nuevas —se dijo, tomando nota mental—. Hoy.

Las amigas le tenían envidia por su madre. Line la adoraba. «Es tan buena —decían las otras chicas—, te ayuda en lo que sea. ¡Está siempre enterada de todo! Lee y va al cine y al teatro, ¡y cómo viste!».

En efecto, su madre era buena. Demasiado buena. Era general de un ejército al servicio del bien, visitaba a presos en las cárceles y la habían nombrado miembro de honor en varias ONG, tenía unas manos muy diestras y se le daba francamente mal la comunicación directa. Quizá fuera porque nunca había trabajado fuera de casa. Había consagrado su vida a su marido, sus hijos y su labor humanitaria; una serie infinita de misiones y tareas por las que nunca recibía pago, pero que exigían que adoptase una actitud amable hacia todo y todos. La madre era una diplomática nata. Era prácticamente incapaz de construir una frase que expresase sin tapujos lo que verdaderamente quería decir. «Tu padre está preocupado por ti», por ejemplo, significaba «yo estoy muerta de miedo». «Marie tiene últimamente una pinta estupenda», era el modo de su madre de decir que ella parecía una pordiosera. Cuando la madre le llevaba una pila de revistas de mujer, Inger Johanne sabía de antemano que en ellas se hablaba de la última moda y de veinte maneras de conseguirse un marido.

—Tú tienes un trabajo muy duro —decía la madre, acariciándole un poco el brazo.

Entonces Inger Johanne entendía que los vaqueros, el forro polar y las gafas de hace cuatro años no entusiasmaban precisamente a su madre.

La verdad es que la mascarilla de pelo de Line resultaba bastante agradable. Le producía un ligero cosquilleo en el cuero cabelludo, e Inger Johanne realmente sentía cómo las puntas secas y abiertas absorbían los nutrientes bajo el gorro de plástico. El agua le había teñido la piel de rojo. *Jack* estaba durmiendo, y de la habitación de Kristiane no salía ni un ruido, aunque ella había dejado las puertas abiertas por si acaso.

El libro de Asbjørn Revheim estuvo a punto de caérsele al agua, pero lo atrapó en el aire en el último momento y quitó la taza de café del borde de la bañera para depositarla en el suelo.

El primer capítulo trataba de la muerte de Asbjørn Revheim. A Inger Johanne le parecía un modo bastante curioso de empezar una biografía. No estaba segura de querer leer nada sobre la despedida de Revheim, así que se saltó unas cuantas hojas. El segundo capítulo versaba sobre su infancia en Lillestrøm.

El libro cayó al agua. Ella lo sacó inmediatamente, pero ahora tenía algunas de las hojas pegadas entre sí, por lo que tardó un rato en encontrar el punto en el que se había quedado.

Ahí.

Asbjørn Revheim se había empeñado en cambiarse el nombre ya con trece años. El biógrafo dedicaba página y media a reflexionar sobre el hecho de que una pareja de padres hubiera permitido, en 1953, que un chico tan pequeño renegase del apellido familiar. Pero claro, sus padres tampoco eran como los de la mayoría de los chicos.

Asbjørn Revheim se apellidaba Kongsbakken originalmente. La madre y el padre eran Unni y Astor Kongsbakken: ella era una artesana reconocida que hacía telares, y él un fiscal eminente, por no decir famoso.

El agua se había quedado templada, y a Inger Johanne casi se le había olvidado que tenía que aclararse la mascarilla del pelo. Cuando su madre llegó a las dos, a ella casi no le dio tiempo a decirle que dentro de una hora había que darle a Kristiane media aspirina disuelta en Coca-Cola tibia y que hoy la niña podía beber lo que quisiera.

—Estaré de vuelta sobre la cinco —dijo—. Puedes atar a *Jack* en el jardín. ¡Y muchas gracias por venir, mamá!

Se le olvidó explicarle por qué había puesto a secar un libro entre dos sillas en el salón.

El estado de Alvhild había empeorado. La mujer, de nuevo en la cama, volvía a

despedir el olor a cebolla. La enfermera le advirtió a Inger Johanne que no podía quedarse mucho tiempo.

—Volveré dentro de un cuarto de hora —avisó.

—Hola —dijo Inger Johanne—. Soy yo. Inger Johanne.

Alvhild hacía esfuerzos por abrir los ojos. Inger Johanne acercó la silla y posó con cuidado su mano sobre la de la anciana. Estaba fría y seca.

—Inger Johanne —repitió Alvhild—. Te he estado esperando. Cuéntame.

Tosió secamente intentando darse la vuelta; tenía la cabeza hundida en aquella almohada grande y mullida. Al no conseguirlo, se quedó mirando el techo. Inger Johanne agarró una servilleta de papel de una caja sobre la mesilla y le secó el contorno de la boca.

—¿Quieres un poco de agua?

—No. Quiero que me cuentes lo que has descubierto en Lillestrøm.

—¿Estás segura de que...? Puedo volver mañana, si quieres... Ahora estás demasiado cansada, Alvhild.

—¡Eso creo que me corresponde a mí decidirlo! —Volvió a toser, con una tos bronca y convulsiva—. Cuéntame —ordenó.

Inger Johanne le contó. Hubo un rato en que no estaba segura de si Alvhild estaba despierta, pero luego la mujer sonrió trabajosamente, como para animarla a proseguir.

—Y hoy —dijo finalmente—, hoy he descubierto que Astor Kongsbakken era el padre de Asbjørn Revheim.

—Eso ya lo sabía.

—¿Ya lo sabías?

—Sí. Kongsbakken era una figura destacada en el mundo jurídico de la década de los cincuenta y principios de los sesenta. Se murmuraba mucho sobre lo embarazoso que tenía que ser para él que su hijo escribiera libros como esos. Era... Pero lo que no me imaginaba es que Revheim tuviera algo que ver con el caso de Seier.

—Tampoco es seguro que tenga algo que ver.

Alvhild tenía problemas con la almohada. Quería incorporarse, y su mano buscó a tientas el mando con el que se regulaba la altura de la cama.

—¿Estás segura de que esto te conviene? —preguntó Inger Johanne pulsando con cuidado un botón verde.

Alvhild asintió débilmente y repitió el gesto cuando alcanzó la altura deseada. El sudor le perlaba las arrugas de la frente.

—Cuando se publicó *Frío febril* en...

—En 1961 —dijo Inger Johanne, que había conseguido leerse la mayor parte de la biografía.

—Puede ser. Se armó un buen lío. No tanto por los detalles pornográficos, como quizá por los violentos ataques a la Iglesia. Debe de haber sido el mismo

año en que Astor Kongsbakken dejó la Fiscalía General y pasó al ministerio. Era... —Alvhild se esforzó por tomar aliento—. Agua en los pulmones —explicó, sonriendo débilmente—. Espera un momento.

La enfermera había vuelto.

—Se lo digo en serio. —Los grandes pechos saltaban ligeramente al ritmo de las palabras—: Esto no le viene bien a Alvhild.

—Astor Kongsbakken —jadeó Alvhild con dificultad— era amigo de mi jefe. El que me pidió que...

—Márchese —ordenó la enfermera señalando la puerta y preparando una jeringuilla con dedos hábiles.

—Me voy —dijo Inger Johanne—. Ya me voy.

—Estudiaron juntos —susurró Alvhild—. Vuelve a verme, Inger Johanne.

—Sí —prometió Inger Johanne—. Volveré cuando estés mejor.

La mirada de la enfermera le dio a entender que tendría que esperar sentada.

Cuando Inger Johanne volvió a casa, olía a limpio. Kristiane seguía durmiendo. El salón estaba recién ventilado, y las cortinas descorridas. Incluso la estantería estaba ordenada; los libros que ella había colocado a toda prisa en horizontal sobre los otros estaban ahora en su sitio. El considerable montón de periódicos viejos que había junto a la puerta de la entrada había desaparecido. Al igual que *Jack*.

—A tu padre le apetecía dar un paseo —dijo su madre—. No hace mucho que se han ido. Las cortinas necesitaban un lavado, la verdad. Y aquí...

Le dio la biografía de Asbjørn Revheim. Tenía las hojas algo arrugadas como si fuese un libro usado, pero estaba entero y completamente seco.

—He usado el secador —le informó su madre, sonriendo—. La verdad es que ha tenido su gracia ver si conseguía salvarlo. Y además... —Hizo un movimiento casi imperceptible con la cabeza y enarcó una ceja—. Ha venido un hombre. Un tal Yngvar Stubø. Ha dejado una camiseta que claramente era tuya porque ponía Vik en la espalda. ¿Se la habías prestado tú? ¿Quién era? Por lo menos podría haberla lavado, me parece a mí.

El forense estaba solo en la sala. Era ya domingo 4 de junio e iba terriblemente retrasado en el trabajo. Frisaba los sesenta y cinco años y tenía la sensación de estar retrasado en muchas cosas. Aunque toda la vida se había conformado con malas condiciones de trabajo, demasiado quehacer y un sueldo que a su juicio no era proporcional a lo agotadora que resultaba su labor, ahora empezaba a perder la paciencia. Su profesión nunca lo había llenado mucho, y ahora que se aproximaba a la edad de la jubilación hubiera deseado que al menos hubiese estado mejor remunerada. Ganaba algo menos de seiscientos mil coronas al año, incluidas las clases y todas las horas extra. Ya había dejado de contarlas. Su mujer pensaba que tenían que ser unas mil horas al año. Que a la mayoría de la gente le pareciera que tenía un sueldo impresionante a él lo dejaba indiferente. Su hermano gemelo, que también era médico, se había dedicado a la cirugía. Tenía una clínica privada, una casa en la Provenza y un capital de más de siete millones de coronas según su última declaración de la renta.

El domingo era su día de lectura. En realidad se suponía que su trabajo debía dejarle tiempo para ponerse al día profesionalmente dentro del horario laboral, pero apenas había leído un artículo entre las nueve y las cuatro en los últimos diez años. Había acabado madrugando los domingos por la mañana para echarse a la espalda una mochila con comida y un termo e irse andando al trabajo. Tardaba algo más de media hora.

Cuando terminó de clasificar las revistas y las tesis doctorales en dos montones en el suelo, se deprimió. Un montón era el de «lectura urgente», el otro el de «puede esperar». Este último montón era mínimo, el primero le llegaba casi a las rodillas. Agarró el tomo que casualmente estaba encima del montón y se sirvió una taza de café muy cargado.

Excitation-contraction coupling in normal and failing cardiomyocytes.

La tesis doctoral era de 1999 y llevaba ahí un montón de tiempo. No conocía al doctorando y, en realidad, no era fácil saber si el estudio podía tener alguna importancia para él sin echarle un vistazo. Estuvo tentado de buscar otra cosa en el montón, pero dominó ese impulso y empezó a leer.

Al forense le temblaban las manos. Dejó la tesis a un lado. Era todo tan amenazador y a la vez tan evidente que le entró miedo, literalmente. La respuesta no estaba en la tesis, esta simplemente le había hecho pensar. Notaba la descarga de adrenalina: se le había acelerado el pulso y respiraba con agitación. Tenía que ponerse en contacto con un farmacéutico. La guía telefónica se le cayó al suelo cuando intentaba encontrar el número de teléfono de la mejor amiga de su mujer, la dueña de la farmacia de Tasen. Estaba en casa. La conversación duró diez minutos. Al forense se le olvidó darle las gracias por su ayuda.

Yngvar Stubø le había dejado su tarjeta de visita. El médico se puso a buscar entre hojas sueltas y notas amarillas, entre bolígrafos e informes, pero la tarjeta había desaparecido. Al final se acordó de que la había fijado en el tablón de las tarjetas. Movía los dedos con tanta torpeza que tuvo que marcar el número del móvil dos veces.

—Stubø —dijo una voz al otro lado de la línea.

El forense tardó un minuto en exponer el motivo de su llamada. Se hizo el silencio.

—¿Hola?

—Sigo aquí —dijo Stubø—. ¿Qué tipo de sustancia es esa?

—Potasio.

—¿Qué es el potasio?

—Es uno de los elementos que tenemos en las células.

—Lo cierto es que no entiendo nada. ¿Cómo...?

El médico se dio cuenta de que estaba temblando y sujetaba el auricular con todas sus fuerzas. Lo cambió de mano para intentar relajarse.

—Se lo explicaré en términos tan elementales que casi son incorrectos —carraspeó—: En las células humanas hay una cierta cantidad de potasio. Nuestra vida depende de eso. Al morir, se puede decir que nuestras células empiezan a... gotear. Al cabo de una hora o dos, el nivel de potasio en el líquido que rodea a las células asciende considerablemente. En realidad es un síntoma bastante claro de que estás... muerto, simple y llanamente. —El médico estaba sudando; la camisa se le pegaba al cuerpo y debía respirar más despacio—. Por eso no llama en absoluto la atención que el nivel de potasio alrededor de cada célula haya aumentado después de la muerte. Es lo normal.

—¿Entonces?

—El problema es que el nivel de potasio también ascendería si alguien se lo administra al cuerpo, mientras el sujeto sigue vivo, quiero decir. Y entonces... el sujeto se muere. El aumento del nivel de potasio produce la muerte.

—¡Pero no puede ser difícil rastrear una sustancia como esa!

El forense alzó la voz.

—¿Es que no oyes lo que digo? Si el sujeto muere como consecuencia de una

inyección de potasio, ¡la causa de la muerte no se podrá detectar a no ser que se le practique la autopsia inmediatamente! ¡Un retraso de una hora o dos basta para que el nivel elevado de potasio pueda atribuirse a la muerte en sí! En ese caso la autopsia no revela nada, salvo el hecho de que la persona ya no está viva y de que la causa de la muerte no se puede determinar.

—Por Dios... —Stubø tragó saliva con tanta fuerza que incluso el médico lo oyó—. Pero ¿de dónde se saca este veneno?

—¡No es ningún veneno, joder! —gritó el forense. Cuando volvió a abrir la boca, habló con voz baja y temblorosa—. Para empezar, tanto tú como yo ingerimos potasio todos los días, a través de nuestra dieta cotidiana. No en grandes cantidades, ciertamente, pero... ¡El potasio se puede comprar en las farmacias en botes de un kilo! Bueno, lo que en realidad venden es cloruro potásico. Si se inyecta en el sistema circulatorio, se descompone en potasio y cloro, si me permites seguir simplificando. El cloruro potásico tiene que disolverse para que no sea demasiado fuerte, porque si no puede destrozar los tejidos o la vena.

—Se compra en las farmacias... Pero ¿quién...?

—Sin receta.

—¿Sin receta?

—Sí. Pero por lo que sé, son pocas las farmacias que lo tienen en existencias. Hay que encargarlo. Hay además un preparado para infusiones de cloruro potásico que se compra con receta. Se administra a pacientes con deficiencia de potasio. Yo diría que en la mayor parte de las unidades de cuidados intensivos tienen algo parecido.

—A ver si te estoy entendiendo bien —dijo Stubø lentamente—. Si alguien me pone una inyección con la suficiente cantidad de potasio diluido, me muero. Si me ponen en tu mesa de autopsias más de una hora después, solo podrás constatar que estoy muerto, pero no por qué me morí. ¿Es esto lo que me estás diciendo?

—Sí, aunque descubriría el agujero del pinchazo de la aguja.

—El pinchazo de... Pero Kim y Sarah no tenían ningún pinchazo, ¿no?

—No por lo que yo pude apreciar.

—¿Por lo que pudiste apreciar? ¿No comprobaste que los niños no presentaban pinchazos de aguja?

—Por supuesto. —El forense estaba rendido. Aún tenía el pulso acelerado y le costaba respirar—. Pero he de admitir que no los afeité.

—¿Que no los...? ¡Pero si estamos hablando de dos niños pequeños!

—No les afeité la cabeza. Procuramos dañar lo menos posible los cuerpos a los que les practicamos la autopsia. Intentamos que a los familiares no les horrorice demasiado lo que tenemos que hacer. No es imposible poner una inyección en la sien. No es fácil, pero es factible. Tengo que admitir que... —Oía

la respiración de Stubø al otro lado de la línea—. No busqué marcas de pinchazos en las sienes. La verdad es que ni siquiera se me ocurrió.

Los dos estaban pensando lo mismo. Ninguno de los dos tenía fuerzas para decir nada. El cuerpo de Sarah todavía estaba a disposición del forense. Kim estaba ya enterrado.

—Menos mal que nos negamos a que lo incineraran —dijo finalmente Yngvar.

—Lo siento —se disculpó el médico—. De verdad que lo siento. De todo corazón.

—Yo también —dijo Yngvar—. Si te he entendido bien, acabas de describir el asesinato perfecto.

—Mi yerno está en Copenhague —dijo Yngvar depositando a un niño en el suelo.

El niño debía de tener entre dos y tres años. Tenía los ojos castaños y el cabello negro y sonreía tímidamente a Inger Johanne mientras se agarraba firmemente a la pantorrilla de su abuelo.

—Vuelve mañana por la mañana. Normalmente cuido de Amund todos los martes y cada dos fines de semana, pero tal y como han estado las cosas últimamente... no me ha sido posible estar siempre ahí y, como ahora ha surgido una situación crítica, no he podido decir que no.

Se acuclilló. El niño no quería quitarse la chaqueta, de modo que Yngvar le bajó la cremallera y le permitió seguir con ella puesta. Luego le dio un cachete al niño en el trasero y dijo:

—Seguro que Inger Johanne tiene unos juguetes estupendos, no me cabe la menor duda.

«¿Por qué no me has pedido que vaya a tu casa? —se preguntó Inger Johanne—. Nunca me has invitado allí. Ya son más de las ocho, este niño tendría que estar en la cama. Además, sabías que Kristiane estaba en casa de Isak. Yo podría haber ido a tu casa».

—Ven —dijo tomando al niño de la mano—. Vamos a ver qué encontramos.

Amund se puso radiante cuando lo llevó hasta la caja llena de coches rojos. Agarró un tractor y lo levantó en el aire.

—Tractor rojo —dijo—. Camión rojo. Autobús rojo.

—Últimamente se interesa por los colores —dijo Yngvar.

—Pues entonces aquí se va a aburrir —dijo Inger Johanne y se puso a ayudar a Amund con una apisonadora que había perdido las ruedas delanteras—. Hace exactamente un mes que desapareció Emilie. ¿Has pensado en eso?

—No —respondió él—. Pero tienes razón. El cuatro de mayo. ¿Dónde está Jack?

—Creo que... —empezó Inger Johanne. El niño soltó la apisonadora y se puso a mirar una ambulancia que Isak había pintado con esmalte rojo.

—Ambulancia roja —señaló el niño con escepticismo.

Inger Johanne se sentó a la mesa del comedor.

—Creo que la idea es que el perro vaya adondequiera que va Kristiane. Y para serte completamente sincera, me alegra. Me ha llevado una hora deshacerme del olor a cachorro y a pis de perro. Y no he tenido éxito del todo, me temo. —Olfateó el aire y frunció ligeramente la nariz antes de añadir—: Pareces preocupado por algo.

Hoy veía a Yngvar Stubø más grueso. No podían ser imaginaciones suyas, había engordado durante las últimas semanas. Tenía los mofletes más hinchados y el cuello de la camisa muy apretado. Cada dos por tres se lo intentaba aflojar con el dedo. Llevaba la corbata torcida como si marcara las once y media. Inger Johanne se había dado cuenta de que él siempre comía demasiado y demasiado rápido.

—¿No tendrás algo de comer? —preguntó Yngvar con cansancio—. Tengo tanta hambre...

Amund estaba durmiendo en la cama de Inger Johanne. Había costado horas conseguir que se durmiera, pero finalmente Yngvar salió del dormitorio. Se había metido la corbata en el bolsillo y llevaba los dos últimos botones de la camisa desabrochados. Se remangó y se sentó en el sofá, que crujió bajo su peso. Tomó un bollo de la bandeja de cristal y se lo comió de tres bocados.

—La teoría del potasio es en realidad terrorífica —comentó, limpiándose las migas de la boca—. Quiero decir que para nuestro caso es triste, pero en cuanto la gente se entere de esto...

—El problema es el pinchazo de la jeringuilla —dijo Inger Johanne pensativa—. Pero como la víctima ya tenga... Como la víctima esté enferma, sea drogadicta o pueda tener marcas de aguja por alguna otra razón que no despierte sospechas, entonces es...

—Verdaderamente inquietante.

—Pero has dicho que el líquido de las inyecciones contenía otra sustancia además del potasio, ¿no?

—Cloruro potásico, que en el sistema circulatorio se descompone en cloro y potasio.

Inger Johanne arrugó la nariz.

—¿Y no quedarán entonces rastros del cloro?

Yngvar estaba a punto de tomar otro bollo, pero se limpió las manos y las colocó detrás de su cabeza.

—No estoy seguro de haberlo entendido del todo, pero la cosa es que el nivel de cloro en el cuerpo es normalmente mucho más alto que el nivel de potasio. —Yngvar cerró los ojos y se quedó pensando. Después los abrió, se inclinó hacia delante y empezó a dibujar sobre la superficie de cristal—. No sé si las cifras que recuerdo son las correctas, pero por lo menos servirán para ilustrar el asunto.

Pongamos que tienes un nivel de potasio de tres unidades de medida de algún tipo.

—Vale. Tres unidades de medida de potasio.

—Pues entonces resulta que tienes unas cien unidades de medida de cloro. Un incremento de hasta ciento cinco unidades de cloro no es ni peligroso ni llamativo en las personas. Pero un incremento equivalente de potasio, de cinco a ocho, es, en cambio, letal. De verdad que se trata del asesinato perfecto.

—Eso explica por qué tenía que secuestrar a los niños —dijo Inger Johanne—. Tenía que llevárselos a algún sitio donde pudiera sedarlos con Valium para ponerles luego una inyección en la sien.

—Si es que fue eso lo que hizo.

—Por supuesto, si es que fue eso lo que hizo. ¿Cuándo vamos a saber algo más?

—El forense va a examinar primero a Sarah, mañana por la mañana. Vamos a hacer lo posible para no tener que abrir la tumba de Kim.

Los dos miraron hacia el dormitorio, cuya puerta estaba entornada.

—Si esto es correcto, al menos sabremos algo más sobre el asesino —dijo Inger Johanne.

—¿El qué?

—Que tiene acceso al potasio.

—Bueno, en realidad todos tenemos acceso...

—Pero has dicho que son pocas las farmacias que tienen potasio en existencias.

—Evidentemente vamos a hacer averiguaciones en todas las farmacias del país. El forense opina que un encargo de potasio sería lo suficientemente llamativo como para no pasar inadvertido, pero el asesino puede haberlo comprado en el extranjero. Ha demostrado de sobra que es muy cuidadoso. Y luego tenemos el evidente problema de los hospitales. Las unidades de cuidados intensivos tienen la sustancia almacenada y hay bastantes unidades de cuidados intensivos en Noruega.

—Pero sabemos algo más —dijo Inger Johanne lentamente—. Sabemos que nuestro asesino no solo es un hombre inteligente, sino que además tiene conocimiento de un método para asesinar que muy pocos médicos...

Yngvar la interrumpió.

—El forense estaba muy afectado. Debe de tener cerca de sesenta y cinco y dice que nunca en la vida se le había ocurrido esta manera de matar a la gente. Nunca. ¡Y es forense!

Se levantó a medias del sofá y se sacó del bolsillo trasero el esquema con las anotaciones de Sigmund Berli. Estaba roto y no era fácil apoyarlo sobre la mesa.

—Esto hace que nuestro ginecólogo vuelva a tener interés —dijo él con aire meditabundo mientras señalaba el nombre del médico—. Al igual que la

enfermera, supongo. Excepto por el hecho de que ella es mujer, cosa que rompe parte del...

—No estamos buscando a una mujer —aseveró Inger Johanne—. Y tampoco creo que se trate de un médico.

Yngvar levantó la vista.

—¿Qué te hace estar tan segura? —inquirió.

—Estos nuevos datos no pueden hacernos olvidar todo lo que teníamos hasta ahora —dijo ella con decisión—. Seguimos hablando de una persona perturbada. De un psicópata o de una persona con rasgos claramente psicóticos. Creo que estamos buscando a un hombre con un montón de relaciones truncadas a sus espaldas. También sospecho que dejó a medias su educación. Es posible que haya estudiado, pero no creo que estuviera en condiciones de acabar los estudios, con los compromisos y el esfuerzo que eso requiere. Es perfectamente posible que sea inteligente, incluso muy inteligente, y que por tanto sea capaz de aprovechar los conocimientos que posee de un modo imaginativo. En los últimos años se ha abierto todo un mundo de información en la red. Puedes encontrar desde instrucciones para fabricar una bomba hasta clubes de suicidas. No me extrañaría que existiera una página web que describa formas ingeniosas de matar. Por lo demás, nuestro hombre puede ser lo suficientemente inteligente como para que esto se le ocurra a él solito, basándose solo en la información disponible en las infinitas páginas de medicina de la red. Está claro que es inteligente, pero no tiene ninguna posibilidad de obtener una licenciatura. ¿Y cuantos años estudian ahora los enfermeros? ¿Cuatro? Opino que es prácticamente imposible que este hombre acabe algo así.

—Pero ¿a qué viene tanto... refinamiento?

—¿Te refieres al potasio?

—Sí. ¿Por qué usar un método tan... sofisticado? Podría haberlos asfixiado, haberles pegado un tiro, ¡incluso haberlos ahogado en agua!

—Sensación de control —aventuró Inger Johanne—. O de superioridad. Quiere mostrar su superioridad. Recuerda que se trata de un hombre que se considera víctima de una humillación terrible. No la achaca a una persona, o a un suceso concreto, sino a todo un cúmulo de derrotas que exigen venganza. Quitarles la vida a los niños sin que nosotros podamos entender lo que está haciendo es...

—Abuelito —dijo una vocecilla.

A Inger Johanne le asustó no haber oído al niño acercarse. Este se encontraba en medio del salón, con un oso de peluche bajo el brazo. En la camiseta tenía una mancha de ketchup, pero Yngvar había rechazado la propuesta de ponerle uno de los pijamas viejos de Kristiane. La cintura del pañal del niño había resbalado hasta quedar por debajo del ombligo, y un olor inconfundible hizo que Inger Johanne se levantara y lo acompañara al baño. Por alguna razón esperaba que

Yngvar no la acompañara. Amund era inusualmente confiado. Cuando ella lo sentó sobre la tapa del retrete y le quitó el pañal, el niño le dedicó una amplia sonrisa.

—Ingejonne —dijo acariciándole la mejilla.

Yngvar había dejado en el baño un bolso con jabón neutro, tres pañales de repuesto y un chupete.

«Contabas con que el niño durmiera aquí —pensó ella—. Traer el pijama hubiera sido demasiado descarado, pero ¿tres pañales de sobra?».

—El abuelo es un pícaro —murmuró y subió al niño al lavabo.

—No lavar ahora el culete —dijo Amund con decisión y patealeando—. Eso no.

—Claro que sí —repuso Inger Johanne—. Estás lleno de caca. ¡Fuera la caca! Le dio un cachete con el trapo mojado y el niño se echó a reír.

—Eso no —dijo entre carcajadas dejando que ella le echara el agua templada en la piel.

—Tienes que estar limpio y guapo para poder volver a la cama.

—La ambulancia es blanca —dijo Amund—. No roja.

—Tienes toda la razón, Amund. Las ambulancias son blancas.

El niño se arrebujó en la toalla.

—Ya he dormido mucho —dijo riéndose de nuevo.

—Yo creo que no —replicó Yngvar desde la puerta—. Ven aquí, que el abuelo te va a volver a acostar. Muchas gracias, Inger Johanne.

No hubo manera. Después de media hora Yngvar salió del dormitorio con el niño en brazos.

—Se va a dormir aquí —dijo en tono de disculpa y mirando muy serio al niño, que sonrió y se metió el chupete en la boca—. Lo voy a tumbar en mi regazo.

El pequeño casi desaparecía en los anchos brazos de su abuelo. La punta de la nariz apenas asomaba por encima de la manta. Al cabo de pocos minutos se le cerraron los ojos y el ritmo del chupeteo disminuyó. Yngvar le quitó la manta de la cara. El pelo oscuro parecía casi negro contra la camisa blanca de Yngvar. Las pestañas del niño estaban húmedas y eran tan largas que casi se fundían entre sí.

—Niños —dijo Inger Johanne a media voz, sin despegar la vista de Amund—. No puedo sacarme de la cabeza la idea de que la clave de este caso está en los niños. Al principio... Al principio creía que de lo que se trataba sobre todo era de la infancia del propio asesino. De la pérdida. La nostalgia. Nostalgia vinculada con su propia infancia. Y quizás... —Inspiró profundamente y espiró—. Quizá no iba desencaminada, pero hay algo más. Algo que tiene que ver con los niños, aunque no sean suyos. Da la impresión de que... —Se quedó absorta.

Yngvar no dijo nada. Amund dormía profundamente. Inger Johanne sacudió

la cabeza, como para desechar un pensamiento que la rondaba, y dijo:

—¿Es posible que tenga un hijo al que no le permiten ver?

—Ahora creo que lo estás llevando todo un poco lejos —señaló Yngvar en tono bajo y acomodó la cabeza del niño sobre su brazo—. ¿Qué te lleva a decir algo así?

—Es como si encajara. Con todo. Digamos que se trata de un hombre con cierto atractivo para las mujeres, pero que nunca consigue que se queden con él. Una de estas mujeres se queda embarazada y decide tener el niño. Supongo que la idea de dejar que un hombre así se acerque al niño le parece bastante arriesgada. Ella puede haber...

—Pero ¿por qué justamente estos niños? Si tienes razón en que Glenn Hugo, Kim, Sarah y Emilie no han sido elegidos arbitrariamente, ¿qué es lo que tienen en común? Si este tipo llevara años por ahí haciéndole niños a cualquier mujer y todas sus víctimas fueran sus hijos, entonces... Pero resulta que no lo son. ¿Qué es entonces lo que lo lleva a elegirlos?

—No lo sé —dijo ella con cansancio—. Yo solo sé que hay alguna razón. Este hombre tiene un plan, hay una especie de lógica absurda en lo que hace. Es cierto que se diferencia en muchos aspectos del típico asesino en serie, por ejemplo en el hecho de que no hay un ciclo evidente en los asesinatos, ningún ritmo. No hay una pauta reconocible. No sabemos ni siquiera si ha acabado.

De nuevo los dos se quedaron en silencio. Yngvar arrojó mejor a Amund con la manta y posó los labios sobre su negro pelo. La respiración del niño era ligera y rítmica.

—Eso es lo que más miedo me da —murmuró Yngvar—. Que no haya acabado todavía.

En la casa blanca situada junto al bosquecillo, a hora y media en coche de Oslo, el asesino acababa de volver de hacer *footing*. Le sangraba la rodilla. Estaba oscuro y se había tropezado con la raíz de un árbol. La herida no era profunda, pero sangraba bastante. Las tiritas solían estar en el tercer cajón, junto al banco del fregadero, pero el paquete estaba vacío. Exasperado, sacó una compresa esterilizada del botiquín del baño. Tuvo que enrollar gasa encima del vendaje para que quedara bien sujeto, porque la cinta adhesiva también se había acabado. Evidentemente no tendría que haber salido a correr tan tarde, pero es que estaba tan inquieto... Entró cojeando en el salón y encendió la televisión.

Hoy no había estado en el sótano. Emilie lo repelía, ahora más que nunca. Quería librarse de ella, pero no tenía nadie a quien devolverle a la maldita niña.

—El 19 de junio —dijo en voz baja y se puso a hacer *zapping* rápidamente.

En esa fecha acabaría todo. Seis semanas y cuatro días después de la desaparición de Emilie. Él entraría en acción, se llevaría al quinto niño y lo

devolvería ese mismo día. No había elegido la fecha por casualidad. Nada era casual en este mundo; había un plan detrás de todo.

El jefe lo había convocado a su despacho el viernes y le había dado una advertencia por escrito. Lo único que había hecho era llevarse algunas herramientas a casa, ni siquiera tenía la intención de robarlas, en primer lugar porque las herramientas eran muy viejas, y en segundo porque pensaba devolverlas. El jefe no le creyó. Lo más probable es que alguien se hubiera chivado.

Sabía quién se la tenía jurada.

Sabía que todo formaba parte de un plan.

Él también sabía hacer planes.

—El 19 de junio —repetió y puso el teletexto.

Para entonces tendría que haberse librado de Emilie, quizá ya estuviera muerta. Él por lo menos había decidido no darle más comida.

La rodilla le dolía una barbaridad.

—Las cartas —dijo ella en alto, interrumpiéndose en medio de una frase.

Yngvar seguía teniendo a Amund en el regazo, como si al hablar de ese tema le hubiera entrado miedo a perderlo de vista.

—Las cartas —repetió ella dándose una palmada en la frente—. ¡Sobre el tablero de ajedrez de Aksel!

—No te sigo...

Inger Johanne por fin le había contado a Yngvar lo de la excursión a Lillestrøm, lo de la relación entre el discapacitado psíquico Anders Mohaug y el escritor Asbjørn Revheim, que era el hijo menor de Astor Kongsbakken, el fiscal del caso contra Aksel Seier. La reacción de Yngvar fue difícil de interpretar, pero a Inger Johanne le parecía que las arrugas de su frente indicaban que él también pensaba que había demasiadas coincidencias como para pasarlas por alto.

—Las cartas —dijo él en un tono levemente interrogativo.

—¡Sí! Después de estar en casa de Aksel Seier me quedé con la impresión de haber visto algo que no encajaba bien. Ya sé lo que era. Un montón de cartas sobre el tablero de ajedrez.

—Pero cartas... Todos recibimos cartas de vez en cuando.

—Los sellos —dijo Inger Johanne—. Eran noruegos. El montón estaba atado con un trozo de cordel.

—O sea que solo viste la carta que estaba encima de las demás —dijo Yngvar.

—Así es. —Ella asintió y continuó—: Pero creo que todas las cartas eran de la misma persona. Procedían de Noruega, Yngvar. Aksel Seier recibe cartas de Noruega. Mantiene contacto con alguien.

—¿Y qué?

—A mí no me dijo nada sobre eso. Actuaba como si hubiese cortado todos los lazos con su patria desde que se marchó.

—La verdad... —Yngvar cambió al niño de brazo. Amund emitió un leve gruñido pero siguió durmiendo profundamente—. ¡No mantuviste más que una conversación bastante corta con el tipo! Tampoco es tan llamativo que haya permanecido en contacto con alguien, con un amigo, con un familiar...

—No tiene familia en Noruega, que yo sepa.

—Te estás montando una película a partir de algo que probablemente tenga una explicación completamente banal.

—Es posible... ¿Recibirá dinero de alguien? ¿Le pagan para que mantenga la boca cerrada? ¿Es por eso por lo que nunca ha pedido justicia? ¿Será esa la explicación de que huyera cuando yo quise ayudarlo?

Yngvar sonrió. A Inger Johanne no le gustaba la expresión de sus ojos.

—Olvidalo —dijo—. Estás haciendo que parezca todo una enorme conspiración. Tengo algo mucho más interesante que contarte. Astor Kongsbakken vive.

—¿Cómo?

—Sí. Tiene noventa y dos y vive con su mujer en Córcega. Tienen tierras allí, una especie de bodega, si no me equivoco. A mí me daba en la nariz que no estaba muerto, que me habría enterado si se hubiera muerto, así que investigué un poco. Se retiró completamente de la escena pública hace más de veinte años y desde entonces ha vivido allí.

—¡Tengo que hablar con él!

—Puedes intentar llamarlo.

—¿Tienes también su número?

Yngvar se reía por dentro.

—Tampoco hay que pasarse. No. Llama al número de información, mujer. Por lo que he averiguado, está bien de la cabeza, pero mal de las piernas.

Yngvar se levantó despacio sin despertar al niño, lo tapó bien y dirigió una mirada inquisitiva a Inger Johanne. Ella asintió con aire indiferente y buscó las cosas de Amund en el dormitorio.

—Mañana te devuelvo la manta —dijo él intentando cargar con todo.

—Supongo que sí —respondió ella con docilidad.

Él estaba de pie mirándola. Amund dormía acurrucado contra su hombro. Se le había caído el chupete al suelo, y ella se agachó para recogerlo. Cuando se lo tendió a Yngvar, este le tomó la mano y no se la quería soltar.

—En realidad no es tan llamativo que Astor Kongsbakken y el jefe de Alvhild fueran buenos amigos —dijo—. Muchos juristas se conocen. ¡Ya sabes cómo son las cosas hoy en día! Noruega es un país pequeño, y lo era aún más en las décadas de los cincuenta y de los sesenta. ¡Todos los abogados debían de conocerse!

—Pero no todos los juristas estaban implicados en escandalosos casos de asesinato —repuso ella.

—No —dijo Yngvar, abatido—. Tampoco sabemos si ellos estuvieron implicados en algo así.

Ella lo acompañó hasta el coche para ayudarle con las puertas. No intercambiaron una palabra hasta que Amund estuvo sujeto al asiento infantil y el equipaje colocado a su lado.

—Ya hablaremos —dijo Yngvar.

—Vale —respondió Inger Johanne y se encaminó hacia el piso vacío. Hubiera deseado que por lo menos estuviera en casa *El Rey de América*.

Yngvar Stubø se sentía fatal. La cintura del pantalón le apretaba el vientre, y el cinturón de seguridad estaba demasiado tirante. Tenía problemas para respirar. Hacía diez minutos que se había desviado de la carretera de Europa. Ahora circulaba por una bastante estrecha que lo hacía marearse en las curvas. Al llegar a una parada de autobús se salió de la calzada y paró. Se soltó la corbata, se abrió el cuello de la camisa y se recostó sobre el reposacabezas.

Yngvar Stubø, con solo cuarenta y cinco años, se sentía viejo. Cuando tenía dieciséis, conoció a Elisabeth. Se casaron en cuanto cumplieron la mayoría de edad y tuvieron a Trine enseguida. Muchos años más tarde volvió un día del trabajo y se encontró a un niño de pecho durmiendo en una casa que por lo demás estaba vacía.

Era en pleno verano. El aroma a jazmín se extendía sobre la zona residencial de Nordstrand. El coche de Trine, un viejo Fiesta que le habían regalado sus padres, estaba aparcado con las ruedas delanteras sobre el césped, cosa que no le hizo gracia. Estaba medio enfadado cuando entró, tenía hambre. Había prometido estar en casa hacia las cinco, pero eran ya las seis menos cuarto. Reinaba un extraño silencio que lo hizo quedarse quieto en el recibidor y ponerse a escuchar. La casa estaba vacía y no se oía el menor ruido. No olía a comida, no sonaba el entrecochar de platos ni de vasos. Comenzó a caminar con sigilo, como si ya supiera lo que le esperaba.

Se le habían manchado de tinta los pantalones, junto al bolsillo, por estar jugueteando con un rotulador que se rompió. Elisabeth le había comprado ropa dos días antes. Cuando él se probó los pantalones, ella meneó la cabeza y comentó lo ridículo que era comprarle unos pantalones color caqui a un hombre como Yngvar. Lo había besado y se había echado a reír.

Se detuvo en el salón. No oía siquiera el canto de los pájaros en el jardín. Al mirar por la ventana los vio revoloteando, pero no se oía nada a pesar de que las puertas del jardín estaban abiertas.

En el piso de arriba se encontraba Amund. Tenía dos meses y estaba durmiendo.

Cuando Yngvar encontró a Elisabeth y a Trine se quedó paralizado. No les

tomó el pulso a ninguna de las dos. Trine lo miraba fijamente, pero sus ojos marrones estaban recubiertos por una película mate. Elisabeth estaba inmóvil, con la boca abierta hacia el cielo de la tarde. Los dientes delanteros se le habían hundido en la boca y casi no le quedaba nariz.

Yngvar dio un respingo. El autobús pitó.

Puso el coche en marcha con lentitud y se alejó de la parada, buscando otro sitio donde estacionar; tenía ganas de vomitar.

Junto a un desvío abrió la puerta y vació el estómago antes de que el coche estuviera del todo parado. Afortunadamente llevaba agua en una botella.

Aquella noche se la había pasado sentado en el cuarto de la lavadora. La mancha de tinta se le resistía. Lo intentó todo: jabón, aguarrás, quitamanchas. Al final, cuando despertó el día, agarró unas tijeras y recortó la mancha.

Varios compañeros del trabajo se ofrecieron a hacerle compañía, pero él no quiso saber nada. Su yerno estaba en Japón y regresó con más de cuarenta horas de retraso. Yngvar se aferraba a Amund y por fin rompió a llorar. No quería soltar al niño. El yerno se mudó a la casa y se quedó allí durante más de un año.

La botella de agua estaba vacía. Yngvar se esforzaba por respirar normalmente.

No tenía la menor idea de cómo comportarse con Inger Johanne. No sabía qué se hacía en estos casos, y no la entendía. Cuando llevó a Amund, lo hizo con la esperanza de que ocurriera algo, de que ella se diera cuenta de cómo era él en realidad y le pidiera que se quedara. Una compañera del trabajo le había dicho una vez que era muy enternecedor el modo en que se ocupaba de su nieto, incluso sexy, había añadido con una sonrisa que casi lo había hecho enrojecer.

No debería comer tanto. Se pasó la mano por la tripa, dolorida a causa de las arcadas. Estaba engordando mucho.

Le parecía que Inger Johanne lo trataba como si tuviese sesenta años.

Yngvar se bebió el último sorbo de agua y volvió a parar el coche. No tenía fuerzas para ponerse el cinturón de seguridad.

El examen de Sarah Baardsen había reforzado la inquietante teoría del forense sobre el asesinato con potasio. Junto a la sien, justo bajo el pelo, había encontrado una marca casi invisible. Un pinchazo de aguja. Impecable, había dicho en tono sombrío antes de colgar el teléfono. Todavía no se había tomado ninguna decisión respecto a Kim, que ya estaba enterrado.

El ginecólogo, aunque probablemente sabía poner inyecciones, había quedado prácticamente descartado como sospechoso. Se había mostrado muy receptivo y comprensivo ante la visita de Yngvar. Respondió a todas las preguntas, mirándolo directamente a los ojos y negando con la cabeza a modo de disculpa. Tenía la voz cantarina, y los vestigios de un dialecto casi olvidado le habían recordado a Yngvar a su mujer. El médico estaba casado, tenía tres hijos y dos nietos. Trabajaba a media jornada en un hospital y tenía además una

consulta privada.

Cato Sylling, el fontanero de Lillestrøm, trabajaba en Fetsund. Cuando Yngvar lo telefoneó a su móvil, el hombre derrochó buena voluntad. Podía ir a Oslo al día siguiente, no había ningún problema. Era un caso horroroso, lo sentía por Lasse y por Turid y estaba dispuesto a colaborar en lo que hiciera falta.

—Yo también tengo hijos, ¿sabe? Joder. Estrangularía a ese tipo con mis propias manos si me topara con él. Nos vemos mañana a la una.

No había sido difícil encontrar la dirección de Karsten Åsli. Tenía teléfono. La compañía estatal Telenor tenía registrados sus datos. Más complicado había sido dar con el lugar. Finalmente había encontrado una gasolinera donde un curioso gordinflón con el pelo muy rojo y una calva incipiente que intentaba disimular le había explicado a Yngvar cómo llegar.

—Tres desvíos más allá —le señaló—. Primero gira a la derecha, después dos veces a la izquierda. La casa que buscas está seiscientos o setecientos metros más adelante. Pero conduce con cuidado, si no se te van a estropear los bajos.

—Gracias —murmuró Yngvar y metió primera.

Karsten Åsli acababa de decidir que le iba a dar a Emilie una última comida. No es que tuviera mucha importancia porque ella ya no comía nada, y él no sabía si bebía algo. En todo caso no tocaba nada de lo que le bajaba, pero en el grifo tenía agua.

Un coche se aproximaba por la cuesta.

Karsten Åsli miró por la ventana de la cocina, en dirección al desvencijado camino de tierra.

El coche era azul, azul marino. Por lo que podía apreciar, era un Volvo.

Nunca venía nadie. Salvo el cartero, pero él conducía un Toyota blanco.

Había creído que estaba segura de lo que iba a decir, de cómo iba a formular las preguntas, pero a pesar de todo se sobresaltó cuando Astor Kongsbakken se puso al teléfono. De pronto el hombre estaba ahí, al otro lado del teléfono, e Inger Johanne no sabía por dónde empezar.

Hablaba muy alto, lo que podía significar que no oía muy bien, o quizá que estaba furioso. Cuando ella mencionó el nombre de Aksel Seier, un poco antes de tiempo, no le cupo la menor duda de que iba a colgar, pero no lo hizo. Sin embargo, la conversación se desarrolló de un modo que ella no había previsto. Él preguntaba y ella respondía.

En todo caso, el mensaje de Astor Kongsbakken era de una claridad meridiana: casi no recordaba nada del caso y no tenía la menor intención de devanarse la memoria por Inger Johanne Vik. Le recordó tres veces su avanzada edad y acabó amenazándola con llamar a un abogado, aunque no dejó muy claro qué le pediría al abogado que hiciese contra ella.

Inger Johanne hojeaba *Ashjørn Revheim. Relato de un suicidio anunciado*.

La furia de Astor Kongsbakken podía obedecer a distintos motivos. Tenía noventa y dos años y no sería de extrañar que fuese un viejo gruñón. Ya en los años cincuenta se contaban anécdotas sobre el temperamento de aquel hombre. Las dos fotos de él que aparecían en la biografía mostraban a un tipo bajito, de hombros anchos y con un labio inferior muy prominente, bastante diferente de la figura esbelta, casi desgarbada, de su hijo. En una de las fotos, el famoso fiscal general del Estado aparecía vestido con toga negra y llevaba el código penal en la mano derecha. Por su actitud, daba la impresión de que se estaba pensando si lanzar el libro sobre la mesa del juez. Tenía los ojos negros bajo sus grandes cejas y parecía estar gritando. Astor Kongsbakken había sido un hombre enérgico, fogoso y no a todo el mundo se le suaviza el carácter con los años.

Había también un hermano, el hijo mayor de Astor y Unni. Inger Johanne se escupió en el dedo y pasó páginas hasta encontrar la información sobre él en el libro. Geir Kongsbakken era abogado y tenía una pequeña oficina en Øvre Slottsgate. El autor de la biografía solo le había dedicado cinco líneas. Inger

Johanne decidió llamarlo. Si él no tenía información valiosa que proporcionarle, quizás al menos podría conseguir que su padre le concediera una segunda conversación. En todo caso valía la pena intentarlo.

Inger Johanne llamó a la secretaria, que le dio hora para el martes 6 de junio a las diez de la mañana. Cuando la señora preguntó el motivo de su consulta, Inger Johanne vaciló un momento antes de responder.

—Se trata de un caso criminal. No creo que lleve mucho tiempo.

—Mañana, entonces —confirmó la amable voz de la mujer—. Le reservo media hora. ¡Que tenga un buen día!

Karsten Åsli contuvo la respiración. A través de las ventanas dobles oía que el coche cambiaba de marcha, de segunda a primera, en el momento en que superaba el último repecho antes de la verja.

Karsten Åsli llevaba solo un año viviendo en Snaubu. La granja le había costado muy poco dinero, pero la ley lo obligaba a habitarla si la había comprado, pese a que era del todo imposible vivir de los campos y los terrenos de bosque que le pertenecían. Pero para él era un sitio perfecto. Había dedicado los primeros meses a ampliar y reformar el sótano, que se usaba como despensa donde se guardaban patatas. Como estaba en la parte baja de la casa, donde había una pendiente muy pronunciada, no fue difícil crear una habitación bastante espaciosa que además quedaba por debajo del otro sótano. Karsten estaba orgulloso de lo que había conseguido. Nunca nadie le preguntaba qué pensaba hacer con todo lo que compraba; cemento y hormigón, madera y herramientas, cañerías y cable. La casa estaba muy vieja. Cambió las tablas de dos de las paredes exteriores de la casa y empezó a poner los cimientos para un garaje, por si venía alguien. La granja Snaubu estaba algo retirada, a quince minutos del pueblo. Allí gozaba de total libertad y privacidad, como a él le gustaba. Nadie venía a Snaubu.

Hasta que ese Volvo azul marino aparcó delante de la casa. Karsten Åsli se quedó de pie en la cocina. No retrocedió, no intentó esconderse. Simplemente se quedó quieto observando el coche. La portezuela se abrió, y salió un hombre que parecía algo rígido, incómodo. Primero se frotó la cara vigorosamente, después intentó enderezar la espalda, pero hizo una mueca de dolor, como si llevara todo el día conduciendo. La matrícula era de Oslo, que estaba solo a dos horas de distancia. El hombre miró en torno a sí. Karsten Åsli seguía sin moverse. Cuando resultó evidente que el hombre lo había visto a través del cristal —había levantado la mano en un saludo vacilante—, Karsten Åsli salió al pasillo. Descolgó un jersey rojo de una percha y se lo puso. Después abrió la puerta de la calle.

—Hola —dijo.

—¡Hola!

El desconocido caminaba hacia él con la mano extendida. Era un tipo corpulento. Gordo, pensó Karsten Åsli. Cansado y gordo.

—Yngvar Stubø —se presentó el hombre.

—Karsten —respondió Karsten Åsli pensando en el hormigón que le había sobrado de los cimientos del sótano.

Las herramientas. Nunca venía nadie de visita, excepto este hombre.

—Un sitio magnífico —comentó el desconocido mirando en derredor—. Unas vistas estupendas. ¿Lleva tiempo viviendo aquí?

—Un tiempo.

—Tiene que cambiar sus datos de empadronamiento. Ha sido muy difícil encontrarle. ¿Puedo pasar?

Dentro no había nada. Karsten Åsli repasó en su mente todas las habitaciones. Nada. Ni ropa de niños, ni juguetes, ni coches, ni recortes de periódico. Orden. Pulcritud. Limpieza.

—Está bien.

Karsten entró primero. Oía los pasos del desconocido a sus espaldas, pasos pesados y cansados. El hombre estaba agotado. Karsten, en cambio, estaba en forma y era joven.

—Vaya —exclamó Stubø—. ¡Desde luego lo mantiene todo bien ordenado!

A Karsten Åsli no le gustaban los ojos del hombre, que se fijaban en cada detalle. Era como si el tipo tuviera una cámara en la cabeza y lo estuviera fotografiando todo: el sofá, el aparato de televisión, la foto de las vacaciones en Grecia con Ellen antes de que todo se torciera.

—¿Qué es lo que desea?

—Soy policía.

Karsten Åsli se encogió de hombros y se sentó en una silla. El policía seguía dando vueltas por la habitación, escrutándolo todo.

No iba a encontrar nada, no había nada que encontrar.

—¿Y en qué puedo ayudarle? ¿Quiere una taza de café o alguna otra cosa?

El hombre le estaba dando la espalda. Quizás estuviera contemplando el paisaje, quizás estuviera pensando.

—No, gracias. Supongo que se preguntará por qué he venido.

Karsten Åsli no se preguntaba nada, y a lo sabía.

—Así es —dijo—. ¿Por qué ha venido?

—Se trata del secuestro de esos niños.

—¿Sí?

—Un caso horrible —dijo el policía, volviéndose de pronto, y sus ojos-cámara dispararon contra Karsten.

—Estoy de acuerdo —dijo, asintiendo con la cabeza—. Totalmente horroroso.

Le sostuvo la mirada, respirando con tranquilidad. Karsten había contado con que esto podía ocurrir. Lo había previsto. No era una situación peligrosa, para

nada. Además el policía era mayor que él, viejo, estaba en mala condición física.

—Estamos llevando a cabo una investigación muy meticulosa, y cada nuevo dato abre nuevos frentes que hay que investigar. Ahí es donde entra usted. —El policía sonreía demasiado, sonreía todo el rato—. Dos de los parientes de los niños aseguran haberle conocido.

Dos. ¡Dos!

Karsten Åsli negó ligeramente con la cabeza.

—Para ser sincero, no he seguido el caso con mucha atención —dijo—. Claro que es imposible no enterarse de lo fundamental, pero... ¿Quién dice que me conoce?

—Turid Sande Oksoy.

Turid nunca habría contado nada. Nunca. Ni siquiera ahora. Karsten observó a Stubø. El ojo izquierdo del policía estaba a punto de parpadear, pero el hombre se contuvo. Ese movimiento forzado delataba su mentira.

Karsten volvió a negar con la cabeza.

—Estoy prácticamente seguro de que no conozco a nadie con ese nombre —declaró. Se llevó la mano a la sien sin apartar la vista de Stubø—. Bueno... —Hizo chasquear los dedos de la mano derecha—. Bueno, he oído hablar de ella en la tele. Como ya le he dicho, no he seguido muy de cerca los casos. A mi juicio los medios se están pasando un poco, pero... Sí. Es la madre del... De aquel niño. El mayor de todos. ¿Me equivocó?

—No.

—Pero no la conozco. ¿Por qué iba a decir algo así?

—Lena Baardsen. —El policía seguía mirándolo fijamente. Ahora el ojo izquierdo estaba tranquilo, estático.

—Lena Baardsen —repitió Karsten Åsli lentamente—. Lena. Tuve una vez una novia que se llamaba Lena. ¿Se apellidaba ella Baardsen? La verdad es que no me acuerdo.

Sonrió al policía, pero Stubø ya no le devolvió la sonrisa.

—De eso hace ya... diez años. ¡Por lo menos! También he conocido a dos o tres chicas que se llaman Lene. Con E. Una de mis compañeras en el aserradero se llama Line. Pero supongo que esto no viene mucho a cuento.

—No.

El policía por fin se sentó en el sofá. Enseguida dio la impresión de ser más pequeño.

—¿En qué trabaja? —preguntó con aire despreocupado, casi con desinterés, como si se acabaran de conocer en un pub y estuvieran tomándose unas cervezas.

—Trabajo en la serrería. En el pueblo. Aquí al lado.

—Creía que era monitor de jóvenes.

—Lo era. He hecho un poco de todo. Muchas cosas distintas.

—¿Estudios?

—Muchísimos.

—¿De qué?

—Bueno, también de todo un poco. ¿Está seguro de que no quiere café?

Stubø sacudió la cabeza.

—¿Le importa que yo me prepare uno?

—Faltaría más.

A Karsten no le gustó dejarlo solo en el salón. Aunque allí no hubiera nada — nada más que los típicos objetos que pueden encontrarse en un salón: muebles, un par de libros y poca cosa más—, era como si aquel hombre estuviera inspeccionando toda la casa. Era un extraño y no había sido invitado. El policía tenía que largarse. Karsten se agarró al banco de la cocina. Estaba sediento; la lengua se le pegaba al paladar y a la parte interior de los dientes. Abrió el grifo al máximo. Se inclinó y bebió del chorro con avidez. En el sótano tenía hormigón y herramientas, y dentro de poco se iba a librar de Emilie. Por más que bebía no saciaba la sed. Le dolían los dientes de lo fría que estaba el agua. Gimió ligeramente y bebió más. Más.

—¿Se siente mal?

El policía sonreía de nuevo, con aquella repulsiva hendidura que le surcaba la cara. Karsten no lo había oído llegar. Se levantó despacio, muy despacio, se mareó y se sujetó con todas sus fuerzas del banco de la cocina.

—Que va. Tengo sed, nada más. Acabó de volver de hacer *footing*.

—Se mantiene en forma.

—Sí. ¿Puedo...? ¿Hay algo más que quiera preguntarme?

—Parece un poco tenso, para serle sincero.

El policía había cruzado los brazos. Sus ojos se habían vuelto a transformar en una cámara, y estaban fotografiando la habitación, los armarios de arriba, la cafetera, el cuchillo de trinchar. Lo estaban fotografiando a él.

—Que va —replicó Karsten Åsli—. Solo estoy un poco cansado. He corrido durante hora y media.

—Impresionante. Yo monto a caballo. Tengo caballo propio. Si viviera en un sitio como este... —Stubø señaló hacia la ventana—. Entonces tendría varios. ¿Conoce usted a May Berit?

Al hablar volvió la cabeza. El perfil del policía quedó a contraluz, de modo que el ojo izquierdo, el ojo que delataba las mentiras, estaba oculto. Karsten tragó saliva.

—¿May Berit qué? —preguntó secándose la boca.

—Benonisen. Antes se apellidaba Saither.

—La verdad es que no me acuerdo.

Su sed no se había apagado. Era como si tuviera la boca llena de setas; una

mucosidad densa y viscosa le estorbaba al hablar.

—Tiene usted una memoria bastante limitada —señaló el hombre, sin mirarlo de frente—. Tiene que haber estado usted con muchas mujeres.

—Con unas cuantas.

Articuló las palabras muy cuidadosamente. Con. Unas. Cuantas. Salíó bien.

—¿Tiene hijos, Åsli?

Se le soltó la lengua. Se le empezó a normalizar el pulso. Lo notaba perfectamente, lo oía, oía que su propio corazón le golpeaba el esternón a un ritmo cada vez más pausado. Empezó a respirar con mayor libertad, la opresión que sentía en el esófago remitió y él sonrió ampliamente el oírse a sí mismo decir:

—Sí.

Este hombre no era peor que todos los demás. Era exactamente igual de malo. Era uno de ellos. Mientras el policía Yngvar Stubø estaba ahí, haciéndose el importante, la niña que estaba buscando se encontraba a cinco metros de él, ¿quizá diez? El tipo no tenía la menor idea. Seguramente el poli iba de acá para allá, de casa en casa, haciendo preguntas estúpidas y dándose aires sin saber en realidad nada. A eso lo llamaban visitas de rutina. En realidad no era más que una manera de pasar el rato. Tenía que haber mucha gente en la lista que el hombre probablemente llevaba en el bolsillo, a juzgar por la frecuencia con que se llevaba la mano al corazón, por debajo de la chaqueta, como si estuviera dudando si enseñarle algo.

Era como todos los demás.

En los rasgos de su rostro, Karsten veía mujeres y hombres, viejos y jóvenes. La nariz, grande y recta, le recordaba a la de un viejo maestro de la escuela que se divertía encerrándolo en el armario con los balones medicinales y los sacos de guisantes hasta que se ahogaba de tanto polvo y empezaba a llorar implorando que lo dejaran salir. Stubø llevaba el cabello peinado hacia atrás, en diagonal sobre el cráneo, exactamente como lo solía llevar el monitor de los *boy scouts*, el tipo que le quitó a Karsten todos sus diplomas porque pensaba que había hecho trampas. En la boca de Stubø había mujeres, muchas mujeres. Labios carnosos, rosados y rechonchos. Chicas. Mujeres. Zorras. Tenía los ojos azules, como los de la abuela.

—Tengo un hijo —dijo Karsten mientras se servía café.

Ahora manejaba sus manos fornidas y encallecidas con pulso firme. Karsten se sentía fuerte. Pasó un dedo por el mango del cuchillo de trinchar. La hoja estaba metida en un taco de madera para proteger el filo.

—Ahora mismo está en el extranjero con su madre. De vacaciones —agregó.

—¿Ah, sí? ¿Están casados?

Karsten Åsli se llevó la taza a la boca. El sabor amargo le hacía bien. Las

setas habían desaparecido. Notaba la lengua ágil, afilada.

—Qué va. Ni siquiera somos novios. Ya sabe... —Soltó una risita.

Sonó el móvil de Stubø.

La conversación no duró mucho. El policia cerró la tapa del teléfono de un golpe.

—Me tengo que ir —anunció sin más.

Karsten lo acompañó a la puerta. Las gotas de llovizna se habían posado sobre la hierba. Quizá por la noche volvería a hacer frío. Quizá la temperatura bajaría de cero grados. Aquel viento cortante parecía indicar que por lo menos iba a helar aquí, en la montaña. Se percibían los aromas embriagadores del incipiente verano. Karsten inspiró profundamente.

—No puedo decir que haya sido exactamente un placer conocerle —dijo con una sonrisa—, pero le deseo un buen viaje de regreso a casa.

Stubø abrió la puerta del coche y se volvió hacia él.

—Me gustaría tener una charla con usted en la ciudad —dijo.

—¿En la ciudad? ¿Se refiere a Oslo?

—Sí. Lo antes posible.

Karsten Åsli se lo pensó. Echó una ojeada a la taza que aún sostenía en la mano, como si le sorprendiera que estuviese vacía. Luego alzó la mirada y la clavó en Stubø.

—Esta semana no va a poder ser —contestó—, pero quizás a principios de la semana que viene. No puedo prometerle nada. ¿Tiene una tarjeta o algo así, para que le pueda llamar?

Stubø no apartó la vista de él. Karsten no pestañeó. Una mosca confusa pasó volando entre ellos. Por encima de las nubes un avión surcaba el cielo. La mosca se elevó.

—Me pondré en contacto con usted —dijo finalmente Stubø—. Que no le quepa la menor duda.

El Volvo azul marino salió dando tumbos por la verja abierta y se alejó lentamente cuesta abajo. Karsten Åsli lo siguió con los ojos hasta que llegó a la bifurcación y desapareció tras el bosquecillo. No recordaba la última vez que el valle le había parecido tan bonito, tan limpio.

Era suyo. Este era su sitio. En lo alto se divisaba la estela del avión que volaba en dirección al norte.

Karsten entró en la casa.

Yngvar Stubø paró el coche en cuanto le pareció que estaba fuera del campo de visión de Åsli. Aferró el volante con todas sus fuerzas. La sensación de cercanía con la niña había sido tan intensa, tan arrolladora, que lo único que impidió que registrara la casa de arriba abajo fueron sus veinticinco años de experiencia. No había base legal para algo así. No tenía nada.

Nada más que sentimiento. Ni un solo jurista de toda Noruega habría dictado una orden de registro sobre la base de una intuición.

—Piensa —masculló—. Piensa, joder.

Tardó menos de ochenta minutos en llegar a Oslo. Aparcó delante del piso de Lena Baardsen. Era la noche del lunes 5 de junio y eran ya más de las ocho y media. Temía que el tiempo se le estuviera acabando.

Aksel Seier estaba de pie en el salón ante un espejo desportillado. Se pasó una mano por la cabeza. Olía a naranjas. Se había cortado el cabello, y los pelos de la nuca le pinchaban los dedos. En opinión de la señora Davis, él, por una vez, tenía pinta de venir de una sociedad civilizada. Al fin y al cabo iba a irse de viaje, a un país en el que la gente, por lo que había oído la señora Davis, pensaba que los norteamericanos eran unos vulgares bárbaros. Eso solían pensar los europeos. Lo había leído en el *National Enquirer*. Aksel tenía que demostrarles que era un hombre pudiente. Esa pelambrera gris quizá le valiera aquí en Harwichport, pero ahora iba a enfrentarse a otro mundo. Se había pegado un buen tajo en la oreja, pero al menos el corte era homogéneo. Pelado por los cuatro costados. El aceite de naranja lo había dejado allí alguno de sus seis yernos. Se suponía que era bueno para el cuero cabelludo. A Aksel no le gustaba el olor de los cítricos. Como no se iba hasta el día siguiente, decidió lavarse el pelo antes de tomar el autobús en dirección al Aeropuerto Internacional Logan de Boston. Matt Delaware se había ofrecido a llevarlo hasta la parada de Barnstable. Faltaba más: Aksel le había dejado el barco y la furgoneta a precio de ganga.

Su propiedad en Ocean Avenue, en cambio, la había vendido por 1,2 millones de dólares.

Tal y como estaba.

No había tardado más de una hora en elegir las cosas que se iba a llevar. Los soldaditos de cristal, que le habían costado cuatro años de trabajo, se había decidido a regalárselos a la señora Davis. El riesgo de que se quebraran al cruzar el océano era demasiado grande. Ella se conmovió y le prometió no permitir que ninguno de sus nietos jugara con ellos. Al gato lo quería como si fuera suyo, declaró la mujer en voz muy alta. Matt había hecho una reverencia cuando Aksel le ofreció el tablero de ajedrez y el gran tapiz. La condición era que le mandara el mascarón de proa a Aksel en cuanto tuviera dirección en Noruega.

El mascarón de proa le recordaba a Eva.

A Aksel no le gustaba su nuevo peinado. Le hacía parecer más viejo; le resaltaba más las facciones, las arrugas y los poros, y era como si sus dientes

amarillentos y torcidos, que habría debido arreglarse hacía mucho tiempo, estuviesen más salidos ahora que había desaparecido su flequillo y él tenía la cara desnuda y al descubierto. Intentó ocultarse tras un par de gafas viejas de montura marrón. La graduación ya no era la correcta y lo mareaban un poco.

Había estado en el banco. El importe de la venta ascendía a unos diez millones de coronas. Cheryl, que había crecido en Harwichport y que había empezado a trabajar en el banco solo un par de semanas antes, le había sonreído y le había susurrado «*You lucky son of a gun*» antes de explicarle que el comprador le pagaría el resto del dinero a plazos durante las siguientes seis semanas. Aksel tenía que ponerse en contacto con un banco en Noruega, abrir una cuenta corriente, y todo estaría arreglado a no ser que las autoridades le pusieran muchas trabas. Pero seguro que todo saldría muy bien, aseguró ella, riéndose de nuevo.

Diez millones de coronas.

Para Aksel era una cifra astronómica. Se decía una y otra vez que hacía siglos que no se enteraba de lo que valía una corona y de que Noruega al fin y al cabo era un país muy caro. De eso sí que se había enterado al leer esporádicamente artículos que trataban sobre su país. Pero un millón largo de dólares era al fin y al cabo un millón largo de dólares, fuera a donde fuera en el mundo. Incluso en Beacon Hill en Boston habría conseguido una casa por ese precio. Oslo no podía ser más caro que Beacon Hill.

La señora Davis lo había acompañado a Hyannis cuando fue a comprarse ropa. Aksel, muy a su pesar, no se fiaba del todo del criterio de ella. Sobre todo le resultaban incómodos los pantalones a cuadros de K-mart. La señora Davis pensaba que los cuadros y el color pastel lo hacían parecer rico, que es lo que era, por otra parte. Cuando murmuró algo sobre el centro comercial del cabo Cod, ella alzó los ojos y le dijo que las tiendas de allí te clavaban en cuanto entrabas por la puerta. Lo que no se vendiera en K-mart no merecía la pena ser comprado. Ahora Aksel tenía una maleta llena de ropa nueva que no le gustaba. La señora Davis le había confiscado las viejas camisas de franela y los vaqueros. Lo iba a lavar todo antes de dárselo al Ejército de Salvación.

Aksel pensó que tenía que acordarse de llamar a Patrick.

Se alejó un paso del espejo. Bajo aquella luz, que entraba oblicuamente por la ventana, tenía verdaderos problemas para reconocerse en el espejo lleno de manchas. No era solo el pelo lo que resultaba extraño. Intentó estirar la espalda, pero algo en la nuca y en los hombros se lo impedía. Llevaba demasiados años mirando al suelo. Aksel se había quedado así tras pasar miles de días doblando el espinazo, trabajando apartado de todos los demás, y largas veladas encorvado sobre sus manualidades y sus propios pensamientos.

Volvió a levantar la cabeza. Algo le pinchaba entre los omóplatos. Le daba la impresión de estar más delgado. Se estaba obligando a mantener la postura.

Luego se pasó la mano por la chaqueta marrón del traje y empezó a preguntarse si debía ponerse corbata. Una corbata inspiraba mucho respeto. En eso, por lo menos, la señora Davis tenía razón.

Si le sobraba algo de dinero, pensaba pagarle a Patrick un viaje al otro lado del océano. Aunque su compañero ganaba bastante en la temporada de verano, la mayor parte se le iba en el mantenimiento del tiovivo y los gastos para vivir durante los largos meses de invierno en los que apenas tenía ingresos. Patrick nunca había vuelto a Irlanda. Podía visitarlo en Oslo, quedarse una semana o dos, y pasar por Dublín en el viaje de vuelta, si le apetecía.

De pronto Aksel se dio cuenta de que tenía miedo. Todavía le quedaba un montón de cosas por hacer antes de partir. Tenía que ponerse en marcha.

Nunca había subido a un avión, pero no era eso lo que le asustaba.

Quizás Eva no quería que fuera para allá. En realidad no se lo había pedido. Aksel Seier se quitó la chaqueta nueva y empezó a empaquetar los soldaditos de cristal en el papel de seda que le había conseguido la señora Davis.

Se hizo un corte en el dedo con un pequeño cristal azul. Eran los restos del general que había roto Inger Johanne Vik. Aksel se llevó el dedo a la boca. Quizá la joven había perdido el interés por él cuando él se largó sin avisar.

No había tenido tanto miedo desde 1993, cuando por fin dejó de soñar con el policía de los ojos llorosos y el manojito de llaves.

—Estaba completamente loco —dijo ella—. Como una auténtica cabra.

Cuando Lena Baardsen abrió la puerta parecía asustada, aunque en realidad no era tan tarde. Los ojos enrojecidos por el llanto y las ojeras casi moradas contrastaban con la palidez de su rostro. El aire del piso estaba húmedo y viciado, aunque era evidente que la mujer intentaba mantener el orden. No le ofreció nada de beber, aunque sostenía un buen vaso de cocina que contenía un líquido que Yngvar identificó como vino tinto. Como si se hubiera dado cuenta de lo que estaba pensando, la mujer levantó el vaso y dijo:

—Por recomendación del médico. Dos vasos antes de acostarme. Dice que es mejor que los somníferos. A mí, en realidad, no me ayuda ninguna de las dos cosas, pero el vino al menos está más rico. —Se bebió de un trago lo que quedaba—. Karsten es un seductor. O por lo menos lo era. Y muy solícito. Yo era entonces muy joven y no estaba acostumbrada a tantas atenciones. Simple y llanamente... —cerró los ojos— me enamoré —dijo muy despacio.

Probablemente la sonrisa pretendía ser irónica, pero solo resultaba triste, sobre todo cuando volvió a abrir los párpados.

—Pero al hacernos novios, fue como si se le cruzaran los cables. Se volvió celosísimo, muy posesivo. Nunca llegó a pegarme, pero de todos modos yo al final estaba muerta de miedo. Él... —Recogió las piernas en el sofá y se estremeció como si tuviera frío, a pesar de que en la casa debía de hacer una temperatura de por lo menos treinta grados—. No tardé en darme cuenta de que no estaba bien de la cabeza. Se despertaba en medio de la noche si yo iba al baño y venía a comprobar que realmente estuviera haciendo pis, como si creyera que me iba a... largar. Tampoco es que viviéramos juntos. En realidad no. Yo tenía alquilada una habitación que era demasiado pequeña para dos. Él vivía en una especie de comuna, pero creo que en el fondo la gente con la que vivía no lo aguantaba, así que acabó por mudarse a mi casa. Sin pedir permiso. No se trajo sus cosas ni nada, no había espacio para eso, pero fue como si tomara el mando. Recogía, limpiaba y hacía lo que le daba la gana. Es un maniático de la limpieza. Era, quiero decir, ahora ya no lo conozco. Era increíblemente egocéntrico. Todo era yo, yo, yo. Todo el rato. Hoy no lo habría tolerado, pero él era tan guapo y

tan atento, al menos al principio, y yo era tan joven... —Sonrió levemente a modo de disculpa.

—¿Sabe...? —dijo Yngvar, luego volvió a empezar—. ¿Sabía algo de su familia?

—Su familia —repitió Lena Baardsen con voz inexpresiva—. Conocía a su madre. Estuve con ella en dos ocasiones. Es simpática. A su manera. Muy dócil. A veces Karsten la trataba fatal, aunque por otra parte se notaba que... en el fondo la quería. A ratos, por lo menos. Lo único a lo que Karsten parecía tenerle miedo era a la abuela. Yo no llegué a conocerla, pero, joder, me contaba cada cosa que... —De pronto puso cara de sorpresa—. ¿Sabes qué? En realidad no recuerdo lo que me contó. No consigo recordar ningún ejemplo. Qué raro. Recuerdo muy bien que él la odiaba. Esa era la impresión que me daba a mí, al menos. Que la odiaba de verdad.

—¿Y el padre?

—¿El padre? No sé... Nunca hablaba de su padre, creo. En realidad no le gustaba hablar de su vida. De su infancia y esas cosas. Por lo poco que me dijo, creo que lo criaron su madre y su abuela. Debía de ser la madre de su madre, supongo, aunque no estoy segura. Karsten estaba loco. He hecho todo lo posible por olvidarme de él.

En sus labios se volvió a dibujar algo parecido a una sonrisa. Yngvar se quedó mirando algo que había sobre la mesa: una foto de Sarah en un marco de plata. Junto a ella, una gran vela rosada y, en un jarroncito, una pequeña rosa.

—No consigo dormir —susurró Lena—. Me da tanto miedo que se apague esa vela... Quiero que esté encendida todo el tiempo. Para siempre. Mientras esa vela no se apague será como si nada de todo esto fuera realmente verdad.

Yngvar asintió casi imperceptiblemente.

—Lo sé —dijo con serenidad—. Sé cómo se siente.

—No —repuso ella con vehemencia—. ¡Tú no sabes cómo me siento!

Tras su cara desencajada, en el fondo de sus rasgos repentinamente crispados, Yngvar percibió la capacidad de Lena Baardsen para salir adelante, aunque ella todavía no la había descubierto. Que su hija hubiera muerto era para ella inconcebible y lo seguiría siendo durante bastante tiempo. Lena Baardsen se aferraba a una pena que la asediaba desde todas partes, todo el rato. Su existencia estaba fuera de toda realidad, porque en esos momentos la realidad era insoportable.

La cosa todavía iría a peor, pero al final, cuando llegara el momento, le sería posible volver a vivir. Entonces vendría la verdadera tristeza, esa que no se pasa nunca y que no puede compartirse con nadie. Esa pena que le permitiría seguir viviendo y riendo, quizás incluso tener otros hijos, pero que sin embargo no la abandonaría nunca.

—Sí —aseveró Yngvar—. Sí que sé cómo se siente.

Hacía demasiado calor. Se levantó y abrió la puerta del pequeño balcón.

—¿Ha sido él?

Yngvar se volvió a medias. La voz de ella sonaba cascada, como si ya casi no le quedara más. Había llegado el momento de marcharse. Lena Baardsen iba a salir adelante, y él ya tenía las respuestas que necesitaba.

—Se acordaba usted de la fecha de la última vez que lo vio —señaló.

—Me escapé —dijo Lena—. Me escapé a Dinamarca. Dejé el piso mientras él estaba en el trabajo, llevé todas mis cosas a casa de mi madre y me marché por un tiempo indefinido. Durante algunas semanas le estuvo haciendo la vida imposible a mi madre, pero luego se rindió. Supongo. ¿Ha sido él quien...? ¿Mató él a Sarah?

Yngvar cerró los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en las palmas de las manos.

—Eso no lo sé —contestó secamente.

Dejó abierta la puerta de la terraza y se dirigió hacia la entrada. En medio del salón se detuvo en seco y miró de nuevo la foto de Sarah. La rosa se estaba marchitando. Se le doblaba el tallo y necesitaba más agua.

Al llegar al coche se dio la vuelta y contó los siete pisos de la fachada. Lena Baardsen había salido a la terraza y llevaba una manta sobre los hombros. No lo saludó con la mano. Él agachó la cabeza y se metió en el coche. La radio se encendió en cuanto arrancó el motor, pero hasta bien pasado Høvik Yngvar no se enteró de que el locutor hablaba de las penurias de la peste negra.

Se moría de ganas de pegarle un guantazo. Turid Sande Oksoy no sabía mentir bien, quizá por eso procuró por todos los medios que su marido no le viese la cara cuando repitió:

—Nunca he oído hablar de nadie que se llame Karsten Åsli. Nunca.

La casa adosada de Bærum estaba impregnada de otro tipo de pena que el piso de Torshov. Aquí había niños vivos. Había juguetes tirados por el suelo y un olor a comida recalentada. Tanto Turid como Lasse acusaban los efectos de la falta de sueño y el exceso de llanto, pero en este hogar el tiempo de alguna manera había seguido su curso. Y no podía ser de otro modo; los gemelos no tenían más que dos años. Turid Oksoy había intentado maquillarse, Yngvar los había llamado al móvil y les había pedido permiso para pasarse por ahí a pesar de lo tarde que era. A Turid el rímel se le había apelmazado en torno a sus ojos, y el pintalabios hacía que su boca pareciera demasiado grande para su demacrado rostro. Sin darse cuenta, no podía parar de hurgarse una herida que tenía junto a la nariz y que empezó a sangrar. Ella rompió a llorar.

—Lo juro —sollozaba—. Tiene que creerme. No he conocido nunca a nadie que se llame Karsten.

Yngvar habría debido entrevistarse con ella a solas.

Visitarla en su casa había sido un error garrafal. Obviamente Lasse, su marido, no iba a dejarla sola. La tenía todo el rato firmemente agarrada, incluso cuando ella se volvía hacia otro lado. Yngvar debería haber esperado hasta el día siguiente, haberla citado en su despacho, sola, sin su marido. Necesitaba averiguar más detalles sobre Karsten Åsli, algo más sólido que aquella certeza instintiva respecto a lo peligroso que era aquel hombre, algo que le proporcionara la base sobre la que continuar la investigación. Con su experiencia y su renombre, quizás Yngvar podría obtener una orden de registro si conseguía demostrar que Karsten Åsli era la única persona que había conocido a todas las madres implicadas. Sobre todo teniendo en cuenta que él mismo lo negaba. Podía explicárselo a Turid Oksoy y después obligarla a confesar.

La mujer estaba muy asustada, e Yngvar no era capaz de comprender por qué. Su hijo había muerto, asesinado por un hombre desquiciado al que esta mujer estaba protegiendo. Se moría de ganas de inclinarse sobre la mesa, agarrarla de ese ridículo jersey rosa que llevaba y atizarle un bofetón. Quería sacarle la verdad a palos a ese escuálido cuerpo. Era fea. Tenía el cabello reseco, el maquillaje corrido, la nariz demasiado grande, los ojos demasiado juntos. Turid Sande Oksoy parecía un cuervo, e Yngvar se moría de ganas de lavarle la cara y extraer la verdad del cerebro de gallina que había detrás.

—¿Está completamente segura? —dijo tranquilamente, pasándose la mano por el pelo.

—Sí —insistió ella y levantó la vista frotándose con el pulgar la piel bajo los ojos.

—Pues entonces siento haberles molestado en balde —dijo él—. No hace falta que me acompañen a la puerta.

—¡Mierda! ¡Mierda!

Yngvar golpeó el tronco del árbol con tanta fuerza que le empezaron a sangrar los nudillos. Se le tensaron los músculos de la nuca. Estaba temblando y no le resultó fácil marcar un número en el teléfono. Intentó respirar más profundamente, pero los pulmones se le resistían. Ahora mismo no sabía quién estaba más aterrorizado, si él o Turid Sande Oksoy.

Se apoyó en el tronco del abeto para intentar relajarse. En la casa que acababa de dejar, las luces empezaron a apagarse en un cuarto detrás de otro, hasta que al final solo quedó una luz amarilla y suave que brillaba tras las cortinas de una ventana del primer piso.

—¿Hola?

—Hola.

—¿Te he despertado?

—Sí.

No se disculpó. Al escuchar su voz por fin podía respirar más tranquilo. Le

llevó diez minutos contarle cómo había ido el día. De vez en cuando se repetía, pero luego conseguía concentrarse y calmarse. Intentaba ajustar su relato a un orden cronológico, ser objetivo, preciso. Al final calló. Inger Johanne no dijo nada.

—¿Hola?

—Sí, estoy aquí —la oyó decir muy lejos.

Se puso el teléfono más cerca de la oreja.

—¿Por qué...? —preguntó—. ¿Por qué miente?

—Eso está claro —dijo Inger Johanne—. Debe de haberse liado con Karsten Åsli cuando ya estaba casada con Lasse. No puede haber otra razón, a no ser que esté diciendo la verdad, claro. Que sea verdad que no conoce al tipo.

—¡Está mintiendo! ¡Lo sé! ¡Sé que está mintiendo!

Volvió a descargar un golpe contra la corteza áspera. La sangre corría por la palma de su mano.

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué coño voy a hacer ahora?

—Nada. Esta noche nada. Vete a casa, Yngvar. Ahora tienes que dormir. Ya lo sabes. Mañana puedes intentar hablar con Turid a solas. Tienes que mover cielo y tierra para averiguar todo lo posible sobre Karsten Åsli. Quizás encuentres alguna cosa, algo que con un poco de creatividad puedas aprovechar para conseguir una orden de registro. Pero mañana. Ahora vete a casa.

—Tienes razón —cedió él—. Te llamo a media mañana.

—Muy bien —respondió ella—. Hasta mañana.

Luego colgó y él se quedó mirando el teléfono durante algunos segundos. Le dolía la mano derecha. Inger Johanne no lo había invitado a ir a su casa. Yngvar fue hacia el coche arrastrando los pies y se marchó, obediente, a su casa de Nordstrand.

Por fin había encontrado comida. Laffen había forzado ya la puerta de tres casas pero no había tenido suerte. En esta cabaña, en cambio, había latas de conservas en varios armarios. No podía haber pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien había estado allí porque en la panera quedaba algo de pan. Cuando le quitó la capa blanquecina y azul que lo recubría, no quedó gran cosa. Se quedó un rato mirando la pequeña bola correosa antes de metérsela en la boca. Sabía a oscuridad.

Había leña almacenada junto a la chimenea, y no le costó mucho encender un buen fuego. Desde la ventana del salón se veía bien el camino. De este modo, si veía que alguien se acercaba podía escaparse por la ventana de la parte de atrás. El calor que irradiaba el fuego lo amodorraba, pero primero quería comer algo, un poco de sopa, quizás, eso era lo más sencillo. Luego se iría a dormir. Eran más de las cuatro de la mañana y pronto iba a ser completamente de día. Solo necesitaba un poco de comida y tabaco. Sobre la chimenea había medio paquete de Marlboro. Le quitó el filtro a uno de los cigarrillos, lo encendió y le dio una profunda calada. No podía acostarse hasta que se apagara el fuego.

Sopa de tomate con macarrones. Bien.

Había agua en el grifo. Era una buena casa de campo. Él siempre había querido tener una cabaña así, un sitio donde se pudiera estar completamente tranquilo. No como su piso de Rykkinn, donde los vecinos se enfadaban en cuanto algún sábado se te pasaba limpiar las escaleras. Aunque nunca dejaba entrar a nadie en el piso, siempre se sentía vigilado. En un sitio como este todo sería muy distinto. Si seguía adelante, si se adentraba en el bosque, quizás encontraría una casa donde pasar todo el verano solo. En verano, la gente que tenía cabañas en el campo solía irse más bien al mar. Después podría escaparse a Suecia, en otoño. Su padre había escapado a Suecia durante la guerra y luego le habían dado un montón de medallas por todo lo que había hecho.

Lo que no iba a permitir es que la policía volviera a atraparlo.

El cigarrillo le supo a gloria. Era el mejor pitillo que se había fumado nunca, aromático y suave. Se encendió otro al acabar de comer. Luego vació el paquete y contó los cigarrillos. Once. Tenía que ahorrar.

La policía creía que era idiota. Cuando lo arrestaron, hablaban entre sí como si él estuviera sordo o algo así. La gente solía hacer eso. Creían que no oía.

El tipo que se había llevado a los niños era listo. Los mensajes eran ingeniosos. «Ahí tienes lo que te merecías». Los dos policías habían estado hablando de eso delante de él, como si fuera un idiota sin orejas. Laffen se había aprendido inmediatamente el texto de memoria. «Ahí tienes lo que te merecías». Muy bueno. Buenísimo. Le echaba la culpa a otro. No estaba seguro de quién había recibido lo que se merecía, pero era algún otro, no era él quien se merecía eso. El tipo que se había llevado a los niños tenía que ser muy listo.

A Laffen lo habían detenido en varias ocasiones.

Lo trataban como a una mierda, siempre.

Cuando los niños correteaban desnudos por la playa, no se podía esperar otra cosa. Se lucían, sobre todo las niñas. Se meneaban, se contoneaban, lo enseñaban todo. Pero era él quien cargaba con la culpa, siempre. En ese sentido Internet era mejor. Asuntos Sociales le había pagado el ordenador. Incluso le había pagado un curso para aprender a usarlo.

Los helicópteros eran peligrosos.

Todavía estaba demasiado cerca de Oslo y oía helicópteros todo el día. Como la luz duraba hasta muy tarde por la noche y comenzaba muy temprano por la mañana, solo había unas pocas horas de oscuridad en las que podía moverse. Avanzaba demasiado despacio. Tenía que alejarse más, eso estaba claro. Tendría que robar un coche. Sabía cómo hacerle un puente al motor, era una de las primeras cosas que había aprendido. Aunque la policía creía que era idiota, era capaz de robar un coche en menos de tres minutos. No uno de los nuevos, claro, de esos que tenían algún tipo de cierre electrónico. Esos tendría que dejarlos estar. Pero podía buscar un modelo más viejo y conducirlo un buen trecho, hacia el norte. Era fácil saber dónde estaba el norte: por el día no había más que mirar el sol, y por la noche sabía encontrar la estrella Polar.

La comida hacía que le entrara sueño. La chimenea despedía un calor muy agradable. No podía dormirse hasta que se hubiera apagado del todo. Le importaba una mierda el peligro de incendio, pero mientras pudiera aparecer alguien que hubiera visto el humo, tenía que mantenerse despierto. Alerta.

—Estate preparado —murmuró Laffen antes de dormirse.

Karsten Åsli pugnaba por convencerse de que no tenía nada que temer.

—Rutina —dijo para sí y estuvo a punto de tropezar—. Rutina. Ru-ti-na. Ru-ti-na.

Tenía las zapatillas de deporte empapadas, y el sudor le caía en los ojos. Intentó secarse la frente con la manga del jersey, pero esta estaba húmeda por el rocío de los árboles cuyas hojas había rozado.

Yngvar Stubø no había visto nada. En realidad era imposible que encontrara absolutamente nada que pudiera despertar sus sospechas. Joder, él mismo lo había dicho: había venido porque por rutina tenía que visitar a todos aquellos que hubieran tenido relación con alguno de los familiares. Claro que era rutina. La policía creía que ya sabía a quién estaba buscando. Los periódicos no hablaban de otra cosa: La Gran Caza del Hombre.

Karsten Åsli apretó el paso. Había estado a punto de perder el control. Yngvar Stubø era astuto. Aunque no sabía mentir tan bien como creía Aksel que lo hacían los policías, era astuto. Turid estaba aterrorizada en aquellos tiempos. Tenía miedo de que Lasse se enterara de algo. Miedo de su madre. Miedo de su suegra. Miedo a todo. Cuando Yngvar aseguró que Turid había dicho que se conocían, mentía. Pero Karsten, de todos modos, había estado a punto de perder el control.

Yngvar Stubø nunca habría debido preguntarle si tenía hijos.

Hasta ese momento Karsten se sentía como si estuviera a punto de ahogarse, pero cuando Stubø le preguntó por su hijo fue como si le estuviera echando un cable. La mar se calmó. Tierra a la vista.

El crío. El niño. El hijo de Karsten. Cumpliría tres años el 19 de junio. Ese sería el día en que culminaría su acción. Nada era casual en este mundo.

El arroyo tenía mucho caudal, caudal de primavera. Casi era un río.

Karsten se detuvo e intentó recuperar el aliento. Se descolgó la mochila del hombro y sacó el bote de potasio. Previamente había llenado una pequeña bolsa de plástico con algunos gramos, más que suficiente para su última misión. Obviamente lo había hecho fuera de la casa, pues sabía perfectamente que el más mínimo rastro de la sustancia bastaría para pillarlo. No es que la policía fuera a ir a comprobarlo, pero Karsten Åsli operaba dentro de unos márgenes de

seguridad. Todo el tiempo. Nunca había abierto el bote dentro de casa.

Los polvos se mezclaron con el agua. Agua color de leche que empezó a correr cuesta abajo. La solución se diluía, se aguaba, hasta quedar casi transparente. Al final, metro y medio por debajo de donde estaba él, todo había desaparecido. Dio unos golpecitos al bote contra una piedra y después encendió una pequeña hoguera con el serrín seco que traía en la mochila. El bote de cartón no ardía bien, pero cuando rasgó un periódico entero y lo echó al fuego, por fin prendió. Al final lo pisoteó todo para apagarlo.

Había comprado el potasio en Alemania, hacía más de siete meses. Por si acaso, se había dejado crecer la barba durante varias semanas antes de ir a una farmacia de un suburbio de Hamburgo. Esa misma noche se afeitó en un motel barato antes de salir hacia Kiel para tomar el transbordador de vuelta.

Por fin se había deshecho del potasio. Se había deshecho de todo menos de lo que iba a necesitar el 19 de junio.

Karsten Åsli se sentía aliviado. No tardó más de un cuarto de hora en llegar a casa.

Cuando estaba haciendo estiramientos en el umbral, se acordó de que hacía varios días que no bajaba a ver a Emilie. Ayer, antes de que apareciera Stubø, había decidido darle una última comida. Tenía que librarse de ella, pero no había decidido cómo. Tras la visita de Stubø tenía que tener aún más cuidado de lo que había previsto. Emilie tendría que esperar. Unos días, al menos. Allí abajo tenía agua, y de todos modos no comía nada. No había ninguna razón para bajar al sótano.

Ninguna en absoluto. Sonrió y se preparó para ir al trabajo.

El señor había desaparecido. Ya no existía.

Emilie tenía sed. Había agua en el grifo. Intentó levantarse, pero las piernas le habían adelgazado tanto... Trató de andar. No podía, a pesar de que se apoyaba contra la pared.

El señor había desaparecido. Quizá papá lo hubiera matado. Seguro que papá lo había encontrado y lo había cortado en pedacitos. Pero papá no sabía que ella estaba ahí, no la iba a encontrar nunca.

Tenía una sed horrible. Gateó hasta el grifo. Luego se reclinó sobre la pared y abrió el agua. Los calzoncillos se le resbalaron hasta los tobillos. Eran calzoncillos de chico, por mucho que la bragueta estuviera cerrada. Bebió.

Su ropa seguía doblada junto a la cama. Regresó tambaleándose a la cama, ahora a duras penas podía andar. Los calzoncillos se quedaron junto al lavabo. A Emilie la tripa se le había convertido en un gran agujero sin nada de hambre dentro. Luego tenía pensado ponerse la ropa. Era su propia ropa y quería llevarla puesta, pero primero tenía que dormir.

Lo mejor era dormir.

Papá había cortado al señor en pedacitos que había tirado al mar.
Seguía teniendo muchísima sed.
Quizá papá también estuviera muerto. No llegaba nunca.

Lo primero que le vino a Inger Johanne a la cabeza fue que este era el que sobraba.

Tras las primeras frases introductorias empezó a parecerle sencillamente anodino. Geir Kongsbakken no irradiaba nada, no tenía ningún encanto. A pesar de que nunca había conocido ni a su padre ni a su hermano, Inger Johanne tenía muy claro que ambos habían sido personas que causaban una honda impresión, para lo bueno y para lo malo. Asbjørn Revheim, por su parte, había sido un hombre arrogante y provocador, un gran artista, una persona persuasiva y que no reconocía límites, ni siquiera para su propio suicidio. Astor Kongsbakken seguía rodeado de un halo de anécdotas sobre su dedicación y su ingenio en el trabajo. Geir, el hijo mayor, tenía un pequeño bufete de abogados en la calle Øvre Slottsgate, un despacho con un solo abogado del que Inger Johanne nunca había oído hablar. Las paredes estaban revestidas con madera, y las estanterías eran marrones y pesadas. El hombre al otro lado de la mesa también era pesado, sin ser gordo. Daba la impresión de no tener los contornos bien definidos, y no resultaba en absoluto interesante. Poco pelo. Camisa blanca. Gafas insulsas. Voz monótona. Era como si estuviera compuesto de los pedazos que el resto de la familia no quería.

—¿Y en qué podría ayudar a la señora?—preguntó con una sonrisa.

—Yo... —Inger Johanne carraspeó y volvió a empezar—: ¿Recuerda el caso Hedvik, señor Kongsbakken?

Se lo pensó, los ojos se le entrecerraron.

—No... —Lo dijo sin convicción—. ¿Debería acordarme? ¿Podría darme algún otro dato que me refresque la memoria?

—El caso Hedvik—repitió ella—. De 1956.

El hombre todavía parecía un poco aturrido. Qué curioso. Cuando le había mencionado el caso a su madre —como de pasada, sin decirle lo que andaba haciendo—, Inger Johanne se había sorprendido del detalle con que ella recordaba el asesinato de la pequeña Hedvik.

—¡Ah, sí! —Geir alzó levemente la barbilla—. Un caso terrible. ¿Fue aquel de la niña a la que violaron, asesinaron y más tarde encontraron... en un saco?

¿Es correcto?

—Exactamente.

—Sí, claro que me acuerdo. Aunque entonces yo era muy joven... ¿En 1956, dice? No tenía más que dieciocho años. Y a esa edad no es que se lea mucho el periódico. —Sonrió como para disculpar su falta de interés.

—Quizá no —dijo Inger Johanne—. Aunque eso depende. Como su padre fue el fiscal que instruyó la causa contra el presunto autor de los hechos, yo creía que usted se acordaría mejor del caso.

—Mire —dijo Geir Kongsbakken, rascándose la coronilla—. En 1956 yo tenía dieciocho años. Era mi último año de bachillerato. Las cosas que me interesaban no tenían nada que ver con el trabajo de mi padre. Por otro lado, tampoco es que tuviéramos una relación estupenda, para serle franco, aunque no entiendo muy bien a qué viene todo esto. ¿Adónde quiere llegar? —Le echó una ojeada al reloj.

—Permitame que vaya al grano —dijo Inger Johanne rápidamente—. Tengo motivos para creer que su hermano... —Ir directamente al grano no era tan fácil como ella esperaba. Cruzó las piernas y volvió a tomar impulso—: Creo que Asbjørn Revheim tuvo algo que ver con el asesinato de Hedvik.

A Geir Kongsbakken se le formaron tres profundos surcos en la frente. Inger Johanne le escrutó el rostro. Incluso con gesto de sorpresa carecía totalmente de carácter; ella no estaba segura de si lo reconocería si se cruzaba con él en la calle.

—¿Asbjørn? —dijo ajustándose la corbata—. ¿De dónde ha sacado semejante idea? ¿En 1956? ¡Por Dios, en esos momentos... tenía dieciséis años! Además, Asbjørn nunca habría...

—¿Recuerda a Anders Mohaug? —lo interrumpió ella.

—Claro que recuerdo a Anders —respondió él con evidente irritación—. El subnormal. Supongo que hoy en día no es políticamente correcto usar estas expresiones, pero así lo llamábamos. Entonces. Claro que me acuerdo de Anders. Se juntaba mucho con mi hermano durante una época. ¿Por qué lo pregunta?

—La madre de Anders, Agnes Mohaug, acudió a la policía en 1965, poco después de que muriera Anders. Lo único que sé sobre el asunto es que ella pensaba que su chico había asesinado a Hedvik en 1956. Había estado protegiendo a su hijo durante todos esos años, pero cuando ya no era posible que lo castigaran quiso descargar la conciencia.

Geir Kongsbakken parecía sinceramente aturdido. Se desabrochó el último botón de la camisa y se acodó sobre el escritorio.

—Ya entiendo —dijo despacio—. Pero ¿qué tiene que ver eso con mi hermano? ¿Dijo la señora Mohaug que mi hermano estaba implicado?

—No, en realidad no. Que yo sepa. En general sé muy poco acerca de lo que dijo y...

El abogado estornudó y sacudió la cabeza vigorosamente al interrumpirla:

—¿Tiene usted claro lo que está haciendo? Estas acusaciones que está lanzando son descaradamente injuriosas y...

—No estoy acusando a nadie de nada —replicó Inger Johanne con tranquilidad—. He venido para hacerle algunas preguntas y para pedirle ayuda. Como he solicitado hora como todo el mundo, evidentemente estoy dispuesta a pagarle por su tiempo.

—¿Pagar? ¿Pretende pagarme por venir aquí a lanzar acusaciones contra uno de mis parientes más cercanos que además está muerto y por lo tanto es incapaz de defenderse? ¡Pagar!

—¿No sería mejor que simplemente escuchara lo que tengo que decir? —soltó Inger Johanne.

—¡Ya he oído más que suficiente, gracias!

Unos círculos blancos aparecieron en torno a las fosas nasales del hombre. Aunque seguía resoplando, era evidente que sentía algo de curiosidad. Inger Johanne se lo veía en los ojos, que ahora la miraban con atención, más despiertos que cuando ella llegó y él le pidió que se sentara sin fijarse en realidad en ella.

—Anders Mohaug difícilmente habría sido capaz de actuar por iniciativa propia —afirmó ella con decisión—. Por lo que me han contado del chico, le habría costado llegar a Oslo sin ayuda. Usted sabe muy bien que alguien lo mangoneaba para que se metiese en un montón de... situaciones complicadas: su hermano.

—¿Situaciones complicadas? ¿Tiene alguna idea de lo que está hablando? —Una fina lluvia de saliva salpicó el escritorio—. Asbjørn era bueno con Anders. ¡Bueno! ¡Todos los demás rehuían a aquel gorila como a la peste! ¡Asbjørn era el único que hacía cosas con él!

—¿Cosas como decapitar a un gato en protesta contra la casa real?

Geir Kongsbakken arqueó las cejas en un gesto de exasperación.

—Un gato. ¡Un gato! Evidentemente no estuvo bien maltratar al pobre animal, pero también es verdad que lo detuvieron y lo multaron por ello. Recibió su castigo. Tras ese episodio, Asbjørn nunca le hizo daño a nadie. Ni siquiera a los gatos. Asbjørn era...

El gris abogado se quedó sin aire y se hundió en su sillón. A Inger Johanne le pareció que se le humedecían los ojos.

—Sé que esto es difícil de entender —dijo Geir Kongsbakken, levantándose con dificultad—. Pero es que yo quería mucho a mi hermano. —Se acercó a la estantería, y deslizó los dedos por los lomos de seis libros encuadernados en piel—. Nunca he leído lo que escribió —admitió con voz queda—. Todo el asunto era demasiado doloroso. La gente decía muchas cosas. Pero yo he mandado encuadernar estas primeras ediciones. Tienen muy buen aspecto, ¿verdad? Bellos por fuera y, por lo que me han dicho, bastante feos por dentro.

—No estoy de acuerdo —dijo Inger Johanne—. Fueron muy importantes

para mí cuando los leí. Sobre todo *Frio febril*, aunque sobrepase todos los límites y...

—Asbjørn defendía aquello en lo que creía —la cortó Geir Kongsbakken.

Era como si estuviera hablando consigo mismo. Tenía uno de los libros en la mano. Un libro grande y pesado. Inger Johanne supuso que era *Ciudad hundida, sube el mar*. Las letras doradas brillaron bajo la luz de la lámpara del techo. La piel era oscura, casi como madera pulida.

—El problema fue que al final ya no le quedaba nada en lo que creer —murmuró él—, nada que defender. Entonces ya no quiso seguir, pero hasta que... —Inspiró bruscamente, como si tuviese hipo, y enderezó la espalda—. Asbjørn nunca le hubiera podido hacer daño a otra persona. No físicamente. Nunca. Ni con dieciséis años ni más tarde. Se lo garantizo.

Se había vuelto hacia ella, con la barbilla levantada. La miraba directamente a los ojos y tenía la mano derecha apoyada sobre el libro, como si fuera una Biblia sobre la que estuviera jurando.

«¿Hasta qué punto conocemos a nuestros seres más próximos? —se preguntó Inger Johanne—. Estás diciendo la verdad. Sabes que Asbjørn no podía hacerle daño a nadie porque tú lo querías. Porque era tu único hermano. Crees que sabes. Sabes que sabes. Pero yo no lo sé. Yo no lo conocía. Solo he leído sus libros. Todos somos varias personas. Asbjørn puede haber sido un asesino, aunque tú no quieras aceptarlo» .

—Me gustaría hablar con su padre —dijo.

Geir Kongsbakken devolvió el libro a la estantería.

—Por mí no hay problema —respondió con desinterés—. Pero tendrá usted que ir a Córcega. No estoy seguro de si volverá alguna vez. Últimamente no anda muy bien.

—Lo llamé ayer.

—¿Lo llamó? ¿Para hablarle de este disparate? ¿Es usted consciente de la edad que tiene?

Los círculos blancos estaban apareciendo de nuevo en torno a las fosas nasales.

—No le dije nada sobre Asbjørn —se apresuró a aclarar Inger Johanne—. Casi no dije nada, en realidad. Se enfadó. Para serle sincera, se puso furioso.

—Eso es bastante comprensible —murmuró Geir Kongsbakken y volvió a mirar el reloj.

Inger Johanne se fijó en que no llevaba anillo de casado. Tampoco había ninguna foto en aquel despacho marrón. La habitación carecía completamente de todo signo de vinculación personal, a excepción de las obras de su hermano muerto, un escritor cuya visión conservaba en unos libros lujosamente encuadernados pero que nunca había leído.

—Yo esperaba que usted hablase con él —dijo Inger Johanne—, y le

explicara que no estoy intentando perjudicar a nadie. Solo quiero saber lo que pasó en realidad.

—¿A qué se refiere con «lo que pasó en realidad»? Creo recordar que un hombre fue condenado por el asesinato de Hedvik ¡Condenado por un tribunal! ¡Debería estar bastante claro lo que ocurrió! Aquel hombre era culpable.

—No lo creo —repuso Inger Johanne—. Y si me permitiera usar los diez minutos de conversación que me quedan de la media hora para contarle por qué...

—No tiene diez minutos —dijo él con decisión—. Doy esta conversación por terminada. Puede marcharse.

Abrió una carpeta y empezó a leer, como si Inger Johanne ya no estuviera ahí.

—Probablemente condenaron a un hombre inocente —insistió ella—. Se llama Aksel Seier y lo ha perdido todo. Si no le preocupa la vertiente humana del asunto, al menos debería preocuparle el caso como abogado. Como jurista.

Sin levantar la vista de los papeles, Geir Kongsbakken dijo:

—Puede usted causar daños irreparables con estas especulaciones. Haga el favor de marcharse.

—¿A quién puedo dañar? ¡Asbjørn está muerto! ¡Desde hace diecisiete años!

—Váyase.

A Inger Johanne no le quedó otro remedio que obedecer. Sin decir una palabra más se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Ni se le ocurra pagar nada —le advirtió Geir Kongsbakken con dureza—. Y no vuelva nunca más.

Un viento cálido soplaba sobre Oslo. Inger Johanne se quedó un momento dudando delante de la oficina de Geir Kongsbakken antes de decidirse a volver andando al trabajo. Se quitó la chaqueta del traje y se percató de que tenía las axilas sudadas.

Se tendría que haber resuelto este asunto hacía tiempo. Ahora era demasiado tarde. La invadió el desánimo. Alguien debería haber rehabilitado a Aksel Seier mientras todavía era posible, cuando los implicados aún vivían, cuando la gente tenía el caso fresco en la memoria. Ahora se daba de bruces contra una pared, intentara lo que intentase.

Estaba harta de todo aquel asunto. Al fin y al cabo, el propio Seier había rechazado su ayuda. Al pensar en Alvhild Sofienberg sintió un pinchazo bajo el esternón, pero rápidamente se sacudió el sentimiento de culpa. Inger Johanne no había contraído en realidad ningún compromiso, ni con Aksel ni con Alvhild.

Ya había hecho más que suficiente, más de lo que nadie podía exigirle.

—Y esto es lo que tenemos —concluyó Yngvar Stubø con desánimo.

—Sí. —Sigmund Berli moqueaba y se secó la nariz con la manga—. No es gran cosa, me temo. No está fichado. Si alguna vez lo denunciaron por algo, debió de ser hace mucho tiempo. No tiene ningún título universitario, ni de aquí ni de ninguna otra ciudad de Noruega, así que esos estudios de los que presumía, o bien los cursó en el extranjero o bien...

—No los terminó. Ella tenía razón.

—¿Quién?

—Olvidalo.

Sigmund Berli seguía moqueando y se puso a buscar un Kleenex en el estrecho bolsillo de su pantalón.

—Estoy constipado —murmuró—. Menudo trancazo tengo. Karsten Åsli se ha mudado muchas veces, eso sí que está comprobado. No es tan raro que al final se olvidara de empadronarse en su nuevo lugar de residencia. Es todo un vagabundo, este tipo. Tiene carné de taxista, por cierto. Para Oslo. A lo mejor es a eso a lo que llama tener estudios.

—Difícilmente. ¿Qué es esto?

Yngvar señaló una nota adhesiva amarilla.

—¿El qué? —Sigmund Berli se inclinó sobre la mesa—. Ah. Eso. Tomó un curso de conductor de ambulancia hace algunos años. Me pediste que lo incluyera absolutamente todo.

—¿Qué pasa con el niño?

Yngvar forcejeaba por abrir el envoltorio de celofán de un paquete de puros nuevo.

—Estoy trabajando en ello, pero ¿por qué hemos de pensar que el tipo miente precisamente respecto a eso? ¿Por qué razón se iba a inventar que tiene un hijo?

Yngvar dejó caer con cuidado un puro en la funda de plata y se la metió en el bolsillo.

—No creo que esté mintiendo —dijo—. Solo quiero saber cuánto contacto mantiene en realidad con el crío. En su casa no vi nada que indicara que un niño se aloja allí con regularidad. ¿Qué pasa con Tromsø? ¿Ha estado allí?

Sigmund Berli estaba mirando la caja de madera de balsa.

—Por favor —lo invitó Yngvar.

—¡Lo mejor sería preguntárselo al propio Karsten Åsli! He comprobado todas las listas y al menos no tomó ningún vuelo en las horas siguientes al asesinato del bebé. No con su propio nombre, al menos. Me he hecho con una copia de la foto de su pasaporte. La hemos mandado a Tromsø, a ver qué dice el catedrático. Probablemente nada. Se agarra a que no le vio la cara con suficiente claridad. No facilita mucho esta « investigación » ... —dibujó unas comillas en el aire con vehemencia antes de agarrar un puro— el hecho de que queramos que Karsten Åsli no note nada. ¿No podríamos simplemente citarlo para un interrogatorio normal? Por Dios, eso lo hacemos con cualquiera sin que...

—Karsten Åsli no es cualquiera —lo interrumpió Yngvar—. Si no me equivoco, tiene encerrada en algún sitio a una niña. No quiero que le demos el menor motivo para que crea que vamos a por él.

Sigmund Berli se acercó el puro a la nariz.

—Oye, Yngvar —dijo sin mirar al inspector a los ojos.

—Sí.

—Había allí algo más, algo más que esta... esta... ¿Había algo más concreto, algo más que...?

—No. Solo una sensación. Una sensación muy intensa.

Se hizo el silencio en la habitación. Por el pasillo se oían pasos rápidos y un teléfono que sonaba a lo lejos. Alguien contestó. Una mujer soltó una carcajada al otro lado de la puerta. Yngvar tenía la mirada fija sobre el puro de Sigmund, sujeto entre el labio superior y la nariz.

—La intuición no es más que el tratamiento por parte del inconsciente de datos conocidos —sentenció antes de recordar de dónde lo había sacado. De pronto se apoyó sobre la mesa—. El tipo estaba aterrizado —dijo con rabia—. Cuando aparecí casi se desmaya. Estuve así de cerca... —Levantó la mano, con el pulgar y el índice a un centímetro de distancia—. Así de cerca de conseguir que se derrumbara. Entonces pasó algo, no sé qué, pero... —Volvio a sentarse lentamente en la silla—. Fue como si recuperara el control sobre sí mismo. No sé cómo ni por qué. Solo sé que se comportaba de un modo que... ¡Joder, Sigmund! Tú... De todos los que trabajan en esta casa, ¡al menos tú deberías confiar en mis intuiciones! ¡La niña está allí arriba! ¡Mientras Karsten Åsli tiene encerrada a Emilie, nosotros andamos dando vueltas con helicópteros, y Dios sabe cuánta gente y coches, buscando a un tontito que está de excursión!

Sigmund sonrió, casi con timidez.

—Pero no puedes estar seguro —repuso—. Tienes que admitirlo. No puedes estar completamente seguro. Eso no es posible.

—No —reconoció por fin Yngvar—. Completamente seguro evidentemente no puedo estar. Pero averigua algo más sobre el hijo. Por favor.

Sigmund asintió levemente y se fue. Se había olvidado el puro. Yngvar lo agarró y lo observó atentamente. Luego lo dejó en la cesta de papel y se acordó de que tenía que llamar al fontanero de Lillestrøm. No había motivo para molestar a Cato Sylling con un viaje innecesario a Oslo.

Turid Sande Oksøy todavía no había dado señales de vida, a pesar de que la había llamado tres veces y había dejado mensajes en su contestador.

Aksel Seier estaba sentado en el Café del Teatro Nacional contemplando el artístico sándwich que le había dejado delante el camarero. Se le había olvidado completamente que en Noruega los hacían sin tapa y no estaba del todo seguro de cómo comérselo. Echó una ojeada furtiva alrededor. La mujer mayor de la mesa de al lado estaba usando cuchillo y tenedor, y eso que su sándwich no era en absoluto tan alto como el suyo. Vacilante, agarró los cubiertos. El tomate cayó sobre el plato. Con cuidado, Aksel quitó la hoja de lechuga de debajo del paté. No le gustaba la lechuga, pero el sándwich estaba bueno. La cerveza también, de modo que se la bebió con avidez y pidió otra.

—Será un placer —dijo el camarero.

Aksel Seier intentaba relajarse. Se llevó la mano al bolsillo de la camisa. Ya había usado dos veces la tarjeta de crédito. Se la habían aceptado sin problemas. Nunca había tenido una tarjeta de crédito en toda su vida. Cheryl se había empeñado en que solicitase una desde el otro lado del mostrador del banco. Visa y American Express. Así no corría riesgos, decía. Ella seguramente sabía de lo que hablaba. La tarjeta Visa era de color plata. Platino, le había susurrado Cheryl. «*You're rich, you know!*». Por lo común se tardaba más de una semana en conseguir una tarjeta de ese tipo, pero ella lo había arreglado en menos de dos días.

Todo había sido tan rápido...

Estaba mareado. También era verdad que hacía día y medio que no dormía. El viaje en avión había ido bien, pero le había resultado imposible dormir con el ruido de los motores. En Kaflavik creyó por un momento que había llegado a su destino, pero cuando se puso a buscar las maletas, una amable señora lo guio hacia la siguiente etapa. Se quedó mirando el reloj que le había elegido la señora Davis en Hyannis. Restó lentamente seis horas. Ahora eran las nueve de la mañana en el cabo Cod. El sol estaba en lo alto del cielo sobre el estrecho de Nantucket y había marea baja. Si hacía buen tiempo, se alcanzaría a ver cómo la costa de Monomy se extendía a lo largo del horizonte hacia el suroeste. Un buen día para pescar. Quizá Matt Delaware había salido ya con el barco.

—¿Algo más?

Aksel negó con la cabeza. Se puso a buscar la tarjeta, pero cuando por fin consiguió sacar el monedero del bolsillo, el camarero había desaparecido. Ya volvería.

Intentó relajarse.

Nadie lo miraba. Nadie lo reconocía.

Eso era lo que más lo asustaba, que alguien pudiera darse cuenta de quién era. Al aterrizar en Gardermoen se arrepintió. Lo que más le apetecía era embarcar en el primer avión de vuelta. Devolver el dinero. Mudarse de nuevo a su casa y recuperar el barco, el gato y los soldaditos de cristal. Todo podría ser como antes. En realidad las cosas le iban bastante bien. Al menos se sentía seguro, sobre todo después de que desaparecieran las pesadillas una noche de marzo de 1993.

Noruega estaba cambiada.

La gente hablaba distinto, también. Unos adolescentes que iban sentados delante de él en el autobús hacia Oslo hablaban un idioma que casi no entendía. Todo mejoró en cuanto llegó al Continental. Aksel Seier solo recordaba el nombre de dos buenos hoteles en Oslo: Grand y Continental. El segundo sonaba más espléndido que el primero. Seguro que era carísimo, pero él tenía dinero y una tarjeta platino. Cuando puso el pasaporte estadounidense sobre el mostrador, la señora le habló en inglés. Cuando él respondió en noruego, ella sonrió. Era amable. Todo el mundo era amable y aquí, en el Café del Teatro, el camarero hablaba el noruego que él recordaba y entendía.

—¿Está usted de paso? —Le preguntó el escuálido señor al dejarle la cuenta sobre la mesa.

—Sí. No. De paso.

—¿Se aloja usted aquí en el hotel? —preguntó el camarero, agarrando la tarjeta—. Permítame que le desee una agradable estancia. Ya está llegando el verano. Ha sido un placer.

Aksel Seier se quería ir a su cuarto a dormir un par de horas. Tenía que acostumbrarse a estar allí. Luego se daría una vuelta por la ciudad, cuando cayera la noche. Quería comprobar cuántas cosas le resultaban familiares. Quería sentir Noruega. Averiguar si Noruega lo reconocía a él. Aksel Seier creía que no. Todo había ocurrido hacía mucho tiempo. Muchísimo tiempo. Al día siguiente buscaría a Eva, pero no antes. Quería estar descansado cuando la viera. Sabía que estaba enferma y se había mentalizado para todo.

Antes de acostarse iba a llamar a Inger Johanne Vik. Al fin y al cabo no eran más que las tres de la tarde. Seguro que ella estaba todavía en el trabajo. Quizás aún estuviera enfadada porque él se había largado, pero al fin y al cabo había viajado hasta América para verlo. Le había dejado su tarjeta, tanto en el buzón como pegada a la puerta.

Todavía debía de estar interesada en que charlaran un rato.

Inger Johanne tenía la extraña sensación de que ya era viernes. Cuando a las dos se fue del despacho, con la excusa no del todo falsa de que tenía que ir a la librería, tuvo que recordarse varias veces a sí misma que la semana todavía no había llegado más que al miércoles 7 de junio. En Norli había comprado una edición de bolsillo de *Pecado original, catorce de noviembre*, la última de las seis novelas de Asbjørn Revheim. Inger Johanne creía haber leído el libro, pero tras treinta páginas llegó a la conclusión de que estaba equivocada. Se trataba de una especie de novela de ciencia ficción y ella no estaba nada segura de que fuera a gustarle.

Era casi la hora de las noticias. Encendió la televisión.

Laffen Sørnes había sido visto al noreste de Oslo. Iba a pie. Las descripciones de tres testigos independientes concordaban en todos los detalles, desde la ropa de camuflaje hasta el brazo escayolado. Antes de que alguien consiguiera detener al fugitivo, este se había internado en el bosque. La policía contaba con la ayuda de dos cazadores de osos finlandeses y la TV2 tenía un helicóptero en la zona, mientras que la televisión pública NRK respetaba por ahora la encarecida petición de la policía de que se quedaran en tierra. A cambio habían enviado allí a cinco equipos diferentes, ninguno de los cuales tenía en realidad nada que contar.

Inger Johanne se estremecía mientras cambiaba de un canal a otro.

Sonó el teléfono. Ella quitó el sonido de la televisión antes de descolgar el auricular. La voz al otro lado le resultaba desconocida.

—¿Hablo con Inger Johanne Vik?

—Sí...

—Siento molestarla a estas horas. Soy Unni Kongsbakken.

—Ya veo. —Inger Johanne tragó saliva y se cambió el auricular de mano.

—Usted habló con mi marido el lunes, ¿verdad?

—Sí, y o...

—Astor ha muerto esta mañana —le comunicó la voz.

Inger Johanne intentó apagar el televisor pero se equivocó y le dio al botón del volumen. Se oyó la estridente voz de un presentador que decía que todo el

programa de Redacción 21 iba a estar dedicado a la Gran Caza del Hombre. Por fin Inger Johanne consiguió pulsar el botón adecuado y todo quedó en silencio.

—Lo siento mucho —balbuceó—. La... acompaño en el sentimiento.

—Gracias —dijo la mujer—. Llamo porque tengo mucho interés en que nos veamos.

La voz de Unni Kongsbakken sonaba sorprendentemente tranquila teniendo en cuenta que no hacía más de unas horas que se había quedado viuda.

—Vernos... Sí. ¿Qué...? Por supuesto.

—Mi marido se quedó considerablemente conmocionado después de hablar con usted. Ayer llamó mi hijo y nos contó que había estado usted en su despacho. Astor... Bueno. Murió esta mañana.

—De veras que lo siento si... Quiero decir que nunca fue mi intención...

—No ha sido una muerte dramática, señora Vik. No se preocupe. Astor tenía noventa y dos años y una salud muy precaria.

—Entiendo, pero... —Inger Johanne no sabía realmente qué decir.

—Yo también me estoy haciendo mayor —dijo Unni Kongsbakken—. Y mañana viajaré de vuelta a Noruega con mi marido, que quería ser enterrado en nuestro país. Le agradecería mucho que me dedicase un rato mañana al mediodía. El avión llega sobre las doce, ¿sería posible vernos a las tres?

—Pero... ¡Podemos esperar! Hasta después del entierro, me refiero.

—No. Esto ya ha esperado demasiado. Por favor, señora Vik.

—Inger Johanne —murmuró Inger Johanne.

—Entonces a las tres, en el Grand, ¿te parece bien? Normalmente allí se puede estar tranquilo.

—De acuerdo. A las tres. En el Café Grand.

—Hasta mañana, entonces. Adiós.

La anciana colgó el teléfono antes de que a Inger Johanne le diera tiempo a responder. Esta se quedó sentada con el auricular en la mano durante un buen rato. No tenía claro qué es lo que la hacía respirar tan aceleradamente, si el sentimiento de culpa o la curiosidad.

«¿Qué quieres de mí? —pensó al colgar el auricular—. ¿Qué es lo que ha esperado demasiado?».

Después sintió que se le enrojecían las mejillas.

«¡Le he quitado la vida a Astor Kongsbakken!».

Yngvar Stubø se encontraba solo en su despacho leyendo por segunda vez un mensaje de correo electrónico. La policía de Tromsø solo había conseguido que May Berit Benonisen reconociese que sí había tenido trato con Karsten Åsli, aunque bastante poco, como ya había dicho. El mensaje era breve y conciso. El policía evidentemente no había entendido la importancia de lo que Yngvar le había pedido. La había interrogado por teléfono.

Tønnes Selbu nunca había oído hablar de Karsten Åsli.

Grete Harborg estaba muerta.

Turid Sande Oksøy estaba incomunicada. Cuando Yngvar consiguió por fin, a media tarde, ponerse en contacto con la familia, Turid se había ido al campo. Sin teléfono. Estaba en Telemark, según dijo Lasse hoscamente y sin precisar mucho.

Luego le pidió que los dejaran tranquilos hasta que la policía tuviera algo más concreto.

Sigmund Berli todavía no había averiguado nada sobre el hijo de Karsten Åsli, Yngvar tenía la sospecha de que no estaba dejándose la piel en la tarea. Aunque Sigmund era su mayor confidente en el trabajo, parecía que también él empezaba a distanciarse de él.

Todo había cambiado tras el accidente. Fue como si la pérdida de Trine y Elisabeth lo hubiera marcado, un estigma que incomodaba al resto de la gente.

En el comedor se hacía el silencio cuando él se sentaba, y pasaron muchos meses antes de que alguien se animase a reírse en su presencia. En cierto sentido seguía disfrutando del respeto de los demás, pero su intuición, antes tan admirada e incluso mitificada, había quedado reducida a una característica curiosa de un hombre que había sufrido una terrible pérdida, un hombre infeliz.

Yngvar no era infeliz.

Encendió un puro y lo probó.

—No soy infeliz—dijo a media voz y exhaló una bocanada de humo.

El puro estaba demasiado seco, de modo que lo apagó con irritación.

Si no conseguía reunir suficientes pruebas contra Karsten Åsli como para obtener una orden de registro antes de que acabara la jornada laboral del día siguiente, empezaría a plantearse la posibilidad de ir para allá sin autorización judicial. Emilie estaba allí. Estaba completamente seguro. Quizá lo despedirían, pero tal vez salvara a la cría.

« Un día más —pensaba al dejar el despacho—. Eso es todo lo que me atrevo a concederle» .

Se reconocieron inmediatamente.

Hacía una eternidad que ella se había quedado en el muelle despidiéndose de él con la mano. Él había intentado seguirla con la mirada mientras ella se envolvía bien en el chal y empujaba la bicicleta hacia el borde del muelle mientras el *MS Sandefjord* zarpaba del puerto. El viento le levantaba el borde de la falda.

La bicicleta estaba recién pintada de rojo. Ella era delgada y tenía los ojos azules.

Hacía ya once años que Eva permanecía tumbada en la cama.

El brazo inerte descansaba junto a su cuerpo. La enferma alzó lentamente el brazo derecho y lo estiró hacia él cuando entró en su habitación.

En una carta le había dicho que había sido Dios quien en su benevolencia le había permitido conservar la sensibilidad en la mano derecha para que pudiera seguir escribiendo cartas. En cambio, tenía inutilizadas las piernas y el brazo izquierdo.

—Aksel —dijo con voz queda y serena, como si lo hubiera estado esperando—. Mi Aksel.

Él acercó una silla a la cama. Después se pasó la mano con timidez por el cráneo rapado, intentando sonreír. Los dedos de ella estaban fríos cuando se posaron sobre la mejilla de él. Antes eran cálidos, tersos y juguetones. Pero seguía siendo la misma mano. Al reconocerla, él se echó a llorar.

—Aksel —volvió a decir Eva—. ¿Qué has hecho? Mira que regresar por mí...

Karsten Åsli llevaba durmiendo mal desde el lunes. Durante el día no le resultaba tan difícil convencerse de que no tenía motivos para preocuparse, al fin y al cabo Yngvar Stubø no había vuelto. Todo parecía normal en el pueblo. Nadie había estado por ahí haciendo preguntas.

Cuando llegaba la oscuridad era peor. Aunque corría mucho y a gran velocidad todas las noches para dejar agotado su cuerpo, se quedaba cavilando en la cama hasta el amanecer. Aquella mañana había llamado al trabajo para decir que estaba enfermo, pero se arrepentía de haberlo hecho. Era mucho peor vagar por casa sin nada que hacer. El plan para el 19 de junio estaba listo, no faltaba nada salvo ponerlo en ejecución.

Podía pintar la pared que daba al oeste. Pero no podía ir al pueblo a buscar pintura; alguien de la serrería podría verlo. Lo mejor sería ir hasta Elverum. Si, contra todo pronóstico, se encontraba allí con alguien, podría decir que venía del médico.

La verdad es que era una buena idea. Cuando se sentó en el coche estaba más tranquilo.

Laffen Sørnes encontró por fin un coche que llevarse. Un Mazda 323, modelo de 1987. Alguien lo había dejado en un camino del bosque, medio caído en el arcén. Incluso tenía las puertas abiertas. Laffen sonrió. Había gasolina en el depósito y aunque el motor petardeó un poco, finalmente arrancó. Afortunadamente no le costó subirlo al camino. Unos cientos de metros más adelante había un pequeño desvío que tendría que tomar.

Lo mejor sería huir a Suecia inmediatamente.

Había helicópteros por todas partes. Laffen había avanzado lentamente a pie, al abrigo de los árboles. En realidad solo quería moverse en las horas de oscuridad, pero en ese tiempo no recorría la distancia suficiente, de manera tenía que caminar también durante parte del día. Había visto a gente en dos ocasiones, cuando había cometido la torpeza de andar por la carretera a lo largo de un trecho. Estaba cansado y era más fácil caminar sobre el asfalto. Después se

internó otra vez en el bosque, y volvieron los helicópteros. Tenía que evitar los claros y, de vez en cuando, perdía la orientación y tenía que descansar durante un buen rato.

Resultaba más seguro ir en el coche, pero de todos modos era imprescindible que se alejara de allí.

Suecia estaba hacia el este. Como el sol brillaba en ese momento, era fácil saber hacia dónde iba.

En el radiocasete había puesta una cinta de Sputnik Laffen iba cantando. No tardó en salir a una carretera más importante, lo que lo tranquilizó un poco. Le hacía bien sentarse a un volante. La última vez, hacerlo le había costado la fractura de un brazo; esta vez seguro que le costaría la vida. Si no conseguía llegar antes a Suecia. Pero lo iba a conseguir. No podía quedar muy lejos; a un par de horas, quizá, como máximo. La última vez que había estado en Suecia había probado aquel plato llamado «la tentación de Jansson» en un bar de carretera. Era una de las cosas más ricas que había comido nunca.

Además, allí el tabaco era barato. Más barato que en Noruega, por lo menos. Aumentó la velocidad.

Karsten Åsli se concentraba en no conducir demasiado rápido. Era importante no despertar sospechas. Lo mejor era ir a cinco o seis kilómetros por hora por encima del límite permitido. Eso era lo más común.

Se arrepentía de haber hecho esta salida.

Probablemente Bobben lo había visto cuando había pasado por la gasolinera. Lo había saludado con la mano, a pesar de que Karsten había hecho como si no lo viera. Sería muy raro que Bobben le mencionara el asunto a alguien de la serrería, pero Karsten seguía inquieto. Ya lo habían acusado de intento de robo, así que no haría falta mucho más para que lo echaran del trabajo. Decir que estaba enfermo para irse de compras a Elverum no era exactamente una idea brillante. Evidentemente podía echarle la culpa al médico, pero el jefe era capaz de investigar el asunto más de cerca. El jefe era un gran gilipollas que estaría encantado de despedirlo.

El coche iba a ciento diez, y Karsten Åsli maldijo lentamente al levantar el pie del acelerador y frenar.

Quizá lo mejor sería que diera media vuelta.

—El sospechoso conduce un Mazda 323 azul marino —dijo alto y claro el piloto del helicóptero, con una voz un tanto teatral—. El número de matrícula sigue siendo ilegible. ¿Lo seguimos? Repito: ¿lo seguimos?

—A distancia —crepitó la respuesta en los auriculares—. Seguidlo a distancia. Tres coches están en camino.

—Recibido —dijo el piloto y describió un arco sobre las copas de los árboles antes de elevarse a setecientos metros de altura.

No quitaba ojo al coche.

Inger Johanne llevaba un cuarto de hora en el Café Grand. Estaba incómoda e intentaba no morderse las uñas, pero uno de los dedos ya le había empezado a sangrar. A las tres en punto la anciana entró en el restaurante. Cruzó unas palabras con el *maitre* y miró en torno a sí. Inger Johanne se levantó a medias y le hizo una seña con la mano.

Unni Kongsbakken, una mujer grande y ancha, se dirigió hacia ella. Llevaba un chaleco de punto de muchos colores y una falda que le llegaba hasta los tobillos. Inger Johanne apenas alcanzó a vislumbrar un par de zapatos negros y sólidos cuando la mujer se acercó a la mesa.

—Así que tú eres Inger Johanne Vik Buenos días.

Le tendió una mano robusta y seca. Se sentó. A primera vista resultaba inconcebible que aquella mujer tuviera más de ochenta años. Sus movimientos eran seguros, y el pulso de sus manos, firme. Solo cuando se fijó mejor, Inger Johanne se percató de que sus ojos tenían esa falta de brillo que se adquiere cuando la persona se hace tan mayor que en realidad ya nada puede sorprenderla.

—Te agradezco que quisieras encontrarte conmigo —dijo tranquilamente Unni Kongsbakken.

—Faltaría más —respondió Inger Johanne y apuró el vaso de agua—. ¿Quieres comer algo?

—Solo tomaré una taza de café, gracias. Estoy un poco agotada por el viaje.

—Dos cafés —dijo Inger Johanne al camarero con la esperanza de que no insistiera en que era obligatorio pedir algo de comer.

—¿Quién eres? —preguntó Unni Kongsbakken—. Antes de referirte mi historia, quisiera saber mejor quién eres y qué eres. Me imagino que la información que me proporcionaron Astor y Geir no es del todo precisa —comentó, esbozando una sonrisa.

—Bueno, pues me llamo Inger Johanne Vik —comenzó Inger Johanne—. Y soy investigadora.

En el despacho de Yngvar Stubø estaba encendido el televisor. Sigmund Berli y una de las oficinistas lo miraban apoyados en la puerta. Yngvar estaba sentado con los pies sobre la mesa y daba caladas a un puro apagado. Faltaba mucho para que acabara la jornada laboral, pero necesitaba algo que morder, algo que no tuviera calorías. Escupió un poco de tabaco seco. Estaba muerto de hambre.

—Esto es muy americano —dijo Sigmund negando con la cabeza—. La caza de un hombre emitida por televisión. Grotesco. ¿No podemos hacer nada para impedirlo?

—No más de lo que ya se ha hecho —contestó Yngvar.

Tenía que comer algo. Aunque solo hacía una hora que se había tragado dos grandes mediasnoches con salami y tomate, sentía un ardor de hambre bajo el esternón.

—Esto puede acabar en tragedia —dijo la oficinista señalando la televisión—. Esa manera de conducir y con todos los periodistas detrás... ¡Esto no puede acabar bien!

Las imágenes del helicóptero de TV2 mostraban que el Mazda había acelerado. En una curva, las ruedas traseras patinaron y al periodista le salió un gallo.

—Laffen Sørnes nos ha descubierto —chilló entusiasmado.

—Además de cinco coches de policía y un par de cazadores de osos —murmuró Sigmund Berli—. El tipo tiene que estar aterrorizado.

El Mazda derrapó en otra curva. La grava del arcén golpeteó el costado izquierdo del coche. Por un momento pareció que el vehículo se iba a salir de la carretera. El conductor tardó un segundo o dos en recuperar el control y luego volvió a acelerar.

—Al menos sabe conducir —observó Yngvar con sequedad—. ¿Sabes algo más del crío de Karsten Åslí?

Sigmund Berli no respondió. Miraba fijamente la pantalla de la televisión, y la boca se le abrió sin emitir ningún sonido. Era como si quisiera lanzar un grito de advertencia, aun sabiendo que sería inútil.

—Dios mío —dijo la oficinista—. Qué...

Más tarde se supo que TV2 tuvo una audiencia de más de setecientos mil espectadores durante la emisión en directo de la persecución. Más de setecientas mil personas —que en su mayoría estaban en el trabajo porque eran las tres y doce minutos de la tarde— vieron patinar en una curva el Mazda 323, modelo de 1987, y chocar contra un Opel Vectra, también azul marino.

El Mazda casi se parte en dos antes de dar una vuelta en el aire y caer encima del Opel, que siguió avanzando en línea recta. Los dos automóviles se

fundieron en un abrazo metálico y absurdo. Saltaron chispas cuando las puertas laterales golpearon la valla protectora, que lanzó el coche hacia el otro lado de la carretera, todavía con el Mazda sobre el techo. Un mojón partió en dos el capó del Opel.

Setecientos cuarenta y dos mil espectadores contuvieron la respiración.

Todos esperaban una explosión que no llegaba nunca.

El único sonido que salía de los aparatos de televisión era el zumbido del helicóptero que sobrevolaba el lugar del accidente a solo cincuenta metros de altura. La cámara hizo un zoom sobre el hombre que hasta hacía pocos segundos había estado huyendo de la policía en un coche robado. Laffen Sørnes asomaba por la ventanilla rota, con la cara vuelta hacia el cielo y la espalda aparentemente partida. El brazo, su brazo izquierdo escayolado, se le había desajado del hombro y yacía solitario a varios metros de distancia de los coches siniestrados.

—Joder —exclamó el periodista.

Después el sonido se cortó.

—Ocurrió la noche antes del gran proceso —dijo Unni Kongsbakken, echándole otro chorrito de leche a su taza de café medio vacía—. Y tienes que recordar que... —Su espesa cabellera gris estaba recogida en un moño con varillas japonesas lacadas en negro. A un lado se le había soltado un rizo. Con dedos diestros se arregló el moño— Astor estaba convencido de la culpabilidad de Aksel Seier —continuó—. Completamente convencido. Al fin y al cabo, había muchos indicios que apuntaban en esa dirección. Además, después de su arresto, había hecho declaraciones contradictorias y no se había mostrado muy dispuesto a colaborar. Es fácil olvidarse de esto...

Se interrumpió para tomar aliento. Inger Johanne notaba que Unni Kongsbakken ya estaba cansada, aunque no llevaba hablando más que un cuarto de hora. Tenía el ojo derecho rojo y, por primera vez, a Inger Johanne le pareció que vacilaba.

—... tantos años después —suspiró la anciana—. Astor estaba... convencido. Tal y como fue, tal y como... Vaya, me estoy haciendo un lío. —Sonrió con timidez, casi con aturdimiento.

—Escucha —dijo Inger Johanne inclinándose hacia Unni Kongsbakken—. Francamente, pienso que deberíamos dejar esto para otro día. Podemos vernos la semana que viene.

—No —saltó Unni Kongsbakken con una vehemencia inesperada—. Soy vieja, pero no desamparada. Déjame seguir. Astor estaba trabajando en su pequeño estudio. Siempre dedicaba mucho tiempo a preparar los alegatos. Nunca los redactaba. Solo apuntaba las palabras clave, una especie de esquema en una ficha. Muchos pensaban que improvisaba... —Rio secamente—. Astor nunca

improvisaba nada. Y él no se mostraba precisamente comprensivo cuando estaba trabajando y alguien lo interrumpía. Pero yo había bajado al sótano y, en un rincón, detrás de unas tuberías, había encontrado la ropa de Asbjørn. Un jersey que le había tejido yo misma, esto fue antes de que... Todavía no había empezado a hacer telares. El jersey estaba lleno de sangre. Totalmente empapado. Me puse furiosa. ¡Furiosa! Evidentemente pensé que Asbjørn había estado haciendo otra vez de las suyas, que de nuevo había matado a algún animal. Bueno. Fuera de mí, subí a su cuarto, y no sé qué me llevó a...

Era como si estuviera buscando las palabras, como si las hubiera estado ensayando durante mucho tiempo, pero no encontrara las que expresaban lo que quería decir.

—No era más que una sensación —continuó—. Al subir las escaleras, me vino a la cabeza la noche en que desapareció la pequeña Hedvik. Bueno, más bien pensé en el día siguiente. De madrugada, bueno... Evidentemente en ese momento no sabíamos nada de lo ocurrido. No se hizo pública la desaparición de la niña hasta un par de días después. —Se puso los dedos sobre las sienes, como si tuviera dolor de cabeza—. Me había despertado sobre las cinco de la mañana. Me pasa con frecuencia, desde siempre. Pero justamente aquella mañana, que luego se supo que era la mañana siguiente al asesinato de Hedvik, me dio la impresión de oír algo. Me asusté, claro; Asbjørn estaba en su fase más demencial y se le ocurrían cosas que sobrepasaban con creces todo lo que yo hubiera imaginado que pudiera hacer un adolescente. Oí pasos. Mi primer impulso fue levantarme para averiguar qué pasaba, pero me faltaron las fuerzas. Estaba completamente agotada. Algo me retenía, no sé muy bien qué. Más tarde, durante el desayuno, Asbjørn estaba mudo. Casi nunca estaba así. Normalmente ese chico hablaba por los codos. Incluso hablaba mientras escribía. Hablaba y gesticulaba. Siempre. Opinaba sobre tantas cosas... Supongo que opinaba demasiado, él... —De nuevo apareció una tímida sonrisa en su rostro—. Basta —se interrumpió a sí misma—. El caso es que esa mañana estaba muy callado. Geir, en cambio, estaba alegre y risueño. Yo...

Se le entrecerraron los ojos y contuvo la respiración. Daba la impresión de que estaba intentando rememorar todo, revivir en su mente lo ocurrido a lo largo de aquella mañana en una pequeña ciudad a las afueras de Oslo hacía muchos años, en 1956.

—Comprendí que tenía que haber sucedido algo —dijo Unni Kongsbakken despacio—. Geir era el niño callado. Por lo general no decía nada por las mañanas. Se limitaba a quedarse sentado, indeciso... Estaba a la sombra de Asbjørn. Siempre. También a ojos de su padre. A pesar de que Asbjørn era un joven anormalmente alocado que ni siquiera quería llevar el apellido de su padre, era como si Astor... lo admirara, por así decirlo. Veía algo de sí mismo en el chico, creo. Su propia fuerza. Su terquedad. Su petulancia. Así había sido

siempre. Era como si Geir... sobrara, siempre. Aquella mañana, en cambio, estaba de buen humor y charlatán, y yo comprendí que algo debía de andar mal. Evidentemente no pensé en Hedvik. Como he dicho, no se supo nada del destino de la niñita hasta más tarde, pero algo en el comportamiento de los chicos hizo que me asustara tanto que no me atrevía a preguntar. Y, cuando más tarde, muchas semanas después, la noche antes de que Astor hiciera su alegato final contra Aksel Seier por la muerte de Hedvik Gåsøy... Cuando yo subía las escaleras con el jersey sanguinolento de Asbjørn en los brazos, completamente furiosa, de pronto...

Volvió a entrelazar los dedos. El pelo gris le caía pesadamente sobre uno de los hombros, y el ojo enrojecido lagrimeaba. Inger Johanne no estaba segura de si la mujer lloraba o de si tenía el ojo irritado.

—Me vino a la cabeza una especie de visión —prosiguió Unni Kongsbakken con un esfuerzo—. Entré en el cuarto de Asbjørn. Estaba escribiendo, como de costumbre. Cuando le lancé el jersey a la cara, él se limitó a encogerse de hombros y siguió escribiendo sin decir nada. «Hedvik», dije yo. «¿Es esta la sangre de Hedvik?». Se volvió a encoger de hombros y continuó escribiendo a un ritmo frenético. Creí que me iba a morir en ese mismo instante. Se me nubló la vista y tuve que apoyarme en la pared para no caerme al suelo. Había pasado muchas noches en vela preocupada por ese chico, pero nunca, nunca creí que...

Descargó un manotazo sobre el mantel blanco, e Inger Johanne dio un respingo. Los cubiertos tintinearón y el camarero acudió corriendo.

—Todo está bien —le aseguró Inger Johanne al camarero, que se retiró con paso vacilante—. ¿Qué...? ¿Qué dijo luego?

—Nada.

—¿Nada?

—No.

—Pero... Admitió que...

—No tenía nada que admitir, según se vio más tarde.

—No entiendo...

—Yo me quedé allí, reclinada contra la pared. Asbjørn no dejaba de escribir. Aún hoy no sé cuánto tiempo pasamos así, los dos solos. Quizá fue media hora. Yo sentí que... que lo había perdido todo. Tal vez se lo volvió a preguntar. En todo caso, él no contestó. Escribía y escribía, como si yo no estuviese allí. Como si... —Ahora no cabía duda de que estaba llorando. Le brotaban lágrimas de ambos ojos, y se puso a buscar un pañuelo en la manga—. Entonces apareció Geir. No lo había oído llegar. De pronto me percaté de que estaba a mi lado, mirando el jersey que había caído al suelo. Se puso a llorar. «No pretendía hacerlo. No era mi intención», esas fueron exactamente las palabras que utilizó. Tenía dieciocho años y lloraba como un niño pequeño. Asbjørn se levantó como un rayo y se abalanzó hacia su hermano. «¡Cállate!» , chillaba, una y otra vez.

—¿Geir? ¿Geir dijo que no había pretendido hacerlo, que...?

—Sí —respondió Unni Kongsbakken enderezando la espalda. Luego se enjugó con cuidado las lágrimas antes de volver a meterse el pañuelo en la manga—. Pero no le dio tiempo a decir casi nada más. Asbjørn lo noqueó, simple y llanamente.

—Pero esto significa que... No entiendo del todo...

—Asbjørn era la persona más bondadosa que te puedas imaginar —dijo Unni Kongsbakken, que ahora estaba más tranquila, respiraba mejor y había dejado de llorar—. Asbjørn era un chico muy cariñoso. Todo lo que escribió más tarde, todo aquello tan horrible, tan escandaloso, las blasfemias, las agresiones provocadas... Todo eso no era más que una pose. Asbjørn se limitaba a escribir. En el fondo era un hombre muy bueno. Y quería mucho a su hermano.

Inger Johanne tenía algo en la garganta, justo debajo de la laringe, que la obligó a tragar saliva. No le fue fácil. Quería decir algo, alguna cosa, pero le faltaban palabras.

—Fue Geir quien mató a la pequeña Hedvik, de eso estoy bastante segura.

Al servicio de salvamento le llevó más de tres cuartos de hora sacar al hombre del Opel azul siniestrado. Tenía el muslo completamente cercenado. El ojo izquierdo, una bola sanguinolenta, le había saltado de la cuenca y le colgaba sobre la mejilla. El volante del coche se encontraba a cien metros de distancia, y su soporte se había clavado hasta el fondo en la tripa del conductor.

—Está vivo —chillaba un hombre del servicio de salvamento—. ¡Joder! ¡El tipo está vivo!

Apenas una hora más tarde, el conductor del Opel azul yacía sobre una mesa de operaciones. Los pronósticos no eran muy optimistas, pero aún quedaba alguna esperanza.

Laffen Sørnes, en cambio, seguía mirando fijamente al cielo con medio cuerpo fuera de la ventanilla del Mazda 323 robado. Un policía poco experimentado estaba agachado sobre un arroyuelo, deshecho en llanto. Todavía había tres helicópteros sobrevolando el lugar del accidente, y solo uno de ellos era de la policía.

TV2 estaba a punto de batir el récord de telespectadores en una emisión de tarde.

Ante la gran ventana del Café Grand pasaba la gente caminando. Algunos llevaban prisa. Otros paseaban tranquilamente, deambulando quizá, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Inger Johanne los seguía con la mirada. Intentaba concentrarse. Unni se había levantado de la mesa y se había ido sin explicar adónde. Su bolso, una gran bolsa de cuero con hebillas de metal, seguía

allí, así que probablemente solo había ido al servicio.

Inger Johanne estaba rendida.

Intentaba evocar la imagen de Geir Kongsbakken, pero su rastro se le escapaba. A pesar de que hacía poco más de un día que lo había visto, solo conseguía recordar que tenía un aspecto insulso. Fornido y pesado, como sus padres. Recordaba también el olor de la cera y de la madera, el traje anodino que llevaba. La cara del abogado, en cambio, no era más que un contorno indefinido en su memoria.

Unni Kongsbakken reapareció y, sin mediar palabra, se sentó de nuevo.

—¿Qué quieres decir con eso de que estás bastante segura? —preguntó Inger Johanne.

—¿Cómo?

—Has dicho que... Has dicho que estabas bastante segura de... de que Geir había matado a Hedvik ¿Por qué solo « bastante » segura?

—No puedo saberlo con certeza, claro —dijo Unni Kongsbakken lacónicamente—. Al menos en sentido jurídico. Nunca ha admitido nada.

—Pero...

—Deja que continúe.

Levantó la taza. Estaba vacía. Inger Johanne hizo señas de que le trajeran más. El camarero estaba a punto de enfadarse y no le llevó más leche hasta que Unni se lo hubo pedido un par de veces.

—Geir estaba inconsciente —dijo finalmente—. Y Asbjørn estaba completamente mudo. Geir tardó un par de minutos en volver en sí, y a partir de entonces estuvo igual de mudo que su hermano. Fui a buscar a Astor. Como te he dicho, estaba sentado en su estudio. Se había hecho bastante tarde. —Adoptó de nuevo una mirada ausente, como si estuviera retrocediendo en el tiempo—. Astor perdió los estribos. Primero porque lo interrumpiera, claro, luego por lo que le tuve que contar. Completamente descabellado, gritó. Un disparate. Una majadería. Ordenó a los chicos que bajaran a sentarse en el sofá y los acorraló a preguntas. Ninguno de los dos dijo una palabra. No... Simplemente no contestaban. Para mí, el que calla otorga. Aunque Asbjørn era un rebelde, siempre le había tenido una especie de respeto a su padre. Yo nunca lo había visto comportarse como aquella noche. El chico le sostenía descaradamente la mirada a su padre y se negaba a responder. Geir mantenía la cabeza gacha y tampoco abrió la boca, ni siquiera cuando Astor le pegó un bofetón. Al final Astor se dio por vencido y los mandó a la cama. Pasaba ya de medianoche. Mi marido temblaba cuando se acostó junto a mí en la oscuridad. Yo le conté lo que creía, que Geir había matado a Hedvik y que había recurrido a Asbjørn para que lo ayudara a deshacerse del... cadáver. Teníamos un solo aparato de teléfono en la casa y estaba justo delante de la puerta del cuarto de Asbjørn. Geir podía haber llamado por la noche sin que nosotros nos enteráramos. Eso dije. Astor no

respondió, solo lloraba en silencio. Nunca antes lo había visto llorar. Al final dijo que me estaba equivocando, que no era posible, que Aksel Seier había matado a Hedvik, así de sencillo. Me dio la espalda y no dijo nada más. Yo no me rendí. Volví a repararlo todo: el jersey ensangrentado, el desconcertante comportamiento de los chicos. La noche que desapareció Hedvik, Geir estaba en Oslo en una reunión de las Juventudes Socialistas. Asbjørn estaba en casa. A altas horas de la madrugada oí... Esto ya te lo he contado. Lo siento. Me repito. En cualquier caso, Astor no quería escucharme. Cuando finalmente empezó a clarear, se levantó, se duchó, se vistió y se fue al trabajo. Por lo que pude leer en los periódicos, hizo un alegato incendiario. Cuando volvió a casa comimos en silencio, los cuatro. —Unni Kongsbakken dio una palmadita a la mesa, como si estuviera poniendo un punto final.

—No sé muy bien qué decir ante todo esto —murmuró Inger Johanne.

—En realidad no creo que sea necesario que digas gran cosa.

—Pero Anders Mohaug, fue él quien...

—Anders también estaba cambiando. Aquel chiquillo siempre había sido raro, pero a partir de aquella noche se volvió más callado, más apocado. Más aprensivo, en algún sentido. No había que ser muy listo para suponer que Asbjørn probablemente se había llevado consigo a Anders. Era un chico muy grande, ¿sabes? Era fuerte, Anders. En una ocasión intenté hablar con la señora Mohaug, pero ella reaccionó como un animal asustado. No quiso hablar. —Los ojos de Unni Kongsbakken volvieron a arrasarse en lágrimas que corrían por un surco junto a la nariz. La anciana se lamió ligeramente el labio superior—. Seguramente ella creía que Anders lo había hecho solo —dijo en voz baja—. Yo debería haber insistido más. Debería haber... La señora Mohaug no volvió a ser la misma después de ese invierno.

—Cuando Anders murió... —empezó Inger Johanne, pero Unni la interrumpió de nuevo.

—Astor y yo no habíamos vuelto a hablar de Hedvik desde aquella fatídica noche. Era como si hubiéramos metido todo aquel horrible episodio en un cajón y lo hubiésemos cerrado con llave con la intención de enterrarlo para siempre; yo... A medida que fue pasando el tiempo, casi parecía que aquello nunca había ocurrido. Geir se hizo jurista como su padre, siempre intentó parecerse a Astor en todo lo que hacía, aunque nunca con mucho éxito. Asbjørn había empezado a escribir esos libros suyos. En otras palabras, había suficientes cosas en las que pensar aparte de ese asunto. —Suspiró profundamente y agregó en voz trémula —: Un día, debe de haber sido en verano de 1965, Astor volvió del despacho... Bueno, entonces ya era consejero en el ministerio.

—Eso ya lo sé.

—Su buen amigo el director general Einar Danielsberg se había puesto en contacto con él y le había preguntado por el caso de Hedvik y Aksel Seier. Había

aparecido información nueva que podía indicar que... —Entonces escondió el rostro entre las manos. Su anillo de casada, fino y gastado, se le había incrustado en el dedo anular derecho, casi hasta desaparecer en un pliegue de la piel—. Astor se limitó a decir que todo estaba arreglado —murmuró—, que no había nada que temer.

—¿Nada que temer?

—Eso fue lo que dijo. No sé qué fue lo que pasó. —De pronto volvió a descubrirse la cara—. Astor era una persona honrada. El hombre más honesto que yo he conocido nunca, y sin embargo permitió que un hombre inocente fuera enviado a la cárcel. Eso me enseñó una lección. Me enseñó que... —Inspiró profundamente, casi como si bostezara—. Somos capaces de todo por defender lo nuestro. Así hemos sido creados, nosotros los hombres. Cuidamos de lo que es nuestro. —Entonces aquella mujer robusta y mayor se levantó lenta y pesadamente. El pelo se le había soltado completamente de las varillas japonesas. Tenía los ojos hinchados—. Como entenderás, nunca pude demostrar nada.

Era como si el bolso se hubiera hecho demasiado pesado a lo largo de la tarde. Intentaba ajustárselo al hombro, pero se le caía continuamente. Al final lo agarró con las dos manos e intentó poner recta la espalda.

—Me consolé con eso, durante mucho tiempo —prosiguió—. No podía estar segura de nada. Los chicos no querían hablar. Astor se había encargado de quemar el jersey. Al morir Asbjørn, leí sus libros por primera vez. En *Pecado original, catorce de noviembre* encontré por fin la confirmación.

«Comprendo que protegieras a tu marido —pensó Inger Johanne mientras buscaba palabras que no sonaran muy duras—. Pero ahora estás traicionando a tu propio hijo. Lo estás entregando. Después de todos estos años, estás entregando a tu propio hijo. ¿Por qué?»

—Geir ha gozado de cuarenta años de libertad —dijo Unni Kongsbakken llanamente—. Ha gozado de cuarenta años que no le correspondían. Creo que no ha... Presumo que no se ha vuelto a exceder. —Había un atisbo de vergüenza en la sonrisa, como si no creyera del todo en lo que estaba diciendo—. Nunca le había contado esto a nadie. Astor habría... Astor no habría sobrevivido a algo así. Ya tenía suficiente con Asbjørn. Con todos esos libros horribles, los escándalos, el suicidio. —Suspiró sin fuerzas—. Te agradezco que me hayas escuchado. Tú tendrás que decidir qué hacer con la información que te he dado. Yo ya he cumplido con mi parte. Demasiado tarde, evidentemente, pero de todos modos... El destino de Geir está en tus manos. Aunque en realidad probablemente no puedas hacer gran cosa. Evidentemente lo va a negar todo y, como no se puede demostrar nada... Pero quizás a Aksel Seier le interese... Enterarse de lo que pasó, quiero decir. Adiós.

Cuando Inger Johanne observó aquella espalda encorvada que salía por las

puertas del Café Grand, tuvo la impresión de que incluso el jubón había perdido color. La señora apenas tenía fuerzas para mover las piernas. A través de la ventana vio que alguien la ayudaba a tomar un taxi. Un cepillo de pelo se le cayó del bolso justo antes de que cerrara la puerta. Inger Johanne se quedó sentada mirándolo fijamente durante un buen rato después de que el taxi de Unni Kongsbakken arrancara y se alejara de allí.

El cepillo estaba lleno de pelos muertos. A Inger Johanne le sorprendió lo claramente que se veían, incluso a aquella distancia. Eran grises y le recordaban a Aksel Seier.

Yngvar Stubø estaba solo en su despacho intentando reprimir una poco edificante sensación de alivio.

Laffen Sørnes había muerto como había vivido, huyendo de una sociedad que lo despreciaba. Era un final trágico y, sin embargo, Yngvar no podía evitar sentir cierta satisfacción. Con Laffen Sørnes fuera de escena quizá sería posible convencer a más gente de que se concentrara en el verdadero criminal, la verdadera presa. Aquella idea hacía que Yngvar respirara con mayor facilidad. Se sentía más fuerte, más enérgico que aquellos últimos días.

Hacia un buen rato que había apagado la televisión. Resultaba verdaderamente chocante ver a los periodistas revolotear en torno a aquel espectáculo dantesco sin plantearse ni por un segundo la gravedad de la tragedia que acababa de producirse ante las cámaras. Se estremeció y empezó a clasificar documentos.

Sigmund Berli irrumpió en el despacho.

Yngvar levantó la vista y frunció el ceño.

—Vaya, vaya —dijo dando golpecitos en la mesa con el dedo índice y señalando con la cabeza hacia la puerta—. ¿Hemos perdido los modales?

—La colisión —jadeaba Sigmund Berli—. Laffen Sørnes ha muerto, supongo que lo habrás oído. Pero el otro... —Le costaba respirar. Se posó la palma de las manos sobre las rodillas—. El otro... El hombre que iba en el otro coche...

—Siéntate, Sigmund. —Yngvar señaló la silla para invitados.

—El otro, hay que joderse... ¡Era Karsten Åsli!

Fue como si el cerebro de Yngvar sufriera un cortocircuito. El tiempo se detuvo. Intentó enfocar la mirada, pero los ojos se le habían quedado clavados al torso de Sigmund, que llevaba la corbata metida entre dos botones de la camisa. Era demasiado roja y encima tenía dibujos de pajaritos. La cola de una oca amarilla asomaba del hueco sobre el pecho. Yngvar no estaba seguro de si seguía respirando.

—¿Has oído lo que he dicho? —bramó Sigmund Berli—. ¡El que ha chocado con Laffen era Karsten Åsli! Si tú tienes razón, esto significa que Emilie...

—Emilie —repitió Yngvar y se le entrecortó la voz. Intentó carraspear.

—¡Karsten Åsli también está a punto de palmarla! ¿Cómo coño vamos a encontrar a Emilie si tienes tú razón, Yngvar, si Karsten Åsli la ha escondido y estira la pata?

Yngvar se levantó de la silla despacio, apoyándose en la mesa. Tenía que pensar. Tenía que concentrarse.

—Sigmund —dijo, ya con voz más firme—. Ve al hospital. Haz todo lo que puedas para que el tipo hable, si es posible.

—¡Está inconsciente, idiota!

Yngvar se enderezó.

—Ya lo sé —dijo lentamente—. Por eso tienes que estar allí, por si se despierta.

—¿Y tú qué? ¿Qué vas a hacer entretanto?

—Yo me voy a Snaubu.

—¡Pero no tienes nada más de lo que tenías ayer, Yngvar! ¡Por muy gravemente herido que esté Karsten Åsli, no puedes entrar por la fuerza en su casa sin una orden judicial!

Yngvar se puso la chaqueta y le echó un vistazo al reloj.

—Me da igual —dijo tranquilamente—. Ahora mismo me importa un rábano.

Aksel se sorprendía de lo a gusto que se sentía en el cuartito en el que vivía Eva. Las paredes eran de un amarillo cálido y, a pesar de que la cama era de metal y de que las sábanas estaban marcadas como propiedad del Ayuntamiento de Oslo, seguía siendo el cuarto de Eva. Reconocía un par de cosas de su habitación alquilada en la calle Bru, donde ella le había curado con yodo la herida de la cabeza una noche de 1965. El ángel de porcelana con las alas extendidas, azul pálido con restos de pintura amarilla, se lo habían regalado para su confirmación. Lo recordó en cuanto pasó los dedos por la figura. El cuadro de la isla Hovedøya al atardecer se lo había regalado él. Ahora estaba colgado sobre la cama, con los colores más desvaídos que el día en que pagó quince coronas en la almoneda por aquel cuadro envuelto en papel de estraza atado con un cordón.

Eva también había palidecido.

Pero seguía siendo su Eva.

Tenía la mano destrozada por la enfermedad. En su rostro se apreciaban las huellas de ese dolor que no remitía nunca. El cuerpo no era más que una cáscara que envolvía a la mujer a la que Aksel Seier seguía amando. Él no decía gran cosa, y a Eva le llevó un buen rato contar su historia. De vez en cuando tenía que hacer una pausa para descansar. Aksel callaba y escuchaba.

Se sentía como en casa en aquella habitación.

—Cambió tanto... —dijo Eva en voz queda—. Todo se vino abajo. No tenía dinero para seguir con el caso. Si usaba lo último que quedaba de la herencia de mi madre, habría perdido la casa y entonces sí que no habría tenido ninguna oportunidad. Ya no ha vuelto a ser el mismo, Aksel. Estos últimos meses ni siquiera ha venido a verme.

Todo se iba a arreglar, pensaba Aksel. Había sacado sus tarjetas. De platino, le explicó al mostrárselas. Las tarjetas como esa solo se las daban a quienes tenían dinero. Él tenía dinero. Iba a arreglar aquello.

Todo iba a arreglarse ahora que Aksel por fin había vuelto.

—Podría haber venido antes —dijo.

Solo que ella no se lo había pedido. Eso Aksel lo había tenido siempre claro; jamás volvería a Noruega mientras Eva no se lo pidiera. Aunque en realidad no

se lo había pedido directamente, si había una llamada de auxilio en lo que había escrito. La carta había llegado en mayo, no en julio como tocaba. Era una carta desesperada, y Aksel había reaccionado rompiendo con todo y volviendo a su país.

Aksel bebía zumo de un gran vaso que había sobre la mesilla, sabía a sano, sabía a Noruega, a sirope de grosella mezclado con agua. Un producto auténtico. Zumo noruego. Se secó la boca y sonrió.

De pronto oyó algo y se volvió a medias. El terror le recorrió el cuerpo. Soltó la mano de Eva y cerró el puño sin darse cuenta de lo que hacía. El policía de los ojos llorosos y el manojito de llaves, ese que quiso que Aksel confesara algo que no había hecho y que desde entonces lo había perseguido en sueños, iba vestido de otra manera, con un traje más anticuado, quizás. Este hombre llevaba una chaqueta más suelta y un pantalón con un ribete de cuadros blancos y negros en la parte inferior de cada pernera. Pero era policía. Aksel se dio cuenta inmediatamente y miró la ventana. La habitación de Eva estaba en el primer piso.

—¿Eva Åsli?—preguntó el hombre, acercándose.

Eva murmuró una respuesta afirmativa. El hombre carraspeó y dio unos pasos más hacia la cama. Aksel percibía el olor a tapicería de piel y a aceite de coche que impregnaba su abrigo.

—Siento tener que decirle que su hijo ha sufrido un grave accidente. Karsten Åsli. Es su hijo, ¿no es cierto?

Aksel se levantó y enderezó la espalda.

—Karsten Åsli es nuestro hijo—dijo con parsimonia—. De Eva y mío.

Inger Johanne deambulaba por las calles sin saber adónde ir. Un desagradable viento soplaba entre los altos edificios del barrio de Ibsenquartalet, y ella se percató vagamente de que se dirigía hacia su despacho. No quería ir allí. A pesar de que tenía frío, quería estar al aire libre. Apretó el paso y decidió visitar a Isak y a Kristiane. Podían hacer una excursión a Bygdoy, los tres. Inger Johanne lo necesitaba. Tras casi cuatro años de custodia compartida de Kristiane, finalmente había aceptado el acuerdo. Cuando la echaba demasiado de menos, no tenía más que visitarla en casa de Isak. A él le gustaba que fuera y siempre se mostraba amable con ella. Inger Johanne se había acostumbrado a la situación, pero eso no significaba que le gustara. La asaltaba constantemente el deseo de abrazar a su niña, de estrecharla contra su cuerpo, de hacerla reír. Algunas veces la sensación era insoportablemente fuerte, como ahora. Normalmente le ayudaba pensar que Kristiane estaba bien con su padre, que él era tan importante para su hija como ella. Que así era como tenía que ser.

Que Kristiane no le pertenecía a ella.

Le caían lágrimas de los ojos. Quizá fuera por el viento.

Podían hacer alguna cosa divertida, los tres.

Unni Kongsbakken parecía tan fuerte cuando llegó al Café Grand y tan agotada cuando se fue... Su hijo menor había muerto hacía mucho. El día anterior ella había perdido a su marido. Y hoy, en cierta forma, había entregado lo último que le quedaba: una historia acallada y oculta durante años y el secreto de su hijo mayor.

Inger Johanne se metió las manos en los bolsillos y se encaminó a casa de Isak.

Sonó el teléfono móvil.

Debía de ser alguien de la oficina. No había pasado por ahí desde el día anterior. Ciertamente había avisado aquella mañana que iba a trabajar en casa, pero ni siquiera había comprobado si le había llegado algún mensaje de correo electrónico. No tenía ganas de hablar con nadie. Lo que quería era que la dejaran un rato en paz con la verdad sobre el asesinato de la pequeña Hedvik en 1956. Necesitaba digerir la certeza de que Aksel Seier había cumplido condena por

otro. No tenía ni idea de lo que iba a hacer, ni de con quién debía hablar. Ahora mismo no sabía ni siquiera si contarle a Alvhild lo que sabía. No sacó el teléfono del bolso.

Dejó de sonar.

Luego los timbrazos se reanudaron.

Ella empezó a buscarlo en el bolso con irritación. En la pantalla aparecían las palabras NÚMERO OCULTO. Apretó la tecla adecuada y se acercó el teléfono a la oreja.

—Por fin —dijo Yngvar aliviado—. ¿Dónde estás?

Inger Johanne miró en torno a sí.

—En la calle Rosenkrantz —dijo—. Bueno, más bien en la plaza de C. J. Hambro. Justo enfrente del Parlamento.

—Quédate ahí. No te muevas. Estoy a tres minutos de ahí.

—Pero...

Él ya había colgado.

El agente de policía parecía incómodo. Miraba fijamente una nota que tenía en la mano, aunque era evidente que ahí no decía nada que pudiera mejorar la situación. La mujer que yacía en la cama lloraba calladamente y no parecía tener ninguna pregunta que hacer.

Aksel Seier se quedaría en Noruega.

Más tarde se casaría con Eva. Una ceremonia discreta, sin invitados y sin otro regalo que el ramo de flores que enviaría Inger Johanne Vik. Pero en ese momento, allí de pie, en la habitación amarilla de su futura esposa, con los puños cerrados colgando a los lados, rapado y vestido con unos pantalones de golf de cuadros rosados y de color turquesa, todavía no sabía todo esto. Aunque nunca iba a recibir una exculpación formal de las acusaciones que lo habían mandado a la cárcel, con el tiempo acabaría enderezando su espalda gracias a la certidumbre sobre lo que realmente había ocurrido. Un periodista escribiría un artículo en el *Aftenposten* en el que no incurría en delito de injuria solo gracias a un auténtico malabarismo dialéctico. Aunque el nombre de Geir Kongsbakken no sería nunca mencionado en el periódico, justo después el abogado de sesenta y dos años de edad decidiría cerrar su pequeño bufete de la calle Øvre Slottsgate. Como consecuencia del artículo y de una petición de Inger Johanne Vik, Aksel Seier iba a recibir una indemnización voluntaria del Parlamento, que para él valdría lo mismo que una sentencia de absolución. Enmarcaría la carta en la que se le informaba de ello y la colgaría sobre la cama de Eva, donde permanecería hasta el día de su muerte, catorce meses después de la boda. Aksel Seier no conocería nunca al hombre por el que había cumplido condena y tampoco sentiría nunca la necesidad de conocerlo.

Aksel Seier no sabía nada de todo esto cuando estaba ahí, buscando las palabras, las preguntas que hacerle al hombre con los ribetes de cuadros en torno a las pantorrillas. Lo único en lo que conseguía pensar era en aquel día de 1969. Se había mudado de Boston a cabo Cod y hacía buen tiempo. Había estado en el mar y volvía a casa. La banderita del buzón estaba levantada. Había llegado la carta de Eva, la carta de julio, tal y como había llegado el verano anterior, y el verano anterior a ese. Recibía una carta cada Navidad y cada verano desde que en 1966 abandonó Noruega sin saber que cinco meses más tarde Eva iba a alumbrar un niño, el hijo de Aksel Seier. Pero ella no le contó nada sobre Karsten hasta 1969.

Cuando se enteró de que tenía un hijo de casi tres años, Aksel se había sentado en una piedra roja sobre la playa y le temblaban las manos.

No podía volver a casa. Eva vivía con su madre, a las afueras de Oslo, y nada debía cambiar. La madre la mataría, escribió ella. Eva le pedía que no volviese y él vio que había llorado al escribirlo. Sus lágrimas habían caído en la hoja de papel, dejando manchas de tinta corrida que emborronaban las palabras.

Aksel nunca había comprendido por qué Eva había esperado tanto, y no tenía fuerzas para preguntárselo.

Tampoco las tenía ahora; se limitaba a hurgarse la raya del pantalón sin saber qué decir.

—Está bien —dijo con escepticismo el policía y volvió a mirar su nota—. Aquí no dice nada de un padre... —Luego se encogió de hombros—. Pero si...

Miró a la mujer acostada con expresión dubitativa, como si creyera que Aksel Seier estaba mintiendo. Eva Åsli no estaba en condiciones de confirmar la paternidad de aquel hombre, no hacía más que llorar, de un modo inquietantemente silencioso, y el policía se preguntaba si debería llamar a un médico.

—Quiero ver a Karsten —dijo Aksel Seier, pasándose la mano por la cabeza. El agente se volvió a encoger de hombros.

—Está bien —murmuró y miró de nuevo a Eva—. Si usted está de acuerdo...

Le dio la impresión de que ella asentía con algún tipo de movimiento, quizá con la cabeza.

—Venga —le dijo el policía a Aksel—. Yo le llevaré. Es muy posible que corra prisa.

—Corre prisa —dijo Yngvar airado—. ¡Corre una prisa de cojones! ¡No lo entiendes!

Inger Johanne le había pedido ya tres veces que condujera más despacio, e Yngvar respondía acelerando aún más. La última vez había puesto la sirena azul en el techo de un golpe sacando el brazo por la ventana, en una curva y a toda velocidad. Inger Johanne cerró los ojos y se encomendó a Dios.

Prácticamente no habían intercambiado palabra desde que él le había explicado brevemente adónde iban y por qué. Habían avanzado a toda velocidad y en silencio durante más de una hora. Ya tenían que estar cerca. Inger Johanne se fijó en una gasolinera en la que un hombre grueso con el pelo muy rojo estaba cubriendo la leña con unos plásticos y alzó la mano en un saludo automático en el momento en que patinaron en la curva.

—¿Dónde coño estaba el desvío? —gritó Yngvar y dio un frenazo cuando vio el caminito que subía la cuesta y no estaba señalizado—. Primero a la derecha, luego dos veces a la izquierda —repetía de memoria—. Derecha, dos veces a la izquierda. Derecha. Dos veces a la izquierda.

Snaubu estaba en una ubicación magnífica, sobre la cima de una colina, con vistas al valle y mucho sol; era un lugar hermoso y retirado. Desde lejos la casa parecía en mal estado, pero al acercarse, Inger Johanne se dio cuenta de que las tablas de una de las paredes exteriores eran nuevas y estaban recién pintadas. Había unos cimientos a medio construir, quizá para un garaje o para un almacén. Cuando el coche se detuvo, el pulso le latía con fuerza en los oídos. También aquí en la montaña soplaba el viento.

—¿De verdad crees que está aquí? —dijo ella al salir, estremeciéndose.

—No lo creo —repuso Yngvar dirigiéndose a toda prisa hacia la casa—. Lo sé.

Aksel Seier estaba sentado en el borde de una silla de tubos de acero con las manos en el regazo.

Karsten Asli estaba inconsciente. Le habían contenido las hemorragias internas. Un médico le había explicado a Aksel que iba a ser necesario someterlo a más operaciones, pero que tenían que esperar a que el paciente se estabilizara un poco. Aksel había visto en los ojos del médico que alimentaba pocas esperanzas.

Karsten se iba a morir.

El aparato de respiración asistida suspiraba profunda y mecánicamente; Aksel se esforzaba por no respirar al compás del gran aparato y estaba empezando a marearse.

Karsten se parecía a Eva. Incluso con aquellos tubos que le salían por la nariz, el tubo de la boca, los tubos por todas partes y la cabeza vendada, Aksel lo veía perfectamente. Los mismos rasgos, la boca y los ojos grandes que sin duda eran azules bajo los párpados hinchados. Aksel Seier deslizó el dedo índice por la mano de su hijo. Estaba helada.

—Soy yo —susurró—. *Your Dad is here.*

Una sacudida recorrió el cuerpo de Karsten. Luego volvió a quedarse completamente inmóvil, en una habitación en la que el único ruido procedía de

un aparato de respiración asistida jadeante y de un monitor cardíaco cuya luz roja brillaba sobre la cabeza de Aksel.

—No está aquí. Tenemos que aceptarlo.

Inger Johanne intentó sujetarle el brazo, pero Yngvar se soltó de un tirón y se dirigió a la puerta del sótano. Ya habían estado allí abajo tres veces, al igual que en el desván. Habían mirado en todos y cada uno de los armarios de la casa. Yngvar había llegado a desmontar una cama de matrimonio para revisar todos los huecos. Había abierto sin ton ni son todos los armarios de la cocina, incluso había echado varios vistazos al interior de la lavadora.

—Una vez más —le rogó él con desesperación y bajó corriendo las escaleras del sótano sin esperar respuesta.

Inger Johanne se quedó de pie en el salón. Yngvar había forzado la puerta. Los dos habían allanado la propiedad de otro hombre y sin una orden de registro. «Derecho de emergencia», había murmurado él cuando por fin consiguieron abrir la puerta. «Sandeces», le había respondido ella al entrar. Pero Emilie no estaba en la casa. Ahora, ahora que Inger Johanne por fin tenía un momento para pensar, comprendió que era todo una locura.

Yngvar sentía algo. Sentía que Emilie estaba cautiva en aquella pequeña granja, que la había secuestrado un hombre sin antecedentes penales y que la única prueba que tenía contra él era que había mantenido relaciones más o menos cercanas con un par de los familiares.

Esto era lo que sentía Yngvar y sobre esa base ella se había metido ilegalmente en el salón de un desconocido, en una casita en la montaña, lejos de todo el mundo.

—¡Inger Johanne!

Ella no quería volver a bajar allí. El sótano estaba húmedo y lleno de polvo. Ya le estaba costando bastante respirar, incluso había empezado a toser.

—Sí —gritó en respuesta sin acercarse un ápice a la puerta—. ¿Qué pasa?

—¡Ven aquí! ¿Oyes ese ruido?

—¿Qué ruido? —inquirió ella, irritada.

—¡Ven aquí!

Ella bajó las empinadas escaleras a regañadientes, pero vio que él tenía razón. Si se quedaban completamente callados sobre el suelo de hormigón, se oía un leve zumbido. Un sonido mecánico, constante y bajo.

—Suenan como el ventilador de mi ordenador —susurró Inger Johanne.

—O un... como un aparato de ventilación. Quizá sea un...

Yngvar empezó a tantear las paredes con las manos. El cemento se soltaba por varios sitios. Un gran armario sin puertas estaba arrimado a la pared que Inger Johanne creía que debía de dar al este. Yngvar intentó mirar detrás. Se puso en cuclillas y estudió el suelo.

—Ayúdame —dijo agarrando el gran mueble—. Hay marcas en el suelo. Este armario ha sido movido varias veces.

No necesitaba su ayuda. El armario se deslizó con facilidad. Ocultaba una pequeña puerta que le llegaba a Yngvar a las caderas y que era evidentemente nueva, a juzgar por sus goznes brillantes. No tenía cerrojo. La abrió. Al otro lado de la puertecilla, un pasillo en el que apenas había espacio para que pasara un hombre adulto descendía a un nivel inferior. Yngvar entró a gatas e Inger Johanne lo siguió agachándose. Dos o tres metros más abajo se encontraba una pequeña habitación en la que los dos podían estar de pie y que tenía las paredes de hormigón y un tubo fluorescente en el techo. Ninguno de los dos dijo nada. Allí el sonido del sistema de ventilación se oía mejor. Los dos se quedaron mirando una puerta que había en la pared, una gran puerta de acero brillante.

Yngvar se sacó un pañuelo de la chaqueta y envolvió con él el pomo. Después abrió, despacio. Los goznes estaban bien lubricados; no chirriaron.

Una agria mezcla de olores corporales y suciedad hizo que a Inger Johanne le dieran arcadas.

También la luz al otro lado de la puerta era intensa. El cuarto debía de tener unos diez metros cuadrados. En él había un lavabo, un retrete y una estrecha cama de pino.

En la cama yacía una niña, desnuda. No se movía. Sobre el suelo había una pila de ropa bien doblada, y a los pies de la cama un edredón sucio sin funda. Inger Johanne entró en la habitación.

—Cuidado —la advirtió Yngvar.

Se había dado cuenta de que la puerta no tenía pomo por dentro. Había un gancho con el que se podía sujetar la puerta a la pared, pero por si acaso, él se quedó parado junto a la puerta para evitar que se cerrara.

—Emilie —dijo Inger Johanne en voz baja y se acuclilló ante la cama.

La niña abrió los ojos. Eran verdes. Los guiñó un par de veces, pero no conseguía enfocar la mirada. Sobre su escuálido pecho había una muñeca Barbie, con las piernas abiertas y un sombrero de vaquero. Inger Johanne posó con cuidado la mano sobre la de la niña.

—Me llamo Inger Johanne —dijo—. Estoy aquí para llevarte de vuelta a casa con tu papá.

Inger Johanne recorrió con la vista el cuerpo desnudo de la chiquilla, esquelético y con grandes costras en las rodillas. Los huesos de la cadera semejaban dos cuchillos afilados que parecían a punto de atravesar la fina película de piel pálida y transparente en cualquier momento. Inger Johanne lloraba. Se quitó la chaqueta, el jersey, la camiseta. Se quedó en sujetador y cubrió con su ropa el cuerpecillo de aquella niña que no decía una palabra.

—Hay ropa en el suelo —señaló Yngvar calladamente.

—No sé si es de ella —dijo Inger Johanne, sollozando, y levantó a Emilie en

brazos.

La niña pesaba muy poco. Inger Johanne la estrechó delicadamente contra su propio cuerpo desnudo.

—Quizá sean cosas de él. Su ropa. Puede que sean de ese jodido...

—Papá —dijo Emilie—. Mi papá.

—Ahora mismo vamos a ir a buscar a papá —dijo Inger Johanne y le dio un beso en la frente a la niña—. Todo volverá a estar bien, pequeña.

« Como si algo pudiera volver a estar bien alguna vez después de esto —pensó al acercarse a la puerta de acero, donde Yngvar le puso con suavidad su propia chaqueta sobre los hombros—. Como si alguna vez fueras a poder superar lo que has pasado en esta cámara mortuoria» .

Al salir de la habitación, despacio y con cuidado para no asustar a la niña, vio que había unos calzoncillos en el suelo, junto a la puerta. Estaban sucios y eran verdes. Un elefante alzaba su gruesa trompa con descaro junto a la bragueta.

—Dios santo —jadeó Inger Johanne con la boca muy cerca del pelo apelmazado de Emilie.

Eran las dos de la madrugada del viernes 9 de junio de 2000. Las nubes bajas dejaban caer una lluvia ligera sobre Oslo. Los meteorólogos habían prometido noches templadas y tiempo seco, pero fuera la temperatura no debía de superar los cinco grados. Inger Johanne cerró la puerta de la terraza. Se sentía como si no hubiera dormido en una semana. Al intentar seguir con la mirada las gotas que se deslizaban a trompicones por la ventana del salón, le dio dolor de cabeza. Cuando intentaba estirar el cuerpo sentía pinchazos en la espalda, pero a pesar de todo le resultaba imposible acostarse. Sobre el cristal de la ventana del salón, más o menos a la altura de la cadera y bien visible contra el difuso dibujo que formaba el agua en el exterior, se veía la huella de la mano de Kristiane. Dedos chatos dispuestos como pétalos en un círculo irregular. Inger Johanne acarició las huellas.

—¿Lo superará Emilie alguna vez? —preguntó en voz baja.

—Querían que se quedara en el hospital, pero una tía suya se negó. Era médico y opinaba que la niña debía estar en casa. Emilie está en buenas manos, Inger Johanne.

—Pero ¿conseguirá superarlo alguna vez?

Si rozaba muy levemente el cristal pulido, tenía la sensación de poder sentir el calor de la mano de Kristiane.

—No. ¿No te quieres sentar?

Inger Johanne intentó sonreír.

—Me duele la espalda.

Yngvar se frotó la cara y bostezó profundamente.

—Al parecer se trataba de un enconado litigio sobre el derecho de visitas — empezó él en medio del bostezo—. Karsten Åsli llevaba intentando ver a su hijo desde el día en que nació, pero la madre se escapó del hospital antes de que le dieran el alta. Decía que Karsten Åsli no era una persona adecuada para tener la custodia y lo mantuvo a través de tres instancias y cinco vistas. Sostenía tozudamente que era un hombre peligroso. Sigmund ha conseguido esta tarde copias de todos los documentos. El juez siempre fallaba en favor de Karsten Åsli. Ganaba, pero la madre del niño recurría y apelaba, estiraba el tiempo... Al final

se largó, probablemente al extranjero. Todo parece indicar que Karsten Åsli no sabía adónde. Se puso en contacto con una agencia de detectives... —Yngvar esbozó una sonrisa amarga— después de que la policía se limitara a encogerse de hombros y le dijera que no podían hacer nada más. La agencia de detectives le facturó sesenta y cinco mil coronas por un viaje a Australia, del que no salió más que un informe de tres páginas que decía que probablemente Ellen Kverneland y el niño tampoco estaban allí. La agencia quería investigar algunas pistas en Suramérica, pero a Karsten Åsli se le había acabado el dinero. Eso es más o menos lo que sabemos hasta ahora. Quizá dentro de unos días tengamos una visión más completa de todo. Un caso muy feo.

—Todos los litigios por la custodia son feos —comentó Inger Johanne con la voz plana—. ¿Por qué crees que tengo yo y custodia compartida?

—Pensé que quizás...

—Ellen Kverneland tenía razón, en otras palabras —lo interrumpió ella—. No es de extrañar que se largara. Karsten Åsli no era precisamente el padre ideal, pero ese tipo de cosas rara vez salen a la luz en un juicio. El hombre no tenía antecedentes y evidentemente sabía cómo comportarse para causar buena impresión.

—Pero es posible que el propio caso, el litigio por la custodia lo haya...

—¿Lo haya podido convertir en un psicópata? No, claro que no.

—Quizás eso sea lo peor —dijo Yngvar—. Que nunca sabremos por qué... Quién era Karsten Åsli en realidad. O qué era. Por qué hizo lo que...

Inger Johanne negó lentamente con la cabeza. El cristal de la ventana le estaba helando los dedos, de modo que se metió las manos en los bolsillos.

—Lo peor es que han muerto tres niños —dijo—. Y que Emilie probablemente nunca...

—No sabes cómo le va a ir a Emilie en la vida —replicó Yngvar levantándose—. El tiempo cura la mayor parte de las heridas, o por lo menos nos hace capaces de vivir con ellas.

—¿Es que no la viste? —dijo Inger Johanne con vehemencia y se sacudió la mano que él había posado sobre su hombro izquierdo—. ¿No viste cómo estaba? Nunca volverá a ser la misma. ¡Nunca!

Se llevó las manos cruzadas a los hombros y empezó a mecerse de un lado a otro, con la cabeza gacha, como si todavía tuviera un niño en brazos.

«*Damaged goods* —había dicho Warren de un niño al que habían encontrado tras cinco días secuestrado—. Esos niños son mercancía dañada, ya sabes».

El niño se había quedado mudo, pero los médicos decían que había bastantes posibilidades de que en algún momento recuperara su capacidad de hablar. Aunque llevara su tiempo. También iban a curarle de algún modo las desgarraduras que tenía en el recto. Aunque llevara su tiempo. Warren negó con la cabeza, se encogió de hombros y sentenció de nuevo:

«*Damaged goods*».

Ella era entonces demasiado joven, y estaba enamorada y llena de ambiciones de hacer carrera en el FBI, así que no dijo nada.

—¿Me puedo quedar a dormir? —preguntó Yngvar.

Ella alzó la cara.

—Es un poco tarde, Yngvar. —Inger Johanne intentó tomar aliento. Tenía un nudo en la garganta y sentía frío.

—¿Puedo? —insistió Yngvar.

—En el sofá —dijo ella tragando saliva—. Te puedes quedar a dormir en el sofá si quieres.

La despertó un rayo de luz que se colaba por la rendija que había entre la cortina y el marco de la ventana. Se quedó mucho tiempo tumbada escuchando. El vecindario estaba tranquilo, solo se oyó el canto de algún que otro pájaro madrugador. El despertador marcaba las seis menos diez. No había dormido más que tres horas, pero de todos modos se levantó. Hasta que llegó al baño no se acordó de que Yngvar se había quedado a dormir. Salió de puntillas al salón.

El hombre dormía de cara al techo, con la boca abierta, pero no roncaba. Se había desvestido parcialmente y tenía un robusto muslo al descubierto. Llevaba puestos unos calzoncillos de boxeador y la camiseta de fútbol de ella. Tenía el brazo apoyado sobre el respaldo del sofá, los dedos apretados en torno a la rústica tela, como si se estuviera agarrando para no caerse.

Se parecía tanto a Warren en lo externo... Y era tan distinto de él en todo lo demás.

«Algún día te contaré lo de Warren —pensó Inger Johanne—. Algún día te contaré lo que pasó, pero todavía no. Creo que tenemos tiempo» .

Él soltó un ligero ronquido que hizo que le saltara la nuez. Se movió en sueños buscando una nueva postura, y la manta se cayó al suelo. Ella lo volvió a arropar con cuidado con la manta de cuadros, conteniendo la respiración. Después entró en su estudio.

El sol inundaba la habitación a través de la ventana que daba al este y la deslumbraba. Inger Johanne bajó las persianas y encendió el ordenador. La secretaria de la oficina le había mandado un email con cinco mensajes, pero solo uno era importante.

Aksel Seier estaba en Noruega. Quería verla y había dejado dos números de teléfono, uno de los cuales era del hotel Continental.

Inger Johanne no había pensado en Aksel Seier desde que encontraron a Emilie. La historia de Unni Kongsbakken había quedado enterrada en aquella cámara mortuoria de la granja de Snaubu. Cuando Inger Johanne deambulaba por las calles de Oslo, antes de que Yngvar la recogiera y la llevara a un bunker casero construido en una colina a pocos kilómetros de Oslo, había estado dudando

sobre lo que debía hacer con el relato de la anciana mujer. Si es que había algo que ella pudiera hacer.

La duda se había disipado.

La historia del asesinato de Hedvik Gåsøy era la historia de Aksel Seier. Le pertenecía a él. Inger Johanne iba a reunirse con él, darle lo que era suyo y después llevarlo a ver a Alvild. Solo entonces podría olvidarse del caso de Aksel Seier.

Inger Johanne se volvió.

Yngvar estaba de pie en la puerta, descalzo. Se rascaba la barriga con una sonrisa torcida.

—Temprano, esto... Muy temprano. ¿Hago café?

Se acercó a ella sin esperar respuesta y tomó el rostro de ella entre sus manos. No la besó, pero seguía sonriendo, más que antes.

Inger Johanne notó que una corriente fresca procedente del exterior le acariciaba las pantorrillas bajo el pijama. Por fin los meteorólogos habían acertado.

—Hoy va a hacer un buen día —dijo Yngvar, sin soltarla—. Creo que ha llegado el verano, Inger Johanne.

Cuando Inger Johanne se encontró con Aksel Seier en la recepción del Continental el viernes 9 de junio por la mañana, casi no lo reconoció. En Harwichport tenía pinta de pescador de algún pueblo de Nueva Inglaterra, vestido en vaqueros y camisa de franela a cuadros; ahora parecía más un turista de crucero de Florida. Además, se había rapado el pelo, ya no tenía nada tras lo que ocultar los ojos, y la expresión de su cara era seria.

No sonrió cuando la vio ni la invitó a sentarse. Daba la impresión de que no quería perder un segundo. Le explicó en inglés que su hijo estaba ingresado en el hospital a causa de un grave accidente. Aquello acabaría en cosa de horas, dijo, así que no disponía de mucho tiempo.

—¿Quiere que...? —Inger Johanne vaciló, completamente aturrida por el hecho de que Aksel Seier tuviera un hijo, un hijo que vivía en Noruega, un hijo que estaba en el hospital, agonizando—. ¿Quiere que le acompañe? *Do you want me to come? Keep you company?*[12]

Él asintió con la cabeza.

—*Yeah. I think so. Thanks.*[13]

Ella no ató cabos hasta después, en el coche.

Más tarde, en los días y semanas que siguieron, cada vez que reflexionaba sobre lo que había pasado en el taxi de camino al hospital en el que pronto moriría Karsten Åsli, pensaba en su viejo profesor de matemáticas del bachillerato.

Por alguna razón eligió estudiar ciencias. Quizá porque era buena estudiante, y las ciencias eran para los buenos estudiantes. Inger Johanne nunca entendió las matemáticas. Para ella los números grandes y los signos matemáticos eran como jeroglíficos misteriosos, símbolos mudos que se cerraban en banda ante los intensos esfuerzos que hacía Inger Johanne por entender. En el examen final de segundo de bachillerato, Inger Johanne tuvo una experiencia que más tarde recordaría como una especie de revelación. De pronto los números empezaron a decirle algo, las cuentas empezaron a cuadrar. Fue como atisbar por un momento un mundo desconocido, una existencia estrictamente lógica. Las respuestas

estaban al final de las bellas series de signos y números. El profesor estaba de pie detrás de ella mirando por encima de su hombro. Olía a hombre mayor y a rey de Dinamarca.

—Mira qué bien, Inger Johanne —le susurró—. Mira qué bien. ¡La señorita acaba de ver la luz!

Y eso era exactamente lo que había ocurrido.

Aksel había hablado de Karsten. Ella no reaccionó. Luego él habló de Eva. Ella lo escuchó. Después él mencionó el apellido de ambos, casualmente, en un inciso en el momento en que el taxi se detuvo ante el hospital.

Era como si ya nada pudiera sorprenderla.

Sintió que se le erizaban un poco los pelos. Eso fue todo.

La cuenta cuadraba. Karsten Åsli era hijo de Aksel Seier.

«Mira qué bien, Inger Johanne —musitó el profesor de matemáticas, haciendo chasquear la lengua—. ¡La señorita ha visto la luz!» .

En el pasillo había dos agentes de policía vestidos de paisano, pero Aksel Seier apenas reparaba en lo que lo rodeaba. Inger Johanne comprendió que todavía no le habían dicho lo que había hecho su hijo. Rezó en silencio para que lo dejaran en paz hasta que todo hubiera terminado.

Posó la mano sobre el hombro de Aksel Seier. Él la miró a los ojos.

—Tengo una historia que contarle —dijo ella en voz baja—. Ayer... Por fin me enteré de toda la verdad sobre el asesinato de Hedvik. Usted es inocente.

—*I know that* —respondió él tranquilamente sin siquiera pestañear.

—Se lo contaré todo —continuó Inger Johanne—, cuando todo esto... — Lanzó una mirada furtiva hacia la habitación de Karsten Åsli—. Cuando haya pasado todo esto. Entonces le contaré lo que pasó.

Aksel puso la mano sobre el pomo.

—Y una cosa más —dijo ella, reteniéndolo—. Hay una mujer mayor, que está muy enferma. Es gracias a ella que por fin ha salido a la luz la verdad. Se llama Alvhild Sofienberg. Quiero que me acompañe a visitarla. Más tarde, cuando todo esto haya terminado. ¿Me lo promete?

Él asintió débilmente con la cabeza y entró.

Inger Johanne lo siguió.

La cara de Karsten Åsli estaba hinchada y azul, y apenas se distinguía entre las sábanas, los vendajes y las máquinas que lo iban a mantener con vida durante todavía algunas horas más. Aksel se sentó en la única silla que había en el cuarto. Inger Johanne se acercó a la ventana. No le preocupaba el paciente; era a Aksel Seier a quien miraba cuando él se daba la vuelta y era solo en él en quien pensaba.

«Cumpliste condena por tu hijo, Aksel. Pagaste por sus pecados. Espero que

lo puedas ver así» .

Aksel Seier estaba sentado con la cabeza baja y la mano de Karsten entre las suyas.

Al final el techo se pintó de azul. El señor de la tienda insistió en que un color tan oscuro haría que la habitación pareciera más pequeña, pero se equivocó. El techo, por el contrario, se elevó casi hasta desaparecer. Como quería yo de pequeño: una bóveda de oscuridad nocturna, estrellas y un fino gajo de luna justo sobre la ventana. En aquella ocasión fue la abuela la que eligió por mí, la abuela y mamá. Un dormitorio de chico en amarillo y blanco.

Tengo la sensación de que hay alguien aquí.

Alguien me toma de la mano. No es mamá. Ella me tomaba de la mano a veces, cuando entraba en mi cuarto después de que se durmiese la abuela. Mamá hablaba tan poco... A otros niños los duermen contándoles un cuento. Yo me dormía oyendo el sonido de mi propia voz. Siempre. Mamá hablaba muy poco.

La felicidad es algo que apenas recuerdo, como un leve roce en una reunión con extraños, algo que desaparece antes de que te dé tiempo a volverte. Cuando estuvo preparado el cuarto y solo faltaban dos días para que él por fin llegara, me puse contento. La felicidad es un sentimiento cándido y, al fin y al cabo, yo ya me aproximo a los treinta y cuatro. Pero estaba contento, claro, me hacía ilusión.

La habitación estaba lista. Un niño estaba sentado a horcajadas sobre la luna. Rubio y con una caña de pescar: una vara de bambú con un corcho sujeto al sedal y, en el extremo, colgada del anzuelo, una estrella. Una gota de color dorado había escurrido hacia el marco de la ventana, como si el cielo se estuviera derritiendo.

Mi hijo por fin iba a llegar.

Me duele.

Me duele todo, noto un dolor lacerante sin comienzo ni fin.

Creo que me estoy muriendo.

No me puedo morir. El 19 de junio voy a acabar mi proyecto. El día del cumpleaños de Preben. Perdí a Preben, pero me resarcí dándoles a los demás lo que se merecían. Me traicionaron. Todos me traicionaron, como siempre.

Habíamos acordado llamarlo Joakim. Iba a llevar mi apellido. Se iba a llamar Joakim Åsli, y yo le compré un trenecito. Ellen se enfadó cuando lo llevé al hospital. Ella esperaba que le regalase un collar; creo, como si se mereciera una medalla. Yo jugueteé con la locomotora Märlin cerca de su rostro, y él abrió los ojos y me sonrió. Ellen nos dio la espalda y dijo que no

era más que una muñeca.

Yo hubiera sido un padre formidable. Lo llevo dentro.

Soy pequeño y estoy sobre la mesa de la cocina con un traje de esquí que me ha enviado alguien. Más tarde le pregunté a mamá: «¿Ha sido papá el que me ha mandado el regalo?». Nunca me contestó. Aunque solo tenía cuatro años, recuerdo perfectamente los sellos, grandes y de un país extranjero; el papel de estraza estaba lleno de sellos. El traje era azul y ligero, yo quería salir a la nieve. La abuela me lo quitó. Se lo regalaron a otro.

Otros se han llevado lo que es mío, siempre.

Ellen y el niño desaparecieron. Ni siquiera me había registrado como padre. Tardé cuatro meses en averiguar que el niño se llamaba Preben.

Tengo que acabar con eso, seguir adelante con mi vida.

Alguien me ha tomado de la mano. No es mamá. Es un hombre.

Nunca tuve padre. A la abuela se le entrecerraban los ojos cuando le preguntaba dónde estaba el mío. Mamá miraba hacia otra parte. En los pueblos, a los niños sin padre les salen infinitos padres. Diferentes nombres circulan entre susurros en los rincones, en el colegio, en los lugares públicos, en los patios de juegos. Era insoportable. Todo lo que yo quería era saber. No necesitaba un padre, pero quería saber. Todo lo que necesitaba era un nombre.

Emilie. Se va a morir en el sótano. Es mía, al igual que Preben. Grete se puso a llorar y lo negó todo, solo quería volver con los suyos. Yo era tan joven entonces, que la dejé marchar. No me importaba la niña. No me importa. Era a Preben a quien yo quería.

Por mí, Emilie se puede morir.

Los otros niños también podrían haber sido míos.

Sus madres eran mías, pero ellas no lo entendían.

Alguien me ha tomado de la mano y hay un ángel en la luz junto a la ventana.

Epílogo

En la primavera del año 2000 me contaron una historia real, la historia de Ingvald Hansen, un hombre que en 1938 fue condenado a cadena perpetua. Se le acusaba principalmente de haber violado y asesinado a una niña de siete años, Mary.

La historia, tal y como me la relataron ante la mesa de un restaurante, me pareció verdaderamente fascinante. Había muchos indicios de que podía haberse tratado de un garrafal error judicial.

Mi primer impulso fue el de investigar el caso, pero finalmente me limité a inspirarme en él para crear otro personaje en otro tiempo, el Aksel Seier de este libro. Las historias de Hansen y Seier coinciden en algunos puntos decisivos, pero evidentemente no se trata de la misma persona. Todo lo que sé sobre Ingvald Hansen lo he sacado de un artículo del catedrático de derecho Anders Bratholm publicado en la revista *Tidsskrift for lov og rett*, 2000, pp. 443 y ss., y de un reportaje aparecido en el periódico *Aftenposten* del sábado 4 de noviembre de 2000. De ellos se desprende, entre otras cosas, que Hansen murió un par de años después de que lo pusieran en libertad de forma inesperada y aparentemente sin explicación.

Los lectores que se tomen el trabajo de buscar y leer estos artículos comprobarán que también me he basado en la realidad en otro punto: cuando Ingvald Hansen pidió el indulto en 1950, su caso fue tramitado por una joven abogada. A esta mujer, Anna Louise Beer, que antes había presidido el Tribunal de Quiebras y Sucesiones de Oslo, corresponde la mayor parte del mérito de que la historia de Ingvald Hansen haya vuelto a estar de actualidad.

Ella nunca olvidó el caso, a pesar de que en aquel momento las circunstancias le impidieron seguir la intuición de que aquel hombre había sido víctima de una tremenda injusticia. Según los artículos citados anteriormente, en los años noventa Beer intentó hacerse con los documentos del caso. Habían desaparecido sin dejar rastro.

No conozco a la juez Beer y creo que ni siquiera me he cruzado con ella. Por tanto, la Alvild Sofienberg de este libro —al igual que el resto de la novela— es una pura ficción. Sin embargo, la investigación que Alvild realiza sobre el caso

de Aksel recuerda en algunos aspectos a la que lleva a cabo la juez Beer sobre el caso de Ingvald Hansen.

La solución que en esta novela doy al misterio de Aksel Seier es puramente un producto de mi imaginación. No tengo absolutamente ningún fundamento para lanzar hipótesis sobre el motivo de que Ingvald Hansen fuera primero juzgado y más tarde puesto en libertad bajo extrañas circunstancias.

En la elaboración de este libro he recibido una ayuda esencial de mucha gente. Debo mencionar especialmente a mi hermano Even, que cuando estaba cursando el doctorado en medicina me reveló un aterrador método para asesinar. Berit Reiss-Andersen es una gran amiga y una crítica juiciosa. Hago extensivo mi agradecimiento a la directora de periódico Eva Grener, mi más importante guía, y a mi editora sueca Ann-Marie Skarp por su apoyo entusiasta y valioso a lo largo de todo el proceso.

Quiero dar también las gracias a Øystein Madand por sus útiles sugerencias. Le estoy especialmente agradecida a Line Lunde, mi fiel apoyo desde *Diosa ciega*. Ella fue quien me refirió la emocionante Historia que constituye el punto de partida de *El castigo*.

Y evidentemente: gracias a ti, Tine.

Cabo Cod, 18 de abril de 2001

ANNE HOLT



ANNE HOLT (Larvik, Noruega, 1958). Creció en Lillestrøm y Tromsø, y se trasladó a Oslo en 1978 donde vive actualmente con su pareja Anne Christine Kjær y su hija Iohanne.

Holt se graduó en leyes en la Universidad de Bergen en 1986, y trabajó para *The Norwegian Broadcasting Corporation* (NRK) en el periodo 1984-1988. Después en el Departamento de Policía de Oslo durante dos años. En 1990 ejerció como periodista y editora jefe de informativos de un canal televisivo noruego. Anne Holt abrió su propio bufete en 1994, y fue ministra de Justicia de Noruega durante un corto periodo (Noviembre/1996-Febrero/1997). Dimitió por problemas de salud.

Hizo su debut como novelista en 1993 con la novela de intriga *La diosa ciega* (*Blind gudinne*, 1993), cuya protagonista era la detective de policía lesbiana Hanne Wilhelmsen, sobre la que ya se han publicado ocho títulos. Dos de sus novelas, *En las fauces del león* (*Løvens gap*, 1997) y *Sin eco* (*Uten ekko*, 2000) fueron escritas en colaboración con Berit Reiss-Andersen.

Con *Castigo* (*Det som er mitt*, 2001), protagonizada por la *profiler* Inger Johanne Vik y el comisario Yngvar Stubø inicia una nueva serie (« Viky Stubø ») de la que han sido publicados cinco títulos.

Sus novelas, inteligentes y emocionantes la han convertido en uno de los referentes de la novela escandinava.

Notas

[1] ¡Hola, Akse! ¡Bonita cosa que tienes ahí! (*N. del Digitalizador*) <<

[2] Imponente. ¡Simplemente increíble, ya sabes! (*N. del D.*) <<

[3] Dime tu precio, Aksel. (*N. del D.*) <<

[4] No pasar. Se avisará a la Policía. (*N. del D.*) <<

[5] ¡No puede aparcar aquí, querida! (*N. del D.*) <<

[6] ¿Qué quiere, caramba? (*N. del D.*) <<

[7] ¿Qué demonios quiere? (*N. del D.*) <<

[8] Visita femenina, AkseI, ¡te diré! (*N. del D.*) <<

[9] ¡Dame eso! (*N. del D.*) <<

[10] Por favor llamar Yngvard Stubborn. Importante. A cualquier hora. No importa la diferencia horaria. (*N. del D.*) <<

[11] Lo siento, querida, él se marchó. (*N. del D.*) <<

[12] ¿Quieres que vaya? ¿Necesitas compañía? (*N. del D.*) <<

[13] Sí. Creo que sí. (*N. del D.*) <<